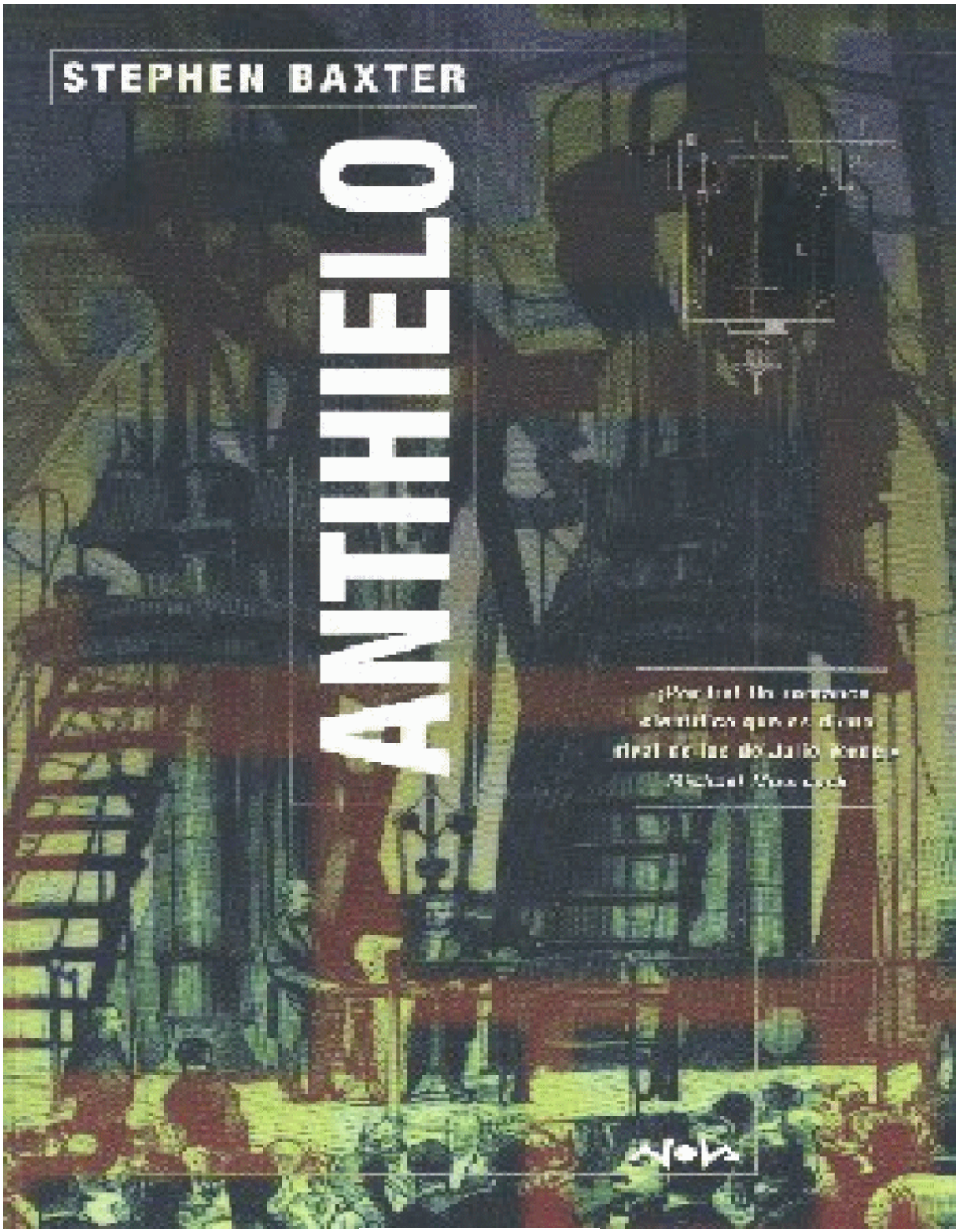
ANTIHIELO
STEPHEN BAXTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Creo que lo primero que debo mencionar en esta presentación es que, con toda seguridad, la selección de títulos de Stephen Baxter que he incluido hasta ahora en NOVA no hace justicia a la obra de este excepcional autor británico.

Por razones de calendario, la introducción de Baxter a los lectores de habla castellana se ha hecho a partir de sus novelas – homenaje a los padres de la ciencia ficción. Si Las Naves Del Tiempo (1995, NOVA *éxito número 11) era un claro homenaje a Wells y la continuación «autorizada» de la mítica* La Máquina Del Tiempo, el Antihielo *que hoy presentamos es el justo equivalente respecto de la obra de Julio Verne, y una muestra incomparable del mejor «romance científico» posible en la actualidad.*

Pero asociar el nombre de Stephen Baxter sólo a estas obras y a su muy conseguida reelaboración y actualización de dos mitos indiscutibles de la historia de la ciencia ficción, no sería justo. La obra de Stephen Baxter incluye mucho más.

Stephen Baxter, la nueva y gran estrella británica del género, ha sido recibido con entusiasmo por la mayoría de los críticos y lectores. Revistas de gran difusión como New Scientist *no tienen reparos en considerarle el sucesor de Arthur* C. *Clarke y un igual de Isaac Asimov y Robert A. Heinlein: Arthur C. Clarke, Isaac Asimov y Robert Heinlein tuvieron éxito al hacerlo, y poquísimos más. Ahora Stephen Baxter se une a ese reducido grupo capaz de escribir ciencia ficción en la cual la ciencia no tiene errores y las extrapolaciones proporcionan un delicado placer al leerlas, admirarlas y divertirse con ellas. La reacción que se obtiene es esa a la que se refería C.S. Lewis cuando describía la ciencia ficción como la única droga genuina capaz de expandir la consciencia.*

Baxter, formado en los ámbitos de la ciencia y la tecnología, inscribe la mayor parte de su obra en esa ciencia ficción llamada «dura», expresión derivada del término inglés hard *que se asigna a ciencias como la física, la biología, la química y, también, sus aplicaciones en el campo de la ingeniería.*

Baxter cuenta ya con varias novelas que abordan esta temática, entre las que destaca una compleja serie en torno a una curiosa especie, los xeelee. La saga, concebida como una interesante historia del futuro (citada y ensalzada en la prestigiosa Enciclopedia Visual De La Ciencia Ficción *de John Clute), se inicia en* Raft (1991), *primera novela de Baxter, para seguir en* Timelike Eternity (1992), Flux (1993) y Ring (1994). *Hay también en esa serie otras obras de menor extensión, como* City Of Gold, *y diversos relatos recogidos en la antología* Vacuum Diagrams (1997).

En medio de la escritura de esa «serie de los xeelee», Baxter publicó en 1993 *su primera aproximación, y a la vez homenaje, a los clásicos de la ciencia ficción con la novela* Antihielo (1993). *Se trata de una epopeya del más inteligente* steampunk *(algo así como el* cyberpunk, *pero con la tecnología correspondiente a la máquina de vapor), situada en una Tierra alternativa. Tributo explícito a Julio Verne,* Antihielo *incluye aventuras, romance y mucha diversión con naves espaciales que recuerdan al* Nautilus *de* 20.000 Leguas de Viaje Submarino. *Tampoco falta un inevitable* alter ego (*mucho menos misógino y, por cierto, bastante más simpático que ese visionario capitán Nemo, que aquí recibe el nombre de Sir Josiah Traveller.*

Tras su homenaje a Verne, Baxter no podía dejar de hacer lo propio con la obra de Wells, al fin y al cabo británico como él. Las Naves Del Tiempo (1995) *es, como* Antihielo, *una novela brillante que continúa (cien años después) un clásico indiscutible como* La Máquina Del Tiempo, *de Wells, a la que no desmerece en absoluto. La opinión sobre esta*

novela de un experto tan cualificado como Arthur C. Clarke resulta, como él mismo advierte, casi blasfema:

Casi me siento tentado a decir (y sé que es una blasfemia) que la continuación es mejor que el original.

Es lógico que así sea. Baxter escribió el relato de las nuevas aventuras del Viajero del tiempo de Wells a la luz de la ciencia y la ciencia ficción de finales del siglo XX, un siglo en el cual los conocimientos científicos y las realizaciones tecnológicas han superado en mucho las mejores expectativas del siglo XIX. Desde la teoría de la relatividad al descubrimiento de la estructura en doble hélice del ADN, pasando por la mecánica cuántica, y desde la energía nuclear a las tecnologías de la información, pasando por la conquista del espacio, nuestro punto de vista sobre el universo y nosotros mismos ha cambiado, y eso es lo que refleja, con gran habilidad y brillantez, Stephen Baxter en Las Naves Del Tiempo. *De ahí su éxito.*

Antes de volver a Antihielo, *sin embargo, hay que recordar, como decía antes, que la obra de Baxter no se agota en estos homenajes. Tras* Las Naves Del Tiempo, *Baxter ha abordado en sus tres últimas novelas la aventura del espacio, centrada esta vez en el sistema solar: una especie de exploración con grandes visos de realismo, como sólo es posible en la ciencia ficción mejor documentada.*

En Voyage (1996) *se narra una historia alternativa del proyecto Apollo de la NASA con un viaje* a *Marte, la primera de cuyas misiones ha despegado en mayo de* 1986. Titan (1997) *se concibe como una compleja y completa historia alternativa del futuro cercano en torno a los problemas, en particular políticos, de la exploración de Titán. Por su parte,* Moonseed (1998) *aborda, con una estructura de* thriller, *la terraformación de la Luna casi como una respuesta, tal vez obligada, a la visión más bien exageradamente optimista de la compleja y vasta tarea de ingeniería que supone la terraformación, que otros autores, como Kim Stanley Robinson, por ejemplo, han popularizado estos últimos años.*

Con todo ese material a mi disposición, y en particular con la «serie de los xeelee» y las tres últimas novelas, ¿por qué he optado ahora por Antihielo *y no por otro título, cuando había otros, muchos y buenos, donde escoger?*

La razón es sencilla: Antihielo *es una de las obras que en los últimos años he leído con más gusto y satisfacción. Esa satisfacción que surge del recuerdo y la nostalgia, de la comparación casi involuntaria, del* déjá vu *que es, pese a todo, una sorpresa.*

Estoy seguro de que Antihielo *tiene mucho de Verne, y también de que Verne nunca podría haberla escrito. Esto es así porque, junto al homenaje indiscutible, en* Antihielo *se dan cita visiones que sólo son propias de las postrimerías del siglo XX, de la misma forma que en* Las Naves Del Tiempo, *el Viajero de Wells descubría el futuro con los atónitos ojos de un observador que en pocos días ha de aprender todo aquello que el* homo sapiens *de finales del siglo XX ya conoce y que el decimonónico personaje de Wells no podía sino ignorar.*

Por eso he elegido para la contraportada de este libro extractos del comentario que sobre Antihielo *ha hecho una revista prestigiosa como* New Statesman and Society, *que llega a decir:*

> El mejor mundo alternativo de ciencia ficción que ha surgido de los escritores británicos. *Antihielo* es una visión sombría de la Gran Bretaña de finales del siglo XIX. Baxter utiliza la trama de su tercera novela para examinar el imperialismo, los pros y los contras del equilibrio de poderes basado en la destrucción mutua asegurada, y la responsabilidad moral de los inventores. Y, además, también es un libro divertido.

Y tratar del imperialismo, la destrucción mutua asegurada o la responsabilidad moral de los inventores es propio de un tipo de reflexiones que, sencillamente, no pertenecían ni podían pertenecer al ámbito de las preocupaciones de Verne.

En cuanto a considerar Antihielo *como* «el mejor mundo alternativo de ciencia ficción que ha surgido de los escritores británicos», *es evidente que se trata de una alabanza superlativa. Sobre todo cuando uno recuerda que Keith Roberts, que en* 1968 *escribiera esa maravilla llamada* Pavana, *es británico.*

Por todo eso, Antihielo, *siendo como es un homenaje a uno de los padres fundadores de la ciencia ficción, es a la vez el más moderno «romance científico» posible, aquel en el que se aborda una reflexión maravillada acerca de la ciencia y sus resultados, al tiempo que se alerta sobre el terrible alcance de alguna de sus previsibles consecuencias.*

Tras un emotivo y sugerente prólogo, la novela arranca en la Nueva Gran Exposición de Manchester inaugurada el 18 de julio de 1870, una época en la cual el poder del Imperio Británico es absoluto, y en un mundo alternativo en el que en las remotas tierras de una península antártica al sur del continente australiano se ha descubierto un nuevo material: el antihielo. Por el fenómeno que Faraday denominará de «*conductancia aumentada», el material libera prodigiosas cantidades de energía cuando su temperatura se eleva. Su potencial energético, casi infinito, va a acelerar la Revolución Industrial de forma insospechada.*

El antihielo, como no podía ser de otra manera, es empleado en la campaña de Crimea, pero también se revela útil en otras aventuras del espíritu humano que, a priori, parecen menos sangrientas. En la Nueva Gran Exposición de Manchester, un joven agregado del Foreign Office descubrirá el inmenso poder del antihielo y, junto al visionario Sir Josiah Traveller, tendrá que enfrentarse a un inesperado, decimonónico, y encantador viaje espacial a la Luna.

Para mí, lector adicto a Julio Verne en mi infancia y primera juventud, Antihielo *fue una sorpresa que provocó recuerdos cargados de la mejor de las nostalgias. Tiempo habrá en el futuro para incluir otros títulos de Stephen Baxter en nuestra colección, pero por el momento este* Antihielo *que hoy presentamos me parecía del todo imprescindible. Su lectura gratifica y relaja, lo cual no es poco en los tiempos que corren.*

Diré también aquí que Stephen Baxter va a estar muy pronto entre nosotros, ya que ha aceptado ser el conferenciante invitado en el acto de entrega del Premio UPC De Ciencia Ficción *1998. Eso será a las doce horas del miércoles 2 de diciembre de* 1998, *en el Campus Norte de la Universitat Politécnica de Catalunya (UPC), en Barcelona. En caso de ser necesario, se puede recabar mayor información en la sede del organizador del Premio, el Consejo Social de la UPC (teléfono:* 93 401 63 43).

Mientras tanto, aquí tienen uno de los más interesantes homenajes que se han hecho en la ciencia ficción de todos los tiempos y, como decía también New Statesman and Society y *todos los lectores podrán comprobar, es, además, una novela muy divertida.*

Que ustedes la disfruten.

Miquel Barceló

A mi madre

Librodot

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar mi agradecimiento a Eric Brown y Alan Cousins, quienes leyeron borradores del manuscrito; a David S. Garnett, por su entusiasmo por la idea; y a mi agente Maggie Noach, mi editor Malcolm Edwards, y el personal de Harper Collins por su duro trabajo en el proyecto.

PRÓLOGO

UNA CARTA A UN PADRE

7 de julio de 1855
Frente a Sebastopol

Mi querido padre:

Apenas sé cómo dirigirme a usted después de la vergonzosa conducta que me obligó a abandonar el hogar. Sé muy bien que ha pasado todo un año sin recibir ni una palabra mía, y sólo puedo ofrecer mi gran vergüenza como única excusa para mi silencio. Puedo reafirmarle mi culpa al pensar que usted, madre y Ned podrían haberme supuesto en alguna oscura región de Inglaterra, solo, sin un penique y moribundo.

Señor, el amor y el deber se han aliado con los acontecimientos extraordinarios de los últimos días para obligarme a romper mi silencio. Padre, estoy sano y salvo y sirvo en el 90 Regimiento de Infantería Ligera por la causa del Imperio en la campaña de Crimea. Comienzo este relato sentado sobre los restos de la fortificación rusa que llamamos Redan - por «diente» en francés, entienda, un conjunto no muy impresionante pero eficaz de sacos de arena y albarradas- frente a las minas de Sebastopol. Estoy seguro de que estas noticias le sorprenderán ya bastante -y me atrevo a esperar que su corazón se alegrará de que haya sobrevivido hasta ahora- pero aún así**,** debe usted prepararse para sorpresas mayores, querido padre, por lo que tengo que contarle. Sin duda ha leído las crónicas de Russell en *The Times* sobre la destrucción final de la fortaleza de Sebastopol por parte de ese tipo Traveller y su infernal proyectil de antihielo. Señor, yo fui testigo de todo aquello. Y -dada mi eterna deshonra- considero el haber sobrevivido un regalo del Señor que no merezco, ya que tantos buenos compañeros -no sólo ingleses, también franceses y turcos- han caído a mi alrededor.

Le debo algunas explicaciones sobre mi conducta después de abandonar el hogar en Cobham, aquel terrible día del año pasado, y sobre cómo llegué a esta remota costa.

Como sabe, sólo me llevé unos pocos chelines. Mi ánimo era de menosprecio, Señor, y de vergüenza; decidido a expiar mi culpa, me dirigí a Liverpool y allí me alisté en el 90 Regimiento. Me uní como soldado raso; por supuesto, no tenía forma de adquirir un nombramiento de oficial, y en todo caso me había decidido a descender, a mezclarme con los más bajos hombres, para poder así purificarme de mi pecado.

Una semana después de mi llegada a Liverpool me enviaron a Chatham, y pasé allí algunos meses adquiriendo la forma de un soldado del Imperio. Luego, decidido a poner mi vida en manos del Señor, en febrero de ese año me ofrecí como voluntario para la 90 Infantería Ligera, para que me enviasen aquí, a la guerra turca.

Al esperar el viaje, convencido de que sólo la muerte me aguardaba en los lejanos campos de Crimea, deseaba desesperadamente escribirles; pero mi coraje -que me ha dado fuerzas para soportar la terrible carnicería de esta guerra- me falló ante una tarea tan simple, y abandoné Inglaterra sin una palabra.

Tardamos quince días en llegar a Balaclava; y luego nos enfrentamos a algunos días de marcha por el camino a los campamentos aliados en torno a Sebastopol.

Pido su indulgencia para describir la situación que allí encontré; aunque corresponsales como Russell han informado razonablemente bien sobre la campaña, quizás el punto de vista de un soldado raso de infantería -porque eso soy, y muy orgulloso de serlo- tendrá algún interés.

Señor, ya sabe por qué estamos aquí.

Nuestro Imperio rodea el mundo. Y nuestro dominio se sostiene por hilos que son nuestras líneas de comunicación: Caminos, trenes y líneas marítimas. El zar Nicolás, deseando un puerto mediterráneo, había mirado con envidia al desfalleciente Imperio otomano. Por tanto, amenazó a la misma Constantinopla y a nuestras líneas a la India. Pronto

el Zar estaba derrotando a Johnny Turco por tierra y mar y, por tanto, nosotros, al lado de los franceses, entramos en guerra con él.

Entramos en guerra bajo el mando de lord Raglan, que sirvió a las órdenes de Wellington en Waterloo. Padre, en una ocasión vi al gran caballero en persona, atravesando a caballo el campamento para reunirse con su homólogo francés, Canrobert.

Señor, ver a Raglan aquel día, con la espalda recta sobre el caballo, con la manga vacía metida en el abrigo (los franceses le habían volado el brazo) y su gran mirada preocupada de halcón observándonos a todos, la mirada que una vez había intimidado al mismo Bonaparte; ¡puedo decirle que no fui el único en vitorearle y lanzar la gorra al aire!

Pero desde el día de mi llegada, había murmuraciones contra Raglan.

Su cabeza estaba llena con los días de gloria contra el corso, Raglan aparentemente era dado a referirse a los rusos como los «Franceses». Y, por supuesto, había murmuraciones sobre la actuación de Raglan en la campaña. Después de todo, el primer enfrentamiento con los rusos fue en Alma, diez meses antes**,** cuando dimos una buena lección a los hombres del zar. Qué espectáculo, según cuentan; las filas de los aliados eran un bosque de color resaltadas por el brillo de las bayonetas, mientras que el oído era asaltado por un tumulto de ruidos**,** tambores y cornetas de todo tipo, todo inmerso en el interminable zumbido de las fuerzas armadas en marcha. Un compañero me ha descrito una carga de una unidad de los Grays, las grandes gorras de piel de oso por encima del enemigo mientras luchaban espalda contra espalda, golpeando y cortando por todas partes...

¡Lo único que lamento es que me perdí toda la diversión!

Pero, después de la victoria en Alma, Raglan no continuó.

Quizá hubiésemos podido perseguir a los rusos para luego expulsarlos de la península y ¡habríamos vuelto a casa para Navidad! Pero no fue así, y ya conoce usted el resto de la historia: las grandes batallas de Balaclava e Inkerman con, en Balaclava, la matanza de la noble Brigada Ligera al mando del conde de Cardigan (padre, podría comentarle que a principios de mayo tuve la oportunidad de cabalgar por el famoso valle del Norte, casi hasta la posición de los cañones rusos que habían sido el objetivo de la brigada. La tierra estaba llena de flores, calor y brillo en los rayos del sol de la tarde; metralla y una pieza de cañón yacían sobre el suelo, con las flores creciendo entre los fragmentos oxidados. Encontré un cráneo de caballo, casi sin nada de carne, atravesado por un único agujero de bala de izquierda a derecha. No vimos ni rastro de cuerpos humanos. Pero oí de un tipo que encontró una mandíbula, completa y blanca, con el más perfecto y regular juego de dientes).

En cualquier caso, los rusos aguantaron y -para Navidad- se habían recluido en la fortaleza de Sebastopol.

Pero Sebastopol, padre, es la principal base naval rusa en la zona. Si pudiésemos tomar la ciudad, la amenaza sobre Constantinopla se desvanecería y las ambiciones mediterráneas del Zar no serían nada. Por eso nos llevaron allí en gran número con nuestras trincheras, reparos y minas; y -desde Navidad- sitiamos la ciudad.

Era -o me parecía- una farsa de sitio; los rusos tenían un buen suministro de municiones y no teníamos forma de imponer un bloqueo por mar, ¡y las naves del Zar suplían casi a diario vituallas a los sitiados!

Pero Raglan no estaba dispuesto a considerar otra forma de desalojar a los rusos que el paciente desgaste. Y, por supuesto, se negaba en redondo a considerar cualquier sugerencia relacionada con armas de antihielo; un hombre de su honor no quería tener nada que ver con tales monstruosidades modernas.

Y mientras tanto, esperábamos y esperábamos...

Sólo puedo agradecer a un Salvador demasiado benévolo el que yo, indigno como soy, superase lo peor del invierno de esta región. Los muchachos que sobrevivieron tienen todos algo que contar. Los meses de verano habían sido benévolos, entienda, con buenas incursiones, e incluso tiempo suficiente para un buen juego de cricket, ¡improvisado pero jugado estrictamente según las reglas! Pero el invierno convirtió los caminos y trincheras en

barro. Sólo había una cubierta de lona -si acaso- y los hombres tenían que dormir lo que podían con las rodillas hundidas en el barro helado. Incluso los oficiales sufrían vergonzosamente; ¡según parece se veían obligados a llevar las espadas en las trincheras como única forma de distinguirse de los soldados comunes! Padre, eso realmente era ser soldado sin el brillo.

Y, por supuesto, estaba la Dama Cólera, traída a todos los rincones de la península por la estación de desembarco de Varna. Una epidemia de cólera no es divertida, señor, porque un hombre puede pasar de ser un soldado sano a convertirse en una sombra delgada y triste en unas pocas horas, y al día siguiente está muerto. Mantener la disciplina y la compostura en tales circunstancias dice mucho del valor de mis compañeros y, me atrevo a decir, el inglés común salió más airoso que los franceses a pesar de los rumores del superior aprovisionamiento de nuestros aliados.

Pero tengo mis propias ideas sobre la situación de los aprovisionamientos, padre. ¡Según mi impresión, los franceses pasan hambre mejor que nosotros! Se le quita a un inglés el rosbif y la cerveza, y gruñirá y se tenderá para morir. Pero un francés... Un tal capitán Maude, un tipo alegre (al que más tarde enviaron a casa cuando un proyectil estalló en el interior de su caballo y le laceró la pierna) nos habló de una ocasión en que le invitaron a cenar con un teniente del ejército francés. Acercándose a la tienda del tipo, nuestro Maude fue recibido por los aromas de una buena cocina y fragmentos de ópera, ¡y dentro de la tienda se habían colocado mesas con manteles limpios, y se había servido una comida de tres platos! Y al felicitar a su anfitrión, Maude descubrió sorprendido que ¡los únicos ingredientes de los tres platos eran judías y algunas hierbas locales!

¡Ahí lo tiene!

Pero yo no me quejaría de las condiciones soportadas por los ingleses comunes en el momento de mi llegada. Encontré alojamiento en una choza que había sido construida por un pelotón de turcos. Ahora recibimos carne salada y galletas todos los días, ciertamente pobres raciones comparadas con la comodidad del hogar, pero más que suficiente para mantener la vida. Y la degradación del alcohol no nos es desconocida, padre. La cerveza es difícil de conseguir y es bastante cara... pero no muy alcohólica. Por ejemplo, hay una especie de veneno llamado «raki» que puede obtenerse de los campesinos locales. Más de una vez he visto a hombres, también oficiales, borrachos con ese líquido; aunque, por supuesto, ese comportamiento no se aprueba. Podría relatar la caída de un tipo espléndido, un hombre de más de seis pies de alto, un buen soldado, pero un demonio con el alcohol en el interior. Las ceremonias de castigo siempre se celebran muy temprano, frente a todo el regimiento; en aquella ocasión el aire estaba helado y soplaba un viento fuerte. Los tobillos y muñecas del soldado estaban atados a un triángulo de barras de camillas y tenía desnuda la espalda; un tamborilero manejaba el látigo mientras el mayor contaba los golpes. Padre, el tipo recibió sesenta latigazos sin un murmullo, aunque la sangre caía después de una docena. Cuando terminó, se puso firmes y saludó al coronel.

-Esta mañana me ha ofrecido un desayuno caliente, señor- dijo, y fue caminando al hospital.

Por lo que pueda valer, padre, puedo decirle que ni una gota ha pasado por mis labios desde que abandoné su casa en condiciones tan desafortunadas.

Ahora -casi puedo oírle gritar ¡al fin!- le describiré los importantes acontecimientos de los últimos días y, si me ha acompañado hasta ahora, concluiré con noticias de mi propia disposición.

Sebastopol es un puerto naval en el mar Negro. Imagine si quiere una bahía de oeste, visto desde el mar, hasta el este; la ciudad está en el lado sur de la bahía. Y la ciudad está dividida en dos por una ensenada que se extiende al sur de la bahía durante un par de millas.

La importancia práctica de ese detalle, padre, es que se necesitan dos ejércitos diferentes para cercar la ciudad; porque una fuerza que atacase por un lado no podría ofrecer apoyo a una fuerza que atacase por el otro, a causa de la ensenada. Y por esa razón nosotros y los

franceses nos habíamos situado a lados opuestos de la ensenada; los franceses a la izquierda, los británicos a la derecha.

Las defensas rusas tienen -o tenían- aspecto débil, pero ocupaban posiciones muy estratégicas y la misma naturaleza las había fortificado. Por ejemplo, ya he mencionado la batería de tierra llamada Redan, que estaba armada con diecisiete cañones pesados.

Recuerdo que un día caminamos hasta una milla de la ciudad, con la intención de explorar los alrededores. Desde un altozano podía ver las maravillosas naves de guerra rusas como fantasmas grises en la bahía, y los habitantes de Sebastopol recorriendo las calles tan despreocupados como si los ciento cuarenta mil hombres que sitiaban el puerto no fuesen sino un sueño. Pero menos de ensueño eran las fortalezas que miraban a nuestras posiciones. Grandes cañones negros me observaban a través de los alféizares, y cuando me mostré con demasiada claridad hubo una bocanada de humo y oí el silbido de la bala por encima de mi cabeza; porque tenían los alcances bien calculados y podían hacerlas caer muy cerca.

He dicho que el asedio duró muchos meses, y no fueron pocos los hombres, distraídos por la falta de progreso, que murmuraban que lord Raglan, con sus muchos recuerdos y formas tradicionales, no tenía la flexibilidad mental para resolver el problema de Sebastopol.

Entonces, a principios de mayo, tuvimos nuestra primera indicación de esas murmuraciones en círculos superiores. Un grupo de oficiales se unió a nosotros, evidentemente recién llegados de Inglaterra porque las charreteras brillaban mucho. Los dirigía el general sir James Simpson, un caballero corpulento de feroz aspecto. Con ellos llegó un civil: un extraño tipo de como unos cincuenta años, más de seis pies de alto y dotado de una nariz como un pico de halcón, con patillas enormes como grandes arbustos, tan negras como un cuervo, y una chistera que le hacía parecer diez pies mayor (la leyenda dice que un disparo perdido de los rusos -que continuamente volaban por en medio como pájaros de muerte- hizo un día un perfecto agujero en el sombrero; y el caballero, con completa frialdad, se lo quitó, examinó el agujero, y prometió que a su vuelta a Inglaterra ¡le pasaría la factura de la reparación a la embajada del Zar!). El tipo se movía por el barro, examinando las defensas y estudiando a los amputados y otros enfermos, y su preocupación y lúgubre estado de ánimo nos eran evidentes a todos.

Reconocerá, espero, por mi descripción, al famoso sir Josiah Traveller, autor de todas esas maravillas de ingeniería que han vuelto tan famosos en casa a los industriales de Manchester. Pero por lo que sé, nunca antes se habían empleado artefactos de antihielo en una guerra.

Bien, sir Josiah había venido a la península para aconsejarnos sobre ese mismo tema.

Por supuesto, no estaba enterado de los debates que siguieron a la llegada de Traveller, y lo que diga está necesariamente basado en cosas oídas. El general Simpson estaba completamente a favor de desplegar los nuevos proyectiles de Traveller, lo más rápido posible, para resolver la situación.

Pero Raglan no quería ni oír hablar de ellos. ¿Hubiese usado el viejo duque dispositivos tan diabólicos, el mismo duque que incluso había prohibido el uso del látigo en los borrachos? (así me imagino que discutió Raglan). No, caballeros, no lo hubiese hecho; y tampoco aprobaría lord Fitzroy Raglan tal desviación. Los métodos tradicionales de asalto, refinados durante siglos, no podían fallar, y no fallarían en esta ocasión.

Bien, Raglan ganó ese día; y se planeó un asalto a la fortaleza.

Ahora, padre, sólo se necesita un ligero estudio de la ciencia del asalto para entender que atacar una fortaleza como Sebastopol, con pequeña superioridad numérica frente a los rusos, sólo con piezas de campo en nuestro lado, y con los flancos y la retaguardia inseguros, era una propuesta muy desesperada. Sin embargo, el 18 de junio, después de nueve meses de asedio debilitador y sin resultados visibles, las fuerzas aliadas lo intentaron.

Nuestro bombardeo había comenzado una quincena antes, padre, los proyectiles y balas volaban sobre nuestras cabezas día y noche, y llegaba el fuego de respuesta de los rusos.

Constantemente preparado y con el fusil Minie en el pecho, apenas había dormido durante esas dos semanas. Y como si el ruido de los cañones no fuese molestia suficiente para nuestra tranquilidad mental, los hombres del Zar tenían la costumbre de enviar tiros de treinta y dos libras saltando por nuestra posición como bolas de cricket, sin preocuparse del reloj, ¡lo que no permitía un tranquilo sueño nocturno!

Al fin, a principios del dieciocho, oímos las cornetas y tambores que nos señalaron que el asalto había comenzado. Lanzamos un grito -recuerde que era mi primer caso de acción real, señor- y saqué mi estúpida cabeza de la trinchera, para poder mejor seguir la acción.

Por el humo, el vapor y la tierra rota vi que los franceses iban primero. Pero los rusos estaban preparados, y los muchachos cayeron como si les hubiesen cortado los hilos; los que seguían tropezaron con los caídos, y pronto todo fue confusión. Me temo, padre, que algunos de aquellos valientes galos cayeron frente a fuego aliado en toda aquella confusión.

Al final se nos dio la orden de avanzar. Nos movimos sobre el barro cuarteado, los gritos quemándonos la garganta, las bayonetas reluciendo frente a nosotros. Nos dirigimos al reducto más formidable de los rusos, la Redan; nuestra misión era cubrir a la fuerza de asalto que llevaba las escaleras y sacos, con la idea de escalar las murallas de piedra de la Redan. Alcé el Minie frente a mí ¡y, durante unos segundos, el fuego de la batalla corrió por mis venas!

Por desgracia, los rusos no estaban dispuestos a jugar.

Los hombres del Zar permanecieron en sus fortificaciones y enviaron una lluvia de metralla y mosquetones sobre nosotros. Nunca llegaré a saber cómo sobreviví a esos minutos, padre; porque a mi alrededor caían hombres mejores que yo. Finalmente, coloqué inadvertidamente la bota sobre el barro blando de un cráter de explosión; caí hacia delante y me encontré tendido en el fondo del agujero. La metralla rusa llenaba el aire como una sábana a pulgadas por encima de mí, así que me hundí más en el barro, sabiendo que levantarse en ese momento era enfrentarse a una muerte segura.

Espero que no crea que fue cobardía lo que me mantuvo allí, padre; mientras estaba tendido en el agujero, con el olor de la cordita y la sangre en la nariz, la rabia se comía el alma, y me prometí a mí mismo que en cuanto tuviese la oportunidad retomaría el asalto y vendería cara mi vida.

Al fin, los disparos dejaron de correr, salí arrastrándome del refugio, levanté el Minié y corrí hacia delante.

Me recibió la visión más fantástica.

Las escaleras de asalto estaban esparcidas como palos por la planicie; y los hombres -y fragmentos de hombres- estaban tendidos entre ellas, adornados por disparos humeantes y trozos de proyectiles. Sólo una escalera, vi, había sido elevada por algún milagro contra las paredes ansiadas del reducto: los que la habían cargado estaban tendidos en un montón de barro, brazos y piernas por todas partes, al pie de la pared. Y los cañones rusos miraban impasibles desde los alféizares del reducto.

Sonó la retirada, y bajo una nueva lluvia de metralla de parte de nuestros renuentes anfitriones, nos arrastramos de vuelta a las trincheras.

Y así terminó mi primera experiencia de combate, padre; y esa noche permanecí inquieto en la cama. Porque, ¿cómo podía justificarse la muerte de tantos buenos hombres por una chapuza tan grande?

La siguiente semana fue lóbrega. Durante horas y horas los carros pasaban por entre las tiendas y refugios, y cargamos en ellos a nuestros pobres muchachos heridos y se les llevó en un viaje incómodo hasta el hospital a tres millas de distancia, en la costa.

Los gritos y sollozos eran terribles.

Y día y noche, como para reírse de nuestro fracaso, la artillería rusa rugía.

No menos perturbadoras eran las indirectas que nos llegaban de los follones entre los oficiales al mando. Las conferencias eran continuas y, más de una vez, vi salir un gran caballero de la tienda de lord Raglan y recorrer el campamento enfadado las mejillas

marcadas llenas de furia, los guantes blancos golpeando la vaina. Y varias veces vimos al ingeniero, Traveller, trotando por el campamento hasta la tienda de Raglan cargando con planos misteriosos y otras especificaciones; y así supimos que finalmente debían estar considerando el despliegue de esa extraña sustancia, el antihielo.

Pero de lord Raglan no había ni rastro.

Imaginé al caballero, padre, con el rostro lleno de preocupación y náusea y la cabeza llena de recuerdos de Waterloo y el Duque de Hierro, en el ojo de una tormenta de ofensas e inquisiciones.

Finalmente, el 27 de junio, nuestro capitán nos reunió. Con expresión sombría, nos informó que lord Fitzroy Raglan había muerto el día anterior, el 26; que el general sir James Simpson había sido nombrado nuestro comandante en jefe; y que debíamos prepararnos para un nuevo asalto en veinticuatro horas. Ese asalto, nos dijo el capitán, seguiría a «un nuevo aluvión de artillería de ferocidad sin precedentes».

Luego se alejó, con la espalda recta, negándose a decir más.

Nunca nos dijeron la causa de la muerte de Raglan. Algunos dicen que murió de desilusión, después del último y fallido asalto contra los reductos rusos; pero no puedo creerlo. Porque apenas un mes antes, cuando visitó nuestro campamento, padre, la preocupación y la fatiga parecían grabadas en su noble rostro. Buen Dios, que no llegue usted nunca a ver una víctima del cólera, señor -yo he visto demasiadas-, pero si lo hace, estoy seguro de que notará el aspecto agotado y preocupado del desafortunado; y, por tanto, no dudo que ésa fue la causa de la muerte de Raglan.

Los hombres como Raglan no mueren de corazón roto.

Esa noche nos retiramos a los cuarteles embarrados. No dormí bien, padre, pero no por aprehensión, o emoción, o incluso por el grito constante de la artillería; más bien me sentía hundido en la depresión, tengo que decirle, después de la muerte de tantos buenos hombres -y ahora el mismo Raglan- para conseguir tan poco. Esa noche me parecía como si el Ejército inglés estuviese muriendo en las llanuras de Crimea.

Nos levantaron al amanecer. Las cornetas y tambores estaban en silencio, pero nos dijeron que formásemos para instrucción y que nos preparásemos para avanzar.

Así salí, con los dedos metidos en los puños para escapar del frío gris del amanecer, la cinta del Minié rozándome el cuello sin afeitar. La barrera de fuego de artillería a nuestra espalda siguió sin pausa; y también seguían, noté, las respuestas desde los reductos de Sebastopol, y una aprehensión enfermiza me atenazó. Porque si los cañones rusos no habían sido sometidos, el asalto sería otra carga suicida. Una vez más, padre, le ruego que no me considere un cobarde; pero no tenía -ni tengo- deseo de vender mi vida sin ganar algo a cambio, y ésa parecía la perspectiva que tenía frente a mí

Luego, de pronto, se acallaron los cañones que tenía detrás; e inmediatamente, como en respuesta, los rusos también callaron. Un silencio cayó sobre el campamento, y se combinó con la luz nebulosa del amanecer para producir una sensación de extrañeza que me hizo pasar los brazos a mi alrededor porque estaba temblando. El único movimiento era el de la pequeña luna que se elevaba sobre nosotros, un deslumbrante faro de luz, hundiéndose en otro de sus saltos de media hora por el cielo. Miré a mi alrededor, buscando seguridad en las líneas de rostros demacrados e inciertos que me rodeaban; no había consuelo. Era como si todos nosotros, soldados de infantería, oficiales y caballos, hubiésemos sido transportados a una lejana estrella gris.

Contuve la respiración.

Luego, desde los emplazamientos aliados a mi espalda, oí cómo hablaba una única pieza de artillería.

Más tarde, un soldado amable me relató los momentos que habían precedido a ese único disparo. Ese artillero había visto cómo el ingeniero Josiah Traveller se acercaba a un emplazamiento en particular, con la chistera bien metida hasta las orejas. El caballero llevaba gruesos guantes de goma que, según mi informador, producían un efecto bastante cómico; y

con el brazo extendido llevaba un gran recipiente de metal que relucía por la escarcha, como si estuviese tan frío como la muerte. Después de Traveller llegó sir James Simpson en persona y varios miembros de su personal, rostros sombríos, con las charreteras y medallas brillando. En la boca del cañón el ingeniero situó el recipiente en el suelo y, soltando los cierres, lo abrió. La cavidad central era muy pequeña, me informó mi amigo, por lo que las paredes del recipiente tenían varias pulgadas de ancho y podrían, supuso, contener alguna sustancia que mantenía muy baja la temperatura del recipiente.

Dentro de la cavidad había un único proyectil, como de diez libras. El ingeniero lo levantó con delicadeza, como si fuese un bebé y lo colocó con cuidado en la boca del cañón. Luego se echó atrás.

El cañón disparó, con una explosión apagada, como un estornudo. En segundos, el precioso proyectil seguía un arco sobre mi cabeza, llevando unas pocas onzas de antihielo a Sebastopol.

Desde mi posición no podía ver la ciudad, pero, aun así, miré por encima de la cabeza de mis compañeros anticipando la llegada del proyectil a la fortaleza; incluso me eché atrás a gorra y me puse la mano sobre los ojos para ver mejor.

Desde entonces, padre, he aprendido algo sobre las propiedades de esa extraña sustancia, el antihielo. Se la extrae de un extraño filón en el océano helado del Polo Sur, y siempre que se la mantenga en esas temperaturas heladas es perfectamente segura. Pero una vez que se la calienta...

Bien, permítame describirle lo que vi.

El chillido del proyectil se apagó.

Luego fue como si el Sol hubiese tocado la Tierra.

El horizonte en dirección a Sebastopol explotó en un silencioso mar de luz. Era una luz que cortaba la carne, por lo que podían sentirse las ampollas al saltar. Me eché atrás, mis gritos por el horror y el impacto se unieron a los de mis compañeros. Bajé la mano de la frente y la miré; quemada y llena de ampollas, la mano era como una grotesca pieza de cera, no parte de mi cuerpo para nada. Luego el dolor llegó hasta mi adormecido entendimiento y aullé; y al hacerlo sentí como mis mejillas quemadas se abrían y supuraban, y pronto me callé. Pero, padre, pronto descubrí que una vez más había sido inmerecidamente afortunado; porque la mano me había protegido la vista de lo peor de ese golpe de luz, mientras que a mi alrededor mis compañeros estaban acurrucados en el suelo, apretándose los ojos quemados. Luego -sólo segundos después del gran impacto óptico- llegó un viento como el aliento de Dios. Me caí de espaldas, y me metí la mano herida en el uniforme para protegerla; me quedé en el suelo en medio del polvo y grité al viento.

El calor era asombroso.

Largos minutos después el vendaval amainó, y me puse en pie, vacilante. Hombres, quemados y llorosos, armas, los restos de las tiendas, caballos aterrados, todo estaba esparcido sobre el suelo como los juguetes de un niño gigante caprichoso. Padre, en menos de un cuarto de hora nuestro campamento había quedado más devastado de lo que hasta ese momento habían podido hacer los rusos, la Dama Cólera, y los generales enero y febrero.

Mientras tanto, sobre Sebastopol, se elevó en el aire una nube con la forma de un martillo negro.

A mi lado había un compañero gimiendo, con los ojos convertidos en charcos líquidos, horrible como los ojos de una trucha cocida. Durante los siguientes minutos estuve a su lado y le agarré la mano, ofreciéndole silencioso el poco alivio que podía. Luego se acercó un oficial -tenía el uniforme quemado e irreconocible, pero todavía llevaba al cinto los restos de una espada- y lo llamé.

-¿Qué nos han hecho, señor? ¿Es ésta alguna nueva arma diabólica de los cosacos?

Se detuvo y me miró. Era un joven, pero aquella luz infernal había grabado las líneas de la vejez en su cara; y dijo:

-No, muchacho, los cosacos no; fue cosa nuestra.

Al principio no pude entenderle, pero señaló a la nube dispersa sobre Sebastopol, y comprendí la asombrosa verdad: el único proyectil del ingeniero, al chocar con Sebastopol, había provocado una explosión de tal severidad que incluso nosotros -a tres millas de distancia- habíamos quedado incapacitados.

Estaba claro que se había subestimado el poder del nuevo proyectil; porque en caso contrario nos hubiesen confinado a trincheras y cubiertas.

Lentamente fui consciente de que los cañones rusos, un coro constante desde mi llegada a la península, se habían callado por fin. ¿Habíamos logrado el objetivo principal? ¿Había sido destruida Sebastopol con aquel único golpe devastador?

Algo de alegría, de victoria, recorrió mis venas; pero mi propio dolor, la devastación que me rodeaba, y la nube terrible sobre Sebastopol se aliaron rápidamente para reducirla; y de los que estaban de pie a mi alrededor no oí ninguna palabra de alegría.

Sólo eran las siete y media.

Los oficiales nos organizaron con rapidez. Los que estaban razonablemente en condiciones -lo que me incluía a mí, padre, una vez que mi pobre mano fue curada, vendada y envuelta en una gruesa manopla- fueron asignados a ayudar a los demás. Volvimos a montar las tiendas y volvimos a darle al campamento un aspecto similar al de una operación militar británica.

Luego empezó a formarse la fila de carros hospitales.

Así que estuvimos ocupados hasta el mediodía, para cuando el sol estaba en lo más alto. Me senté a la sombra, con el sudor salado corriéndome por las heridas, y comí carne en conserva y bebí agua con los labios rotos.

Aunque las nubes tormentosas se habían dispersado, todavía no se oían los cañones rusos de Sebastopol.

Como a las dos de la tarde nos ordenaron formar para el asalto final. Pero, padre, iba a ser un asalto muy extraño: llevábamos los Minie y munición, sí; pero también llevábamos palas para trincheras, picos y otras herramientas, y cargamos los carros con todas las mantas, vendas, medicamentos y agua que pudimos conseguir.

Y así nos pusimos en marcha para atravesar las últimas tres millas hacia Sebastopol.

Nos llevó dos horas, supongo. Después de diez meses de bombardeo de artillería y guerra de asalto el suelo era un mar de barro seco y requemado; me caía continuamente en los cráteres de bombas, y al poco tiempo estábamos empapados de agua apestosa y salobre. Y por todas partes me encontraba los restos de la guerra: cajas de bombas abiertas, equipos abandonados, los restos de piezas de artillería... y uno o dos adornos más desagradables que, por respeto, padre, omito describir.

Pero al final llegamos a Sebastopol; y durante unos minutos me quedé en una subida mirando la ciudad.

Padre, recordará mi anterior descripción de esa ciudad cuando estaba intacta tras sus muros, que habían estado repletos de armas. Bien, ahora era como si una gran bota hubiese caído... no puedo pensar en ninguna otra descripción. Había un cráter de un cuarto de milla de ancho instalado en el centro de la ciudad, cerca de los puertos; y podía ver cómo la tierra abierta seguía emitiendo vapor, las rocas y la escoria ardiendo al rojo vivo. Y alrededor del cráter había un gran círculo en el que las casas y los edificios habían sido arrasados por completo; se podían ver los perfiles de los cimientos, como si uno mirase el plano arquitectónico de un gigante... aunque aquí y allá una chimenea o un trozo de pared, completamente negras, seguían manteniendo desafiantes la vertical. Más allá de la región de devastación parecía que los edificios se habían conservado mayoritariamente intactos... pero las ventanas y la pizarra de los tejados habían desaparecido. En varias zonas de la ciudad vimos grandes fuegos, ardiendo aparentemente sin control.

Ahora los sólidos muros de la ciudad eran líneas de escombros arrojadas hacia fuera por la explosión; los cañones de las piezas de artillería apuntaban al azar hacia el cielo. Y los

reductos estaban destrozados; cuerpos con uniformes rusos colgaban de los restos de los cañones.

Más allá de ese paisaje infernal la bahía relucía de azul, bastante impasible; pero los cadáveres de varios barcos iban a la deriva en el agua, con los mástiles rotos.

Durante varios minutos miramos boquiabiertos. Luego el capitán dijo:

-Vamos, muchachos; tenemos que cumplir con nuestro deber.

Formamos una vez más. Sonaron una corneta y un tambor, sonidos enardecedores muy fuera de lugar, y cruzamos las ruinas de las murallas.

Así que al final, como a las cuatro de la tarde, el Ejército británico entró en Sebastopol.

Al principio llevábamos las armas listas para la batalla y nos movíamos en perfecto orden militar, reconociendo el terreno y con vigías; pero el único sonido era el crujido del vidrio y los materiales de construcción bajo las botas, y era como si caminásemos por la superficie de la Luna. Incluso en las afueras de la ciudad los edificios estaban uniformemente quemados y ennegrecidos, y recordé el terrible calor que había consumido el corazón de Sebastopol. Llegamos a una casa que parecía como si la hubiesen abierto de un tajo, por lo que podíamos ver los muebles y elementos decorativos de los desafortunados ocupantes. Vehículos destrozados salpicaban las calles, caballos muertos o heridos todavía atrapados en sus arneses.

Y la gente:

Padre, yacían allí donde habían caído, hombres, mujeres y niños por igual, los cuerpos retorcidos y arrojados como muñecos, las ropas rusas rotas, manchadas de sangre y quemadas. De alguna forma la posición de aquellos cadáveres desafortunados hacía que pareciesen menos que humanos, y yo sólo sentía un entumecimiento enfermizo.

Luego nos encontramos con nuestro primer ruso vivo.

Salió tambaleándose de una puerta que ya no llevaba a ningún sitio. Era un soldado -un oficial, por lo que pude ver- y a mi alrededor pude oír a los muchachos murmurando y manoseándose los brazos. Pero el pobre tipo había perdido la gorra, no llevaba armas de ningún tipo y, con un pie colgando tras él, se las arreglaba para caminar sosteniéndose sobre una muleta improvisada con un trozo de madera. El capitán nos ordenó que nos echásemos las armas al hombro. El tipo empezó a hablar en esa lengua gutural de ellos, y gradualmente el capitán dedujo que había varias personas, quizás una docena, atrapadas en las ruinas de la escuela, a un centenar de yardas de allí.

A un grupo de soldados se les dio palas y herramientas y se les envió con los rusos.

Y así fue durante los siguientes días. Padre, por lo que sé, no se disparó ni un solo tiro por furia en Sebastopol después de la caída del proyectil de antihielo; en lugar de eso, trabajamos junto con los supervivientes rusos -y con los franceses y turcos- en las entrañas del puerto caído.

Recuerdo una niña, tirada de espaldas, con un pañuelo rojo alrededor de la cabeza. Tenía una mano extendida hacia el cielo que la había traicionado, y los dedos ardían como velas. Un muchacho salió de las ruinas de los astilleros, arrastrándose con los brazos; dejó un rastro brillante al moverse, como si fuese una horrible babosa.

Padre, he decidido contarle estas cosas; pero sé que no permitirá que madre y el joven Ned sufran por la repetición de este relato.

El trabajo más importante era retirar los cadáveres; pero no lo podíamos hacer con la rapidez suficiente. Después de unos días bajo el cálido sol de Crimea, el olor en aquel lugar era imposible de soportar, y sobre la boca todos llevábamos pañuelos empapados en «raki».

La visión más extraña se produjo después de unos días, cuando me enviaron a un cráter en el corazón de la ciudad.

Teníamos que atarnos trapos mojados alrededor de las botas porque, incluso entonces, todo estaba todavía tan caliente como para quemar la piel. Allí encontré un trozo de pared que surgía como una lápida de la tierra destrozada; la pared estaba uniformemente ennegrecida

exceptuando una mancha de forma extraña cerca del suelo; y esa mancha, comprendí después de un momento, tenía la forma de una vieja mujer, que recorría pacíficamente la calle.

Padre, sobre la pared se dibujaba la sombra de una dama proyectada por la luz del proyectil de antihielo. Por supuesto de la dama en sí no había ni rastro; ni tampoco encontramos ningún superviviente en esa parte de la ciudad.

En más de una ocasión me crucé con el ingeniero Traveller trabajando con el resto de nosotros; y en una ocasión vi cómo las lágrimas caían por sus sucias mejillas. Quizá, supusimos, ni siquiera él había previsto la devastación que iba a provocar su invento. Me pregunté cómo pasaría Traveller el resto de sus días; y qué otros milagros -o maldiciones- podría producir a partir de antihielo.

Pero no me acerqué a él, y no sé de nadie que lo hiciese.

Poco más hay que decir, querido padre. Se me relevó de mi trabajo en Sebastopol en cuanto llegaron nuevas tropas desde Gran Bretaña y Francia; ahora, después de nueve o diez días, la ciudad -aunque destruida- ya se parece menos a una escena de la Divina Comedia; y el puerto comienza a funcionar de nuevo.

Por supuesto, los meses de sitio están a punto de acabar y hemos ganado la guerra. Pero desde que ocupamos la ciudad sabemos que antes del bombardeo con antihielo los rusos perdían mil vidas cada día, debido a los disparos de nuestra artillería y las privaciones que sufrían. Aparentemente cada vez estaban más desesperados y -me han dicho- sus oficiales habían estado considerando una jugada final, una salida y asalto que, estoy seguro, hubiésemos podido rechazar y ganar la guerra.

Por tanto, padre, ¿era necesario emplear el antihielo? ¿Podíamos haber ganado sin tanto sufrimiento en la población de la ciudad?

Me temo que sólo Dios, el Señor de otros mundos aparte de éste, conoce la respuesta a esas preguntas.

En lo que a mí respecta: el doctor me ha dicho que con el tiempo recuperaré el uso parcial de la mano quemada, aunque nunca será un espectáculo agradable, ¡y jamás podré sostener un violín con ella! Y hablando de espectáculos agradables -debo decirlo antes del encuentro y reconciliación entre nosotros que, espero, se producirá algún día-, me temo que mi rostro quedó dañado por las llamas del antihielo y que permanecerá marcado de esa forma durante el resto de mi vida; todo el rostro menos la inconfundible y clara sombra de la mano que tenía sobre los ojos en el momento en que el extraño proyectil cayó sobre Sebastopol.

Padre, acabo ahora. Por favor, transmita mi amor y devoción a madre y Ned; como he dicho, espero verles de nuevo una vez más, si desean recibirme, a mi regreso a Inglaterra; ocasión en que podré agradecerle, padre, las reparaciones que realizó a la joven dama cuyo honor tan inconscientemente mancillé con los actos de mi juventud.

Que Dios le guarde, Señor.

Sigo siendo, con amor, su devoto hijo

Hedley Vicars

1

EN LA GRAN EXPOSICIÓN

Fue en la inauguración de la Nueva Gran Exposición, el 18 de julio de 1870, donde me encontré por primera vez en persona con el famoso ingeniero Josiah Traveller, aunque había crecido con el relato de mi hermano Hedley del terror acarreado por el antihielo de Traveller en la campaña de Crimea. Nuestro primer encuentro fue muy breve y quedó enmascarado en mi mente por las maravillas de la Catedral de Cristal y todo lo que contenía -por no mencionar el rostro de una tal Françoise Michelet- pero, sin embargo, la cadena de eventos iniciada por ese primer encuentro casual llevaría de eslabón en eslabón a una aventura asombrosa que me elevaría por encima de la misma estratosfera; y que me hundiría finalmente en las profundidades de un infierno provocado por el hombre en Orléans.

En ese año culminante de 1870 yo era agregado subalterno del Foreign Office. Mi padre, desesperado por mi poco carácter y aún más reducido intelecto, había estado dispuesto a encontrar un puesto en el que pudiese realizar un significativo servicio al país. Sospecho que jugó con la idea de adquirir una comisión para mí en uno u otro servicio militar; pero, advertido como estaba por las experiencias de Hedley en Crimea, se había decidido en contra de ese curso de acción. Además, yo siempre había demostrado facilidad para los idiomas, y padre imaginaba vagamente que eso podría ser útil en puestos de ultramar (se equivocaba, por supuesto; el inglés sigue siendo la lengua común del mundo civilizado).

Y así me convertí en diplomático.

Deben imaginarme entonces, a los veintitrés años de edad, en algún lugar por debajo del primer escalón de la gran Escalera de la Diplomacia. Medía cinco pies y diez pulgadas, tenía complexión esbelta, pelo rubio e iba bien afeitado; una apariencia aceptable, si puedo decirlo, aunque no demasiado brillante. No hacía mucho que había salido de la universidad pero ya estaba aburrido de mi trabajo, que consistía en su mayor parte en mover papeles en una pequeña oficina en el fondo de Whitehall (había deseado un destino en la capital, Manchester, pero pronto había descubierto que Londres seguía siendo el centro administrativo del Imperio, a pesar de su reducido estatus nacional). ¡Cómo había esperado con ansia mi primer destino en ultramar! Mientras miraba distraído al papel secante, caminaba frente a los palacios enjoyados de los príncipes de Raj, me enfrentaba a los indios salvajes de Canadá armado sólo con notas del Tesoro y clips de cocodrilo, y mi taza de té era una goleta en la que navegaba a las órdenes de Cook hacia los brazos morenos de doncellas de los Mares del Sur.

Con todo eso para hacer durante el día, no completaba demasiados trabajos; y el señor Spiers, mi superior, empezó pronto a mostrar una presión de vapor peligrosamente alta.

Por tanto, me sentí más que feliz cuando mi facilidad para las lenguas me proporcionó una misión para asistir a la inauguración de la Nueva Gran Exposición.

Spiers apareció sobre mi escritorio manchado de tinta, las temblorosas mejillas hinchadas por la ginebra y el triste bigote de morsa colgándole sobre la boca.

-Serás el asistente de la delegación prusiana -dijo-. El viejo Bismarck en persona asistirá, o eso me han dicho.

Podía sentir un murmullo de envidia entre los compañeros de fatigas. Codearse con el príncipe Otto von Schönhausen.

Bismark, el Canciller de Hierro de Prusia, quien ni cuatro años antes le había dado a los ejércitos del viejo Franz Joseph de Austria un buen repaso en menos de dos meses... Spiers dijo:

-Los prusianos viajarán en tren ligero hasta los puertos belgas, y luego por correo rápido hasta Dover. Estarás en la delegación que los recibirá en tierra.

-Sí, ¿por qué una ruta tan complicada? El tren ligero desde Calais es mucho más rápido...

Puso los ojos en blanco.

-Vicars, siempre que pienso que te he subestimado, lo vuelves a hacer. Por la situación entre Prusia y Francia, muchacho. ¿No lees los periódicos? Por Dios, no hables con Bismark o comenzarás otra maldita guerra...

Y continuó con comentarios de ese estilo.

En cualquier caso, ordené mi mesa con el corazón ligero y me encaminé a Dover. La delegación prusiana viajó desde ese puerto por tren ligero hasta Londres; la compañía de ferrocarriles había dispuesto un vagón especialmente decorado con las armas del rey Guillermo de Prusia, y el águila prusiana volaba en gallardetes en cada esquina. ¡Debíamos formar un buen espectáculo al recorrer nuestro único raíl a cincuenta millas por hora y a cien pies por encima de la campiña de Kent!

La delegación cenó en la embajada imperial en la plaza de St. James, y también fue un gran espectáculo. La docena de prusianos en uniformes de gala, con los pechos brillantes por las medallas, parecían una fila de pavos reales avejentados. Con mi nueva faja, el más joven de la delegación y sin medallas, me sentí sin habla; pero en cuanto el vino y otros licores ejecutaron su magia mi espíritu pareció expandirse para llenar el espacio ornamentado del comedor de Su Excelencia. Jugué con la cubertería de plata y saboreé el aroma de un brandy embotellado antes de que Napoleón fuese un muchacho, y mi mundo de las mesas manchadas de tinta parecía tan lejano como la Pequeña Luna. Al fin, me decía, sabía por qué me había unido al servicio diplomático.

Mientras la noche se acababa, el mismo Bismarck acabó tomándome aprecio. Otto von Bismarck era un caballero rotundo, como un abuelo; y para él yo era «Herr Vicars, mi amable anfitrión». Yo sonreía con ojos vidriosos y buscaba temas de conversación. Bismarck comía vorazmente, pero sólo bebía una cerveza germánica de terrible olor que venía en una jarra con una enorme tapa; yo suponía que filtraba los peores elementos de la cerveza por medio de su impresionante bigote. La cerveza, me susurró Bismarck en su inglés entrecortado, le ayudaba a olvidar las complejidades de su vida en la corte del rey Guillermo, y a quedarse dormido cada noche.

En la mañana del dieciocho nos levantamos temprano. La Pequeña Luna todavía era visible en el cielo de la mañana, un puño de luz que se movía sin pausa hacia el horizonte. Tomamos el tren ligero de Euston a Manchester Piccadilly, y de allí nos abrimos paso en cabriolé hasta el parque Peel, al norte de la ciudad. Al mediodía, nos habíamos unido a la procesión de dignatarios que se acercaba a las grandes puertas de la Catedral de Cristal que había sido construida en el parque. Incluso Bismarck, Coloso de Europa, se convirtió en otro rostro en la multitud; y me divertía -e impresionaba- ver cómo la redonda mandíbula prusiana caía al acercarnos al nuevo símbolo del ingenio británico.

Como el primer Palacio de Cristal -que había sido edificado en Hyde Park para la Gran Exposición de 1851- la catedral era un monumento de hierro y cristal diseñado por sir John Paxton. Distribuido en el estilo gótico cruciforme, sus paredes se elevaban sobre nosotros bajo la luz del sol de julio que se reflejaba en miles de placas de vidrio. Una conexión de tren ligero venía del este sobre fáciles pilones y entraba en el edificio por medio de un portal arqueado a unos cien pies del suelo. Sobre la entrada de la Catedral había una aguja de quinientos pies de alto; la distante punta, que mostraba una agitada bandera británica, parecía rozar las nubes.

Apenas escuché el murmullo continuado de mis colegas mientras explicaban la exposición a la sorprendida delegación prusiana.

-Con más de cincuenta acres de vidrio, el doble que el Palacio de Cristal del 51, y con cien mil compañías en exhibición (el doble que París en 1867) esta feria será realmente una exposición de las obras industriales de todas las naciones; además de ser una celebración adecuada de la nueva situación de Manchester; Manchester y el norte de Inglaterra, taller y capital de Gran Bretaña y el Imperio... los organizadores esperan un total de diez millones de visitantes; cien mil sólo el primer día...

Entramos en el edificio. Me quedé bajo el vasto y silencioso espacio: el techo de vidrio parecía estar tan alto que parecía que podrían formarse nubes bajo él, y el armazón de hierro de la construcción de sir Joseph parecía demasiado ligero, claramente incapaz de soportar el peso de tanto vidrio. La impresión total era la de un inmenso invernadero, pero sin el calor que cabía esperar; de hecho, el aire en el interior del edificio era agradablemente fresco,

gracias a veinte grandes ventiladores colocados en lo alto de las paredes y propulsados, se me dio a entender, por turbinas de antihielo.

El murmullo de voces emocionadas que cubría el edificio parecía confinado a unos pocos metros de atmósfera justo por encima de mi cabeza, como si el vasto volumen de aire redujese las actividades humanas a lo insignificante. La conexión de tren ligero recorría el gran espacio sin ningún medio visible de apoyo, terminando en una pequeña plataforma construida en el interior de la pared; una escalera mecánica llevaba a los pasajeros de la plataforma al suelo.

Se había construido una tarima alta en el otro extremo del edificio; y exhibía un conjunto de caballeros de aspecto distinguido con levitas y sombreros de copa... sin mencionar una orquesta completa y miles de cantantes de coro. Reyes, cancilleres y presidentes formaron mansamente en filas frente a la tarima. Guié a mi expedición de prusianos a las posiciones marcadas con cintas rojas sostenidas por apoyos de bronce. Permanecí en mi lugar pacientemente, con las manos enguantadas cruzadas frente a mí; y mirando hacia abajo, me asombré al comprobar que todo el suelo de la catedral estaba cubierto de una gruesa alfombra roja.

-Es ciertamente una ocasión muy cara.

Miré a mi derecha, sorprendido... y me encontré mirando a un par de ojos femeninos, azules como el hielo y de agudo humor, engarzados en un rostro de porcelana china.

Ensayé una respuesta entrecortada.

-Perdóneme -me dijo tolerante-. Le pillé mirando a la alfombra extensa. Yo también me sentía impresionada -me sonrió y fue como si hubiese salido el sol. Mi nueva interlocutora tenía quizás unos veinticinco años; vestía un elegante vestido de terciopelo azul pálido de delgada cintura que destacaba sus ojos perfectamente; llevaba el pelo negro como la noche en un moño simple, aunque los rizos caían encantadores por los bordes. Alrededor del cuello llevaba una cinta de terciopelo negro, y ese cuello, una escultura en pálida carne, guiaba suavemente mis ojos a zonas de piel cremosa...

Que yo, imbécil de campeonato, miraba imperdonablemente. Era vagamente consciente de un joven más allá de ella, un ejemplar delgado y moreno que me miraba sospechosamente -Perdóneme Vicars -dije al fin- Mi nombre es Vicars; Ned Vicars.

Ella me ofreció una pequeña mano enguantada; la sostuve con suavidad.

-Yo soy Françoise Michelet.

-Ah... -Su acento era ligero pero inconfundible; vocales cortas con la suave entonación de las provincias galaicas del sur, quizá Marsella-. Es francesa, señorita.

-Debería estar en su Foreign Office -dijo con sequedad.

-Lo estoy -contesté como un idiota, y luego sonreí para mí al entender el chiste-. Me temo que estoy aquí a causa de mis obligaciones oficiales.

-Estoy segura de que hay obligaciones más terribles.

-¿Y usted?

-Estrictamente por placer -dijo, la voz ligera y algo aburrida-. Éste es uno de los grandes acontecimientos de la temporada; y pronto me iré a Bélgica para el lanzamiento del Príncipe Alberto. Hay que reconocer que hoy en día los británicos dan buenas fiestas.

-Y si todos los invitados son tan encantadores como usted, estoy seguro de que las molestias valen la pena.

Levantó las cejas ante ese torpe requiebro.

-¿Asistirá usted al lanzamiento del Príncipe Alberto, señor Vicars?

Fruncí el ceño.

-Me temo que mis obligaciones con la delegación de Herr Bismarck me mantendrán ocupado hasta después del lanzamiento. Pero -me apresuré a añadir- quizá podríamos...

Pero no había ninguna posibilidad de seguir hablando con aquella encantadora extranjera; porque, a la señal del repique de un coro de voces que se reflejaba en las paredes de vidrio, la procesión real subía grandiosamente por unos tramos de escaleras hasta la tarima.

Su Majestad imperial era una figura elegante de negro, casi perdida entre el escarlata y la plata de los uniformes oficiales. Un poco detrás de Eduardo marchaba Gladstone, el primer ministro, siendo su traje gris una mancha sosa entre el brillo militar.

Se hizo el silencio en el coro, los últimos ecos resonando en las placas de vidrio como aves atrapadas. Luego, el arzobispo de Canterbury se adelantó, con mitra y todo, y nos llamó, con tonos sonoros, a la oración.

Un silencio reverencial descendió sobre la gran multitud.

Entonces el mismo Eduardo se puso en pie. Yo estaba muy lejos en aquel vasto espacio del edificio, pero pude ver cómo se ajustaba los quevedos y se refería a un pequeño libro de notas. Habló en voz baja, pero aun así parecía llenar el enorme salón de vidrio.

Con palabras simples y sin afectación, recordó la primera exposición en 1851 que, como la presente, había tenido el propósito de «unir al gran arte con las grandes habilidades mecánicas», que la primera feria había sido inspirada por el padre de Eduardo, el príncipe consorte Alberto, desde entonces muerto de fiebres tifoideas; y Eduardo señaló lo orgulloso que se hubiese sentido Alberto de ver los acontecimientos de hoy.

Mientras hablaba el Rey, me asaltó una sensación de dislocación. Jefes de Estado como Bismarck y Grant permanecían respetuosamente en pie, en el corazón del imperio más poderoso que el mundo hubiese conocido; un imperio cuyas naves dominaban los mares, y cuyas maravillas mecánicas de antihielo unían el globo.

Y, sin embargo, allí estaba un joven delgado de aspecto llano, hablando tranquilamente de su padre perdido.

Su Majestad acabó y se retiró, y el coro se embarcó en el Coro del Aleluya.

Françoise se inclinó hacia mí y me murmuró por entre la música.

-Una actuación bastante contenida para el nuevo Rey.

-¿Cómo dice?

-Se dice que el joven, Eduardo, con su círculo de amigos acomodados como Lipton es una especie de... ¿cuál es la palabra? ¿Un sibarita? Un hedonista tan llano encaja bien con el tipo de hombre con poder hoy en día en su país, me refiero a los industriales, cosa que su madre no pudo hacer nunca.

Respondí algo envarado.

-Victoria abdicó después de la pérdida de su marido, y la súbita retirada de Disraeli hace dos años. Y en lo que se refiere a Eduardo...

Pero sus labios húmedos formaron una deliciosa -pero jocosa- mueca.

-Oh, ¿le he ofendido?... Bien, mis disculpas. Pero Eduardo tiene razón en una cosa: Alberto se hubiese sentido orgulloso de ver esto. Y más orgulloso aún de ver el comportamiento de los ansiosos políticos de su Parlamento.

Su perfume me llenaba la cabeza, y luché por conservar el dominio del habla.

-¿Qué quiere decir, señorita?

Agitó el guante en el aire.

-Françoise, por favor. Sus parlamentarios se opusieron a la primera exposición de Alberto; pero en cuanto vieron lo bien que consiguió sus fines, se echaron unos sobre otros para apoyar eventos posteriores. -Me miró curiosa, y dos pequeñas arrugas aparecieron en su naricita-. Entiende usted el propósito de estas ferias, ¿no, señor Vicars?

-Como dijo Su Majestad, una celebración de...

El guante volvió a agitarse, un poco más impaciente.

-Para promover el comercio, señor Vicars. Su Catedral de Cristal es un vasto escaparate para los productos británicos.

Mientras forzaba mi pequeño cerebro en busca de una forma de continuar la conversación, el acompañante de Françoise le tocó el brazo.

-No debemos retener a tu nuevo amigo, querida. -Su acento era torpe, y fijó la vista en mí con mirada de pez-. Estoy seguro de que tiene obligaciones.

Nos presentamos formalmente -resultó ser un tal Frédéric Bourne, un joven francés aristocrático sin ocupación evidente y nos dimos la mano con aún más rigidez.

Françoise lo observó todo con diversión clínica.

La música había terminado; los asistentes desmontaron las cuerdas, y las filas de dignatarios se separaron. Me volví una vez más hacia Françoise.

-Ha sido un placer conocerla.

-Para mí también -dijo rápidamente en francés-. Al menos me alegró descubrir que no pertenecía a esa delegación de cerdos alemanes.

Esas palabras me sorprendieron.

-Señorita -protesté en su lengua-, tiene usted opiniones fuertes.

-¿Le sorprende? -Levantó una ceja perfecta-. Usted es diplomático, señor; seguro que entiende la importancia del telegrama Ems.

Ese documento era la comidilla de Europa en aquel momento. Se había producido una disputa entre Francia y Prusia por la propuesta del rey Guillermo proponiendo a su pariente, el príncipe Leopoldo Hohenzollern, como candidato al trono de España (que había sido abandonado por la escandalosamente promiscua reina Isabel). Francia, por supuesto, protestó; pero las alegaciones hechas directamente a Guillermo por el embajador francés habían caído en oídos sordos. Ahora los prusianos habían manifestado de forma insultante esas alegaciones en el telegrama Ems.

-Ese documento -dijo la muchacha-, es una afrenta para Francia.

Sonreí, esperaba que indulgentemente.

-Mi querida señorita, temas tan anticuados como la sucesión española apenas tienen sentido en el mundo moderno. -Señalé con la mano todas las maravillas que nos rodeaban-. ¡Y éste, señorita, es el mundo moderno!

Ella frunció el ceño.

-¿Sí? No sea paternalista conmigo, señor. Es evidente para todos menos los más ingenuos -me ruboricé- que la candidatura española tiene poco interés intrínseco, pero es un asunto que el taimado Bismarck está empleando para provocar una guerra con Francia.

Me incliné hacia ella y expresé tranquilamente el punto de vista del cuerpo diplomático británico.

-Para ser sincero, señorita, los prusianos son como un chiste, con todos esos gestos -conté con los dedos-. Primero, Francia posee el mejor ejército de Europa. Segundo, vivimos en la Edad de la Razón. Hay un equilibrio de poder que ha permanecido desde el Congreso de Viena, que siguió a la caída de Bonaparte hace más de cincuenta años; y...

Me hizo callar con un gesto.

-Bismarck es un oportunista. No le importa nada el equilibrio; su único motivo es su propia ambición.

Negué con la cabeza.

-¿Pero cómo podría ayudarle una guerra con Francia?

-Eso debe preguntárselo a él, señor Vicars. En lo que a Francia se refiere, seguro que ya sabe que nos hemos movilizado...

Sentí que se me caía la mandíbula, como a un pez.

-Pero...

Pero el moreno Bourne le volvía a tocar la manga, y ella terminó nuestra conversación con gracia. Me maldije a mí mismo. ¡Haber permitido que aquella visión se manchase con los detalles oscuros de la candidatura de Hohenzollern! ¿En qué estaba pensando?

Le grité:

-Quizá la veré más tarde...

Pero había desaparecido en la multitud que se disolvía.

Los expositores estaban distribuidos alrededor del suelo de la catedral -y en el balcón que recorría las paredes- bajo masivos emblemas que identificaban los países de origen.

Aquellos emblemas estaban construidos con tubos que brillaban con luz eléctrica. Bismarck y su séquito recorrían las muestras con paciencia y humor. Se sintieron particularmente atraídos por los expositores de los Estados Unidos de América. Entre los revólveres Colt, tarrinas de tabaco de mascar, y otras expresiones del carácter americano, había máquinas cosechadoras de la compañía McCormick; las calderas y chimeneas parecían lo suficientemente grandes para un acorazado, y los prusianos se arremolinaron asombrados bajo las hojas de cortar de seis pies de alto.

Un extraño, un hombre bajo con rostro redondo y burlón, se inclinó hacia mí.

-Una yuxtaposición interesante ¿no cree?

-¿Perdone?

-Aquí, ante los frutos del ingenio anglosajón moderno, tenemos a los avejentados generales del Viejo Mundo; y mientras sus ejércitos se acercan a Francia no dudan en pensar en cómo podrían convertir ese gran arado americano en una espada mecánica.

Me reí.

-Conociendo a esos prusianos, sospecho que tiene usted razón, señor.

Me tendió la mano; la estreché.

-Me llamo George Holden -dijo. Me estudió, mirándome a la cara con una mirada sincera y clara; juzgué que tendría unos cuarenta años, con rasgos sonrosados y algo toscos bajo una mata de pelo negro. Una cadena de reloj Alberto como una cuerda le cruzaba la amplia barriga.

Me presenté.

Holden dijo:

-Me alegra conocerle. Me siento afortunado de poder mezclarme con esta compañía; soy un simple periodista, informando sobre estas festividades para el *Manchester Guardian*.

Los prusianos se habían desplazado hasta la exhibición de Canadá. Bismarck cogió una navaja suiza del tamaño de un libro pequeño de la que un cartel decía con orgullo que tenía no menos de quinientas hojas. Con el rostro maravillado, el Canciller de Hierro fue sacando una hoja tras otra.

-Mire eso -dijo Holden agriamente-. Son como niños encantados, ¿no?

En realidad, yo consideraba el disfrute juvenil de Bismarck como bastante atractivo; pero no dije nada.

El grupo se movió como un todo al siguiente expositor: el británico. Se me aceleró el pulso por la anticipación al acercarnos; pero los alemanes, sin duda deseosos de ganar algún punto, pasaron corriendo por la espectacular exhibición, con las grises cabezas militares completamente rectas. Sin embargo, vi más de un ojo reumático que se movía ligeramente a los lados; y en lo que a mí respecta, miré ansioso, deseoso de beber todos los detalles de aquellas maravillas.

La exhibición estaba dominada por grandes máquinas relucientes con pistones unidos y altas chimeneas, que en el interior de la delicada catedral parecían pájaros enjaulados. Había un nuevo tipo de tren ligero, en el que la locomotora tenía forma de bala con las bocas de las chimeneas a ras del casco. La locomotora tenía un aspecto tan ligero y grácil como si pudiese volar, y estaba montada sobre una sección del estrecho y único raíl que era la característica del tren ligero. La novedosa forma de bala, me dijo mi nuevo conocido Holden, estaba diseñada para que el aire pasase por el tren con mayor facilidad, permitiendo así que el tren ligero alcanzase mayor velocidad.

-Pero -me explicó-, es la enorme concentración de energía calorífica posible con el antihielo, y la gran eficacia mecánica consecuente, la que permite la construcción de maravillas compactas como ésta.

Un único vagón estaba unido a la locomotora (aunque un cartel nos informó que aquel modelo podía manejar con seguridad hasta cincuenta). A través de las grandes ventanillas, examiné los cómodos asientos tapizados de terciopelo rojo, y el brillo del bronce y el cuero pulido hacía que el vagón fuese tan invitador como el salón del mejor club.

Otro dispositivo que me llamó la atención fue una nueva forma de máquina excavadora. Un carruaje cerrado no mayor que una camilla de hospital tenía al frente un disco de acero endurecido. Ese disco tenía unos diez pies de diámetro y llevaba hojas y palas de todos los tamaños.

-Esto va a revolucionar la extracción de carbón y otros minerales -dijo Holden-. Aquí tenemos otro invento imposible sin el antihielo; sin las calderas compactas y limpias posibles con el antihielo, una máquina como ésta exigiría una caldera del tamaño de una locomotora, y en el interior de una mina se ahogaría en sus propios vapores.

Admiramos nuevos diseños de prensas de vapor y máquinas para algodón.

Mi imaginación juvenil se vio atrapada por la maqueta del nuevo Puerto Rey Eduardo en Liverpool, ¡incluso con pequeñas cantidades de agua para representar el Mersey, y clípers y cargueros de juguete que flotaban de verdad!

Ahora la expedición se detuvo y, mirando más allá de las espaldas rectas como baquetas de los prusianos, podía ver cómo a Bismarck se le presentaba un caballero alto, de más de setenta años. Ese caballero llevaba una gastada chistera del estilo dominante treinta o cuarenta años atrás, y su rostro, enmarcado por elegantes patillas como chuletas de ternera marcadas de gris, era una máscara arrugada de cicatrices y quemaduras, y en el centro descansaba una nariz artificial esculpida en platino.

Los brillantes ojos azules miraron a Bismarck, y sostuvo la mano del Canciller como si fuese carne muerta desde hacía un mes.

Me volví agitado hacia Holden.

-Ése es... ése es...

Le divirtió mi emoción.

-Sir Josiah Traveller; el gran ingeniero, y el heredero del manto de Brunel, en persona.

-No sabía que Traveller iba a asistir. Corren rumores de que es casi como un recluso.

-Quizás el atractivo de los presidentes y los cancilleres ha superado la timidez del gran hombre.

Estudié a Holden brevemente; aunque el tono era cansado y desdeñoso, vi cómo tenía los ojos fijos en Traveller con ansia. Para picarle, dije:

-Claro, los periodistas siempre dicen que sir Josiah está sobrevalorado. Es sólo su acceso virtualmente exclusivo a esa sustancia maravillosa el antihielo, lo que le da fama.

Holden gruñó.

-Descubrirá que este periodista no dice tales tonterías. Traveller es un genio, amigo. Sí, el antihielo ha convertido sus visiones en realidades; pero ningún otro hombre hubiese podido concebirlas. Los dispositivos de antihielo de Traveller tejen caminos plateados por encima y por debajo del globo. Josiah Traveller es el Leonardo de nuestro tiempo... -Se acarició inquisitivo la barbilla-. Pero eso no quiere decir, por supuesto, que sea un genio en todos los campos. Los asuntos financieros y comerciales parecen confundirle; de forma muy similar a su famoso mentor, Brunel. ¿Sabe que se duda del lanzamiento del crucero terrestre el *Príncipe Alberto*?

Negué con la cabeza.

-Está prácticamente terminado, pero la compañía de Traveller todavía debe obtener los fondos para mantenerlo operativo. He oído que se emitirán nuevas acciones, y que Traveller también, me han dicho, ha consultado con el Gabinete. -Holden exhaló y tiró de la cadena del reloj-. Quizás eso explique su presencia aquí. ¿Va a asistir al almuerzo, señor Vicars?

-Me temo que no -contesté sombrío-. Aunque me gustaría mucho... por varias razones -dije, pensando en Françoise.

Holden me miró con curiosidad, pero no siguió preguntando.

Examiné el disgusto en el rostro castigado pero bastante noble de Traveller, y me imaginé lo impaciente que debía sentirse por terminar con aquello y volver a sus talleres y mesas de diseño.

-Es una desgracia -le comenté a Holden- que esperemos que nuestros ingenieros sean también diplomáticos.

Holden sonrió.

-Quizá también sea una suerte que no les pidamos a nuestros diplomáticos que sean ingenieros.

Ahora los prusianos, siempre deseosos de demostrar lo poco impresionados que se sentían, se volvieron lánguidamente a otra exhibición, un conjunto de fotografías. Traveller se quedó solo, con el demacrado rostro totalmente inexpresivo; y yo, movido por un impulso, me acerqué al ingeniero.

-Sir Josiah -dije para quedar confundido a continuación, porque la mirada que bajó por el pico de platino era simultáneamente desdeñosa y penetrante-. Perdóneme señor -continué y me presenté.

Asintió cortés.

-Bien, señor diplomático -dijo-, ¿cuál es el punto de vista diplomático sobre estos juguetes que he presentado? -su voz era como el estruendo de un enorme motor de vapor, y me pregunté si su garganta y pulmones no habrían quedado tan dañados como su rostro en los accidentes que tan marcado le habían dejado.

-¿Juguetes, señor? -Señalé las líneas gráciles de la máquina de tren ligero, que estaba bañada por la luz azul de la catedral-. Pero si éstos son logros de la mecánica racional moderna, ayudada por el potencial del antihielo...

Se inclinó hacia mí.

-Juguetes, muchacho -dijo- Juguetes para los que son como estos prusianos suyos. Mientras estén distraídos no se les ocurrirá explotar el antihielo con propósitos más siniestros.

Creí entender.

-Se refiere a Crimea, señor.

-Sí. -Me miró con algo de curiosidad-. La mayoría de los jóvenes de su edad ignoran tan por completo esa terrible campaña como las expediciones galas de julio César.

-Yo no. -Le describí las experiencias de mi hermano Hedley. Le conté cómo, al regresar a Inglaterra herido pero vivo, Hedley había vuelto al hogar paterno, Sylvan, y ahora trabajaba tranquilamente como contable. Finalmente se había casado con la dama, antes una ayudante de cocina, con la que previamente había formado una unión indiscreta, lo que le había impulsado a huir hacia la guerra en Rusia. Hedley me había contado sus impresiones de las reacciones de Traveller al uso del antihielo. Traveller escuchó con cuidado-. Por tanto -concluí-, desde Sebastopol, usted ha decidido que la única aplicación del antihielo sería para proyectos de paz.

Asintió con los ojos azules como diamantes.

-Pero -continué-, sir Josiah, esto es Inglaterra, no Prusia. Seguro que no debe temer que el gobierno británico vuelva a pedir el uso del antihielo para esos propósitos...

-Creo -me interrumpió, apartando la vista de mí-, que sus prusianos ya han terminado su paseo. Quizá debería reunirse con ellos.

Y sí, Bismarck y sus acompañantes se apartaban regiamente del conjunto de fotografías. Buscando algo que decir como despedida a Traveller, probé:

-Una intrigante muestra fotográfica. -De hecho eran bastante confusas; miré a una serie de superficies curvas y brillantes situadas contra fondo negro.

Traveller volvió a acercárseme.

-Intrigante, sí. ¿Sabe qué muestran?

Indiqué mi ignorancia.

-El planeta Tierra -susurró Traveller-, desde quinientas millas sobre la superficie.

Abrí la boca sorprendido, e intenté plantear una pregunta; pero Traveller ya se había dado la vuelta y sólo pude ver su espalda recta perdiéndose en la multitud.

Los prusianos formaban una fila orgullosa frente a las exhibiciones donadas por su patria, y un fotógrafo se escondió bajo su terciopelo negro. Bismarck me hizo un gesto.

-Entonces, Herr Ned Vicars -dijo-, ¿no está impresionado por lo que los alemanes tienen para ofrecer al mundo?

Improvisé una respuesta.

-Señor, sus expositores demuestran un alto grado de habilidad.

Él inclinó la cabeza y suspiró burlón.

-Nosotros pobres alemanes no tenemos su antihielo para jugar con él; así que tenemos que compensarlo con mejor ingeniería, mejores artesanos, y mejores técnicas de producción. ¿Eh, Herr Vicars?

Enrojeciendo sin remedio, busqué una respuesta a esa burla, pero en ese momento un asistente tocó la manga de Bismarck. El Canciller escuchó atentamente. Finalmente se enderezó con los ojos brillantes y duros.

-Debe perdonarme. -Palmeó las manos una vez, dos; y la fila ordenada de prusianos se rompió inmediatamente. El fotógrafo salió de la tela, con todos los signos de la exasperación en el rostro.

Pronto los prusianos se encontraron casi en formación militar y se dirigieron con rapidez hacia la salida. Mi superior por ese día, un tal Roderick McAllister, se apresuró tras ellos; le agarré el brazo.

-McAllister, ¿qué pasa?

-Me temo que la fiesta ha terminado, Vicars. Los prusianos acortan su visita; tengo que ir a buscarles transporte...

-¿Pero qué hay de mí? ¿Qué haré?

Miró por encima de mi hombro.

-¡Quedas relevado! Vete de vacaciones... -Y desapareció; los prusianos habían creado un camino que atravesaba las sorprendidas multitudes de dignatarios, y el pobre Roderick corrió tras ellos como un perrillo.

-Tipos decididos, ¿no?

Me rasqué la cabeza.

-Un cambio muy drástico, señor Holden. ¿Sabe qué ha pasado?

Me miró sorprendido, y se aplastó el pelo negro grasiento sobre la cabeza.

-A los diplomáticos no les cuentan nada, ¿eh? El resto de la exposición conoce ya la noticia.

-¿Qué noticia?

-Francia ha declarado la guerra.

-Bien, yo... ¿con qué pretexto? -jugó con la cadena del reloj.

-Ese maldito telegrama, no debería sorprenderme. Y no es una coincidencia la oportunidad. Puede uno confiar en que los malditos franceses irían a la guerra justo cuando se inaugura la exposición; harían cualquier cosa por ser los protagonistas, ¿no?

Él me examinó.

-Aun así, es una desgracia, señor Vicars, parece que tiene usted unas vacaciones inesperadas. Supongo que todavía queda tiempo para ir al lugar del lanzamiento del *Príncipe Alberto*; viajo en esa dirección, por si está interesado...

Al principio, distraído, negué con la cabeza.

-Creo que debería presentarme en el trabajo, vacaciones o no...

Entonces recordé a Françoise.

Toqué la espalda de Holden.

-Pensándolo mejor, señor Holden, ésa es una magnífica idea. ¿Me dejará que le invite a té mientras la discutimos?

Atravesamos la exposición, que estaba animada por las charlas de guerra.

2

CRUZANDO EL CANAL

No estaba previsto que el *Príncipe Alberto* soltase sus amarras hasta tres semanas después, y Holden y yo decidimos esperar antes de viajar a Ostend. Fue un periodo que pasé entrando y saliendo de mis habitaciones en Bayswater. La compañía de mis amigos, mientras llenábamos los cafés, restaurantes y teatros de variedades, me parecía de pronto inexperta y despreciable; más de una vez me encontré sosteniendo sombrío un whisky con soda en la esquina de un club, mirando a mis compañeros comportarse como idiotas; imaginando lo que la elegante Françoise pensaría de tales actos.

Regresé a la exposición, pero no volví a encontrarme con Françoise. Ni tampoco encontré ninguna mención suya en las columnas de sociedad, por mucho que busqué.

Por tanto, me sentía estúpidamente encaprichado después del más breve de los encuentros...

Pero tenía veintitrés años, y dudo que alguna vez llegue a considerar mi yo más joven con algo mejor que un afecto ligeramente embarazado.

Al fin, el uno de agosto, preparé una pequeña bolsa de viaje y me dirigí a la Estación Internacional de Dover. La niebla todavía rondaba los muelles cuando salí, con los ojos legañosos, del correo ligero de Waterloo, pero allí estaba George Holden redondo y feliz como un botón; me dio la mano y me ofreció una trago celebratorio de brandy de una petaca de plata. Al principio me negué, pero el líquido caliente ejecutó con rapidez su feroz magia. El tren relucía en su raíl elevado como un pez aéreo de madera y latón, y mientras lo miraba mi futuro parecía teñido de aventura, emociones y, quizá, romance.

... pero íbamos con retraso.

El sol atravesó el cielo, cálido y blanco. Holden y yo bebimos interminables tazas de té y mordisqueamos naranjas confitadas y, al volverse amargo en mi estómago el brandy matutino, recorrimos los límites de la estación.

El problema se centraba en uno de los pilares que surgía de la plataforma para sostener el tren ligero a cien pies por encima de nuestras cabezas. Ese pilar estaba acordonado por un trozo grasiento de cuerda mientras agentes de policía inspeccionaban cada pulgada accesible. Esos condestables desafortunados, sudando bajo las gruesas guerreras de sarga, tenían un aspecto muy cómico mientras subían por las precarias escaleras. Uno de ellos se golpeó la cabeza contra una viga y el casco cayó volando sobre el macadam, para gran alegría del público presente. El agente se frotó la calva y soltó algo de lo más indigno.

Se había colocado a un policía mayor para mantener el cordón; su rostro era un charco redondeado de sudor y su voz estaba manchada por el fuerte acento rural de Kent.

-Sospechamos de la presencia de un dispositivo explosivo- dijo en respuesta a nuestras preguntas.

-¿Se refiere a una bomba? -pregunté incrédulo-. Pero una bomba lo suficientemente potente podría destruir el tren. ¡Podrían morir docenas... cientos de personas!

El policía tenía aspecto sombrío.

-¿Quién podría hacer tal cosa?

-Ah. -Se echó el casco hacia atrás-. El mundo está lleno de anarquistas, socialistas y otros lunáticos, señor; no todo el mundo es tan razonable como usted o yo.

Holden me tocó la manga y me apartó de allí.

-Quizá -murmuró, su amigo cubierto de paja tenga razón. Pero me temo que hay muchos otros sospechosos para tal atrocidad, y cualquiera de ellos podría parecer tan racional como usted o yo... o incluso como el condestable de paja de ahí.

Reí.

-¿Pero quién?

Holden se encogió de hombros.

-El tren es un artefacto hermoso, ¿no? Pero hay muchos que lo considerarían una amenaza. Todo lo nuevo es un peligro para el Viejo Orden. Todo lo nuevo exige nuevas formas de ver las cosas, nuevas formas de pensar y, en algunos lugares de nuestro continente, no gustan ideas tan revolucionarias.

Me froté la barbilla y levanté la vista; el reluciente arco del tren atravesaba el Canal, ignorante de mi confusión.

Eran más de las nueve de la noche cuando por fin abordamos la escalera mecánica que nos elevó en el aire y nos llevó al tren. Miré al puerto. Ahora el Sol estaba cerca del agua y la Luna colgaba en lo alto del cielo, un creciente perfecto; la Pequeña Luna era una mancha en forma de patata que fluía como una nube por el cielo que se oscurecía.

Desde la escalera, hicimos cola para cruzar un puente corto. Yo miré hacia la locomotora. El gran dispositivo yacía a lo largo del único raíl como una enorme pantera de hierro, con los relucientes brazos de unión bañados por la condensación. La locomotora era más o menos cilíndrica, como los viejos modelos de carbón, aunque su chimenea era una mera caricatura, un anillo de hierro de apenas dos pulgadas de altura. Entendía que la locomotora no expulsaría grandes cantidades de humo de carbón; es más, la neblina que veía no era humo o vapor, sino condensación que se acumulaba alrededor de los grandes termos Dewar que ocupaban el interior de la locomotora, y que mantenían las preciosas onzas de antihielo a temperatura ártica.

Una placa de bronce unida al cilindro llevaba el número de la locomotora y un nombre: Volador de Dover. Sonreía ante ese rasgo pintoresco.

Le entregué la bolsa a un porteador, que la llevó por un camino aterradoramente estrecho hasta un coche de equipaje, y luego seguí a Holden hasta el nuestro. El coche en sí era más que cómodo, con anchos y bien acolchados sillones tapizados de cuero teñido de un púrpura intenso, el color de la Compañía Internacional de Ferrocarriles. Un camarero, un tipo pequeño con la cara como la de un mono colgándole incongruentemente por encima de la chaqueta blanca, nos trajo bebidas -yo tomé un escocés con agua, Holden un brandy- y, mientras esperábamos a que embarcase el resto de los pasajeros, nos acomodamos en un asiento al lado de una amplia ventanilla para fumar y hablar.

Le comenté a Holden lo pintoresco que me parecía el diseño de la locomotora, en contraste desfavorable con los nuevos dispositivos en forma de bala mostrados en la exposición. Quizá, reflexioné, las ventajas del antihielo no dejaban de tener sus costes. Durante un periodo de tiempo cómodo discutimos sobre ese punto, y nuestra charla se amplió hasta ocuparse del papel y el impacto de la tecnología del antihielo en general; y finalmente Holden, abriéndose más a medida que se relajaba, se decidió a contarme el intrigante relato del descubrimiento del antihielo...

La historia del antihielo (me dijo Holden) comenzó con las oscuras leyendas de los aborígenes australianos. Según aquellos tipos salvajes, en el mismo momento de la aparición de la Pequeña Luna por primera vez en los cielos de Europa (alrededor de 1720), «fuego atrapado en hielo» cayó desde el cielo australiano. El hielo estaba manchado de amarillo y rojo, y cualquier hombre que lo sostuviese en la mano liberaba el fuego demoníaco, para su desgracia.

El explorador británico Ross, en ruta al Antártico, quedó intrigado por esas leyendas, oídas por casualidad en un bar. Decidió encontrar su origen.

Su búsqueda le llevó al cabo Adare, una península antártica al sur del continente australiano. Ross y su grupo pasaron muchos días explorando las planicies cubiertas de hielo. Con el tiempo, se acercaron a una cordillera de montañas bajas y en forma de dientes e, inesperadamente, llegaron a una llanura salpicada de grandes rocas. Mientras el equipo de perros se abría paso por entre esos fragmentos desiguales cubiertos de hielo, Ross pensó (así lo dejó escrito en su diario) que era como si una montaña hubiese estallado y ahora yaciese esparcida en trozos sobre el hielo. Y, curiosamente, había un hueco en la cordillera de montañas; como si faltase un diente en una dentadura sana.

Al acercarse Ross al centro de aquella extraña planicie descubrió que el tamaño de los fragmentos disminuía, hasta que los trineos corrían sobre piedrecillas como gravilla. El hielo en aquella zona también era extraño; era suave como el vidrio y, si faltaban un par de pulgadas de la superficie, bastante claro, y había piedrecillas y rocas empotradas en su interior, como en ámbar.

-Le pareció a Ross -dijo Holden- como si la gran explosión hubiese tenido lugar en aquel punto. Una montaña había quedado destruida, con grandes rocas arrojadas por el aire durante millas; en un instante el hielo se había convertido en vapor, que se había elevado en forma de grandes nubes en el aire helado del polo. El hielo se había vuelto a condensar rápidamente, atrapando los fragmentos. -Holden golpeó la pipa para sacar el tabaco sin quemar, sus rasgos de gnomo habían cobrado vida por el ímpetu de la narración.

»Con creciente excitación, Ross siguió adelante -manifestó Holden.

Y finalmente llegó al centro de la explosión.

Un domo de alguna sustancia amarilla, quizá de unos diez pies de alto, surgía del hielo.

Al principio Ross pensó que era algún tipo de edificio y se

preguntó si no habría descubierto una tribu desconocida de aborígenes antárticos. Pero pronto comprendió que no era una construcción humana; ni tampoco estaba hueco el domo. Era algún nuevo hielo muy extraño. Ross apretó la cara sobre la superficie helada, retiró algunas pulgadas de nieve y miró al enigmático interior.

Hojas de una sustancia entre rosa y roja colgaban como velos en el interior de la masa amarilla.

El grupo montó el campamento al lado del domo de hielo. Ross era consciente de que lo más seguro era llevar una muestra del hielo al barco -e incluso a Inglaterra- para un análisis con más detenimiento. Pero todavía estaba fascinado por la narración de los aborígenes.

Era un hombre inquisitivo; era, después de todo, un explorador.

Por tanto, cuando la breve noche antártica cayó sobre ellos, Ross hizo que uno de sus hombres rascase suficiente material para llenar una taza de latón; y colocaron la taza sobre el fuego.

La mayoría del grupo de Ross se reunió alrededor de la cocinilla.

-La explosión resultante -dijo Holden sombrío- mató a tres de los hombres inmediatamente, y dejó a los demás terriblemente heridos, los perros muertos o aterrorizados y los trineos volcados. El mismo Ross perdió un brazo y un ojo por ese incidente, y describió cómo encontró, en lugar de la cocinilla, un cráter de seis pies de diámetro en el hielo. -Holden sonrió-. Sus anotaciones de ese día en el diario se hicieron famosas. «El hielo amarillo nos ha dejado en un estado lamentable. De la cocinilla y de la taza de Ben no pudimos encontrar nada.»

Sentí cómo las lágrimas asomaban a mis ojos ante el coraje simple de esas palabras; ¡tan típicamente británico, pensé!

Ross y sus acompañantes -los supervivientes- volvieron a su nave y se dirigieron al puerto civilizado más cercano.

Cuando las noticias del descubrimiento llegaron a Inglaterra, la Real Sociedad envió una nueva expedición a cabo Adare, completamente equipada con los últimos dispositivos

científicos; y ahora el cabo sostiene una verdadera ciudad de científicos e ingenieros. El mismo Traveller llama a ese lugar olvidado de Dios su segundo hogar. Y hay una profesión completamente nueva, los criosintesistas, caballeros que inventan formas, empleando grandes termos Dewar y demás, para transportar el antihielo desde el cabo por todo el mundo en seguras condiciones heladas.

Un silbato nos informó de que al fin estaba cargado el tren y listo para partir; y -con un impulso apenas perceptible apenas suficiente para agitar el hielo en el vaso- partimos. El tren pasó junto a los edificios del puerto y luego por encima del Canal de la Mancha. Los últimos rayos de sol hacían que el agua bajo el asiento reluciese como un campo de diamantes, y sentí un ataque de emoción y orgullo.

Una de las sensaciones de la temporada había sido la incorporación de vagones comedor al estilo americano a las rutas más importantes del tren ligero; y el camarero con cara de mono vino ahora a informarnos de que la cena se serviría en quince minutos, y a rellenar los vasos.

Le dije a Holden:

-¿Por tanto, el antihielo sólo está disponible en ese lugar de la Tierra, cabo Adare?

-Es lógico que sólo las regiones polares puedan mantener esa sustancia -dijo Holden-, porque si llega a climas más cálidos rápidamente se autodestruye, así como a buena parte de lo que la rodea. Las regiones antárticas han sido recorridas por nuestros exploradores, es interesante que la bandera británica ondease ya en el Polo Sur en el año 1860, si no fuese por el incentivo del antihielo, ¿quién sabe cuándo hubiésemos podido encontrar el deseo de montar tal expedición?, pero no se ha encontrado más antihielo.

-Así que la cantidad encontrada por Ross es todo lo que hay.

-Evidentemente. Su masa se ha estimado en unos miles de toneladas; y, por lo que sabemos, es todo lo que hay en el globo. Parece como si el viejo relato de los aborígenes fuese cierto: que el antihielo cayó del cielo, sobrevolando Australia para caer en Adare.

Me froté la barbilla.

-Cuando se considera la importancia fundamental de esa sustancia para el papel de Gran Bretaña en el mundo, parecería una cantidad extremadamente pequeña.

Holden asintió.

-Por fortuna, con un poco de antihielo puede hacerse mucho. No más que unas pocas onzas por mes, por ejemplo, serían necesarias para mover este tren... Aun así, tiene razón. Y cada día descubrimos formas más y más ingeniosas de usar esa sustancia.

»Y ése -siguió- es el argumento empleado por aquellos que se oponen a usar nuevamente el antihielo como arma de guerra. Los enemigos de Gran Bretaña no tendrían defensa contra las bombas de antihielo... excepto una: el tiempo. Cuando hubiésemos agotado las preciosas reservas de antihielo, caerían sobre nosotros como lobos.

Holden y yo nos terminamos las bebidas y nos dirigimos al vagón comedor. Al caminar con el espíritu del whisky en el interior, fui consciente de la falta de ritmo en el movimiento del tren. Parecía como si viajásemos en un teleférico. Al mirar por los ventanales, vi cómo el raíl al cruzar el mar estaba suspendido de pilones, y cómo al llegar el vagón a cada pilón se producía una ligera vibración. Los pilones eran pilares formados por armazones de hierro que parecían surgir directamente de la oscura superficie del Canal... pero yo sabía que los pilones estaban de hecho unidos a grandes pontones suspendidos bajo la superficie. La flotabilidad de los pontones los empujaba hacia arriba contra el tirón de los cables de anclaje, y el resultado era una plataforma bastante rígida y robusta considerando las grandes corrientes del Canal.

Los tres puentes del Canal se habían construido de esa forma, tal y como yo entendía, en razón de la ligereza del propio tren y la incapacidad del fondo del Canal para sostener los cimientos adecuados.

Tomamos asiento en el vagón restaurante y pronto nos sumergimos en sonidos familiares y tranquilizadores: los golpes de los cubiertos contra los platos adornados con el emblema del tren ligero, el murmullo de las conversaciones civilizadas, los ricos aromas de la buena cocina inglesa y, más tarde, el oporto, el brandy, el café y los buenos cigarros. Holden

y yo hablamos poco mientras comimos; pero una vez terminada la comida me recosté en la silla, estiré las piernas y levanté el vaso de brandy en dirección a Holden.

-Brindemos por el antihielo -dije, quizás algo espeso- y su progenie, ¡las diversas maravillas de nuestra época!

-Beberé por eso. -Holden sonrió. Se echó atrás y metió los gruesos pulgares en la cadena del reloj-. Pero no le aconsejaría celebrar este brindis arrojando un cubo de antihielo en su próximo whisky. El antihielo, entienda, ha sido bautizado de esa forma por su excepcional antipatía por cualquier sustancia «normal», en ese caso el whisky y el vidrio. El antihielo y una masa igual del vaso y el whisky desaparecerían y serían reemplazados, de forma explosiva, por una enorme cantidad de energía calorífica. Interrumpiendo así su disfrute.

-Por tanto, ¿el whisky, o cualquier cosa, puede convertirse en una sustancia tan destructiva como, digamos, la dinamita?

Holden sonrió indulgente y se pasó una mano por su montón de pelo rebelde.

-Mucho más, joven Vicars. Pero no sabemos cómo. James Maxwell tiene la hipótesis de que quizá el antihielo reacciona de alguna forma química con la materia normal, de forma similar a como el oxígeno reacciona con otros elementos para liberar energía en forma de calor y luz. -Estudió mi cara que, me temía, debía estar en blanco. Dijo amablemente-: le estoy describiendo el proceso normal de la combustión. El fuego, Ned.

-... Ah. Bien, ¡entonces ahí tenemos la respuesta! El antihielo es un nuevo tipo de oxígeno, y lo que tenemos aquí es un nuevo fuego.

-Quizá. Pero Joule, continuando sus experimentos con Thomson, señala que la densidad de energía de las reacciones de antihielo es varios órdenes de magnitud mayor que la asociada con cualquier reacción química conocida. Quizás estemos tratando con fuerzas asociadas con alguna estructura más profunda de la materia, por debajo y más allá de las fuerzas conocidas que actúan en una reacción química. Puede que estemos en el nuevo siglo, Ned, antes de poder explorar con profundidad suficiente en el corazón de la materia, quizá con enormes microscopios, y conocer los secretos en su interior.

Pedí otro brandy.

-Todo eso está muy bien -dije hablador-, pero esos dos tipos famosos, Maxwell y...

-Joule.

-Joule, sí; ¿qué tienen que decir sobre lo que me parece el mayor misterio de todos, el hecho de que sea perfectamente seguro manejar la sustancia a temperaturas polares, y que sólo sea al calentarla que se convierte en explosiva, como descubrió a su costa el pobre Ross?

-Ah. -Holden golpeó la pipa, metió en ella más tabaco que sacó de una bolsita de cuero y la encendió-. Experimentos cuidadosos y peligrosos, realizados en Adare han mostrado que en el interior del antihielo fluyen muy fuertes corrientes magnéticas. Esas corrientes encapsulan la sustancia antipática, aislándola de la materia normal. Pero cuando se eleva la temperatura, los campos magnéticos se rompen... con consecuencias explosivas.

Fruncí el ceño intentando entender.

-¿Y qué produce el magnetismo? ¿Pequeños imanes esparcidos por la sustancia?

Negó con la cabeza.

-La verdad es un poco más difícil de entender...

-Eso me temía.

Holden me describió cómo los experimentos de Michael Faraday habían demostrado que la presencia de una fuerte corriente eléctrica podía inducir un campo magnético. En la sustancia antihielo parece que las corrientes eléctricas fluyen continuamente, generando así el magnetismo requerido. Holden dijo:

-Pero no hay una pequeña dinamo escondida en el material; simplemente parece como si la corriente eléctrica fluyese dando vueltas y vueltas dentro del hielo, como un río en un canal cerrado; sin principio y sin final, y sin causa primera; de forma similar a como los

persas dicen que la serpiente Ourobouros sobrevive consumiendo interminablemente su propia cola.

-¿Sí, por Júpiter? Pero vamos a ver, Holden: un río no se limitaría a dar vueltas y vueltas; tarde o temprano se detendría, no se puede tener un canal circular que vaya siempre cuesta abajo... ¿o sí? -añadí con pronta duda.

Holden inclinó la cabeza en aprobación.

-No. Pero si el canal circular estuviese recubierto de algún vidrio maravilloso carente completamente de fricción, el agua fluiría indefinidamente.

Luché por imaginar tal cosa.

-¿Y cómo ayuda ese canal a explicar el fenómeno eléctrico?

-Faraday ha dibujado caminos invisibles en muestras de antihielo... y en esos caminos no hay resistencia al paso de la corriente eléctrica. Igual que en los canales de vidrio que le he descrito. Faraday ha denominado al fenómeno «Conductancia Aumentada». Es precisamente esa conductancia la que desaparece cuando la temperatura del antihielo se eleva. Las corrientes eléctricas dejan de circular, ¿ve? Y, por tanto, también falla el campo magnético.

-Parece como si pudiese sacarse algo de interés comercial de ese asunto -reflexioné-. Aunque ahora mismo no se me ocurre qué...

-¡Absolutamente! -Holden se recostó una vez más en su silla, con la cabeza envuelta en humo-. Imagine que pudiésemos reemplazar los cables bajo el Atlántico con canales de Conductancia Aumentada. ¡Entonces la menor de las corrientes, la señal más débil, podría atravesar el océano sin la más mínima pérdida! Y más aún, si las líneas de transmisión de energía se fabricasen de material aumentado, ¡la energía eléctrica podría distribuirse por los continentes sin que el coste fuese un problema! -Golpeó con la mano libre en la mesa, haciendo que la cubertería bailase y que una o dos cabezas se volviesen curiosas en nuestra dirección-. Puedo asegurarle, Vicars, que tal transformación haría que los tesoros producidos hasta ahora por el antihielo pareciesen meras baratijas. ¡Cambiaría el mundo!

Reí, entrando en su entusiasmo.

-¿Están seguros los sabios de poder producir esos cables y conexiones?

Él suspiró, como si se desinflase.

-Tengo entendido que Josiah Traveller ha construido prototipos que emplean los caminos aumentados en el interior de bloques de antihielo. Pero no ha resultado posible aislar el componente del antihielo que produce la Conductancia Aumentada.

Asentí con simpatía, viendo en aquel rostro algo extraño y redondo: el alma de un hombre cuyo sueño -de una Europa transformada- parecía casi posible, pero seguía estando lejos de su alcance.

Me miró con un ojo, y con el otro, a mi vaso vacío de brandy.

-¿Está de humor para oír las otras ventajas del antihielo? Como las altas temperaturas que genera, lo que lleva a una impresionante eficiencia de Carnot, proporcional a la diferencia entre temperaturas...

Agité el vaso en el aire.

-Por Júpiter, buen amigo, me impresiona su erudición, pero más aún su perspicacia. ¡Tiene razón! No me siento con humor para explorar más ramificaciones científicas. Pero ¡mire ahí! -De forma algo dramática indiqué con una mano hacia la ventana.

Ya era muy tarde, y -a pesar de los reflejos de las débiles luces de gas del vagón- podía ver cómo el cielo estrellado exhibía la rica luminiscencia, la oscuridad no del todo total de pleno verano. Y, como una balsa de estrellas caídas del cielo, las luces de algún enorme barco pasaban bajo nuestro viaducto de metal. Forzamos nuestras cabezas mientras el movimiento del tren nos alejaba del barco; desde aquella perspectiva podía verse con mayor claridad cómo las luces delineaban el contorno de la nave. Toda la escena estaba enmarcada por lámparas de peligro parpadeantes montadas en los pilones del tren ligero.

-Dios santo -dijo Holden-, qué visión tan maravillosa.

Tuve que mover la cabeza de un lado a otro para apreciar toda la longitud de la nave.

-Vaya, ¡debe tener como media milla de largo! Seguro que semejante leviatán estará propulsado por antihielo.

Holden se recostó en el asiento y pidió más bebidas.

-Exacto. Ese monstruo sólo puede ser el *Gran Oriental*.

-¿El famoso diseño de Brunel?

-No, no; me refiero a la nave diseñada por Josiah Traveller hará unos cinco años y llamada así en honor del gran ingeniero. -Holden sonrió por encima del vaso lleno-. Es irónico que Traveller sufriese problemas económicos similares a los de Brunel para financiar el *Oriental*. Pero claro, el barco de Brunel no era ni carne ni pescado: un transatlántico de pasajeros demasiado feo y sucio para ofrecer algo más que la sensación de novedad. Al menos Traveller decidió desde un principio que su nave sería principalmente un buque de carga. Y así, propulsado por turbinas de antihielo lo suficientemente grandes para ser inmunes a las condiciones atmosféricas y, gracias a los criosintesistas, preservando y transportando las cargas más perecederas, ¡da vueltas al mundo sin siquiera detenerse para repostar!

Levanté la copa y dije, en una voz un poco más alta de lo que había esperado:

-¡Entonces por Traveller, y toda su obra!

Holden levantó su copa; su cuerpo redondo, con brazos sobresalientes, me hizo ver en ese momento de mareo un globo animado.

-Josiah Traveller -reflexionó Holden-. Un hombre complejo. Al menos un ingeniero tan bueno como Brunel, y apenas mejor preparado para tratar con las complejidades del mundo. Quizás incluso menos. Al menos Brunel salía y trabajaba con sus colegas. Traveller, por lo que sé, trabaja recluido en su laboratorio de Farnham. No emplea planos ni mesas de dibujo; en su lugar construye prototipos de invenciones nuevas que hombres menores deben traducir a mecanismos operativos.

-Y, sin embargo, su visión sigue siendo suya.

-Exacto.

Me eché hacia delante con entusiasmo.

-¿Y es cierto, Holden, que Traveller ha viajado más allá del aire? Esas fotografías expuestas en Manchester...

Agitó la mano algo desdeñoso.

-¿Quién sabe? Con Traveller es difícil separar la leyenda de la verdad. Quizás esa mezcla de fantasía suya, aunque es la fuente de su fuerza creativa, sea también su defecto. Mire ese proyecto del *Príncipe Alberto*. ¿Necesita realmente Europa un buque terrestre? Ésa es, me temo, el tipo de pregunta realista que hace el inversor medio, que preferiría invertir el dinero en hilanderías y tornos; me temo que no hay mucha fantasía en esas almas.

Sorbí el brandy.

-No, y sospecho que los partidarios de quedarse en casa no serán los únicos contentos si el proyecto del *Príncipe Alberto* colapsase en la ignominia financiera.

-Ah. -Holden asintió, entrecerrando los ojos, lo que le daba un aspecto taimado-. Muy cierto. No todos los franceses verán con agrado a tal leviatán llevando la bandera inglesa hasta las puertas de París. La envidia es una emoción bastante común entre los continentales.

Me reí.

-Vaya un diplomático que estaría usted hecho, señor.

-Bien, ¡piense en ellos! -siguió con confianza-. Tiene a los franceses bajo Louis Napoleón, el supuesto sobrino de Bonaparte, conjurando continuamente los sangrientos días de antaño. Los rusos son una masa medieval que sueña con el futuro. Austria no es mucho más que una cáscara; ¡mire cómo se quebró durante la Guerra de las Siete Semanas con su prima Alemania! No me sorprende que viren sus ojos envidiosos hacia Gran Bretaña, hogar de la iniciativa y la energía; ¡hogar del futuro!

Atrapado por su vigor y su animado humor dije:

-Quizá tenga razón. Y en cuanto a los prusianos, podemos esperar que la atención de Herr Bismarck esté completamente ocupada con pensamientos franceses. ¡Ja! Pronto descubrirá que ha mordido más de lo que puede tragar, o eso me temo.

Holden parecía más atento, más pensativo.

-Qué mezcla tan combustible y volátil es Europa... Ned, ¿ha visto alguno de los panfletos de los Hijos de la Gascuña? «Una vez más a Calais»... un título emocionante. Los Hijos creen que el deber de Gran Bretaña es imponer orden a los confusos extranjeros.

-Señor -dije cuidadosamente, algo perturbado por las luces oscuras que aparecían bajo el buen humor de Holden-, recuerde que Gran Bretaña es una monarquía constitucional. Ésa es la gran diferencia entre nosotros y los vecinos continentales; en Gran Bretaña el poder está sólidamente refugiado, no en las manos de los individuos, sino en la estructura de viejas instituciones y convenciones.

-Muy cierto -dijo Holden asintiendo-. ¡y, sin embargo, nuestro Emperador Rey y su madre defienden la restauración de los Borbones al trono de Francia! ¿Qué opina de eso? ¿Es muy constitucional? ¿Eh?

Fruncí el ceño, intentando encontrar una respuesta; luego miré a la copa buscando inspiración sólo para descubrir que se había vaciado de nuevo por sí misma; y cuando miré al rostro intenso de Holden descubrí que había olvidado la pregunta.

-Creo -dije- que es hora de retirarse.

-¡Retirarse! -Sonaba sorprendido-. Muchacho, mire al frente, ésas son las luces de Ostend. Ha olvidado que vive en la Era de los Milagros, Ned; ¡hemos llegado! Venga; creo que debemos tomar algo de café antes de bajar a tierra y comenzar nuestra búsqueda sin esperanza de un coche...

Con el más suave de los suspiros, el tren comenzó a reducir velocidad.

3

EL CRUCERO TERRESTRE

Pasamos unos días en Ostend. Luego viajamos hasta la zona aislada del mar en la que se construía el *Príncipe Alberto*, que se encontraba como a unas once millas de Bruselas.

En ruta, el tren ligero trazó un arco de norte a sur sobre la capital belga, siguiendo la línea del ferrocarril terrestre. Miramos a la extensión boscosa de la Domaine Royale y volamos sobre el erizado techo de la Gare du Nord, la estación principal de ferrocarril. Bruselas, bajo la brillante luz del sol, tenía algo del aspecto de una pintura medieval: elegante, dorada y recargada, y llena de vida y de color. Al final pasamos por encima del Parc du Bruxelles, una zona como un pañuelo de verde y blanco que se extendía en el corazón de la ciudad, y nos movimos hacia el sur alejándonos de la ciudad.

El paisaje campestre al sur era verde, típico y casi inglés; en medio del cual, el lugar del *Príncipe Alberto*, que pronto apareció en el horizonte, era una asombrosa salpicadura de adoquines, hierro oxidado y aceite.

Llegamos como a las seis de la tarde al puerto de tierra. Un gran perímetro de matronas vestidas de terciopelo nos precedió por la escalera mecánica hasta el suelo y Holden y yo nos divertimos al observar cómo las damas se abrían paso por entre el barro y el óxido del astillero, los dobladillos agitándose sobre los charcos de aceite.

El lanzamiento del *Alberto* estaba previsto para el mediodía del día siguiente, y Holden y yo llamamos a un carruaje para llevarnos a la posada. El coche traqueteó sobre las carreteras irregularmente adoquinadas, y miramos fuera divertidos. Una verdadera ciudad provisional había crecido alrededor del lugar de construcción; una ciudad construida con madera sin embrear, hierro ondulado y cartón, pero una ciudad igualmente. Las calles estaban llenas de pubs y bares, ya haciendo muy buen negocio a pesar de lo temprano de la tarde. La cerveza que se consumía en grandes cantidades era claramente del tipo espeso y oscuro inglés. En la atmósfera había algo de feria de campo: los volteadores rodaban interminablemente frente a nosotros y vimos un teatrillo de títeres, que podía haber sido traído clavo a clavo del East End, entreteniendo a un grupo de niños lo suficientemente bien vestidos para ser miembros de la nobleza. Había carteles para la exhibición de tales novedades como la oveja de seis patas y la calculadora humana; y por todas parte el olor de las castañas asadas, manzanas acarameladas y dulces, los rebuznos de los organillos y del tiovivo, y el silbido discordante de los caramillos.

-Buen Dios, Holden -dije, emocionado por todo aquello-, apenas se parece a Bélgica. Más bien es como la bendita Isla de Dogs.

Le brillaron los pequeños ojos.

-Así habla el diplomático cosmopolita. ¿Y qué estaría buscando en la Isla de Dogs, joven Ned, eh? -Me temo que enrojecí, pero él levantó una mano regordeta-. No importa, muchacho; yo también fui joven una vez. Pero no debería sorprenderse. El *Príncipe Alberto* es el primer crucero de tierra, diseñado para navegar por las planicies del norte de Europa, pero es una nave inglesa: diseñada por arquitectos navales ingleses, ajustada por ingenieros ingleses, y construida por artesanos ingleses. Y por eso una milla cuadrada de suelo belga se ha convertido en un anexo del East End de Londres. Ésta es una colonia inglesa, muchacho; un símbolo, quizá, de nuestra dominación tecnológica de Europa.

Ahora nos acercábamos al centro de la bulliciosa comunidad. Allí, las tabernas y las pensiones se acumulaban muy juntas alrededor de un extraño altozano. El cono de tierra cubierto de hierba, evidentemente artificial, se elevaba unos ciento cincuenta pies. En lo alto del montículo había un león de piedra, con la garra descansando sobre el globo terrestre, y la vista fija en la distancia.

De nuevo apareció un tono inquietante en la voz de Holden.

-Y aquí tenemos al Butte du Lion, Ned; el Montículo del León. Construido con la tierra traída del campo de batalla en cestos y sacos por los agradecidos nativos, para que nuestra famosa victoria pudiese marcarse para toda la eternidad -levantó la vista hacia la noble bestia de piedra, con el labio inferior temblándole.

Y yo, también, estudié el león con algo de sobrecogimiento e intenté imaginar el día de junio medio siglo antes cuando, a unas yardas de aquel punto, Wellington se enfrentó finalmente al corso...

Porque aquélla era, por supuesto, la villa de Waterloo; ¿y qué lugar más apropiado podía haber para construir ese nuevo símbolo del triunfo británico? (aunque, reflexioné, el Ejército británico había requerido ese día la audaz intervención de los prusianos para derrotar al francés incontrolado. Pero me abstuve, sin embargo, de mencionarle ese hecho a Holden).

Ahora Holden se echó hacia delante y señaló con la boquilla de la pipa.

-Mire ahí...

El nuevo monumento, el crucero terrestre, una gran masa sobre el horizonte occidental, presentando su silueta contra el sol que se ponía. Era un armazón que sobresalía de un mar de chabolas, y estaba erizado de andamios y lonas. Arcos eléctricos iluminaban los andamios; y con esa luz los obreros se movían como hormigas.

La voz de Holden era áspera, como si estuviese a punto de echarse a llorar.

-Qué visión, Ned. ¿Qué pensarán los continentales de semejante proyecto? Son como los obreros de la Edad Media que miraban, con una brizna de hierba colgándole de la boca, a las líneas elevadas de las catedrales góticas.

Estaba a punto de comentar que si podía encontrar a un belga entre aquella colección de cockneys entonces podría preguntarle sobre la cuestión, cuando un sonido descendió del cielo, un rugido tan poderoso que era como si la palma de Dios apretase sobre el techo del carruaje. Los caballos corcovearon y relincharon, agitando el carruaje.

Una luz pasó lentamente sobre nosotros, blanca y dolorosamente brillante, creando sombras agudas sobre el paisaje provisional.

El silencio se extendió entre los juerguistas. La luz pasó tras la masa del *Alberto* y bajó tras él, eclipsando la puesta de sol.

-Buen Dios, Holden -resollé-. ¿Qué era eso?

Sonrió.

-Sir Josiah Traveller, miembro de la Real Sociedad, a bordo de su carro aéreo la *Faetón* -dijo con un gesto teatral.

Miré hacia el resplandor que se apagaba.

A nuestro alrededor el ruido de la ciudad volvió a su cauce como el agua desviada vuelve a su contenedor, y el carruaje volvió a ponerse en marcha.

El hostal lo dirigía un belga nativo. Aquel sitio era pequeño y estaba lastimosamente amueblado, pero estaba limpio, y la comida era sencilla, saludable -al estilo inglés- y abundante.

Nos fuimos a dormir pronto y, a las ocho de la mañana del día del lanzamiento, el 8 de agosto, nos dirigimos con nuestras mejores galas al *Príncipe*. Nuestra hostería estaba como a dos millas de la nave e hice un gesto para llamar a un carruaje; pero Holden me aconsejó lo contrario, señalando que hacía una buena mañana y que caminar nos despejaría la cabeza.

Y así nos abrimos Paso por las calles sucias y aceitosas del puerto terrestre del *Príncipe Alberto*. Las juergas mantenidas con cerveza ya habían empezado, a pesar de ser temprano o quizá, como dijo Holden, no habían cesado en toda la noche. Era como una enorme fiesta

improvisada; vimos caballeros de ciudad bien vestidos dando chelines en los bares para comprar cerveza para sucios operarios, mientras que las damas de todas las clases sociales se mezclaban con sorprendente abandono. Mientras recorríamos las calles llenas de rostros sonrientes, la sangre empezó a correrme por las venas y mi ánimo se puso al mismo nivel.

Giramos una esquina y la nave apareció ante nosotros.

Me quedé boquiabierto. Holden se detuvo y se metió los pulgares en la brillante faja de seda que llevaba alrededor de la cintura.

-Vaya, qué vista. ¿Hubiese preferido ver ese espectáculo desde los diminutos confines de un carruaje, Ned?

El gran crucero terrestre había sido liberado de las lonas y andamios que le retenían, y ahora descansaba sobre el plano paisaje belga como una enorme bestia improbable, protegida por grúas y torres.

Nos acercamos por un flanco. Por su forma, la nave era similar a sus primos oceánicos, con una proa estrecha y una quilla redondeada, pero no había señales de diseño aerodinámico, y los flancos pintados de blanco estaban incrustados de ventanas, pasarelas cubiertas de cristal y galerías de observación. Tres pares de chimeneas se elevaban en el aire; eran de un rojo brillante y cada una terminaba en una banda de cobre y una tapa negra. La gente se arremolinaba a su alrededor en grandes multitudes coloristas, mirando asombrada a las seis grandes ruedas de hierro sobre las que descansaba la nave. Un penacho de vapor blanco se elevaba ya de cada una de las seis chimeneas, pero la nave seguía en su sitio. Al acercarnos vi que la nave estaba limitada por grandes cables acabados en dispositivos como palas, cada uno más alto que un hombre, que estaban enterrados en la tierra -anclas de tierra, explicó Holden, una precaución contra los efectos de la inclinación y el *Príncipe Alberto* estaba aún más unido a la tierra, como Gulliver, por diversas pasarelas y rampas de carga.

La Cubierta de Paseo que adornaba la superficie superior estaba erizada de parasoles y cenadores de cristal, y distinguí un quiosco de música; una pequeña orquesta tocaba melodías que flotaban por el aire quieto.

Ahora nos aproximábamos a una de las ruedas; levanté la vista para mirar una crucería más gruesa que mi torso, con radios fijados por pernos del tamaño de un puño.

-Pero Holden -me maravillé-, ¡cada una de esas ruedas debe tener la altura de cuatro hombres!

-Tiene razón -dijo-. La nave tiene más de setecientos pies de proa a popa, ochenta pies en su punto más ancho y más de sesenta pies desde la quilla hasta la Cubierta de Paseo. En tamaño y tonelaje, dieciocho mil, la nave se compara con los grandes cruceros oceánicos de Brunel... ¡Vamos, sólo las ruedas pesan cada una treinta y seis toneladas!

-Me pregunto cómo es que no se hunde en la tierra, como un carro sobrecargado en una carretera embarrada.

-Cierto. Pero como puede ver, han colocado un ingenioso dispositivo alrededor de las ruedas para distribuir el peso de la nave. -Y vi cómo habían fijado tres anchas palas de hierro a cada rueda; al moverse la nave eso colocaría secciones de carretera portátil continuamente por delante.

Nos movimos por entre la muchedumbre alrededor de la nave. Las ruedas, el alto casco sobre mí, me hacían sentir como un insecto junto a un enorme carruaje, y Holden siguió hablando de diversas maravillas de ingeniería. Pero admito que apenas le escuchaba, ni tampoco estudiaba el triunfo de Traveller con la atención que merecía. Porque mis ojos examinaban la multitud en busca continuamente de una cara, y sólo una cara.

Al fin la vi.

-¡Françoise! -grité, agitando la mano sobre la cabeza de los que estaban a mi alrededor.

Estaba con un grupo pequeño, subiendo lentamente por una pasarela que llevaba a algún nivel bajo de la nave.

En el grupo había varios dandis y otros jóvenes coloristamente vestidos. Françoise se volvió y, espiándome, asintió ligeramente.

Me abrí paso por entre la multitud perfumada.

Holden me siguió, divertido.

-¡Cómo es ser joven! -dijo, no del todo amable.

Llegamos a la rampa.

-Señor Vicars -dijo Françoise. Levantó una mano con un guante con lazos para esconder una sonrisa, y escondió la cara de almendra bajo el parasol-. Sospechaba que podríamos encontrarnos de nuevo.

-¿Sí? -dije, sin aliento y sonrojado.

-Cierto -dijo Holden con sequedad-. ¡Qué coincidencia tan improbable que los dos hayan... ay!

Le había dado una patada. Holden era un caballero divertido a su modo, pero hay lugares y momentos...

Ella llevaba un vestido de seda azul, bastante ligero y bastante apropiadamente abierto en el cuello; mostraba que su cintura era tan estrecha que podía imaginarme abarcándola con una mano. La luz del sol de la mañana, difuminada por su parasol, hacía nido en su pelo.

Durante unos segundos me quedé allí, mirando boquiabierto como un tonto. Luego Holden me devolvió la patada y recuperé la compostura. Uno de los dandis se adelantó y saludó con seriedad cómica.

-Señor Vicars, nos encontramos de nuevo. -El tipo vestía un chaquetón de un rojo brillante sobre un chaleco negro y amarillo con botones de latón; llevaba botas altas de un amarillo chillón, y un ramillete de flores adornaba su solapa. Todo muy a la moda, por supuesto, y bastante adecuado para la alegría de la ocasión, pero me sentí muy aliviado de que (con Françoise allí) mi vestimenta fuese más sobria.

De en medio de todo aquel color, una cara oscura como de ratón me miró, y por un momento busqué el nombre.

-Ah. Monsieur Bourne. Qué placer.

Françoise presentó a los otros acompañantes: jóvenes bien parecidos cuyos rostros y nombre me pasaron sin que los notase.

Me volví hacia ella. Había ensayado algunas frases ingeniosas a ella dedicadas sobre la sensación literaria de la temporada -*Las dos naciones*, la fantasía distópica del futuro de Disraeli- pero me interrumpió Frédéric Bourne, quien dijo:

-¿Sospecho que no nos encontraremos a sus colegas prusianos hoy, señor Vicars?

Confundido, fui consciente de que mi boca se abría y se cerraba.

-Ah...

Françoise me examinó con un gesto de desaprobación.

-¿Seguro que es consciente del progreso de la guerra, señor Vicars?

Holden vino a mi rescate.

-Pero las noticias cuando dejamos Inglaterra eran favorables. Los mariscales Bazaine y MacMahon parecían estar proporcionando una buena oposición a los prusianos.

-Me temo que las noticias han empeorado, señor -dijo Bourne-. Bazaine ha sido desplazado de Forbach-Spicheren y está dirigiéndose a Metz, mientras que MacMahon va hacía Chalôns-sur-Marne...

-No deberías ocultar la seriedad de la situación, Frédéric -dijo Françoise bruscamente. Observé el fino pelo de la base de su cuello flotar bajo la luz del sol. Se dirigió a Holden-. MacMahon fue derrotado en Worth. Se perdieron veinte mil hombres.

Holden lanzó un silbido.

-Mademoiselle, debo decir que esas noticias son una sorpresa. Suponía que las experimentadas tropas de Francia podrían más que enfrentarse a la turba prusiana.

El elegante rostro adoptó un gesto severo.

-No volveremos a cometer el error de subestimarles. Supongo.

Holden se acarició la barbilla.

-Supongo que ahora el debate en Manchester debe de ser aún más virulento.

-¿Debate? -pregunté.

-Sobre si Gran Bretaña debería intervenir en esta disputa. Darle fin: esa disputa medieval, todas esas discusiones principescas.

Françoise se desbocó, abriéndosele la bonita nariz.

-Señor, Francia no recibiría con agrado la intervención de los británicos. Los franceses pueden defender Francia. Y esta guerra no estará perdida mientras un francés sostenga un chassepot frente a él.

Esas palabras, enunciadas con un tono líquido y amable, eran duras; para nada, comprendí de inmediato a pesar de mi niebla romántica, típicas de una joven belleza de sociedad de su clase. Sentí la incómoda sensación de que me quedaba mucho que aprender de mademoiselle Michelet, y sentí aún menos confianza.

-Bien -dije-, ¿se dirigen al Gran Salón, mademoiselle? He oído que ya fluye el champán...

-Buen Dios, no -sofocó un bostezo fingido con un guante delicado-. Si quisiese estudiar paredes con espejos y arabescos me hubiese quedado en París. Nos dirigimos a la sala de máquinas y calderas, señor Vicars, con la guía de un ingeniero de la nave.

Holden se rió, aparentemente agradado.

-Es una oportunidad verdaderamente única -dijo Françoise fríamente-. ¿Quiere unirse a nosotros, señor Vicars? ¿O es la llamada del champán demasiado fuerte para usted?

Bourne rió por lo bajo sin ningún atractivo.

Y no me quedó elección.

-¡A la sala de máquinas! -grité. Una entrada en un lado de la nave permanecía abierta al final de la pasarela, y entramos, no sin algo de turbación, al menos por mi parte, en las entrañas oscuras de la nave.

Nuestro guía era un tal Jack Dever, un ingeniero de la Compañía James Watt que se había ocupado de los motores de la nave. Dever era un joven melancólico de rostro delgado vestido con una bata manchada de grasa. El pelo que le quedaba estaba peinado hacia atrás y me pregunté ocioso si no se habría aplicado algo de grasa de máquina.

Con todas las muestras de impaciencia e irritación, Dever nos llevó en fila india por un pasillo de metal hasta el corazón de la máquina.

Salimos a una gran cámara de paredes de hierro desnudo. Era la sala de máquinas, nos explicó renuente el guía; era una de las tres existentes -una para cada uno de los ejes de la nave- y era tan ancha como la misma nave. Un par de vigas de hierro de la altura de dos hombres recorrían el ancho de la habitación, y sobre esas vigas descansaban motores oscilantes, maquinarias de pistones, ahora paradas, de las que escapaba aceite. Los pistones estaban inclinados en parejas uno hacia el otro, como pretendientes mecánicos, y cada par soportaba un enorme huso de sección en T. El eje mismo atravesaba la sala de máquinas de lado a lado, atravesando los husos. El guía, hablando continuamente, nos contó cómo aquellos motores oscilantes estaban adaptados a la tracción por medio de correas de fricción, que podían soltarse a la orden (transmitida por tubos) desde el puente.

Miré al poderoso eje de metal e imaginé las grandes ruedas más allá del casco. En presencia de aquellos gigantes ociosos me sentí como reducido a la escala de un ratón. Intenté imaginar el aspecto que tendría aquella habitación monstruosa cuando el *Príncipe Alberto* navegase. Mientras las orugas pisasen las tierras de Europa, ¡cómo esos poderosos miembros de metal se tensarían y se esforzarían! La habitación sería un manicomio de órdenes a gritos, torsos cubiertos de grasa y pies corriendo.

Holden se inclinó hacia mí, con diversión amarga en los ojos.

-Ese tipo, Dever. Un muchacho agradable, eh, ¿Ned?

Fruncí el ceño.

-Bien, es posible que esté ocupado, Holden. Uno debe hacer concesiones.

-¿En serio? El propósito del acontecimiento de hoy es conseguir fondos para la operación de la nave. Nos deberían sonreír, servirnos vino, darnos la bienvenida, incluso aquí,

¡en el apestoso interior de la nave! Estoy seguro de que el señor Dever lo sabe todo de las llaves de paso y los mamparos pero es un desastre diplomático. ¿Tienen nuestros acompañantes aspecto de estar dispuestos a hacer concesiones a este zoquete?

Eché un vistazo a los franceses, pero no estuve de acuerdo con el pesimista diagnóstico de Holden; los jóvenes continentales, con el aspecto de ser un ramillete de flores arrojado en medio de una gran máquina, miraban fijamente a los grandes motores con toda muestra de emoción y anticipación. Quizás el encanto y la novedad de la nave misma quedaba fuera del alcance de los cálculos cínicos de Holden.

Intenté acercarme a la fragante Françoise, pero sólo hubiese tenido éxito a costa de la discreción y las buenas maneras. Aun así, observé, para mi sorpresa, que ella no mostraba ningún signo de turbación enfrentada a esos leviatanes de acero. Más bien tenía el rostro algo sonrosado, como si estuviese emocionada; y presionaba a nuestro renuente guía con una serie de preguntas desconcertantes sobre cigüeñales y bombas de aire.

Mientras yo permanecía admirando aquel perfil de porcelana -ajeno totalmente a los encantos competidores de las máquinas grasientas que nos rodeaban- Holden se acercó sigilosamente a Françoise.

-Bastante atractivo, toda esta fuerza bruta, mademoiselle.

Ella se volvió hacia él.

-Muy cierto, señor.

-Imagine a estos pistones bombeando y empujando -dijo Holden con voz melosa- y el eje reluciendo como un miembro sudoroso al girar...

Las cejas de Françoise se elevaron no más de una fracción de pulgada y, con una ligera sonrisa, se alejó. Holden la observó irse, con una mirada calculadora en el rostro.

No me había gustado nada ese tono tan obsceno en la conversación, y mientras el grupo proseguía por la sala de máquinas hacia la sala de calderas aproveché la oportunidad para hacerle a un lado y decírselo.

Él frunció el ceño y metió los pulgares en la faja de cintura.

-Me disculpo por cualquier ofensa hacia usted, Ned -dijo, sonando poco sincero-, pero yo al menos tengo un objetivo en mente.

-¿Qué es? -pregunté fríamente.

-Piense, muchacho -murmuró Holden-. Sé que está locamente enamorado de la encantadora señorita Michelet, pero debe admitir que no es exactamente una belleza de sociedad. ¿Cuántas chicas de su edad conoce que se darían un paseo por el interior apestoso de una máquina? ¿Y cuántas de ellas demostrarían tanta comprensión de los detalles internos de la máquina?... ¿Por no mencionar los conocimientos que ha demostrado de la situación política y militar? Hay más en mademoiselle Françoise de lo que parece... y estaría bien saber más.

Me sentí distanciarme de Holden durante esa declaración. Durante los últimos días había demostrado ser un compañero agradable e informativo, y su percepción en lo que a la gente se refiere era clara; pero su distancia cínica, su constante examen bajo la superficie de la gente y de los acontecimientos -por no mencionar la vena muy extraña de excesivo patriotismo que revelaba de vez en cuando- estaban resultando ser más que irritantes.

Quizás era algo relacionado con la profesión periodística.

Le dije que no era uno de esos que consideran a las mujeres incapaces de tener ideas racionales y fundadas en la cabeza; él se rió, se disculpó graciosamente y el asunto quedó cerrado.

La sala de calderas era una de las tres a bordo del *Alberto*; había una para cada eje, y cada una contenía dos calderas.

Cada caldera era una caja de hierro más alta que dos hombres y más ancha que tres de ellos descansando uno tras otro; al acercarnos a la más próxima vi cómo la caldera tenía incrustadas puertas y placas de vidrio de inspección, y que una chimenea de dos pies de ancho salía de su parte superior y rompía el techo de la cámara, a unos buenos treinta pies por

encima de nosotros. Yardas de tuberías de cobre y hierro como entrañas se enrollaban alrededor de cada chimenea y vestían el techo y las paredes superiores de la bodega, de forma que si el contenido de la sala de motores me había recordado los miembros de un atleta gigantesco, entonces aquello era como haber sido tragado al interior de uno de esos cuerpos gigantes.

El calor era destacable; sentí que el cuello de la camisa se me ponía blando y tuve la esperanza de que mi apariencia no se deteriorase con demasiada rapidez. No podía entender cómo alguien podía trabajar en esas condiciones durante largos periodos de tiempo. Pero, exceptuando algo de aceite vertido, no se apreciaba la suciedad y mugre que uno asocia habitualmente con una sala de calderas; las barrigas redondeadas de las calderas relucían con colores casi otoñales, y las tuberías pulidas reflejaban la luz de forma casi atractiva.

Dever se subió a un taburete de madera gastado y abrió una ventanilla de inspección como a ocho pies del suelo; uno por uno nos subimos al taburete y miramos dentro. Cuando me tocó el turno distinguí más tuberías, de latón, cobre y hierro. Esas tuberías llevaban vapor supercalentado de las calderas a los pistones. Si aquélla hubiese sido una nave marítima, el agua hubiese venido del mar; pero el *Príncipe Alberto* estaba obligado a cargar con sus propias reservas, en grandes tanques de un millón de galones. ¡De hecho, la mayoría del agua pasaba por el estanque ornamental en la Cubierta de Paseo!

Dever nos dijo con deleite que si tocásemos una de las tuberías era más que probable que la carne se nos quedase pegada, asada, permitiendo que los huesos quedasen al aire como dedos en un guante...

Rechazando tonterías tan desagradables, me quedé a su lado cuando le tocó el turno a Françoise de subirse al taburete. Lancé una mirada a sus acompañantes -e incluso al pobre Holden- como desafiándoles a intentar mirar los tobillos o la parte baja de las pantorrillas de la señorita Michelet.

Cuando terminamos con las tuberías, Françoise presionó a Dever.

-El antihielo -dijo, la voz llena de entusiasmo-. Debe enseñarnos el antihielo.

Dever alargó la mano hacia una portezuela de inspección colocada como a la altura de la cabeza en la caldera, y -en un poco característico momento de teatralidad- la abrió de un golpe, para que chocase contra la piel de hierro de la caldera, y observó nuestra reacción con algo parecido a una sonrisa.

Nos echamos atrás como si fuésemos uno, sorprendidos. ¡Porque, en medio del calor infernal de la sala de calderas, la cámara que Dever había abierto estaba llena de la escarcha y el hielo del invierno! Françoise habló suavemente en su lengua materna e inclinó su bonita cabeza para mirar en el interior del contenedor de hielo. Permitió que Dever murmurase sus incomprensibles tonterías en su oído delicado, y luego se encaró con el resto de nosotros.

-En el corazón de la caldera hay un termo Dewar -dijo Françoise decidida-. Seguro que saben que ese termo contiene una capa de vacío atrapada entre dos paredes de vidrio, y está plateada por dentro y por fuera, siendo su propósito eliminar la transferencia de calor desde el interior por los procesos de conducción, convención y radiación. Y la temperatura en el interior del termo se reduce a proporciones árticas por medio de bobinas de refrigeración enrolladas alrededor del termo.

Holden se inclinó hacia mí, la nariz bulbosa le brillaba en rojo por el calor.

-Ciertamente una debutante muy poco común.

Françoise siguió explicando, atractivamente, cómo fragmentos del antihielo en el interior del termo eran alimentados por un sistema ingenioso de garfios y pistones a una pequeña cámara externa, liberando su energía confinada de forma controlada, convirtiendo el agua en vapor, cientos de galones cada minuto.

-Sin una energía tan concentrada -concluyó-, apenas sería posible propulsar motores lo suficientemente poderosos para mover este crucero terrestre.

Aplaudí y grité:

-¡Bravo! ¡Qué explicación tan clara! Y -continué hablando, mientras dejaba atrás a los franceses y me acercaba a Françoise-, ahora puedo entender lo limpio que está este sitio. Porque un horno de antihielo elimina la necesidad de chimeneas llenas de carbón ardiente, que es la causa de la suciedad y la mugre.

Me sentía muy orgulloso de esa deducción.

Françoise me miró a través de un velo de largas cejas.

-Bien pensado, señor Vicars.

-¡Ned, por favor! -dije, entusiasmado.

Se volvió para seguir una conversación entre Holden y el guía. Los dedos de Holden seguían la red de tuberías de latón que cubrían las chimeneas, y acabaron en una llave de paso justo encima de la caldera. Dever asintió con seriedad y dijo:

-Para reservar el calor residual de las chimeneas, para eso son las tuberías. -Y se embarcó en un monólogo lleno de graves profecías de desastres si la llave se cerrase y las tuberías ardiesen hasta quedarse secas, y de cómo Traveller había ignorado el consejo de sus ingenieros sobre ese peligro, todo para hacer que los motores fuesen más eficientes...

Y así más, durante un rato largo, deprimente y sombrío. Los franceses escondían los bostezos tras las manos de perfecta manicura. Y yo... yo sólo tenía ojos para Françoise. Examiné la suave curva de su espalda, el movimiento silencioso de sus manos sobre el parasol plegado, y me pregunté de manera ingenua -aunque poco científicamente- ¡si, en el interior de su amable exterior como un termo de Dewar, podría arder una llama de deseo que yo pudiera encender!

Finalmente acabó el tour, para mi tranquilidad, y nos condujeron al casco exterior del *Príncipe Alberto*. Pero en lugar de regresar al suelo, nos encontramos subiendo por una espectacular pasarela hasta las cubiertas de pasajeros de la nave. Los escalones eran paneles de hierro de apenas un pie de ancho -bien moldeados, con el nombre de la fundición fabricante rodeado de una delicada filigrana-, y la pasarela estaba unida con seguridad al casco blanco. El paisaje belga se abría a nuestro alrededor, y yo podía ver como en una miniatura las festividades que todavía seguían en bares y tabernas de la ciudad provisional; cuando miré hacia abajo vi caras como otras tantas monedas vueltas hacia arriba e iluminadas por el asombro. Pero no sentí vértigo, porque un tubo de vidrio cubría con seguridad aquella precaria pasarela, excluyendo incluso el viento que debía correr con fuerza a esa altura.

Y al final de la pasarela entramos una vez más en el casco. Atravesamos una galería corta, y un sitio luminoso y bien ventilado en el que se alineaban columnas de hierro y con un suelo de placas de vidrio encajados en plomo. Y, más allá de la galería, llegamos al Gran Salón del *Príncipe Alberto*.

Aquel salón magnífico se extendía por todo el ancho de la nave. Había un alboroto de conversaciones emocionadas de unas mil personas, todas alegremente vestidas y hablando como otros tantos pavos reales. Miré mi chaqueta algo cohibido; había sobrevivido limpia, aunque un poco arrugada por el calor.

Se acercó un camarero con una bandeja. Holden se acarició las manos y cogió copas para los dos. Se bebió la primera de un trago y cogió una segunda; yo le seguí más tranquilamente, saboreando la frialdad del buen champán.

-Qué alivio -dijo Holden, sofocando un eructo con el dorso de la mano-. Me siento como Odiseo huido de la fragua de los Cíclopes.

Pensé en buscar a Françoise y su grupo; pero ya se había fundido con la multitud. Sentí una puñalada tonta en el corazón.

Holden me puso una mano paternal en el hombro.

-No importa, Ned -me consoló-. Quedan... -consultó el reloj de bolsillo- apenas treinta minutos para el lanzamiento. ¡Y aquí estamos tragando champán en el punto más impresionante de la nave! Mire a su alrededor. Algunos dicen que este salón es una tontería italiana inapropiada para una nave... incluso para una nave terrestre. ¿Qué opina usted?

Con las copas en la mano, vagamos por el Gran Salón. Ciertamente tenía algo de italiano. Las paredes estaban divididas en paneles por medio de pilastras verdes; y los paneles exhibían atractivos arabescos que ilustraban la construcción de la nave, escenas náuticas e -incongruentemente- niños jugando. El techo estaba atravesado por las vigas de la nave, que estaban pintadas de rojo, azul y dorado; los paneles entre vigas estaban pintados de oro, lo que daba al techo un aspecto armonioso y elegante.

Dos pilares octogonales adornados con espejos atravesaban el salón, de suelo a techo.

Más espejos cubrían salidas de aire en las paredes del salón. Portieres de un rico seda carmesí colgaban de las entradas, mientras que los sofás de terciopelo de Utrecht, aparadores de nogal tallado, y mesas cubiertas de cuero estaban repartidos sobre una alfombra granate. Los candelabros brillaban con las llamas, incluso aunque la hora estaba cerca del mediodía.

Holden se me acercó.

-Lámparas de acetileno. El diseño era con bombillas eléctricas, pero se quedaron sin dinero.

-Es usted demasiado cínico, viejo -dije-. El efecto es agradable para la vista. Y en cuanto a la acusación de decadencia, me gustaría señalar a esas vigas de ahí arriba; puede que estén decoradas, pero eso apenas oculta su naturaleza robusta.

Después de recoger más champán nos acercamos a uno de los pilares octogonales. Ahora veía que sus cuatro lados más anchos habían sido cubiertos con espejos para reducir la impresión de obstrucción mientras que los paneles más pequeños estaban adornados con arabescos de emblemas del mar.

-Y esto, sin duda -dije, señalando a la obstrucción con el champán- es alguna característica estructural de la nave, hecha atractiva por el ingenio...

-Más que una «característica estructural» por Dios -gruñó una voz tras de mí-. ¡Ésas son las chimeneas de la sala de calderas en su camino al aire fresco allá arriba, muchacho! ¿Nunca ha estado en el mar?

Di un salto, esparciendo champán sobre el cuero de mis zapatos. Las burbujas se movieron tristemente. Me volví.

Una figura imponente se alzaba frente a mí; superaba los seis pies de alto, incluso sin la chistera, y estaba vestida con un arrugado traje de mañana asombrosamente fuera de lugar entre el plumaje de los invitados reunidos. Ojos de azul antihielo miraban por encima de una nariz de platino.

-Buen Dios -tartamudeé-. Quiero decir, sir Josiah. Recuerda a mi compañero, el señor Holden.

-Apenas le recuerdo a usted, muchacho. ¿Cómo era?... ¿Wickers?... pero al menos es un rostro familiar en esta multitud estúpida. Aunque si hubiese podido oírle hacer comentarios tan estúpidos sobre la nave desde el otro lado de la habitación, dudo que me hubiese molestado en acercarme...

-Bien, me alegra...

-¿Conocen a mi hombre? -soltó el gran ingeniero, ignorándome por completo. Fui ligeramente consciente de un tipo delgado e inclinado de como sesenta años que estaba al lado de la sombra monumental de sir Josiah mirándome nervioso, los pelos plateados brillando bajo la luz de los candelabros-. Pocket, acérquese -dijo Traveller. Le di la mano. Resultó ser seca y sorprendentemente fuerte.

-Bien, es una buena reunión -dijo Traveller de buen humor, mirando a su alrededor.

Holden consultó el reloj y dijo:

-Sólo diez minutos para el lanzamiento, señor.

-No puedo soportar estas malditas reuniones -soltó Traveller-. Si no necesitase su dinero les echaría a patadas por la borda -me miró curioso-. Y en cualquier momento la maldita banda de los marines va a empezar a tocar, sabe.

-¿En serio? -dije tartamudeando-. ¿Le... le gusta la música, señor?

Eso también lo ignoró.

-Venga, Pocket -dijo-. Creo que ya hemos cumplido con los accionistas. -Se volvió y se alejó unos pasos, la cola manchada y arrugada de su chaqueta agitándose tras él. Luego se volvió a mirarnos-. ¿Bien? -tronó-. ¿Les apetece venir?

-Ah... ¿adónde, señor?

-A la *Faetón*, por supuesto. Está colocada en la cubierta alta. Se tiene mejor vista de los Marines Reales desde allá arriba, si les gustan ese tipo de cosas. Y puede que les divierta examinar su construcción. -Fijó los ojos en Holden con una mirada escrutadora-. Y me atrevería a decir que puedo tener algún veneno más fuerte para su amigo disoluto, que parece necesitarlo.

Echándome atrás, estuve a punto de tartamudear una excusa, cuando Holden me dio una patada -no muy suavemente- y susurró:

-¡Por amor de Dios, acepte! ¿No tiene curiosidad? La nave voladora de Traveller es la maravilla de nuestra época.

-Pero Françoise...

Holden apretó los dientes.

-Françoise seguirá aquí cuando vuelva. Vamos, Ned; ¿dónde tiene el espíritu?

Y así Holden y yo corrimos por un pasillo de miradas curiosas en pos de Traveller.

4

LA *FAETÓN*

Con las copas de champán en la mano, subimos por una escalera de mármol a la Cubierta de Paseo del *Príncipe Alberto*, saliendo a la intensa luz del sol.

Al final de la escalera me volví para observar a la multitud del salón. Reconocí al joven francés Bourne por su absurdo vestido de dandi -creo que nos miró con una extraña mirada astuta- pero no pude ver a Françoise; y con algo de remordimiento me volví para seguir al ingeniero.

A pesar de mí mismo, el comentario de Holden me había hecho reflexionar. Aparte de su extraordinario aspecto y figura, ¿qué tenía Françoise que me atraía tanto?... Después de todo, no sabía casi nada de ella. Con su entendimiento inusualmente amplio, por no mencionar su lengua cortante, apenas se la podía comparar a las jóvenes damas bastante duras de mollera a las que había tenido el placer de acompañar hasta ese momento.

¡Ned Vicars atraído por una mujer inteligente!

Y también estaba ese aire de misterio que Holden había señalado sin rodeos. Ciertamente, ¿por qué iba a desear una mujer, sin importar cuán inteligente, estudiar los detalles más precisos de los ejes alternantes y tuberías de vapor? ¿Y dónde iba a aprender tales cosas?

¡Ah, Françoise! Caminé por la Cubierta de Paseo ajeno a las maravillas que me rodeaban. Quizás era su misterio lo que me atraía: esa sensación de lo imprevisible, lo insondable, lo salvaje.

Me pregunté si me estaba enamorando de veras.

Antes de Françoise, hubiese testificado bajo juramento que el amor a primera vista era imposible. Si no se había producido ningún congreso de mentes la única atracción es puramente de origen glandular.

Seguro que así era.

Y, sin embargo...

¡Y, sin embargo, ya había recorrido media Europa por aquella bendita muchacha!

Me vi a través de los ojos de Françoise: un joven algo vano y superficial: uno entre los miles que circulaban por las capitales civilizadas; aunque, me permití, más encantador y atractivo que la media...

Holden me agarró por el brazo y me agitó.

-Buen Dios, Ned; ¿no siente nada de curiosidad? ¡Mire a las maravillas que pasan a su lado!

Como si saliese de un sueño, levanté la cabeza y miré a mi alrededor; y sentí cómo mi rostro, escrutado por un satisfecho Holden, se rompía en una sonrisa.

Porque la Cubierta de Paseo del *Príncipe Alberto* era un lugar maravilloso, si no mágico.

La mayor parte de la cubierta estaba ocupada por el césped, con árboles jóvenes (abetos, de los de raíces superficiales) plantados aquí y allá. Seguimos un sendero entre los árboles, pisando agradable gravilla bajo los pies. Había arbustos con formas y algunas estatuas, pero en general el efecto era agradablemente irregular con detalles de lo saludable y lo natural;

justo como en los mejores jardines ingleses, reflexioné, que evitan los diseños presuntuosos y excesivos de, por ejemplo, los jardines franceses.

Más allá de los árboles, las chimeneas de la nave se elevaban en el aire, brillando las bandas de cobre.

¡Allí estábamos, colgados de la piel de aquel monstruo de hierro a sesenta pies por encima del paisaje campestre belga y, sin embargo, era como si paseásemos por un jardín de campo inglés!

Finalmente salimos a una amplia área despejada en el centro de la nave. A nuestra izquierda había un quiosco de música engalanado; la orquesta estaba maltratando todo lo posible a una polca, aunque el estruendo más intenso de la banda de Marines Reales subía competidor desde abajo. Y frente a nosotros yacía un reluciente disco de agua. Aquél era el celebrado estanque ornamental del *Príncipe Alberto*; rodeaba una estatua fuente de Neptuno, completa con tridente y todo. El sol, reflejándose en el agua, me deslumbraba.

Distinguí la figura alta y vestida de negro de Traveller al otro lado del estanque alejándose de nosotros, el sombrero se le había ladeado un poco. El señor Pocket iba a su lado como una sombra.

Luego miré más allá de Traveller y vi por primera vez su nave aérea *Faetón*.

A mis ojos deslumbrados me parecía como si frente al fondo de su magnífica nave, Traveller estuviese caminando sobre la superficie de su mar de hierro portátil y, sólo por un breve instante, adquirió a mis ojos el aura de lo mágico.

La forma general de la *Faetón* era como una bala de mortero colocada de pie sobre la base... o más bien sobre tres patas de aspecto muy frágil fabricadas con hierro forjado que elevaban el cuerpo del navío a diez pies por encima de la cubierta. Pero la bala tenía en la punta un domo de vidrio emplomado de unos quince pies de ancho; y la parte baja del casco estaba marcada por lo que consideré escotillas y portillas, todo encajado sobre la superficie. Cerca del fondo una escotilla del domo de vidrio estaba abierta, y una escalerilla plegable de cuerda y madera colgaba de ella, por un lado de la nave hasta la cubierta.

Un dispositivo achaparrado sentado sobre la cubierta del *Príncipe Alberto*, quizá de unos treinta pies de alto. El casco brillaba en plata como un faro debido a la luz del sol.

Un pequeño grupo de curiosos se veía limitado por una cuerda roja sostenida por postes de latón. Un único policía británico patrullaba por el interior del círculo de cuerda, con las manos tras la espalda y con aspecto de tener mucho calor dentro del pesado uniforme negro.

Nos unimos a Traveller y Pocket dentro de la barrera; Traveller se reclinó bastante ostentosamente contra una de las tres patas de la *Faetón*, y ahora yo veía que las patas terminaban en patines -como los de un trineo, pero montados sobre suspensiones universales, sin duda para permitir que la nave descansase sobre superficies irregulares- y que estaban decoradas con filigranas. Tres toberas, como bocas entreabiertas, colgaban de la sombra del mediodía de la nave, y notaba ahora cómo la superficie de la cubierta bajo las toberas mostraba señales de quemaduras, incluso -en uno o dos lugares- de haberse fundido.

Traveller dijo:

-Ha disfrutado del paseo, ¿no? Pensé que su amigo tenía más sed, Wickers. -Alargó la mano y nos quitó las copas de champán vacías-. Y no van a necesitar estos vasos de limonada. -Se volvió y arrojó las dos copas por el aire todo lo lejos que pudo. Centelleando y girando volaron por encima del costado del *Príncipe Alberto*, e hice una mueca de dolor cuando oí el golpe y los gritos de protesta de la multitud de tierra.

El policía observó las copas divertido.

Me volví una vez más hacia Traveller... ¡para descubrir que se había desvanecido! Confundido, miré por entre las patas llenas de filigranas, las toberas... hasta que una voz llegó desde arriba.

-¿A qué esperan? Pocket, ayúdeles.

Holden me sonrió burlón.

-Me parece que ésta va a ser una tarde interesante. -Vacilando, pero valiente, se subió a la escalera de cuerda y elevó su masa esférica en el aire.

El hombre de Traveller fijó la base de la escalera para Holden. A pesar del calor del día tenía un aspecto tan pálido como el hielo; una capa grasienta de sudor cubría su frente, y las manos flacuchas le temblaban continuamente.

-¿Está bien, Pocket?

Inclinó la pequeña cabeza huesuda.

-Oh, sí, señor; no debe preocuparse de mí. -Su acento era del East End teñido con algo del áspero acento de Manchester de Traveller, lo que indicaba años de servicios al ingeniero.

-Pero tiene aspecto de estar muy enfermo.

Se inclinó hacia mí y me susurró:

-Son las alturas, señor. No puedo soportarlas. Me mareo subiéndome al bordillo de una acera.

Miré a la balanceante escalera de cuerda.

-Buen Dios -dije-. ¿y, sin embargo, va a seguirnos allá arriba?

Se encogió de hombros con una débil sonrisa.

-Yo no me preocuparía de eso, señor. Gracias a sir Josiah he visto cosas más terroríficas que una escalera de cuerda.

-Apuesto a que sí.

Holden se había metido por la escotilla; y yo agarré los travesaños y trepé decidido.

La escotilla en la base del domo era un orificio circular rodeado de roscas, sin duda para sellar herméticamente el navío. Bajé dos escalones para llegar a un suelo cubierto por una alfombra, y me encontré en la punta abovedada de la *Faetón*. El centro de aquel sofocante invernadero era una mesa de madera, grabada en marquetería con diseños en forma de mapas. Al otro lado de la cámara circular había un enorme sofá reclinable. Dispuestos frente al sofá había una serie de instrumentos montados firmemente en plintos de cobre; reconocí un telescopio y un astrolabio, pero el resto me dejó perplejo.

Las placas de vidrio ofrecían una magnífica vista del plano paisaje belga. La luz del sol, distribuida en el espectro y en reflejos por el vidrio, llenaba la cámara de una iluminación acuosa, y se percibía el olor agradable del metal bien torneado, de la madera y el aceite.

Por medio de una escotilla con rueda situada en el piso, el perfil de platino de Traveller me miraba.

-Venga aquí, joven Wickers -soltó.

Repliqué con cortesía, pero dije que prefería esperar unos segundos. Me incliné sobre la entrada, estudiando los distintos instrumentos. En unos segundos la escalera de cuerda comenzó a agitarse, y finalmente la cara de Pocket, ahora del color de la mantequilla rancia, apareció sobre la jamba de metal.

Le ofrecí la mano. Pocket la agarró agradecido y se metió en el acogedor interior de la nave. Durante unos segundos permaneció inclinado sobre sí mismo, las manos colgándole a los lados; luego enderezó los hombros, se alisó la chaqueta, y fue una vez más la perfecta imagen del sirviente.

Me indicó la escotilla al nivel inferior.

-Si desea proceder, señor -dijo suavemente.

Le di las gracias y continué.

El carruaje transatmosférico *Faetón* estaba dividido en tres niveles. Arriba del todo estaba el Puente, el nombre que daba Traveller a la cámara con bóveda de vidrio por la que había entrado en la nave. El nivel más inferior, como de siete pies de alto, era la Cámara de Propulsión. Y atrapada entre el Puente y la Cámara de Propulsión, y ocupando la gran mayoría del volumen de la nave, estaba la Cabina de Fumar.

Del Puente bajé a la Cabina de Fumar por medio de una pequeña escalera de madera. Me encontré en una cámara cilíndrica de unos ocho pies de alto y doce de diámetro. El suelo estaba cubierto por hule con alfombras turcas por encima -noté que estaban fijas en su sitio

por medio de ganchos y ojales- mientras que paredes y techo estaban cubiertos por piel acolchada, sujeta por tachuelas de latón en una disposición formando diamantes. Un conjunto de grabados con escenas de caza inglesa colgaba de las paredes por medio de más tachuelas de latón. La luz entraba a chorros en la cabina a través de pequeñas portillas redondas; las portillas atravesaban paredes de como un pie de espesor. Traveller y Holden estaban esperándome de pie, con inmensas copas de brandy acunadas entre las manos, con aspecto de estar tan cómodos como si se encontrasen en el saloncito privado de un club londinense. Traveller parecía perdido en sus pensamientos y sus ojos vagaban ligeramente sobre el cuero que cubría la cámara. Había colgado el sombrero de un gancho en la pared; sólo unos pocos mechones de pelo gris se desparramaban sobre su calva como un desierto. Pero su apariencia seguía siendo impresionante; la forma de su cabeza era hermosa y poderosa, con un cráneo inusualmente grande que complementaba los rasgos refinados de su rostro.

Holden me sonrió burlón, parecía que todo su cuerpo y rostro brillaban de satisfacción.

-Lo dicho, Vicars. Qué excursión tan maravillosa. ¿Eh?

No podía sino estar de acuerdo.

Podría suponerse que esa Cabina de Fumar estaría muy abarrotada. Pero era bastante brillante y contenía sólo una pieza de mobiliario, una pequeña mesa de nogal fijada al suelo en el centro de la habitación; unido a la mesa por medio de remaches de cobre había una cúpula de vidrio, y dentro de la cúpula había un hermoso modelo de un barco que reconocí como la obra maestra de vapor de Brunel, el *Gran Oriental*. Cada elemento, cada detalle de las ruedas de paletas había sido reproducido por el artesano en madera y plomo.

La cabina parecía muy grande y ventilada, incluso después de que Pocket cerrase la escotilla del techo tras él. Recuerdo haber observado tranquilamente cómo la luz del sol quedaba excluida por ese simple gesto. Si hubiese sabido cuánto tiempo pasaría antes de poder respirar de nuevo aire fresco, seguro que habría empujado a un lado al pobre Pocket y forzado la apertura de la compuerta...

Mirando las paredes desnudas de la cabina, empecé a preguntarme de dónde había venido el brandy de Holden. Quizá después de todo Traveller fuese alguna especie de mago. Holden me pilló mirando su copa y dijo alegre:

-No se preocupe, Vicars; como la hermosa mademoiselle Michelet, hay más cosas en esta pequeña cámara compacta de lo que parece.

Esas palabras parecieron sacar a Traveller de su ensueño.

-¿Quién demonios es usted?... Oh, sí... Wickers. Bien, sírvale, Pocket.

El paciente sirviente se acercó a una pared, golpeó suavemente una tachuela de latón situada a unos tres pies del suelo... y para mi sorpresa, un panel de dos pies de largo se abrió, revelando un bar bien equipado situado en el interior de la piel de la nave. Holden sonrió burlón, observando mi reacción.

-¿No es maravilloso? Toda la nave es como un juguete maravilloso, Wickers... eh, Vicars.

El bar tenía su propia luz interior, una pequeña lámpara de acetileno. Decidí que el ingenio de Traveller habría hecho que esa pequeña lámpara se encendiese al abrir el panel. Notaba ahora que había otras lámparas de acetileno situadas a intervalos alrededor de la cabina.

Pocket extrajo una pequeña bandeja y otra copa conteniendo una buena medida de brandy.

Traveller tomó un sorbo de licor, dejándolo en el paladar durante unos segundos antes de tragarlo.

-La sustancia de la vida -dijo finalmente.

Me llevé la copa a la nariz; ricos aromas me llenaron la cabeza antes de tomar algunas gotas en la lengua; y no podía sino estar de acuerdo con el veredicto de nuestro anfitrión.

Pocket cerró el pequeño bar, y la habitación quedó una vez más completa; luego, de forma extraordinaria, el sirviente se fundió con el fondo hasta tal punto que en unos momentos había olvidado virtualmente que estuviese allí.

-Bien -dijo Holden-, ¿por qué el nombre *Faetón*?

-¿No conoce los clásicos, caballero? -Traveller golpeó una tachuela de la pared con el puño, y un panel cayó para formar una silla tapizada con un terciopelo suntuoso y bien relleno. Dos pequeñas patas cayeron también del asiento al suelo, y Traveller se sentó y cruzó las piernas, con aspecto de estar muy cómodo. Luego se sacó una caja del bolsillo del abrigo y cogió un pequeño cigarro negro de aspecto arrugado. En segundos la cabina se llenó de ásperas nubes de humo azul; los penachos se doblaban en lo alto, conducidos sin duda por algún mecanismo de bombeo hacia las discretas rejillas.

Le murmuré a Holden:

-Turco, si no me equivoco. Uno podría casi envidiarle a sir Josiah su nariz de platino.

-Bien, señor Wickers -tronó Traveller-, sus estudios puede que no hayan sido superiores a los de su amigo, pero supongo que habrán sido más recientes. Cuéntenos quién era Faetón.

El inestimable Pocket se movía discretamente por la cabina bajando más sillas ocultas, y mientras lo hacía yo rebusqué esperanzado por mi memoria vacía.

-¿Faetón? Ah... ¿Fue el tipo que voló demasiado cerca del sol?

Traveller resopló disgustado, pero Holden dijo suavemente:

-Su recuerdo está cerca, Ned. A Faetón, hijo de Helios y Clímene, se le permitió conducir el Carro del Sol por un día. Pero me temo que fue atravesado por un rayo de Júpiter.

-Pobre tipo. ¿Por qué razón?

-Porque -dijo Traveller magistral- en caso contrario hubiese incendiado el planeta. -Se volvió hacia Holden-: Así que después de todo conocía el mito, señor. ¿Esperaba atraparme en mi ignorancia?

-Por supuesto que no, sir Josiah. Mi pregunta se refería a la relevancia del mito con respecto a su nave. ¿Podría entonces esta nave -se atrevió Holden- incendiar el mundo? Quizá por interacción con algún fenómeno estratosférico...

-Tonterías y cuentos, caballero -soltó Traveller, evidentemente irritado-. ¡Quizá sea usted seguidor de ese bufón francés, Fourier, que cree que la temperatura en el espacio superatmosférico nunca es inferior a unos pocos grados por debajo del punto de congelación!... poniendo incluso en duda medidas directas que dicen lo contrario.

Me entusiasmaron esas palabras misteriosas -¿qué medidas directas?-, pero sir Josiah, encendido, siguió cargando:

-¡Quizá crea que la Tierra está rodeada por un anillo de fuego! ¡Quizá cree... ! Oh, ¡mecachis! -Tomó un trago de brandy y dejó que Pocket le llenase la copa.

Holden había observado cuidadosamente al ingeniero durante su estallido, de forma similar a como un pescador observa el movimiento de una mosca.

-Bien, sir Josiah... ¿Faetón?

-La *Faetón* está propulsada por antihielo -dijo Traveller-. Evidentemente. Y el nombre elegido se refiere al antihielo.

Pregunté con seriedad:

-¿Entonces está dando a entender que el antihielo podría quemar el planeta, señor?

Me miró, y por un momento, bajo la capa de fanfarronería, pude entrever una vez más al hombre que había conocido al principio, el que había compartido conmigo sus recuerdos de la campaña de Crimea.

-Podría ser, muchacho -dijo comparativamente con mayor suavidad-. Si se le permitiese caer en malas manos.

Fruncí el ceño.

-¿Quiere decir criminales, sir Josiah?

-¡Me refiero a todos los políticos, primeros ministros, plutócratas y príncipes! -Y con esas palabras le indicó a Pocket que nos rellenase las copas.

Me incliné hacia Holden.

-¿Cree que es republicano?

El rostro de Holden estaba en blanco e impasible.

-Sospecho que algo más extremo, Ned.

Sonó un reloj. Busqué el artefacto, y finalmente decidí que el mecanismo debía estar contenido dentro de la nave hermosamente reproducida sobre el plinto.

Holden le entregó la copa vacía a Pocket.

-Bien, sir Josiah, conté doce campanadas y el momento del lanzamiento ya está aquí. ¡Propongo que subamos al Puente y sigamos los actos!

Traveller, quejándose en voz baja, se bebió el resto del brandy y se puso en pie. Luego subió los primeros escalones de la escalera que llevaba a la escotilla del techo y empujó la cubierta. Pocket dio una vuelta a la cabina levantando los asientos a la posición de almacenamiento. Yo comenté:

-Puede que el *Príncipe Alberto* ya esté en movimiento, porque puedo sentir una vibración en los pies.

Holden se cuadró con las manos a la espalda y dijo:

-Quizá tenga razón, Ned. -Miró incómodo a Traveller, quien seguía empujando la escotilla cerrada.

Traveller dijo:

-Esto es muy extraño. Pocket, cerró usted...

Y el suelo se encabritó bajo mis pies, tirándome como un muñeco. Un rugido como un tremendo grito penetró en la cabina, y era como si mi cráneo temblase con el ruido; una luz tan brillante como la del sol penetró por las pequeñas portillas.

El ruido murió. Me senté, tomé aire y miré a mi alrededor. Mis acompañantes se habían caído allí donde estaban. El ingenioso Pocket ya estaba de pie; el rotundo periodista sudaba copiosamente y se frotaba la espalda, evidentemente dolorido. Me preocupaba más Traveller, quien, en la escalera, había estado a unos pies del suelo. El distinguido caballero estaba ahora tendido de espaldas, despatarrado, mirando a la escotilla atascada; curiosamente la chistera se había caído del gancho y yacía a sus pies.

Me apresuré a su lado.

-¿Está bien?

Traveller elevó su delgado torso y contestó:

-No se preocupe por mí, muchacho; tenemos que abrir esa maldita escotilla...

Intenté retenerle colocando las manos sobre sus hombros.

-Señor, podría hacerse daño...

-Ned. Mire esto.

Me volví para ver a Holden mirando por una portilla. Pocket estaba a su lado, retorciéndose nervioso las manos, evidentemente incapaz de decidir hacia qué lado volverse.

Aprovechándose de mi distracción, Traveller me echó a un lado con sorprendente fuerza, se puso en pie y se subió una vez más a la escalera.

Me puse en pie -notando mientras lo hacía que el suelo seguía vibrando de forma extraña- y me uní a Holden en el punto de observación.

Donde había habido dos chimeneas sobre la sala de calderas del *Príncipe Alberto* sólo quedaba una; un muñón humeante de seis pies de alto estaba en el lugar de la otra, con el aspecto de un diente roto, y a su alrededor había fragmentos de metal retorcido, orgullosos colores pintados todavía visibles en algunos tristes pedazos.

Los abetos del bosque móvil yacían caídos y quemados. Entre las astillas de los árboles se arrastraba algo rojo y roto. Se me cerró la garganta y me volví.

-Buen Dios, Holden --dije, intentando respirar en el aire cargado de humo de cigarrillo-, ¿ha sido destruida la sala de máquinas?

-No creo -dijo Holden, tenía el pelo negro revuelto sobre la frente roja y llena de sudor-. La devastación sería mucho mayor y las cubiertas estarían rotas.

La vibración del suelo aumentó de amplitud en un traqueteo continuo y rítmico, aumentando mi sensación de náusea. Me apoyé en la pared acolchada para sostenerme.

-Entonces, ¿qué ha sucedido?

-¿Recuerda la expedición a la sala de máquinas, en la que estudiamos el dispositivo de tuberías para aprovechar el calor alrededor de cada chimenea? Y había una llave de paso...

-Sí. Ahora lo recuerdo. Y ese tipo, Dever, soltó todas aquellas advertencias apocalípticas sobre las consecuencias de cerrar la llave de paso.

-Temo que eso sea exactamente lo que ha sucedido -dijo Holden, con una voz desacostumbradamente dura.

-¡Pocket! -Traveller seguía empujando la escotilla atascada.

-En el nombre de Dios, ayúdeme- Pocket se unió a él y, apretujados en lo alto de la escalera, tiraron de la rueda que debería haber abierto la escotilla.

Lo observé ausente.

-Holden, debe haber mucha gente herida.

Me estudió durante un momento, el rostro redondo y marcado lleno de preocupación, y echó una mano a la pared para bajar una silla.

-Ned, siéntese.

Dejé que me guiase al sitio; el acolchado alivió un poco la continua vibración.

-¿Pero cómo pudo ocurrir tal accidente? Seguro que la tripulación de la nave debía ser consciente de un riesgo tan elemental.

-Esta catástrofe no es un accidente, Ned.

Fruncí el ceño.

-¿Qué quiere decir?

-Esa llave de paso se cerró deliberadamente. Y cuando el capitán aumentó el vapor y activó la tracción, justo a las doce, el vapor entró en las tuberías secas y supercalentadas; con las devastadoras consecuencias que hemos presenciado.

»Ned, creo que un saboteador es responsable de este acto cruel.

Negué con la cabeza; me sentí mareado y aturdido por los acontecimientos que se sucedían con tanta rapidez. Apenas podía comprender las palabras de Holden.

-¿Pero por qué actuaría un saboteador de esa forma?

-Debemos sospechar de los prusianos -dijo Holden duramente, con la boca convertida en una línea-. Ellos, después de todo, empezaron la guerra actual con Francia con sus maliciosas intrigas con respecto al telegrama Ems. Quizás este incidente sea el telegrama Ems para nuestro Rey, ¿eh? Bien, por Dios; si creen que pueden pellizcar la cola del león...

Pero yo apenas le escuchaba, porque alguna zona deductiva sin usar estaba empezando a funcionar.

-Holden...

-¡No hay tiempo! ¡No hay tiempo! -Traveller bajó de un salto de la escalera y comenzó a sacar los asientos-. ¡Siéntense, todos! Hay arneses bajo los asientos; Vicars, yo le ayudaré. Pocket, ¡haga que ese gordo se siente!

Pero el comportamiento incomprensible de sir Josiah -incluso su uso de mi nombre correcto- me pasó vagamente.

-Holden, no puedo recordar la geografía de la nave. -Me encontré gritando sobre un ruido en ascenso, un rugido como una cascada bajo nuestros pies; Traveller vino hacia mí, el abrigo aleteándole, para ponerse el arnés por cintura y pecho-. ¡Holden! -grité-. Las chimeneas pasaban por el gran salón, ¿no?

-Sí, muchacho.

Traveller y Pocket ocuparon sus propios asientos; pronto los cuatro estuvimos atados en los cuatro puntos de la brújula de la pequeña cabina, mirándonos los unos a los otros con ojos frenéticos. Llamé a Holden.

-Y la chimenea que estalló, ¿era una de las que pasaba por el salón? Lo era, ¿no?

-Ned, ahora ya no puede hacer nada.

Toda la *Faetón* se agitaba a mi alrededor, pero todo lo que podía ver eran las columnas con espejos que atravesaban el abarrotado salón. Debía haber cientos de muertos.

y...

-Debo ir a por ella. -Intenté ponerme en pie, me hundí como un tonto al tirar el arnés de mí, y trasteé con los cierres de cintura y pecho.

-Vicars, ¡se lo ruego! -La voz de Traveller era un rugido que incluso ahogaba el clamor sobrenatural que venía de abajo.- ¡Quédese en su asiento!

Solté el arnés, me puse en pie y fui hacia la escalera.

El suelo volvió a encabritarse a mis pies; pude ver algo del infierno por la portilla más cercana -la Cubierta de Paseo huyendo a toda velocidad, vapor vivo corriendo sobre el metal, la gente huyendo del vapor, gritando- y luego llegó la breve sensación de caída, una explosión apagada y como un golpe bajo el suelo, otro bandazo.

Choqué contra el suelo. Sentí sangre bajo la cara, y una presión constante que me apretaba contra las alfombras y el metal que había debajo.

Y desde una gran distancia oí la voz de Holden.

-Que Dios nos ayude -gritó-. ¡La *Faetón* está volando!

Con un gran esfuerzo levanté la cabeza una vez más hacia la portilla. Ahora el paisaje se había doblado sobre sí mismo, convirtiéndose en un cuenco azul invertido; pero todavía quedaba el ruido, la vibración, el olor de mi propia sangre...

La oscuridad me cubrió.

5

POR ENCIMA DEL AIRE

Era como si yaciese sobre la cama de plumas más suave del mundo. Me dejaba llevar en silencio, feliz de dormitar como un niño.

-¿... Ned? ¿Puede oírme?

Esas palabras captaron mi atención. Al principio me resistí, pero la voz insistió y al final me sentí subiendo como un corcho a la superficie de la consciencia.

Abrí los ojos. La cara redonda de Holden flotaba sobre mí con todos los signos de la preocupación; había perdido la faja, tenía el cuello y la corbata arrugadas y esta última colocada en ángulo recto, y el pelo parecía flotarle extrañamente alrededor de la cara, como un halo negro y graso.

-Holden. -Tenía la garganta seca, y todavía conservaba en la boca el sabor de la sangre.

-¿Está bien? ¿Puede sentarse?

Me quedé tendido un momento, permitiendo que la sensación de mi cuerpo y mis miembros me llegase al cerebro.

-Me siento rígido, como si me hubiesen dado una paliza; pero simultáneamente me siento sorprendentemente cómodo. -Volví la cabeza, medio esperando encontrarme tendido en alguna litera, pero sólo una alfombra, manchada de sangre, era lo que había debajo de mí.

-¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Holden me agarró los hombros y me obligó a sentarme; me pareció que reboté extrañamente sobre la alfombra turca y mi estómago dio un tumbo breve, como si cayese. Lo achaqué al mareo.

-Sólo unos minutos -dijo Holden-, pero... Ned, la situación ha cambiado. Creo que debería prepararse para un susto.

-¿Un susto?

Miré alrededor de la nave. El mismo Holden estaba agachado sobre la alfombra, agarrado al borde como si su vida dependiese de ello; el pobre Pocket seguía atado al asiento, una cara tan bochornosa como la de un pollo desplumado.

¿Y Traveller?

Sir Josiah estaba en una portilla, con la chistera bien metida en la cabeza. En una mano sostenía una pequeña libreta y un lápiz, y la otra mano la tenía entre la cara y la ventana con los dedos extendidos; luz blanquiazul penetraba por la ventana, produciendo reflejos en la nariz de platino pegada al rostro (noté que las otras ventanas estaban oscuras, y habían encendido las lámparas de acetileno de la cabina).

Me pregunté si no estaría todavía durmiendo.

He dicho que Traveller estaba frente a la portilla, y tal fue realmente mi impresión inicial; pero al estudiarle con más detenimiento observé que sus grandes zapatos estaban como a cuatro pulgadas por encima del hule. Es más, un ligero ángulo en las rodillas de Traveller me permitió leer el nombre del fabricante grabado en la suela.

Por tanto, sir Josiah flotaba en el aire como un ilusionista, aparentemente sin esfuerzo.

Miré a la cara de Holden. Tenía las manos en mis hombros.

-Calma, Ned. Una cosa cada vez...

Me asaltó una ola de pánico.

-Holden, ¿estoy perdiendo la cabeza? -Me apoyé en la alfombra con las manos, con la intención de meter las piernas bajo el cuerpo y ponerme de pie. La alfombra se escapó de debajo de mis dedos, y yo floté en el aire como si un hilo invisible tirase de mí. Intenté alcanzar la alfombra, primero con las manos, después con las puntas de los zapatos, pero sin éxito; y pronto quedé varado, en medio del aire, con brazos y piernas extendidos como una estrella de mar abatida.

-¡Holden! ¿Qué me pasa?

Holden permaneció sentado en la alfombra, bien agarrada con los dedos.

-Ned, baje de ahí.

-Si me dice cómo, lo haré -grité impresionado. A continuación, con un suave impacto, mi cuello y mis hombros chocaron con la parte superior y curva de la cámara. Puse las manos a la espalda buscando un agarre, pero mis dedos resbalaron sobre el cuero frustrantemente vertical de las paredes, y sólo conseguí empujarme a mí mismo hacia delante, de forma que colgaba boca abajo en el aire. Era como si Holden colgase absurdamente del techo, y Pocket estuviese suspendido del arnés de la silla, mientras que el modelo del *Gran Oriental* en su caja de vidrio colgase como una araña de luces náutica.

El estómago se me revolvió.

Una mano fuerte me agarró el brazo.

-En el nombre de Dios, Wickers, no devuelva el desayuno; nunca conseguiríamos limpiar este maldito lugar.

Era Traveller; con los tobillos huesudos atados al arnés de una silla, como un mono con abrigo, me hizo girar unos desconcertantes ciento ochenta grados y tiró de mí hasta el suelo. Aterricé cerca de una silla; aliviado, la agarré, me senté y me até. Durante el esfuerzo, el sombrero de Traveller se le había soltado. Ahora flotaba en el aire, rotando como una semilla de diente de león; con gruñidos de irritación, Traveller dio manotazos hasta que el sombrero navegó hasta sus brazos, y luego se lo metió seguro en la cabeza.

Restaurada una especie de normalidad -exceptuando la desconcertante propensión de mis piernas a colgar en el aire- le comenté a Holden, con mucha frialdad dadas las circunstancias:

-No dudo que todo esto tendrá una explicación racional.

-Oh, por supuesto. -Se pasó una mano sobre el pelo negro, dándole algo de orden-. Aunque sospecho que no le gustará la respuesta.

Traveller flotaba una vez más frente a la portilla de luz azul (noté que era una diferente, lo que demostraba que la misteriosa luz azul se había desplazado alrededor de la nave). Hablé en voz alta:

-Sir Josiah, ya que es responsable de que estemos atrapados en esta berlina aérea, creo que nos debe una explicación sobre nuestra situación.

Traveller permanecía de pie -o más bien flotando- con bastante facilidad en el aire, una mano colocada sobre el alféizar de la portilla. De un bolsillo extrajo la pequeña caja, la abrió y sacó un cigarro y -¡dejando que la caja flotase en el aire!- encendió una cerilla, y pronto el aire se llenó de tentáculos de gas áspero. Luego Traveller afortunadamente recogió la caja acrobática.

-¿Qué hace que los jóvenes sean tan terriblemente pomposos? Nuestra situación es evidente -dijo rápidamente.

Abrí la boca y le hubiese respondido ultrajado si no hubiese intervenido Holden con rapidez.

-Debe recordar nuestras vocaciones poco científicas, señor; los acontecimientos no siempre nos son tan claros para nosotros como para usted.

-Por ejemplo -dije fríamente-, quizá tendría la bondad de explicarnos por qué todo flota en el aire. ¿Es algún fenómeno relacionado con el vuelo por encima del suelo?

Traveller se frotó el cabo de su nariz humana que todavía tenía entre los ojos.

-Buen Dios, ¿qué enseñan hoy en día en la escuela? ¿Es la obra de sir Isaac Newton un libro cerrado?

Testarudo dije:

-Por favor, explíquenos cómo el eminente sir Isaac se las está arreglando para hacernos flotar en el aire como motas de polvo humanas.

-Los motores de la *Faetón* se han apagado -dijo Traveller-. Quizá perciban una diferencia en el ruido ambiente.

Me sorprendí; porque, hasta que sir Josiah lo había comentado, no había notado el silencio en la cabina.

El corazón me dio un salto.

-Entonces estamos en el suelo. ¿Pero dónde? -Miré hacia las ventanillas oscurecidas viendo que la extraña luz azul había vuelto a cambiar de forma que brillaba por otra portilla diferente-. Fuera es de noche. ¿Hemos viajado a una región de oscuridad? -Tenía la mente desbocada; quizá estábamos en Norteamérica o alguna tierra lejana... ¿pero y si estábamos atrapados en alguna jungla inexplorada?-. Pero seguro que no hay nada que temer -dije rápidamente-. Todo lo que tenemos que hacer es salir de la nave y buscar al cónsul británico más cercano; no hay ciudad en la Tierra sin representación, y nos darán cobijo y ayuda...

-Ned. -Holden me miró fijamente, aunque noté que sus manos, todavía agarradas a la alfombra, temblaban-. Debe callarse e intentar entender. Estamos más lejos de cualquier consulado de lo que imagina.

Traveller habló lentamente y de forma sencilla, como con un niño:

-Vamos a hacerlo paso a paso. Los motores están parados. Pero no estamos en el suelo. Eso es evidente, incluso para un diplomático. En su lugar, sin la propulsión que dan los motores, la nave está en caída libre. Y nosotros caemos con ella; y, por tanto, flotamos, como el mármol flotaría aparentemente en el interior de una caja arrojada desde una azotea. -Sir Josiah continuó con una larga y complicada ampliación de ese concepto, teniendo en cuenta la falta de fuerzas de reacción entre mi espalda y la silla en que estaba sentado.

Pero cogí lo esencial.

Estábamos cayendo.

Una ola de pánico me recorrió y me agarré al arnés.

-Estamos condenados, ¡porque seguro que en unos momentos nos estrellaremos contra el suelo!

Traveller gruñó de forma teatral y se golpeó la cadera; y Holden dijo:

-Ned, todavía no lo entiende. No corremos peligro de chocar contra el suelo.

Me rasqué la cabeza.

-Entonces confieso que estoy completamente perdido, Holden.

Traveller habló lentamente.

-En el momento del lanzamiento del *Príncipe Alberto*, y el sabotaje, los motores de la *Faetón* se activaron. La nave se elevó en el aire, y siguió subiendo, acelerando, hasta dejar la Tierra muy atrás.

Sentí que el frío recorría mis venas, y pronto me sentí mareado, ligero.

-¿Estamos en la atmósfera superior?

Traveller apagó el cigarro en un cenicero situado en el asiento más cercano y extendió un brazo hacia mí.

-Ned, creo que debería unirse a mí. ¿Cree que puede hacerlo?

La idea de lanzarme una vez más como un saltador de trampolín me llenaba de temor; pero abrí los cierres y aparté el arnés flotante.

Me enderecé para flotar en el aire y me empujé con las dos manos contra el asiento. Como un tronco de madera, atravesé la cabina, yendo a parar finalmente donde Traveller, cuyas manos fuertes me llevaron hasta la portilla.

-Gracias, señor.

La iluminación azul resaltaba su estropeado perfil depredador.

-Ahora, si tiene en cuenta la vista...

Acerqué la cara a la portilla. Un globo colgaba suspendido frente a un fondo de estrellas, como una maravillosa linterna azul; un tercio estaba en sombras, y había luces que parpadeaban en la oscuridad. En la parte iluminada del globo podían distinguirse a través de una película de nubes las formas familiares de los continentes. Un pequeño y brillante punto de luz se arrastraba por el cuerno más alejado del globo, provocando reflejos en el océano.

Era, por supuesto, la Tierra, y el minúsculo compañero que recorría pacientemente su mes de noventa minutos era la Pequeña Luna.

Sentí la mano de Traveller sobre el hombro.

-Incluso el Imperio parece diminuto a esta distancia, ¿eh, Ned?

-¿Estamos todavía en la atmósfera?

-Me temo que no. Más allá del casco de la *Faetón* sólo está el desierto del espacio: sin aire, sin luz y varias decenas de grados más frío que las hipótesis de monsieur Fourier.

-¿Todavía nos alejamos del mundo?

-Sí. -Traveller extrajo su libro de notas con destreza, empleando sólo los dedos de una mano, y comprobó los cálculos-. He estimado la velocidad por triangulación con puntos conocidos del globo. Mis resultados son imprecisos, por supuesto, ya que no dispongo de nada que se parezca al equipo adecuado...

-Pero -dijo Holden.

-Pero he averiguado que nos alejamos de la Tierra a unas quinientas millas por hora. Y eso es consistente con el periodo de algunos minutos cuando se dispararon los cohetes, alejándonos de la Tierra a aproximadamente dos veces la aceleración debida a la gravedad a nivel del mar.

Hubo sollozos detrás de mí; di la espalda a la imagen de la Tierra. Pocket, todavía atrapado en la silla, había enterrado la cara entre las manos; le temblaban los hombros y el pelo fino le colgaba alrededor de los dedos.

Exploré mis propios sentimientos. Así que estábamos más allá del aire. Y debía de ser cierto después de todo que Traveller ya había viajado de esa forma, no una, sino varias veces. El pánico se disipó, reemplazado por un juvenil sentido de la maravilla.

La imagen de la Tierra se movió a la derecha y deduje que la nave debía estar girando lentamente. Por algún truco de la perspectiva, el planeta tenía el aspecto de un cuenco, de la mejor porcelana china, pero era un cuenco que contenía todas las ciudades y las personas vivas; ¿y quién hubiese supuesto una belleza tan desconcertante?

Me volví hacia Traveller y dije:

-No sé por qué, sir Josiah, pero ahora siento calma y me sentiré aún más calmado cuando encienda los motores de la *Faetón* una vez más y volvamos al suelo.

Pude ver cómo la amabilidad y una impaciencia feroz luchaban sobre la frente marcada de Traveller.

-Ned, no fui yo quién lanzó el *Faetón* la primera vez.

-¿No? Entonces, ¿cómo... ?

-La nave se dirige desde el Puente. ¿Recuerda cómo luché por abrir la escotilla de acceso al Puente antes del lanzamiento?

Noté entonces que la escotilla del techo seguía cerrada, aunque exhibía las cicatrices de los esfuerzos de Traveller por abrirla.

-Entonces, ¿quién es el responsable?

-¿Cómo podríamos saberlo? -dijo Traveller.

-Pero podemos hacer suposiciones -dijo Holden desde el suelo, con un rastro de furia destacándose en el miedo-. Porque este suceso y el atentado contra el *Príncipe Alberto* deben estar relacionados.

El miedo penetró en mi mente.

-¿Infiere que estamos en manos de un saboteador?

Holden habló con gravedad:

-Me temo que un miembro de la misma banda de prusianos tiene en estos momentos el control de esta nave.

Finalmente comprendí todo el horror de nuestra situación.

-Estamos atrapados en esta caja, alejándonos de la Tierra y a merced de un prusiano loco... ¡Debemos penetrar inmediatamente en el Puente!

Me habría dirigido inmediatamente hacia la escotilla si Traveller no me hubiese retenido poniéndome una mano en el brazo.

-He intentado durante mucho tiempo seguir esa ruta, Ned. Y aunque consiguiésemos llegar al Puente, nos enfrentaríamos a muchos obstáculos antes de regresar con éxito a la Tierra.

-¿Qué obstáculos, Traveller? -exigió saber Holden.

Traveller sonrió.

-Seguirán ahí. Mientras tanto, son ustedes mis invitados en esta nave. ¿Qué me dice, Pocket?

El desdichado sirviente no pudo sino agitar la cabeza, con la cara todavía hundida entre las manos empapadas.

Traveller se estiró las solapas arrugadas de la chaqueta.

-Usted, por ejemplo, tiene costras de la sangre que soltó durante el lanzamiento. Y qué hay mejor que un buen baño caliente para aliviar el dolor de las contusiones, ¿eh? Pocket, ¿lo preparará? Y después quizá tomemos una cena ligera...

-¿Baño? ¿Una cena ligera? -Apenas podía creer lo que oía-. Sir Josiah, éste no es el momento ni el lugar. Y Pocket apenas se encuentra en situación de...

-Al contrario -dijo Traveller con firmeza, clavándome con una mirada de complicidad-. Nada mejor podría hacer el temible Pocket sino prepararle un baño caliente.

Le devolví la mirada a sir Josiah, y me volví para observar a Pocket; el sirviente, a pesar de una torpeza angustiosa, exhibía una serenidad cada vez mayor a medida que se ocupaba de esas tareas.

Reflexioné que Josiah Traveller poseía un conocimiento más profundo de sus compañeros humanos de lo que se molestaba en demostrar.

Ya sabía que un sinfín de maravillas estaba escondido entre las paredes acolchadas de la Cabina de Fumar; pero apenas podía haber supuesto que fuese posible tomar un baño caliente completo en condiciones tan cómodas como las de cualquier club de caballeros de Inglaterra.

Pocket retiró una sección de alfombra turca del suelo para revelar una serie de paneles; éstos se desdoblaban para formar una pantalla de cinco pies de alto detrás de la cual pude quitarme en la intimidad la ropa manchada. La sección de suelo bajo esos paneles estaba cubierta con capas de goma superpuestas, y había grifos situados en huecos del suelo. Pocket abrió los grifos -en respuesta su cuerpo se agitó bastante cómicamente- y de debajo del suelo llegó el sonido del agua corriente. Al rato un calor agradable y algunos penachos de vapor salieron de entre las capas de goma, dándole al lugar la atmósfera de un baño.

Cuando el agua estuvo lista, Pocket me rogó que me metiese entre las capas de goma. Sólo mi cabeza salía al aire. El baño en sí -del tamaño y forma de un ataúd, deduje por el tacto- estaba bajo la goma, y las capas superpuestas contenían completamente el agua que de otra forma hubiese escapado al aire de la cabina. Me quedé tendido sintiendo cómo los dolores abandonaban mi carne cansada. Y entonces el valiente Pocket me trajo un brandy sellado en un globo del tamaño de una copa, del que se sorbía el líquido por medio de una tetilla- y cuando el incongruente aroma de la carne asada -¡y el sonido del piano!- traspasaron la pantalla, cerré los ojos y descubrí que me era totalmente imposible creer que en ese momento estuviese suspendido en una pequeña lata de metal saltando entre los mundos a quinientas millas por hora.

Salí del baño y dejé que Pocket me ayudase con una toalla. Cuando estuve seco me vestí, nuevamente con ayuda de Pocket. Había limpiado y cepillado mi ropa, sólo superficialmente, pero era suficiente para darme la sensación de frescura y comodidad.

-Bien, Pocket; ¿cómo se siente?

-Más yo mismo, gracias, señor- dijo, claramente avergonzado.

-¿Cuál es su visión de la situación? ¿Ha compartido antes aventuras similares con sir Josiah?

La delgada boca de Pocket se contrajo.

-Hemos sufrido algunos rasguños, me atrevería a decir -Confesó-, pero nada a esta escala... tengo dos nietos señor -me dijo de pronto.

Me ajusté la chaqueta.

-No tema. Estoy seguro de que sir Josiah no tardará en encontrar la forma de reunirle con su familia.

-Es un tipo de recursos -dijo Pocket; y con movimientos diestros, ya parecía estar acostumbrándose a la situación de caída, plegó la pantalla de intimidad.

Le toqué el hombro huesudo.

-Dígame -inquirió-. ¿Conoce Traveller su... debilidad?

-Supongo que usted no le conoce muy bien, señor. Dudo mucho que sea consciente de algo así.

Apenas me sorprendí al ver que Traveller había sacado un piano pequeño de la pared de la cabina; flotaba frente a él, un pie alrededor de una pata plegable, y tocaba las alegres melodías que había oído antes. Holden seguía agarrado a la alfombra; observaba perplejo a Traveller, en ese momento el más alegre de los cuatro viajeros renuentes.

Se volvió hacia mí y se obligó a sonreír.

-Bien, ¿se han curado sus heridas?

-Finalmente curado; gracias -señalé a Traveller-. ¿No se van a acabar las maravillas de este hombre?

Holden levantó una ceja.

-Lo que me sorprende no es que esté tocando el piano en el espacio interplanetario, eso ya no podría sorprenderme, sino lo que está tocando.

Escuché con mayor atención y me sorprendió reconocer una de las melodías de *music hall* más grosera y popular en la época.

Traveller percibió nuestra atención y, con un gesto poco característico de timidez, abandonó la melodía a la mitad.

-Un ingenio muy bueno -señaló-. Lo conseguí en la Exposición de 1851. Creo que se suponía que era para un yate.

-¿En serio? -replicó Holden con sequedad.

Sonó un gong suave; me volví para ver a Pocket flotando en el aire, completamente sereno, sosteniendo un pequeño disco de metal

-La cena está servida, caballeros.

-¡Espléndido! -gritó Traveller, y plegó el piano de un gesto.

Y así tomé parte en uno de los ágapes más extraños de la confusa historia de la humanidad.

Los tres tomamos asiento. Yo llevaba el arnés un poco suelto, apenas lo suficiente para impedirme salir flotando por aquel lugar. Pocket nos puso servilletas en el regazo y nos ayudó a fijarnos bandejas de madera a las rodillas por medio de correas de cuero. La comida venía envuelta en paquetes de papel engrasado que Pocket sacó de uno de los ubicuos chiribitiles. Otro panel escondía un pequeño horno de hierro en el que Pocket insertó los paquetes. La comida, cuando estuvo servida, era de una sorprendente buena calidad; empezamos con una mousse de pescado de intenso pero delicado sabor, seguida de una loncha de cordero asado, patatas y guisantes con una salsa; y terminó con un pesado budín con sirope. Bebimos -en

globos- una satisfactoria cosecha francesa con el primer plato, y concluimos con globos más pequeños de oporto, y gruesos cigarros de fuerte sabor.

Todo se sirvió con cubertería de plata y porcelana china decorada con el sello de la compañía *Príncipe Alberto*, que se resumía en un blasón que mostraba la escultura de Neptuno que decoraba la cubierta de paseo del *Príncipe Alberto*.

Era una comida que no hubiese estado de más en muchas grandes mesas en la querida y distante Inglaterra, incluso si algunas de las circunstancias eran un poco curiosas. La única limitación de la comida parecía ser la necesidad de pegarla al plato o cuenco de alguna forma. La salsa servida con la carne, por ejemplo, era mucho más glutinosa de lo que me hubiese gustado, pero cumplía su propósito, excepto por un par de guisantes que se escaparon del tenedor.

Pero nunca antes me había servido un camarero que nadaba por el aire como un pez.

Se permitió que Pocket se sentase con nosotros para comer, ya que no había ninguna cocina o zona separada.

Cuando Pocket hubo retirado los restos nos sentamos en silencio en la Cabina de Fumar, sorbiendo el oporto y mirando cómo la luz de la Tierra penetraba por el aire lleno de humo. Holden dijo:

-Tengo que felicitarle por su mesa, sir Josiah. Me refiero tanto a la calidad de la provisión, como al ingenio con el que se ha arreglado la comida.

-Prensas hidráulicas, ése es el secreto -dijo Traveller tranquilo, y estiró las largas piernas en el aire-. La comida se prepara en un buen restaurante de Londres que frecuento de vez en cuando, y luego se seca rápidamente, en hornos calientes, y se comprime en esos paquetes que han visto. El resultado es un bulto pequeño y compacto que puede almacenarse durante semanas sin que se estropee, y que sólo necesita la aplicación de calor y agua para volver a ser una buena comida.

-Asombroso -comenté-. Y me atrevería a decir que hay muchas más comidas como ésas almacenadas en las paredes de esta nave, ¿no?

-Oh, sí -dijo Traveller-. Tenemos provisiones para algunas semanas.

Holden volvió a encender el cigarro (noté la forma extraña en que se comportaba la llama de la cerilla en condiciones de caída; la llama formaba un pequeño globo alrededor de la cabeza de la cerilla, y se apagaría rápidamente si uno no la moviese suavemente en el aire hacia nuevas regiones de oxígeno). El periodista dijo:

-Me alegra saber que no corremos mucho peligro de morirnos de hambre. Pero quizá sea éste el momento para discutir de qué otras cosas disponemos en general.

La idea del hambre no se me había pasado por mi limitada imaginación hasta ese momento; pero por supuesto que Holden tenía razón. Después de todo, estábamos perdidos en un vacío frío y desolado, con sólo el contenido de aquel frágil vehículo para sostenernos. Reflexioné culpable sobre mi disfrute de la comida; quizá ya deberíamos haber establecido un régimen.

-Muy bien. Sobre el agua -dijo Traveller-, llevamos varios galones. -Golpeó el suelo con un pie esquelético-. Está almacenada abajo, en una serie de tanques pequeños. Un tanque grande sería inadecuado, porque al volar la nave se correría el peligro de que el agua se moviese en el interior.

-Varios galones no parece mucho -dije incómodo-. Especialmente considerando que he tomado un baño.

Traveller sonrió.

-No tiene que preocuparse, Wickers; el agua para bañarse se pasa por una serie de filtros y tuberías que permiten que se use varias veces. Es adecuada para beber, incluso después de cuatro o cinco filtrados. -Se rió de nuestra expresión-. Pero el agua que usamos para el aseo, que Pocket les mostrará pronto, se expulsa directamente, se alegrarán de oírlo, del casco de la nave. -Luego su expresión se convirtió en una de preocupación calculadora-. Aun así, el agua

sigue siendo un problema. Porque el agua se usa como masa de reacción, y me temo mucho que nuestro amigo prusiano ya ha gastado demasiada para estar cómodos.

Le hubiese pedido que ampliase ese preocupante misterio, la masa de reacción, pero Holden se inclinó con urgencia.

-Sir Josiah, ¿qué hay del aire? Ésta es una nave pequeña. ¿Cómo pueden cuatro hombres, cinco si contamos al prusiano, sobrevivir aquí por más de unas pocas horas?

Traveller agitó lánguido una mano de largos dedos.

-Señor, no debe preocuparse. Una vez más actúa un ingenioso, si se me permite decirlo, sistema de filtrado. En una hora un hombre sano absorbería el oxígeno contenido en veinticinco galones de aire, reemplazándolo con ácido carbónico, inútil para la respiración. Una bomba actúa continuamente para pasar el aire de esta cabina, y el Puente, por una serie de rejillas. El aire pasa por clorato de potasio, a una temperatura varios cientos de grados por encima de la de la habitación; el clorato se descompone en la sal cloruro de potasio y emite oxígeno para reponer el aire viciado. Y luego se aplica una cantidad de potasa cáustica, que se combina con el ácido carbónico para eliminarlo del aire.

»Tenemos cantidades suficientes de los productos químicos relevantes para sostener nuestra vida durante varias semanas.

-¡Ah! -asintió Holden, evidentemente impresionado.

-Y en lo que al calor y la luz se refiere -siguió Traveller-, quemadores de acetileno hacen funcionar las lámparas que tenemos sobre nuestras cabezas, y también calientan el aire que pasa por tuberías incrustadas en el casco de la nave. De hecho, bañados como estamos en la luz directa del sol, no es el frío lo que debemos temer, sino el peligro de cocernos vivos. De ahí la lenta rotación de la nave que han observado, y que sirve para extender la acción de la radiación solar sobre todo el casco de la nave.

-Entonces -dije-, no ve ningún obstáculo para que sobrevivamos y regresemos sanos a nuestro mundo.

-No he dicho eso, Ned. -Como tenía apagado el cigarro, Traveller encendió uno de los turcos que prefería-. Diseñé la *Faetón* para realizar observaciones de las capas altas de la atmósfera de la Tierra. Esperaba incluso ponerla algún día en órbita terrestre. -Ese concepto, que era nuevo para mí, me lo explicó más tarde Holden; consiste en una caída continua, bajo la influencia de la gravedad, de un cuerpo alrededor del planeta, de forma muy similar a como la Pequeña Luna da vueltas alrededor de la Tierra-. Pero -siguió diciendo Traveller-, la *Faetón* no está diseñada para volar al espacio profundo.

Siguió describiendo los principios del sistema de propulsión de la maravillosa nave. Parecía que se usaban hornos de antihielo para calentar el vapor a una temperatura monstruosa. Pero en lugar de dirigir la expansión del gas caliente a un pistón (como en el diseño del sistema de propulsión del crucero terrestre), las tuberías llevaban el vapor a las toberas que había observado en la base de la nave, por donde era expulsado. Lanzando el vapor supercalentado lejos de ella, la *Faetón* se impulsaba hacia delante. Como un patinador puede empujar a su compañero; el compañero corre por el lago, pero el primer patinador sale corriendo hacia atrás por la fuerza de reacción. Ése es el principio del cohete, y la «masa de reacción» que Traveller había mencionado antes era el vapor lanzado por el cohete.

El vapor salía de las toberas a muchos miles de millas por hora.

Pero incluso así, para permitir que la nave se moviese hacia delante con una aceleración dos veces la de la gravedad terrestre, había que perder en el espacio cuatro libras de agua cada segundo.

Holden asintió preocupado.

-Entonces el peso de toda la nave no puede ser superior a una o dos toneladas.

Traveller se impresionó brevemente.

-Claramente el peso de la nave debe estar limitado -dijo-. Y eso me hizo elegir el aluminio como el principal material de construcción del casco. Es mucho más ligero que

cualquier aleación de hierro, o acero, a pesar de su absurdo precio: nada menos que nueve soberanos la libra, en comparación con los dos o tres peniques del hierro forjado.

-Buen Dios -dijo Holden.

-Elegir el agua como masa de reacción se debió a que es fácil de encontrar y barata, incluso si la *Faetón* chocase con el mar, un tanque de agua salobre sería suficiente para ponernos de nuevo en el aire.

Hice un gesto hacia la ventana oscura.

-Pero ahí fuera no hay océanos.

-No. Tenemos sólo lo que queda en los tanques. Y, aunque no puedo estar seguro sin acceso al Puente, ahí está nuestro problema. Mucho me temo que nuestro anfitrión prusiano ha agotado las reservas más allá del punto en el que podemos dar la vuelta a la nave y volar hacia la Tierra; e incluso si pudiésemos, no habría nada con lo que hacer funcionar los cohetes para aterrizar de forma controlada, y no desplomarnos como un meteorito contra el paisaje.

Temblé ante esas palabras, y apreté el bulbo de oporto entre las manos.

6

VIDA COTIDIANA ENTRE LOS MUNDOS

En nuestra cápsula interplanetaria nos veíamos privados de día y noche, o más bien de los ritmos diurnos de la Tierra que habían sido reemplazados por la rotación de la *Faetón*; si uno se tomaba la molestia, podía contemplar la salida del sol cada cuarto de hora. Pero manteníamos las mismas horas como si estuviésemos firmemente en tierra inglesa. Dormíamos en camastros que se desplegaban de las paredes de la cabina. Mi cama, a la que me pegaba firmemente cada noche con mantas bien sujetas, me soportaba como si fuese la más suave de las camas, aunque si los brazos se me soltaban mientras dormía, era desconcertante despertarme para encontrármelos flotando frente a mi cara, aparentemente desmembrados.

A las siete y media todas las mañanas nos despertábamos por las suaves campanadas del mecanismo de alarma del *Gran Oriental*. Pocket retiraba las pequeñas persianas de las portillas, dejando que entrasen rayos gemelos de luz solar y luz terrestre y nos turnábamos para pasar a la bañera oculta.

Las facilidades de aseo eran por necesidad bastante crudas, consistiendo en un aparato que se desplegaba de la pared acolchada y que podía rodearse por una cortina ligera pero hermética al aire, por lo que la intimidad y la limpieza se preservaban hasta cierto grado. Como Traveller nos había asegurado, los materiales de desecho se enviaban directamente al espacio.

¡Incluso era posible afeitarse a bordo de la *Faetón*! Tener pelo flotando por toda la nave no hubiese sido muy agradable, por supuesto, pero, usando jabón en exceso, se podían atrapar bastante bien casi todos los pelos. Y cualquier resto o polvo flotante era recogido por el inestimable Pocket. Empleaba una manguera flexible unida por una conexión en la pared a una de las bombas de circulación de aire. Cada día, Pocket recorría la nave con ese dispositivo, buscando y recogiendo; al principio Holden y yo consideramos el espectáculo como cómico, pero con el paso de los días llegamos a apreciar el valor del invento, porque sin él nuestra prisión volante se hubiese vuelto tan mugrienta como un antro de Calcuta.

Traveller mantenía un pequeño guardarropa a bordo de la nave, al igual que Pocket; Traveller nos prestó a Holden y a mí ropa interior y prendas de vestir, y el maravilloso Pocket encontró formas de limpiar (usando esponjas y trapos mojados) lo peor de nuestras ropas del día del lanzamiento.

Y así era como tres caballeros -quizás un poco arrugados, pero más que presentables en compañía elegante- ocupábamos nuestro lugar en nuestros asientos-mesas alrededor de las ocho y media, y dejábamos que Pocket nos sirviese té caliente, beicon y tostadas con mantequilla.

Traveller tenía muchas teorías sobre los peligros de la vida en caída libre, entre los que incluía la pérdida de los músculos y huesos no utilizados, y predecía que en nuestro eventual regreso a la Tierra podríamos estar tan débiles que tendrían que sacarnos de la nave. Y, por tanto, mientras Pocket preparaba el almuerzo -normalmente un aperitivo frío y ligero- nos poníamos las batas y realizábamos una vigorosa rutina de ejercicios. Eso incluía boxear con el aire, una forma nueva de correr, que consistía en recorrer una y otra vez las paredes de la

cabina de forma similar a como un ratón da vueltas a su noria, y en ocasiones una sesión campechana de lucha.

Holden demostró tener mucho diámetro, poco aguante y en general mala salud; Pocket estaba agotado y era frágil; y Traveller -aunque deseoso, vigoroso y ágil- tenía ya siete décadas y era ligeramente asmático, una condición a la que no ayudaba la destrucción de su nariz y senos nasales en algún antiguo accidente de antihielo. Así que era yo el que ejecutaba solo los ejercicios, el más joven y saludable de todos.

Las tardes las pasábamos jugando; la *Faetón* tenía varios compendios de juegos, como ajedrez y damas, fabricados en una forma especial miniaturizada para facilitar el almacenamiento; y también nos deleitábamos con algunas manos de bridge, con el mazo de cartas magnéticas patentado por Traveller. ¡Holden era un jugador voluntarioso pero poco aventurero, mientras que sir Josiah resultó ser imaginativo pero precipitado en el juego! El pobre Pocket, incluido para completar los cuatro, conocía poco más que las reglas del juego; y después de las primeras partidas los tres echamos discretamente a suertes quién iba a tener la desgracia de ser el compañero del pobre tipo.

La cena era la comida más pesada del día, servida alrededor de las siete, normalmente con vino y seguida por un bulbo o dos de oporto con cigarros; Pocket echaba las persianas a esa hora, ocultando el cielo sobrenatural más allá del casco y permitiéndonos la ilusión de estar en un cómodo refugio. Era bastante agradable sentarse en un silencio amigable, ligeramente atado a una silla de pared, mirando cómo el humo de los cigarros volaba hacia los filtros de aire ocultos.

La noche terminaba, muy a menudo, con Traveller reproduciendo en su piano desplegable unos himnos, o, más probable, uno de los groseros números de variedades sobre los que parecía tener un conocimiento enciclopédico. Con el oporto asentándose en nuestro interior, flotábamos en todos los ángulos alrededor del ingeniero, la cola de su abrigo aleteando en el aire mientras tocaba, ¡gritando cantinelas que hubiesen avergonzado a nuestras madres!

Y así durante varios días nuestra nave siguió viajando, una diminuta burbuja de calor, aire y civilización inglesa, a la deriva en el río de la oscuridad celeste.

Una vez que desapareció el miedo vertiginoso de nuestra situación de continua caída -y también, en el caso del pobre Holden, un grave malestar físico que recordaba al mal de mer- encontramos que la sensación de deriva contínua era más que agradable. La novedad de flotar, el interminable ingenio de los maravillosos dispositivos de Traveller, y lo absolutamente extraño de nuestra situación, todo se combinaba para hacer que nuestro aprieto fuese primero fascinante y agradable.

Pero el lado oscuro de la situación nunca estaba muy por debajo de la superficie de nuestros pensamientos, y -al pasar el tiempo- los peligros e incertidumbres con los que nos enfrentábamos aparecían más claros en nuestra mente, como la arena que desaparece continuamente para revelar ruinas enterradas.

Mis sueños se centraban en Françoise.

Pasaba horas ociosas contemplando el amor que un día florecería entre nosotros; y mis sueños eran tan intensos que a veces era como si ya conociese esa sensación de compañía, el alivio de saber que uno ya no está solo, que viene del amor verdadero. E incluso más allá: al meditar más profundamente, el rostro dulce y distante de Françoise se transformó en mi mente en un símbolo del mundo humano del que se me había apartado.

Cada mañana observaba con afán cómo Pocket plegaba las persianas, esperando más allá de la esperanza que de algún modo nuestra situación hubiese cambiado durante la noche, que nuestro vuelo hubiese sido invertido por nuestro piloto invisible (aunque Traveller explicó impacientemente más de una vez que si los motores se activaban de nuevo no podríamos permanecer dormidos). Pero cada mañana me desilusionaba; cada mañana la Tierra se arrugaba un poco más, lo que demostraba que seguíamos alejándonos del planeta de nuestro nacimiento más de cien millas cada minuto.

Así que nosotros, cuatro extraños arrojados de pronto a aquella celda aérea, pasábamos los días esperando. Nos tolerábamos unos a otros, incluso éramos prudentes. Holden y Traveller soportaban la grave situación con estoicismo y fortaleza, sólo rotos por la impaciencia de Traveller por regresar a sus proyectos de ingeniería en la Tierra (personalmente, mi trabajo y la cara malévola de Spiers me resultaban fáciles de olvidar). Y Pocket -aunque era el más propenso al vértigo de todos nosotros- parecía tan feliz con sus rutinas domésticas como si estuviese en suelo firme.

Pero al pasar el tiempo sin cambios, el aburrimiento, el resentimiento y la irritación claustrofóbica crecieron en mi interior como malas hierbas; y a la quinta mañana, mientras estaba sentado en la silla mirando el desayuno de beicon y tostadas preparado por Pocket escuchando cómo Traveller y Holden discutían sobre los caprichos del mercado de valores, algo se rompió en mi interior.

Me levanté de la silla y empujé a un lado la bandeja del desayuno.

-¡No puedo escuchar esto más tiempo! -Me elevé en el aire como un ángel vengador, un efecto que sólo quedaba roto por los trozos de tostada flotantes.

Traveller levantó la vista, con una gota de mermelada colgada cómicamente de su nariz de platino.

-Buen Dios, Wickers. Contrólese, caballero.

Sentí cómo mi furia se transmitía a mi voz temblorosa.

-Sir Josiah, por centésima y última vez, mi nombre es Vicars, Edward Vicars; y en lo de controlarse, ya he tenido más que suficiente de ese control en los últimos días.

Holden dijo triste:

-Esto no hará ningún bien, Ned.

Me volví hacia él.

-Holden, ¡estamos atrapados en esta caja ridículamente acolchada que se pierde cada vez más profundamente en el vacío! Y, sin embargo, se queda sentado y discute hipotéticos movimientos del mercado...

Traveller mordió la tostada.

-¿Qué alternativa propone?

Golpeé la palma con el puño.

-Que abandonemos este juego de normalidad; que nos sentemos y discutamos formas de recuperar el control de la nave de manos del huno desquiciado que ha ocupado el Puente.

Holden dijo:

-Ned...

Pero Traveller asintió.

-Hablaremos de cualquier tema que proponga -dijo con voz áspera-. Pero, señor, primero me dejará que me termine el desayuno como es debido.

Yo farfullé:

-¿Desayuno? ¿Cómo puede tragar una tostada en una situación que no tiene paralelo en toda la experiencia humana... cuando nuestras mismas vidas están en peligro... ?

Continué en esa vena durante algún tiempo, pero el viejo caballero no aceptaba razones; y me vi obligado a callarme, echando humo, y esperar a que el desayuno terminase y fuese retirado.

Traveller, con toda su compostura, se limpió los largos dedos con una servilleta.

-Ahora bien, Ned, simpatizo con sus sentimientos e incluso admiro la decisión que, aunque fundada en la ignorancia y la exaltación, contiene elementos de coraje. Sin embargo, Ned, no es tan estúpido como parece, y sabe perfectamente que la escotilla que conecta este compartimento con el Puente está atrancada desde arriba. Y carecemos de herramientas con las que podríamos forzar la entrada.

Me encontré apretando los dientes.

-¿Y su conclusión?

-Que no hay nada que podamos hacer para mejorar la situación; aunque hay muchas cosas que podríamos hacer para que fuese peor.

Holden había palidecido, pero unió los dedos de forma elegante.

-¿Entonces qué recomienda?

-Debemos aceptar lo que no podemos cambiar, debemos tener la esperanza de que nuestro piloto teutónico decida invertir el curso de esta nave... si puede. Luego debemos rezar por que la nave conserve la capacidad para devolvernos con seguridad a nuestro mundo nativo,

Salté de la silla y cañoneé desde el techo acolchado.

-¿Esperanza? Nos aconseja la inactividad, sir Josiah. ¿Seguirá aconsejándonos lo mismo cuando se agote la reserva de mermelada?

Traveller ladró una risa.

Yo dije:

-Al menos yo no estoy preparado para enfrentarme a mi muerte sin luchar.

Holden se sentó más recto en la silla y me miró con gravedad.

-Espero que se enfrente a su muerte con resolución, como debe hacerlo un inglés, Ned.

Eso evocó un rayo de vergüenza dentro de mi rabia, pero a pesar de eso seguí.

-Holden, no hay nada inglés en echarse a morir.

Traveller descansó las manos en el regazo.

-Caballeros, ciertamente no hay nada de malo en hablar. Siempre que -me dijo severamente- llevemos la conversación de forma civilizada.

Volví a la silla; pero durante toda la discusión mis dedos bailaban sobre los apoyabrazos.

-Bien -dijo Traveller-, ¿de qué le gustaría hablar, Ned?

-Es evidente. Debemos encontrar una forma de abrir la escotilla al Puente.

-Y ya le he explicado que eso es imposible. ¿Qué más propone?

Perplejo y enfadado, miré a Holden, quien dijo suavemente:

-Sir Josiah, me temo que sin la ventaja de su profundo conocimiento de la *Faetón* y su construcción, es posible que al joven Ned le falten ideas. Quizá podríamos explorar la naturaleza del diseño de esta nave, Con la esperanza de que aparezca alguna idea. Por ejemplo, ¿cuál es el espesor de las paredes?

Traveller levantó las cejas.

-¿Las paredes? ¿Quizá tiene usted la conjetura de que una figura heroica armada podría escurrirse entre el casco exterior y el interior, deslizarse como un hurón hasta el Puente y caer sobre nuestro amigo alemán? Por desgracia, el espacio entre los cascos es de sólo nueve pulgadas, un poco demasiado estrecho para nuestro acompañante, y menos aún para alguien de tan amplia cintura como usted, y en cualquier caso, está lleno de tuberías para la calefacción, agua y aire, por resortes que protegen al compartimento interior de los impactos, la cámara interior está llena de juntas, y las camas, sillas u otros dispositivos de los que hacen tanto uso. Y en cualquier caso, el casco doble termina en la unión con el Puente; el Puente y la Cabina de Fumar son compartimentos separados y herméticos.

»Para ahorrarles tiempo, les diré que el único acceso al Puente, que no sea por la escotilla bloqueada que tenemos encima, es a través de la escotilla en la pared exterior de vidrio del Puente. Y ésa, por supuesto, sólo puede abrirse si uno estuviese fuera de la nave.

Holden agitó la cabeza.

-¡No sé cómo pudo permitir un diseño en el que el acceso a los controles de la nave puede bloquearse con tanta facilidad!

Sir Josiah sonrió.

-En mi ingenuidad juvenil, no anticipé el sabotaje. Nunca imaginé la situación en la que nos encontramos hoy.

El uso que había hecho Traveller de la palabra «hermético» me había dado una idea.

-Señor, ¿dónde está el suministro de aire del Puente?

-El suministro del Puente y de la Cabina de Fumar es a través del mismo conjunto de tuberías, que suben por el casco desde las bombas y filtros en la Cámara de Propulsión bajo nuestros pies.

Asentí.

-A la que tenemos acceso.

-Ned, ¿qué tiene en mente? -me preguntó Holden.

-Supongamos que bloqueamos las tuberías que alimentan al Puente. Entonces seguro que nuestro acompañante huno expiraría en sus propios desechos en unas pocas horas.

Traveller asintió con seriedad.

-Muy elegante. Pero aunque esa acción sería una venganza satisfactoria, me temo que nos dejaría peor. Todavía seguiríamos sin acceso al Puente, ¡y habríamos reemplazado un piloto alemán con uno muerto!

La disección calmada y condescendiente que el ingeniero hacía de mis propuestas, todo expresado con los tonos llanos y nasales de Manchester, me enfurecía.

-Entonces continuemos -dije, luchando por mantener la voz firme-. Las bombas de aire están en la Cámara de Propulsión. ¿Qué más hay allí?

-Puede verlo por sí mismo -dijo Traveller-. Pocket, ¿podría levantar las aperturas de mantenimiento?

El paciente sirviente, con apenas un asentimiento, se alejó del asiento y flotó hacia el suelo. Allí retiró una alfombra turca y el hule que cubría el mamparo; las alfombras estaban fijadas por enganches y ojales que se soltaban con facilidad, pero el pobre hombre tuvo muchos problemas para enrollar las alfombras sueltas en las condiciones de caída libre. Pocket rechazó todas nuestras ofertas de ayuda, lo único que nos pidió fue que de vez en cuando levantásemos los pies.

Nunca he conocido a un hombre que tuviese tan clara su situación en la vida y que la ejecutase con tanta perfección.

Finalmente las alfombras estuvieron enrolladas y almacenadas en una hendidura cerca de la parte alta de la pared de la cabina. El mamparo revelado tenía el brillo del aluminio, pero no era una pieza sólida; en lugar de eso, el mamparo, de unos quince pies de ancho, era como una estructura en la que había grandes huecos, y esos huecos estaban cubiertos por grandes placas rectangulares fijadas en su sitio por tuercas de mariposa. Una porción del mamparo estaba cubierta de hojas de goma; aquello, recordé, ocultaba el baño cerrado que usábamos todos los días.

Entonces Traveller fijó los pies en el borde de aluminio y retiró las tuercas de mariposa que fijaban una de las placas. Almacenaba las tuercas ordenadamente en fila -en medio del aire- mientras trabajaba. Cuando acabó se las metió en el bolsillo del abrigo.

-No deben temer la pérdida de aire -dijo-. El mamparo no es hermético, y el compartimento inferior se mantiene a la misma presión que la cabina.

Holden y yo miramos en el agujero. El compartimento que quedaba a la vista tenía unos siete pies de profundidad, y justo debajo del agujero había una esfera de unos cuatro pies de diámetro, mantenida en su sitio por un armazón fuerte; esa esfera estaba cubierta por una capa de plata, de forma que nuestro reflejo y el de las lámparas de acetileno por encima y detrás de nosotros bailaban sobre el vientre curvo. Aquél, nos explicó Traveller, era uno de los tres termos Dewar de antihielo de la *Faetón*. Miré al termo con algo que se aproximaba al asombro, y toqué su epidermis plateada. Pero sólo palpé una suave y agradable superficie cálida; no había ninguna indicación de la capa de vacío que yacía bajo la capa exterior del contenedor, ni del puñado de violencia primordial que yacía en su corazón.

Traveller nos mostró el elaborado sistema de barras que, nos dijo, iban por el casco hasta unas palancas situadas en el Puente. Las barras penetraban en el Dewar, nos dijo Traveller, formando así la base del sistema por el que -dirigido desde el Puente- porciones controladas de antihielo podían retirarse del interior ártico del compartimento del Dewar, dejar que se fundiese y liberar así su calor.

Traveller nos explicó cómo la energía del antihielo se empleaba para calentar agua en una serie de calderas. Ésas eran cajas de metal que rodeaban tuberías con agua. Vapor supercalentado salía de las calderas y luego por canales trazados en los mismos Dewars de antihielo.

Eso sí, para mejorar la eficacia del motor, Traveller explotaba ingeniosamente la otra propiedad maravillosa del antihielo, su Conductancia Aumentada.

Poderosas corrientes eléctricas circulaban sin fin por los fragmentos de antihielo. Esas corrientes generaban fuertes campos magnéticos que aceleraban aún más el vapor supercaliente antes de salir por las tres toberas de la nave, que estaban situadas bajo los Dewars. Por este método, nos dijo Traveller, era posible aumentar la «velocidad de salida» hasta niveles extraordinarios sin contacto con las tuberías y placas de la nave, que seguro que se hubiesen fundido. Esa alta velocidad permitía un diseño que requería una «masa de reacción» relativamente pequeña.

Traveller levantó otra placa, y nos enfrentamos a una confusión de tuberías, tanques delgados cada uno del tamaño de una estantería, globos de latón y otras máquinas. Los tanques estantería contenían el agua que se usaba en tantos sistemas de la nave, nos explicó Traveller. El gas de acetileno y el aire se conservaban comprimidos en depósitos esféricos. Las bombas movían los fluidos y los gases continuamente por el casco y el interior de la nave, de forma similar a como los órganos humanos mantienen el flujo de fluidos vitales alrededor del cuerpo; y las bombas funcionaban exclusivamente con el calor generado por las calderas de antihielo. Había también un robusto hipocausto que calentaba el agua del baño.

Miré triste a las entrañas de la nave. La maquinaria estaba en peores condiciones que la de la sala de máquinas del *Príncipe Alberto*. Por ejemplo: el metal tenía un acabado tosco y parcelado, y estaba chamuscado por soldaduras toscas, lo que demostraba -para mi angustia- que la *Faetón* no era, ante todo, más que un prototipo de ingeniería.

Y, más deprimente aún, no podía ver ninguna oportunidad para cambiar nuestra situación de encierro, exceptuando romper todos los sistemas de los que dependían nuestras vidas.

-Sir Josiah -dije-, el propósito de estos paneles desmontables debe ser permitir el acceso al equipo de aquí abajo, para que cualquier reparación necesaria pueda hacerse en vuelo.

-Correcto.

-Entonces, ¿dónde está el equipo de herramientas?

Por primera vez el ingeniero, flotando sobre el mamparo desmontado, pareció disgustado.

-Las herramientas que llevo no están almacenadas en este compartimento, ni en la cabina, quizá deberían estarlo. Están en el Puente.

Me golpeé la frente con frustración.

-Entonces hay a bordo un juego de herramientas perfectamente útil, que podría emplearse para forzar el acceso al puente, y está almacenado a no más de diez pies de aquí... ¡pero está sellado tras la escotilla superior junto con ese huno desquiciado!

Holden flotaba con los brazos cruzados, con las papadas descansadas sobre el chaleco, y las piernas justo frente a él.

-Sir Josiah, nos ha mostrado el sistema de propulsión de antihielo y la reserva de agua. ¿Qué más hay almacenado en esta Cámara de Propulsión?

Traveller juntó las manos.

-¿Pocket? -Mientras el sirviente se disponía a soltar el panel de otro subcompartimento, Traveller dijo-: Lo que voy a mostrarles ahora es un experimento mío, que todavía no es funcional. Pueden ver que he diseñado un acceso a la sección de propulsión en caso de un fallo interno durante el vuelo. Pero también he imaginado la circunstancia en la que se produzca algún daño en el exterior de la nave, por un suceso desafortunado.

Yo estaba desconcertado.

-Pero recorremos el espacio vacío, señor... el vacío, si sus ideas son correctas. ¿Qué puede causar daño?

Traveller frunció el ceño, y su rostro, con un centro de platino, se convirtió en una máscara sombría.

-El espacio exterior está lejos de estar vacío, joven Ned; porque los meteoritos lo recorren continuamente.

-¿Meteoritos?

Holden intervino.

-Fragmentos de roca o polvo, Ned; viajan a varios cientos de millas por hora, y, cuando chocan con la atmósfera de la Tierra, arden, lo que produce el fenómeno de las estrellas fugaces que ya conoce. Según las nuevas teorías, ¡caen a la Tierra cada semana varias toneladas de ese polvo interplanetario, tanto los meteoritos como sus primos más pesados los asteroides, que pueden producir impactos lo suficientemente grandes para dejar un cráter!

Traveller se puso las manos tras la cabeza y se recostó en el aire bastante cómodo.

-El tema es fascinante. Se han encontrado restos de carbono en fragmentos de meteoritos; y el carbono, por supuesto, debe su origen exclusivamente a la acción de los seres vivos, lo que demuestra que los dominios de la vida deben extenderse más allá de los límites de la Tierra. Por ejemplo, el francés ha...

-Sir Josiah, ¡por favor! ¿Podemos volver a lo que nos ocupa? No dudo que sea enorme el interés científico de esos objetos meteóricos, pero preferiría pasarme sin esos sinvergüenzas, ¡porque me suenan un poco peligrosos!

Las paredes de aluminio de pronto me parecían tan frágiles como la tela de una tienda, e imaginé cientos de fragmentos de roca viajando con la velocidad de una bala. Reflexioné con arrepentimiento que el Señor había considerado que todavía no tenía suficiente de que preocuparme.

Pero las palabras posteriores de Traveller me devolvieron la tranquilidad en cierta medida.

-Uno no debe preocuparse innecesariamente -dijo, porque el espacio es grande, y las probabilidades de tal colisión son muy pequeñas. Pero me pareció que debía tomar precauciones para tal posibilidad... o para cualquier otro desastre que pueda afectar al exterior de la nave.

El sector recién expuesto de la Cámara de Propulsión contenía una caja de aluminio colocada contra la parte baja del suelo del compartimento; la caja tenía la forma y el tamaño de un ataúd y estaba sellada por una tapa mantenida en su sitio por una cerradura de rueda. Traveller nos explicó que ese «armario de aire» era una compuerta, y que al otro lado había otra puerta que llevaba al exterior de la nave... ¡al espacio! Esa segunda puerta podía abrirla el hombre en el interior de la caja por medio de otra rueda.

-El aire en la caja saltaría al espacio, por supuesto -dijo Traveller con indiferencia-, pero, siempre que la otra puerta estuviese cerrada por completo, no se produciría ningún daño a los ocupantes de la cabina. De esa forma puede salirse al exterior sin romper el hermetismo de la nave.

Holden frunció el ceño y examinó el dispositivo.

-Muy ingenioso -dijo tranquilamente-, exceptuando la suerte del pobre tipo en el interior del ataúd, que moriría con toda seguridad por la falta de aire a los pocos minutos de abrir la segunda puerta.

-Para nada -dijo Traveller-, porque en el interior del armario hay un traje especial. El traje está sellado por completo, y se alimenta por una tubería de aire que viene del interior de la nave. De esa forma un hombre podría vivir y trabajar en el vacío del espacio durante varios minutos sin efectos adversos.

Eso me resultaba difícil de visualizar, pero -después de algunos minutos de preguntas- comprendí lo esencial del dispositivo.

Y mi destino se presentaba ante mí, tan claro como una carretera dibujada en un mapa.

Un cierta calma se apoderó de mí, y dije tranquilamente:

-Traveller, ¿qué longitud tiene esa manguera de conexión?

-Más de cuarenta pies, extendida por completo. Tenía intención de que el intrépido ingeniero pudiese llegar a cualquier parte de la nave.

Asentí.

-En particular -dije lentamente-, podría llegar a la zona del Puente, y a la escotilla que permite entrar al Puente desde fuera.

La cara de Holden se llenó de maravilla y una cierta esperanza.

-Ah. Y el hombre con el traje podría entrar en el Puente mismo.

Traveller bramó ensordecedor:

-Joven, ¿está diciendo que esa aventura debería ponerse en marcha?

Me encogí de hombros, todavía calmado.

-Me parece que nos ofrece una oportunidad, aunque pequeña, de sobrevivir; mientras que permanecer aquí y no hacer nada sólo nos promete una muerte lenta y desagradable.

-Pero se trata de un sistema experimental. -Agitaba los brazos como las alas de un pájaro absurdo-. Sólo he llevado ese traje durante unos segundos, y fue en la superficie de la Tierra; todavía debo resolver el problema del flujo de aire, de la pérdida de calor...

-¿Qué hay de todo eso? -pregunté-. Que ésta sea la prueba definitiva, sir Josiah, la prueba de destrucción. Seguro que las lecciones aprendidas en semejante salto no tendrían precio para la construcción de un traje mejor en el futuro.

Esa tentación científica penetró en el viejo caballero, y vi cómo la curiosidad desnuda salía a sus ojos durante un momento, pero dijo:

-Mi joven amigo, yo no sobreviviría lo suficiente a ese viaje para poner las lecciones en práctica. Ahora cerremos este compartimento y...

-Yo también estoy seguro de que no sobreviviría a ese viaje, señor -dije con franqueza-. Porque tiene usted una edad avanzada y, perdóneme, padece de asma. -Examiné al resto-. Holden es demasiado grueso para meterse en ese aparato... y, si él me perdona, no está en la forma física adecuada para realizar una tarea tan agotadora. Y Pocket... -Los ojos del sirviente estaban fijos en los míos y me miraban implorándome; sólo dije con suavidad-. Por supuesto, no podríamos pedirle a nuestro fiel amigo que realizase tal salto. Caballeros, el curso está claro.

-Ned, ¡no puede pretender...

-Vicars, se lo prohíbo absolutamente, ¡Es un suicidio!

Dejé que las palabras recorriesen mis oídos, apenas escuchaba, porque ya me había decidido. Mis ojos miraron más allá de mis compañeros hacia el casco de la nave... y luego, como si las paredes se hubiesen vuelto de cristal, me pareció ver el abismo; un lugar de frío infinito, lleno de rocas como balas... Y el lugar al que, ahora lo sabía, pronto iría.

7

SOLO

Yo estaba dispuesto a ir directamente a la aventura, porque todavía era temprano; pero Traveller insistió en que salir directamente de la nave sin prepararme adecuadamente reduciría a cero mis pequeñas posibilidades.

Así que Traveller decidió que pasarían dos días hasta el momento en que entrase en el armario en forma de ataúd. Aunque no estaba seguro del efecto de ese retraso en mis frágiles coraje y estado mental, cedí en ese punto.

Traveller se puso a trabajar en mi adecuación física.

-Va a entrar en una región inexplorada, y es imposible estar seguro de qué efectos tendrá en su cuerpo el ambiente del espacio, cubierto en un traje protector -dijo.

Así que me puso bajo una dieta intensa de comidas ligeras, con mucho pan y sopa. Traveller insistía -y me obligaba- en que masticase cada bocado lentamente, para evitar la posibilidad de que tragase aire. Al principio me resistí al régimen, pero Traveller me señaló cortante que un estómago lleno de aire es como un globo; y que en el vacío sin aire del espacio no habría atmósfera para limitar la expansión de ese globo contra la presión del aire contenido en su interior...

Extendió esa analogía en términos brutales; y mastiqué el pan con renovado entusiasmo

Se me alimentó con aceite de hígado de bacalao y otras soluciones de hierro, cuyo propósito era aumentar mi fuerza y, procedentes de un pequeño botiquín que Traveller llevaba, frutos secos de senna y sirope de higo, para limpiarme internamente de toda basura indeseable. Mientras sufría la agonía de esos medicamentos me pregunté si no habría entrado en una especie de Purgatorio, una antesala del Infierno sin aire al que me enfrentaría más allá del casco.

Finalmente, Traveller disolvió una sal de bromuro en mi té. Eso me sorprendió, aunque había oído que tales pociones se administraban a los soldados de infantería en el campo de batalla. Después Traveller me llevó a un lado y me explicó que el propósito del bromuro era reprimir lo que llamó ciertos impulsos comunes en un hombre joven de mi edad y temperamento, que podrían tener consecuencias desafortunadas para un cuerpo atrapado en el traje. Eso me desconcertó; porque, aunque había pensado a menudo en Françoise durante esos días oscuros, mis pensamientos adoptaban más la forma de plegarias silenciosas por su seguridad y nuestra futura reunión que la de elucubraciones más excitables; ¡y era difícil concebir que nociones como ésas fuesen a distraerme en el momento de mayor peligro!

Aun así, me tomé el bromuro de Traveller con buen humor.

La primera noche fue difícil de pasar, porque Traveller había prohibido expresamente el alcohol con mis comidas; y mientras estaba allí tendido en medio de la cabina a oscuras, mi corazón martilleaba y el sueño parecía estar imposiblemente lejos. Después de más o menos una hora me levanté y me quejé a Traveller. Con muchos murmullos de protesta él se levantó -la bolita de su gorro de dormir flotaba a su espalda mientras él se movía por el aire- y me

preparó una potente pócima para dormir. Con eso en mi interior, dormí sin soñar; y Traveller repitió la dosis a la noche siguiente.

Así fue como me desperté el 15 de agosto de 1870, en algún lugar más allá de la atmósfera de la Tierra, con mi cuerpo purgado, limpio y relajado, listo para un viaje en soledad hacía el vacío infinito más allá del casco de la *Faetón*.

Traveller me hizo desnudarme por completo excepto por unos pequeños calzoncillos, y me dio un aceite grasiento y de mal olor que me ordenó extenderme por toda la piel por debajo del cuello.

-Esto es un extracto de grasa de ballena -dijo-. Tiene tres propósitos: el primero es nutrir la piel; el segundo es retener el calor del cuerpo; y el tercero, y más importante, es sellar el espacio entre su piel y el traje.

Holden parecía perplejo.

-¿Entonces el traje no dejará un espacio de aire alrededor del cuerpo de Ned?

-Ese espacio se hincharía inmediatamente, como un globo, bajo la presión del aire que contuviese -dijo Traveller-. Se volvería muy rígido, atrapando al viajero espacial como si estuviese crucificado en una caja inamovible. -Extendió brazos y piernas en el aire y agitó los dedos indefensos, imitando tal situación.

Yo no tenía ni idea de que el aire -invisible, intangible- pudiese ejercer tal fuerza.

Una vez que estuve cubierto de grasa, Pocket abrió el armario de aire y extrajo el traje patentado de Traveller. El traje estaba compuesto de unas prendas interiores y una pieza completa; las prendas interiores -combinación, guantes y medias como botas- estaban hechas de caucho. Se me obligó a expeler cualquier burbuja de aire en el espacio entre la goma y mi piel. Tuve la fortuna de tener una constitución similar a la de Traveller para quien se había diseñado el traje, y las prendas interiores encajaban bastante bien, irritándome sólo un poco en axilas y rodillas.

Luego se fijó una banda fuerte de goma y cuero alrededor de mi pecho. Aquella cosa parecida a un corsé estaba incómodamente apretada, pero me explicó que el dispositivo ayudaría a los músculos de mi pecho cuando intentase respirar sin la ayuda de la presión externa del aire.

A continuación me coloqué la capa exterior, que era una combinación de una pieza con manoplas y botas. Aquella prenda estaba hecha con cuero tratado con resina. Se usaba el cuero, me explicó Traveller, por la tendencia del caucho a secarse y a volverse frágil en el vacío. El aspecto más sorprendente de la prenda exterior es que era plateada; un proceso ingenioso había permitido laminarla en plata por lo que tenía aspecto de haber sido tejida con mercurio. Aquello tenía por propósito evitar los rayos directos del sol, me dijo Traveller, y empecé a entender las complicaciones paradójicas a las que se había enfrentado el ingeniero espacial; la luz directa del sol, sin la cubierta de la atmósfera, es violenta y uno debe resguardarse de ella, pero simultáneamente el calor se escapa de cualquier región en sombra porque, una vez más, no hay capa de aire para retenerlo.

El traje exterior se abría por delante y me metí con torpeza en su interior. El traje tenía en el cuello un collar de cobre del tamaño justo para permitir el paso de la cabeza. Ese collar se unía al traje interior de caucho, formando un sello hermético; el aire se eliminó de la zona entre los trajes interiores y exteriores y el exterior se selló con faldones y correas.

Levanté mi mano enguantada y plateada.

-Me siento extraño. Engrasado y encerrado en esta prenda, con sus guantes y botas, ¡soy como un niño grotesco!

Traveller gruñó con impaciencia.

-Wickers, ese traje no se ha diseñado por su efecto cómico. ¿Qué necesidad tiene, por ejemplo, de pesadas botas de infantería si sus pies no tienen que soportar ningún peso? Ahora si ha terminado con su cháchara déjeme que le ponga el casco.

La parte de arriba del traje consistía en un casco globular de cobre; en el metal había incrustadas unas ventanas circulares de un vidrio grueso, y un par de tubos, unidos entre sí,

salían de la parte de arriba del casco. Esos tubos llegaban, me explicó Traveller, a bombas situadas en el interior del armario de aire. Traveller flotaba frente a mí sosteniendo aquella aterradora jaula entre los largos dedos, y decía:

-Bien, Ned, una vez que esté encerrado aquí dentro, tendremos dificultades para hablar. -Colocó una mano sobre el hombro del traje y dijo-: Le deseo velocidad, muchacho. Tenía razón, por supuesto: no es ninguna virtud el hundirse en la oscuridad sin luchar.

Tuve que tragar antes de contestar.

-Gracias, señor.

Pocket se inclinó hacia mí.

-Cuenta usted también con mis plegarias, señor Vicars.

-Ned. -El rostro de Holden estaba sombrío, y tenía los ojos hundidos al borde de las lágrimas-. Desearía tener veinte años menos y poder ocupar su lugar.

-Lo sé, George. -Mientras flotaba metido en aquella vestidura extraña, encontraba las miradas directas de todos mis colegas de lo más angustioso. Luchando por mantener la compostura de mi cara, dije-: Creo que no tiene sentido retrasarse más, sir Josiah. ¿El casco?

Pocket y Traveller levantaron cuidadosamente el globo sobre mi cabeza, aplastándome ligeramente las orejas con el borde. El borde se encajó con el collar de cobre del cuello, y los dos caballeros le dieron vueltas al casco. El chirrido bajo de la rosca rebotó en el interior del casco, y había un olor a cobre bruñido, a goma, resina y el pestazo incongruente de la grasa de ballena. Las cuatro ventanas del casco giraron a mi alrededor, y las imágenes de la cabina pasaban por mí visión como si me encontrase en el centro de una extraña linterna mágica.

Al final el casco se encajó en su lugar, y una de las ventanas estaba frente a mi cara. Yo estaba encerrado en un silencio sólo roto por un silbido continuo sobre mi cabeza: la firma continua de las tuberías que hacían circular el aire por el casco, dando oxígeno fresco y extrayendo el ácido carbónico que yo emitía.

Traveller flotaba frente a la ventana, con los rasgos de la preocupación y la curiosidad. Su voz me llegó sólo como un susurro distante,

-¿Está bien? ¿Puede respirar cómodamente?

Respiraba superficialmente, pero sospechaba que era más achacable a los nervios que al suministro de aire, y me parecía que era capaz -dado el corsé alrededor del pecho- de respirar profundamente con toda comodidad. La única desventaja de los tubos era que el aire tenía un sabor ligeramente metálico. Y, por tanto, al fin, levanté un pulgar a Traveller, e indiqué por medio de gestos con los guantes mi impaciencia por entrar en el armario y acabar con aquello.

Traveller y Pocket me guiaron, cada uno por un brazo, hacia la abertura en la parte baja del mamparo y hacia el armario. Me depositaron cara abajo, directamente sobre el mecanismo que me permitiría abrir el casco, y sellaron la puerta detrás mí. Al desaparecer la luz de la cabina, quedé inmerso en una oscuridad manchada de cobre y únicamente con la compañía del sonido de mi respiración. Mi corazón empezó a latir como si quisiese estallar.

Alargué la mano en la oscuridad buscando la rueda frente a mí, la agarré con las manos cubiertas por los guantes y la giré con firmeza. Al principio el único resultado fue el chirrido del metal sobre el metal... y luego, con una explosión súbita y sorprendente, la compuerta giró sobre los goznes y se me escapó de las manos. El sonido murió con un susurro suave, y un momento de vendaval me golpeó en la espalda y me empujó hacia delante; ¡me agarré al marco pero los dedos envueltos en los guantes se deslizaron por el metal, y caí sin poder evitarlo de la *Faetón* hacia el espacio abierto!

De pronto no había nada encima, por debajo o alrededor de mí; y durante los siguientes momentos perdí el control de mis reacciones. Grité pidiendo ayuda -en silencio, por supuesto, en el vacío sin sonido del espacio- y rebusqué en mi traje y tubos de aire como un animal.

Pero esa primera reacción pasó, y con fuerza de voluntad recuperé algo parecido a la racionalidad.

Cerré los ojos e intenté regularizar la respiración, temeroso de agotar la reserva de aire. Después de todo, simplemente estaba flotando, una sensación que no podía considerarse

novedosa después de tantos días, y me calmé con la ilusión de que estaba a salvo entre las paredes de aluminio de la *Faetón*.

Doblé codos y rodillas con cautela. Gracias al aire atrapado las articulaciones del traje estaban mucho más rígidas que en el interior de la nave, y sentía un hormigueo en los dedos y los pies, advirtiéndome de estrangulamientos en la circulación. Pero todas las elaboradas precauciones de Traveller habían tenido éxito.

Con el valor firmemente agarrado en las manos, abrí los ojos... y descubrí que me había quedado virtualmente ciego por la condensación que se había depositado sobre las ventanas del casco. Más allá de esa neblina familiar había manchones de blanco y azul que debían de ser el Sol y la Tierra; y decidí que debía de estar flotando en el vacío a algunas yardas de la nave. Levanté la mano enguantada y toqué la placa, pero la neblina, por supuesto, se había acumulado en el interior del casco. Y, comprendí abruptamente, que no tenía forma de atender desde el interior a esa cuestión; ¡mi propia cara me era tan inaccesible como las montañas de la Luna!

Por supuesto, al comprenderlo, sufrí una plaga de picores en nariz, oídos y ojos; los deseché con decisión. Pero la ceguera era un problema más serio, y me sentía frustrado. Pero después de unos momentos sospeché que la neblina se estaba aclarando ligeramente, y me pregunté si el aire bombeado estaba limpiando los paneles. Decidí esperar durante algunos minutos, durante los que intentaría controlar la respiración todo lo que pudiese, para ver si la cosa mejoraba.

Al final los vidrios se aclararon lo suficiente para que pudiese ver, pero no se llegaron a despejar por completo, y acabé convencido de que ese problema de la condensación, que ni el genio de Traveller había podido anticipar, sería un obstáculo importante en la colonización futura del espacio. Pero la respiración regular que mantuve durante unos minutos contribuyó a calmarme.

Entonces, tan pronto como se limpió el visor, miré temeroso a mis nuevos dominios.

Flotaba en un cielo que era completamente negro; ni siquiera relucían las estrellas, ya que el Sol -una esfera demasiado brillante para mirarla, que colgaba a la izquierda- las hacía invisibles. No había nubes, por supuesto, y, en ausencia de atmósfera, ni siquiera el ligero tono azul de las noches oscuras de la Tierra.

Frente a mí la Luna colgaba fría y austera, con los mares y montañas destacadas en tonos de gris nítido. Me volví hacia la Tierra, que era una maravillosa escultura de azul y blanco; la Pequeña Luna era una chispa de luz que se arrastraba baja sobre la superficie iluminada del globo. Se podía ver perfectamente el borde de los continentes -era, comprobé, mediodía en Norteamérica- y era como si el planeta fuese un vasto reloj, dispuesto para mi diversión.

Era difícil de creer, desde mi altura sorprendente, que incluso ahora, mientras la mañana se abría paso por Europa, los ejércitos de Francia y Prusia se preparaban para enfrentarse una vez más. ¡Cuán absurdo, cuán miserable, parecía desde aquella altura! Quizá, pensé con un toque de aterrador orgullo, había adquirido la perspectiva de los dioses; quizá cuando todos los hombres hubiesen tenido la oportunidad de estudiar el mundo desde esa posición ventajosa, la guerra, la envidia, la avaricia desaparecerían de sus corazones.

Recordé a Françoise, y recé en silencio por que ella, y los otros millones atrapados en aquel cuenco de luz, superasen ese día con seguridad.

Frente a mí, colgando frente a la cara de la Luna, se encontraba la misma *Faetón*. La nave estaba como a unos treinta pies de mí y parecía estar apoyada de lado; sus tres patas regordetas sobresalían de la base, inútiles, y en esa base vi la portezuela abierta por la que había salido. El efecto total era el de un juguete frágil y algo absurdo, las sombras de las patas y otras características tan claras como dibujos por el casco; y sufrí una súbita sensación de dislocación al recordar la última vez que había visto la nave desde fuera, posada orgullosa sobre el *Príncipe Alberto* bajo el suave sol belga.

Los tubos gemelos volaban por el espacio, conectándome al armario de aire; y decidí que debía haberme desplazado por toda la longitud de los tubos y que había rebotado algunas yardas.

Me llevé la mano a la cabeza para coger el tubo que estaba fijado allí y, usando ambas manos, comencé a desplazarme torpemente por los tubos hacia el carruaje. El esfuerzo hizo que se me disparase la respiración y la ventana se me volvió a llenar de vapor; pero todavía era capaz de ver la nave y continuar. Al final fui a parar contra la esclusa del armario de aire; me agarré con fuerza a una pata de la nave y esperé varios minutos hasta que se me aclaró la visión.

Me imaginé a Holden, Pocket y Traveller a menos de diez pies por encima de mi cabeza, descansando tan cómodos y calientes como en cualquier salón.

Subí por la pata y alcancé el faldón del cuerpo principal de la nave. Sobre la piel curva, me había instruido Traveller, había muchos agarres pequeños, diseñados para ayudar a los ingenieros que hiciesen reparaciones. Esas y otras protuberancias hacían que la tarea de desplazarme por el casco de la *Faetón* hasta el Puente fuese bastante fácil. Avanzaba lentamente, teniendo cuidado de que las mangueras de aire no se quedasen atrapadas. Mientras actuaba, la plata se escapaba del traje, por lo que me vi envuelto en una nube de fragmentos resplandecientes.

Había preparado con Holden y Traveller la secuencia requerida desde ese punto, y, habíamos concluido con gravedad, que sólo había una posibilidad. Todo rastro de mis emociones celestes de minutos antes se había disipado. Cerré los ojos y escuché el fluir de la sangre por mis oídos. Nunca antes había matado a un hombre; ni siquiera había considerado seriamente tal posibilidad. Pero, me dije con resolución, el ocupante del Puente no era un hombre civilizado; era un huno, un animal que había intentado tomar la vida de cuatro hombres y que también, con toda probabilidad, era parte de la conspiración para destruir el *Príncipe Alberto*.

No había mostrado misericordia, y no la merecía.

Por tanto, con renovada decisión, subí por el reborde del globo de cristal.

Afiancé el pie contra las agarraderas situadas en el casco y giré la rueda que abriría la esclusa. La velocidad era esencial. El ocupante del Puente no tenía experiencia en el viaje espacial, por supuesto, al igual que el resto de nosotros; y, quizá, no entendería las implicaciones de la figura vestida de forma grotesca que aparecía en el exterior de la ventana. Así lo esperábamos.

Mientras actuaba aprecié el interior del Puente. Entre los bancos de instrumentos, una figura solitaria se acercaba, mirándome más con curiosidad que con miedo. Vestía una chaqueta roja chillona. No se había acercado para detenerme... pero, vi perdiendo la esperanza, que tenía una ventaja con la que debíamos haber contado.

En la mano tenía una pistola, apuntada directamente a mi pecho.

Consideré abandonar la aventura y volver a la seguridad... ¿pero de qué me serviría? Si tenía que entrar en el Puente por esa ruta, aquélla era seguramente mi mejor oportunidad. En cualquier caso, si me disparaba haría con seguridad un agujero en uno o más de los paneles de cristal, ¡permitiendo de esa forma que escapase el aire y destruyéndose a sí mismo!

... ¿Pero entendía eso el saboteador?

Pero también, cualquiera que fuese el estado del piloto, ¿qué había de mí? Ahora que veía al «huno monstruoso» como una figura humana real con una vida y un pasado propios, ¿tenía el ánimo de matarle de esa forma?

Todo eso pasó por mi alma febril en unos segundos. De golpe concluí que prefería morir de un disparo limpio al corazón que asfixiarme lentamente; y si destruía al saboteador, bien, ¡no era más de lo que él había pretendido hacer conmigo, Françoise, Traveller, y otros miles durante el lanzamiento del *Príncipe Alberto*!

Por tanto, con renovado vigor, giré la rueda.

El saboteador se apartó de la ventana, y agitó la mano con la que sostenía la pistola.

En un instante, el sello se rompió. La esclusa se abrió, pasando a un pelo de mi cara, y un vendaval me golpeó el pecho. Me agarré firmemente con ambas manos a la rueda; me fui a un lado y choqué contra el vidrio del Puente. Papeles y otros fragmentos volaban a mi alrededor, y en la brisa vi el reflejo de los cristales de hielo.

El saboteador no había estado preparado para nada de aquello.

Fue lanzado como una pelota por el aire hacia la escotilla; al pasar por ella, la pistola cayó inerte de sus dedos y desapareció en la oscuridad, y con la punta de los dedos se agarró a la orilla de la abertura, ¡y se quedó colgando del borde del infinito! Una bota amarilla se salió de su pie colgante y giró en el espacio; por la frente le colgaba el pelo largo y negro, y volvió una cara agonizante hacia mí, la lengua colgando y azul, y los ojos congelados.

Pero, a pesar de ese aspecto grotesco, y a pesar del peligro total del momento, reconocí al hombre y volví a sorprenderme. Porque no se trataba de un saboteador prusiano; ¡era Frédéric Bourne, el acompañante de Françoise!

Ya había escapado el último vestigio de aire; Bourne echó la cabeza hacia atrás, y sus dedos se soltaron del borde de la escotilla. Sin pensarlo más le agarré la muñeca. Luego, usando con bastante torpeza la mano libre, entré en el Puente. Las mangueras de aire y el desafortunado Bourne me siguieron, Bourne golpeando contra el marco. Una vez dentro eché a Bourne más profundamente al interior de la nave, y entré algunos pies más de manguera.

Agarré la escotilla y la cerré de un golpe, dejando atrapadas las mangueras, y giré la rueda.

Tan pronto como se bloquearon las mangueras, el sonido confortable del aire, mi acompañante constante durante toda la aventura, desapareció. Traveller había estimado que debería tener suficientes segundos de aire en el casco y en los restantes pies de manguera para permitirme abrir paso a mis colegas en la Cabina de Fumar. Pero esos cálculos me parecían muy remotos mientras me esforzaba en el interior de un traje tan apretado y opresor como una dama de hierro, y mi casco se convirtió por fin en una niebla impenetrable de condensación.

Me eché al suelo y busqué a ciegas por él, mirando a través del vidrio con la esperanza vana de encontrar la escotilla. Me empezó a martillear la cabeza y el pecho a dolerme, y me imaginé el ácido carbónico que expelían mis pulmones arremolinándose alrededor de mi cara como un veneno...

Mis pies, rascando el suelo, encontraron una rueda en el suelo. La agarré con ambas manos, recitando una oración ferviente de agradecimiento, y la giré con las fuerzas que me quedaban... pero sin éxito. El tacto me informó que una barra había sido atravesada entre los radios de la rueda, restringiendo completamente sus movimientos.

Sólo fue un momento retirar la barra, y luego la rueda giró con facilidad.

El casco se puso más oscuro, y me pregunté si no me estarían fallando los sentidos; el dolor de los pulmones parecía haberse extendido al cuello y todo el pecho, y los brazos estaban como si les hubiesen quitado toda la energía.

La rueda giró misteriosamente entre mis manos; un fragmento final de racionalidad me dijo que Holden y Traveller debían estar también actuando al otro lado de la escotilla. Solté la rueda y floté en la oscuridad.

El dolor se evaporó, y una suave iluminación comenzó a romper la oscuridad, una luz blanco azulada como la de la Tierra.

Caí hacia la luz.

Cuando volví a abrir los ojos esperaba ver de nuevo el interior de mi infernal casco-prisión de cobre. Pero tenía la cabeza libre; la decoración de la Cabina de Fumar me rodeaba.

La cara de Holden flotaba sobre mí, una forma redonda de preocupación.

-¿Ned? ¿Ned, puedes oírme?

Intenté hablar, pero tenía la nariz tan irritada como si la hubiesen raspado, y sólo pude susurrar:

-¿Holden? ¿Entonces he tenido éxito?

Tenía los labios apretados, y asintió con gravedad.

-Ciertamente, muchacho. Aunque me temo que todavía no hemos salido del bosque.

Me ofreció un globo de brandy; el líquido caliente recorrió mi garganta herida. Levanté la cabeza. Holden me volvió a echar, diciendo que no debía intentar moverme; pero vi que todavía llevaba el traje, excepto el casco, y estaba ligeramente amarrado al camastro por una manta.

-¿Bourne? -jadeé-. ¿Sobrevivió?

-Ciertamente, gracias a tu generosidad -dijo Holden-. Aunque si hubiese sido por mí hubiese arrojado al franchute por la escotilla...

-¿Dónde está?

-Al otro lado, atendido por Pocket. Pasó sin aire quizá durante un minuto... pero Traveller cree que no sufrirá ningún daño permanente. Por desgracia.

Volví a descansar la cabeza en la almohada. Por entre la tormenta de los sucesos recientes la sorpresa de la identidad de nuestro saboteador todavía brillaba como un rayo de luz.

-¿Y Traveller? -pregunté-. ¿Dónde está?

-En el Puente -sonrió-. Ned, mientras Pocket y yo os atendíamos, desenroscando el casco y demás, nuestro anfitrión se dirigió directamente a los diversos instrumentos del Puente, ¡como un niño que se reúne con sus juguetes perdidos!

Encontré fuerzas para reír.

-Bien, ése es Traveller. Holden, dijiste que todavía no habíamos salido del bosque; ¿ha alcanzado Traveller algún veredicto con sus instrumentos?

Holden asintió y se mordió la uña.

-Parece que nuestro amigo francés usó realmente demasiada agua para que sea posible el regreso a la Tierra. Pero eso no es lo peor, Ned.

Todavía anonadado, supongo, por mi reciente experiencia, absorbí la noticia con ecuanimidad, y dije:

-¿Pero qué podría ser peor que esa sentencia de muerte?

-Traveller ha cambiado. Es como si hubiese sido galvanizado por tu ejemplo de decisión y acción; ahora ha decidido, dice, que volveremos a la Tierra. Pero, Ned... -los ojos de Holden estaban abiertos de miedo- para salvarnos, ¡Traveller pretende llevarnos a la superficie de la Luna y buscar agua allí!

Cerré los ojos, preguntándome si estaba atrapado en un sueño inducido por el ácido carbónico.

8

UN DEBATE

Los días siguientes fueron borrosos. Mi vagabundeo por el espacio me había dejado agotado. Y el extraño ambiente de la *Faetón* -las condiciones de flotación, el ritmo del día y la noche marcado sólo por las rutinas habituales de Pocket y Holden (Traveller, enterrado en el Puente, para no vérsele nunca en la Cabina de Fumar), el aire quieto y lleno de humo que le hacía a uno desear abrir una ventana-, todo eso se combinaba para sumergirme en un estado de ensoñación. Quizá nuestro aislamiento de las condiciones naturales de la Tierra tenía algo que ver con mi estado mental distraído; quizá nuestros cuerpos humanos estén más atados de lo que creemos al ritmo diurno de nuestro mundo materno.

Pero me molestó en varias ocasiones un rugido, una presión suave que me empujaba más en el camastro. En esos momentos me preguntaba vagamente si había viajado por el tiempo así como por el vacío y de alguna forma había regresado a esos momentos de pesadilla del lanzamiento del *Príncipe Alberto* al espacio. Pero cada molestia desaparecía a los pocos segundos; y cada vez regresaba a mi ensueño contranatural. Supe más tarde que mi conexión de esos sucesos con el lanzamiento no era infundada, porque el sonido que había oído era verdaderamente el de los cohetes de la nave. Traveller, instalado en el asiento del piloto, activaba los motores para que recorriésemos el espacio; una vez más -brevemente- éramos amos de nuestro destino.

Pero esta vez no nos limitábamos a alejarnos de la Tierra; esta vez Traveller nos guiaba a un destino aún más extraño...

Aparte de baños agradables, alimentado de sopa y té calientes, y otros tratamientos administrados por el amable Pocket, los otros no intentaron despertarme, creyendo que era mejor que la naturaleza completase su tarea. Y no tenía deseos de salir rápidamente de ese medio ensueño uterino; porque ¿qué me encontraría al despertar? Sólo el mismo desfile de alternativas terribles que me había llevado a mi desesperado paseo por el vacío.

Pero al final el extraño sueño se disolvió, y fui expulsado, tan renuentemente como cualquier recién nacido, al mundo hostil.

Encontrándome atado ligeramente al lecho, y demasiado débil para soltarme, llamé débilmente a Pocket.

El sirviente pudo levantarme de la cama como si fuese un niño... aunque la misteriosa Ley de Reacciones Iguales y Opuestas, tal y como fue expuesta por el gran sir Isaac Newton, hizo que se tambalease malamente por el aire. Me vistió con una bata de Traveller, me dio de comer, e incluso me afeitó.

El rostro que vi en el espejo tenía las mejillas hundidas y ojos rojos rodeados de oscuridad. Era, me temía, difícilmente reconocible como el joven que sólo días antes se había unido de tan buen ánimo al lanzamiento del *Príncipe Alberto*.

-Buen Dios, Pocket, apenas podría llegarle a la suela de los zapatos a la bella Françoise en esta condición.

El buen hombre me puso una mano en el hombro.

-No se preocupe con esas ideas, señor. Una vez que le haya alimentado, estará usted en tan buenas condiciones como antes.

Su voz alegre y familiar, con su fondo de genuina amabilidad, era inmensamente reconfortante.

-Gracias por sus cuidados, Pocket.

-Es usted el que merece agradecimientos, señor Vicars.

En ese momento apareció Holden desde el Puente, a través de la famosa escotilla del techo ahora completamente abierta- con cierta ligera torpeza bajó su masa y flotó en el aire.

-Mi querido Ned -dijo-. ¿Cómo estás?

-Bastante bien -dije, bastante avergonzado por su efusividad.

-Puede que hayas salvado nuestras vidas gracias a tu coraje. ¡Yo nunca me hubiese podido enfrentar al paseo en la oscuridad! Incluso la idea de meter la cabeza en esa trampa de cobre me daba escalofríos...

Me eché a temblar.

-No me lo recuerdes. En cualquier caso, no nos hemos salvado; todavía estamos perdidos en el espacio, ¿no?, dependiendo de los planes excéntricos de Traveller para nuestra salvación.

-Quizá, pero al menos ahora podemos poner en marcha esos planes; sin tu valor todavía estaríamos atrapados, cayendo fuera de control en la oscuridad, con nuestras vidas bajo los designios de un cerdo francés. Después de que estuvieses inconsciente tanto tiempo, temimos que el ácido carbónico del traje te hubiese afectado, muchacho; y podría haber roto la garganta del franchute con mis propias manos, manos que durante treinta años no han sostenido nada más terrible que una pluma.

Fruncí el ceño, algo repelido por el torrente de rabia.

-Holden, ¿cuánto tiempo llevo dormido? ¿Qué fecha es hoy?

-Según los instrumentos de Traveller hoy es el 22 de agosto. Has dormido, por tanto, durante siete días enteros.

-Yo... Buen Dios. -En mi estado todavía desconcertado intenté calcular cuánto nos habíamos alejado de la Tierra en ese tiempo pero, incapaz de saber en mis condiciones de confusión si un día tenía veinticuatro o sesenta horas, abandoné el proyecto-. ¿Qué hay de él? ¿Ha recuperado la consciencia?

Holden bufó.

-Sí. Ojalá se hubiese muerto. De hecho, salió bastante más rápido que tú de su sopor inducido por el vacío.-Se volvió y señaló al camastro desplegado en la pared opuesta a la mía, y distinguí un montón sin forma de mantas bastante manchadas-. Ahí yace todavía el canalla -dijo Holden con amargura-, sobreviviendo en una nave que hubiese convertido en un ataúd de aluminio para todos nosotros.

Holden me hizo compañía durante un rato, pero luego me cansé y, disculpándome ante el periodista, hice que Pocket me ayudase a acostarme en el camastro y cerré los ojos durante varias horas.

Cuando desperté, la Cabina de Fumar estaba vacía, exceptuando a Pocket, a mí y al montón informe en el camastro del otro lado. Le pedí a Pocket algo de té; luego, refrescado, salí de la cama. Después de pasar tanto tiempo acostado, temía que las piernas no me sostendrían, y quizás en la Tierra no lo hubiesen hecho; pero en las agradables condiciones de flotación del espacio me sentía tan fuerte como siempre, y me abrí camino cómodamente por la cabina.

Floté sobre Bourne. El francés estaba tendido de cara a la pared -podía ver que tenía los ojos abiertos- y cuando mi sombra le tocó se volvió y me miró. Apenas podía reconocerlo como el engreído y siempre arrogante acompañante de Françoise Michelet algunos días atrás. Su rostro, que ya era delgado, había quedado reducido a lo esquelético -los pómulos le sobresalían como estantes- y tenía la barbilla cubierta de pelo rebelde. Los restos del traje de dandi -la chaqueta roja y el chaleco a cuadros- estaban ahora manchados y arrugados, y los colores chillones resaltaban el aspecto patético.

Nos miramos durante varios minutos. Luego dijo:

-Supongo que ahora terminará el trabajo que empezó, monsieur Vicars.

-¿Qué quiere decir?

-Que tiene intención de matarme -lo dijo sin emociones, como si describiese el estado del tiempo, y siguió mirándome.

Fruncí el ceño y examiné mis sentimientos. Allí, me recordé, había un hombre que había robado el prototipo de la nave de Traveller; que me había aprisionado a mí y a mis tres compañeros y nos había lanzado al espacio Interplanetario, Probablemente a nuestra muerte; que había causado directamente la muerte de muchos espectadores inocentes con el lanzamiento de la *Faetón*; y que había, sin duda, estado implicado en la trama para sabotear el *Príncipe Alberto*, quitándole así la vida a quizá un centenar más, incluyendo, posiblemente, a Françolse Michelet, la muchacha por la que ansiaba mi tonto corazón. Dije con calma:

-Tengo todas las razones para matarle. Tengo todas las razones para odiarle.

Me miró sin miedo.

-¿Y?

Miré en mi corazón, y al rostro delgado y lleno de sufrimiento de Bourne.

-No lo sé -dije honradamente-. Tengo que pensarlo.

Asintió.

-Bien -dijo secamente-. Sospecho que su compañero no comparte su calma.

-¿Quién? ¿Traveller?

-¿El ingeniero? No. El otro; el gordo.

-¿Holden? ¿Le ha amenazado?

Bourne se rió y volvió el rostro a la pared; cuando volvió a hablar tenía la voz apagada.

-Como el ingeniero evitó que me estrangulase en mis condiciones de debilidad, su monsieur Holden ha decidido matarme de hambre; o quizá secarme como una hoja de otoño.

-¿Qué quiere decir? -Me volví hacia el sirviente, que nos había estado observando cautelosamente-. ¿Pocket? ¿Es eso cierto?

Pocket asintió, pero se tocó la delgada nariz.

-Ya estaba medio muerto. Por todos esos días en el Puente sin comida ni agua, señor. Pero no iba a permitir que nadie se muriese de hambre; le he estado dando sobras cuando nadie mira.

Sentí un gran alivio ante el hecho de que la crueldad sistemática de Holden hubiese sido subvertida.

-Bien por usted, Pocket; ha hecho muy bien. ¿Qué tenía que decir sir Josiah de todo esto?

Pocket se encogió filosóficamente de hombros.

-Después de calmar al señor Holden, el día en que usted realizó su gran acto... bien, señor, ya sabe cómo es sir Josiah. Supongo que se ha olvidado del franchute; apenas ha bajado aquí.

Sonreí.

-Supongo que sí.

-No pedí la caridad del sirviente -dijo Bourne con frialdad.

-Y no ha recibido caridad, muchacho -dijo Pocket-. Pero si cree que iba a pasar mis últimos días en una lata con el cadáver de un franchute, será mejor que lo piense de nuevo -habló severamente, pero más bien como un padre amonestando a un niño; y comprendí que no había malicia en ninguna esquina de aquel personaje excepcional.

Me volví una vez más hacia el francés.

-¿Por qué, Bourne?

Giró la cabeza, distorsionando el rostro en el movimiento.

-¿Por qué, qué?

-¿Por qué robó la nave y causó tanto daño y sufrimiento?

Apartó el rostro sin contestar.

Con fuerzas que me sorprendieron, le agarré los hombros y le di la vuelta.

-Creo que me debe una explicación -le susurré.

-No tiene sentido. Los británicos nunca lo entenderían.

Apreté los labios, suprimiendo la furia.

-Dígamelo de todas formas.

-Por la tricolor -me respondió-. ¡La tricolor!

Se liberó de mí y, a pesar de mis esfuerzos, se negó a decir nada más.

Descubrí para mi horror que Bourne estaba retenido por ataduras improvisadas con cinturones y trozos de manguera; ante mi insistencia -y con la provisión de que permaneciese en su camastro y que uno de nosotros siempre estaría vigilándolo- al día siguiente fue liberado y se sentó cautelosamente, masajeándose muñecas y tobillos, que tenía azules.

Sintiéndome con más fuerzas, trepé tras Holden por la escotilla del techo.

Cuando había forzado la entrada del puente varios días antes, mis impresiones habían sido borrosas y fragmentarias, a modo de una pesadilla; ahora, sin embargo, vi que el lugar en vuelo era un cuenco de maravillas mecánicas. Los dispositivos zumbaban y chasqueaban continuamente, por lo que uno tenía la impresión de una verdadera mente artificial que realizaba sus operaciones a bordo de la nave; y el conjunto estaba cubierto por la red de vidrio del morro de la Faetón. Ese domo admitía ahora un flujo de luz argentina de la Luna, que se veía enorme -ominosamente enorme- en lo alto de la nave.

-¡Ah, Wickers! -Su voz retumbaba desde arriba; me volví y vi, bajo las marcadas sombras lunares, el gran trono pegado a una de las paredes de la cámara. El trono, que era de damasco púrpura de suave relleno acabado con cuerdas de terciopelo, dominaba el Puente como el trono de César. Traveller estaba instalado en aquel trono; sentado con los pies levantados, con una ligera atadura a la altura de la cintura, faltándole sólo la esclava pelándole uvas para completar la imagen del potentado descansando.

-Una entrada más cómoda que la última vez, ¿eh?

-Cierto.

Me alejé del panel y floté hacia el domo de vidrio, agarré un saliente pintado de blanco y floté allí, muy cómodamente. Holden permaneció cerca del panel, entre el grupo de instrumentos. Desde mi nuevo punto de vista, vi cómo un par de palancas, conectadas con pivotes fijos en la pared adyacente, estaban colocadas a ambos lados del asiento de Traveller; en la parte alta de cada palanca había fijada una manilla de acero más pequeña que podía agarrarse por el puño del piloto. Más tarde descubrí que las manillas pequeñas controlaban el empuje de los cohetes de la *Faetón*, mientras que las palancas dirigían el giro de las toberas, para dirigir la nave por el espacio.

En aquel asiento, sin duda, era donde el maldito Bourne se había sentado durante una calurosa tarde de agosto, con la frente perlada de terrible sudor, para arrancar la nave de la Tierra.

Por encima de la cabeza de Traveller se encontraba suspendido un largo tubo pintado de blanco que terminaba en un ocular en ángulo. Pude ver cómo aquel dispositivo podía empujarse más allá del casco, por medio de palancas estancas, permitiendo que el piloto tuviese un gran ángulo de visión. Por tanto, gracias al periscopio y al vidrio óptico del domo, Traveller tenía una visión panorámica del universo más allá de las paredes de la nave... así como del paisaje de metal formado por los bancos de instrumentos. El centro de aquella disposición de instrumentos era un artefacto en forma de mesa que recordaba de mi primera visita, un disco de madera de cinco pies de diámetro con un mapa circular colocado en su interior. Había instrumentos más pequeños dispuestos alrededor de aquella mesa, la cara de lectura de cada uno iluminada por una pequeña luz constante; las luces formaban pequeñas islas de iluminación amarilla en un mar de oscuridad lunar. Aquellos diales, veía ahora, estaban orientados hacia el trono (como yo lo llamaba); la intención era claramente permitir al piloto hacerse una idea instantánea desde su asiento del estado de la Faetón... pero el efecto era el de una multitud de peregrinos mecánicos, cada uno sosteniendo una vela firme frente a su pecho vueltos suplicantes hacia su señor.

Felicité a Traveller por la admirable claridad del diseño, pero añadí que la mayoría de los detalles me dejaban desconcertado.

Para mi consternación, Traveller lo consideró como una petición de conferencia.

-¿Por dónde empezar?... ¿Por dónde empezar?... Para empezar, sin duda reconocerá los dispositivos de Ruhmkorff.

¿Cómo dice?

-Los filamentos eléctricos que iluminan los instrumentos.

Aquellos filamentos, me explicó Traveller, emitían una luz más segura y firme que la de las lámparas de acetileno, y era menos probable que cubriesen de ceniza las caras de lectura de los dispositivos. Luego siguió describiendo cada instrumento, con su fabricante, función, limitaciones e incluso, en algunos casos, su precio, con el ardoroso detalle que otras personas emplean para describir a los hijos, Holden, flotando en lo más profundo del banco de instrumentos, apreció inmediatamente mi desconcierto y empezó a jugar; indicaba cada instrumento con un gesto florido como el ayudante de un mago, y empecé a meterme el puño en la boca para no estallar en carcajadas.

Traveller, por supuesto, seguía hablando sin darse cuenta.

Había cronómetros, manómetros, termómetros centígrados Eigel. Había un banco de brújulas dispuestas en una formación de tres dimensiones, para que tuviesen las esferas en ángulo unas con respecto a las otras. Traveller suspiró sobre esa disposición.

-Tuve la esperanza de emplear la dirección del flujo magnético para navegar por el espacio -dijo-, pero me decepcionó descubrir que el efecto se desvanecía a unas pocas decenas de millas sobre la superficie de la Tierra.

-¡Muy inconveniente! -dijo Holden con guasa.

-En su lugar, depende de un sextante -dije, indicando un dispositivo de bronce grande y complejo que consistía en un tubo montado sobre una rueda dentada-. Claro -seguí-, los cartagineses hubiesen reconocido un dispositivo así... pero nunca lo hubiesen imaginado situado en tal lugar.

-Cartagineses en el espacio -meditó Traveller-. Ahí tiene una idea para una novela... pero, por supuesto, uno nunca podría hacer que semejante historia fuese lo suficientemente plausible para convencer al público moderno. Sería incluso más controvertida que las fábulas de moda de Disraeli... -Noté que Holden dejaba sus payasadas para interesarse por esa sugerencia caprichosa. Traveller siguió-. Tiene mucha razón, Wickers; entre los planetas, los principios de la navegación por las estrellas son exactamente los mismos que los que guían a los marineros por la superficie de los mares de la Tierra. Pero la práctica es algo más difícil, al requerir determinar la posición de la nave en tres coordenadas.

Traveller siguió explicando un sistema complejo -que empleaba gráficas, tablas y cartas- que había inventado para dibujar la posición de una nave que volaba por el espacio como una mosca. Los cálculos matemáticos se facilitaban por el uso de un dispositivo mecánico que Traveller llamaba un aritmómetro.

Se trataba de una caja llena de engranajes de latón, dientes y diales; tenía dos grandes cilindros que tenían fijados rollos de dígitos, y Traveller hizo que Holden demostrase cómo, girando diversas ruedas y palancas, uno podía hacer que el aritmómetro simulase el proceso de suma, resta, multiplicación y división.

Ya que nunca antes se había aventurado más allá de unas pocas millas de la superficie de la Tierra -por lo que las características del mundo natal siempre habían estado a mano, como un gran mapa iluminado-, Traveller nunca se había visto forzado a depender de sus sistemas patentados de navegación. Me parecía que disfrutaba con el desafío.

-Y en cualquier caso -siguió diciendo-, navegar por las estrellas no es nuestra forma principal de guía.

Pregunté amablemente.

-¿Y cuál es?

Como respuesta retiró la atadura de la cintura y se arrojó del trono, descansando finalmente sobre los dedos, cabeza abajo sobre la mesa circular en el centro del Puente, con las patillas flotando suavemente.

-¡Éste! -gritó-. Aquí está mi orgullo y alegría mecánica.

Me deslicé para unirme a él, y examiné la superficie de la mesa con más cuidado. Estaba, como ya había visto antes, ocupada por un mapa; ahora veía que el mapa representaba la Tierra como se vería desde un cohete que estuviese muy por encima del Polo Norte, con el norte cubierto de hielo en el centro del mapa en forma de disco, y los países ecuatoriales de África y Suramérica corriendo por el borde. Traveller nos mostró cómo, dándole a una palanca, podía invertir el disco y mostrar una imagen similar de las regiones del Polo Sur. El mapa estaba pintado, con algo de torpeza, con colores naturales: tonos azules para los océanos, y marrones y verdes para la tierra.

Traveller explicó con orgullo que la coloración estaba basada en sus propias observaciones del planeta desde la plataforma aérea de la *Faetón*.

Holden preguntó por qué no estaban representadas las fronteras nacionales.

Traveller dijo:

-¿Y que interés tendría la exhibición de lealtades políticas para el viajero aéreo? Señor, mire por la ventana y examine la Tierra... si puede encontrarla entre el brillo de la Luna. Desde esta altura, incluso nuestro glorioso imperio es menos dramático que las sombras del océano vacío.

Holden se encabritó al oírlo.

-Sir Josiah, debo estar en desacuerdo. Un dominio como el de Su Majestad es un monumento eterno.

La primera palabra de la respuesta de Traveller vino directamente de los asientos baratos de los teatros de variedades. Siguió hablando.

-Buen Dios, caballero; ¡mire por la ventana! Desde aquí, los vagabundeos de Marco Polo no son más importantes que el camino de una mosca en un vidrio; ¡el Imperio de César, Kublai Khan, Boney, y del bendito Eduardo, puestos todos juntos son menos importantes que la imperfección en un único panel de vidrio!

»Holden, desde nuestro punto de vista, las actividades de los grandes hombres se reducen a su verdadera proporción: cuentos y tonterías; y las fantasías pomposas de nuestros trastornados e incompetentes líderes se muestran tal y como son.

Holden se estiró en toda su altura, empujando el estómago en forma de barril hacia el pecho; pero como flotaba en el aire sobre la mesa de navegación como el resto de nosotros, y, además, estaba boca abajo con respecto a Traveller y a mí, el efecto fue menos impresionante de lo que él esperaba.

-Sir Josiah, le sugiero que le explique al saboteador francés cómo son de irrelevantes las disputas políticas en esta prisión celestial. Fue la política lo que nos trajo aquí, recuerde.

Traveller se encogió de hombros.

-Lo que viene a demostrar que no hay nada tan pequeño como la imaginación de un hombre.

-Y, como Bourne, señor -susurró Holden-, suena usted como un maldito anarquista.

Yo había estado buscando una forma de distender la discusión, y me sentí empujado a decir:

-Calma, Holden; creo que debería retirarlo.

Pero Traveller apoyó una mano sobre mi brazo.

-Holden, ¿ha leído las ideas de luminarias anarquistas como Proudhon?

-He leído sobre las acciones de otro como Bakurnin; eso es suficiente para mí -dijo Holden con orgullo.

Traveller rió, con el rostro iluminado desde arriba por las luces incrustadas en la mesa de navegación.

-Si hubiese estudiado más allá de la nariz, señor, sabría que los anarquistas tienen una opinión bastante positiva de sus colegas humanos. La nobleza del hombre libre...

-Basura -dijo Holden con dureza.

Traveller se volvió hacia mí.

-Ned, el anarquista no cree en comportamientos legales e ilegales. Al contrario, cree que el hombre es capaz de vivir en armonía con su hermano, ¡sin las limitaciones de la ley! Que todos los hombres son esencialmente personas decentes, sin más deseos de destruirse los unos a los otros, en general, que el inglés medio de asesinar a su esposa, hijos y perro. Y en su estado natural, el hombre vivía como un anarquista en el Edén, ¡sin ley y sin preocupaciones!

Holden murmuró algo sobre blasfemia, pero yo medité esos conceptos sorprendentes.

-Pero cómo podríamos tener orden sin ley? ¿Cómo podríamos ocuparnos de nuestras grandes empresas industriales? ¿Cómo distribuiríamos los puestos de la sociedad? ¿No envidiaría el pobre el castillo del rico, y, sin el freno de la ley, no entraría en él inmediatamente para llevarse el mobiliario?

-Con toda probabilidad, tal situación no se produciría nunca -dijo Traveller-, y si así fuese, se resolvería de forma amigable. Cada hombre conocería su lugar, y lo asumiría sin comentario o queja por el bien común.

-Tonterías piadosas -respondió Holden, ya bastante enrojecido, y me vi obligado a estar de acuerdo con él inmediatamente.

-Y -dije yo-, si en una ocasión vivimos en un estado natural sin ley, como animales...

-Animales no, Ned -me corrigió Traveller-. Como hombres libres.

-Pero si fue así, ¿por qué ahora tenemos leyes?

Traveller sonrió, y la luz de los antiguos mares lunares se reflejó en la nariz de platino.

-Quizá debería ser usted filósofo, Ned. Ésas son las preguntas contra las que hombres de recto pensamiento han luchado durante muchos años. Tenemos leyes porque hay ciertos individuos, yo incluiría a todos los políticos y príncipes, que requieren leyes para subyugar a sus hermanos, para poder conseguir sus propios fines vanagloriosos.

Medité sobre esos sentimientos sorprendentes. La Inglaterra que conocía era un país racional y cristiano, una sociedad moldeada por los principios industriales y lleno de confianza en su propio poder y razón... una confianza alimentada en gran parte por las industrias a la que tanto habían contribuido las invenciones de antihielo de Traveller.

¡Pero aquí había un hombre en el corazón mismo de todos esos logros tecnológicos, que abrazaba las ideas de un ruso idealista! Me pregunté, no por primera vez, por el poder de las experiencias -en Crimea y otros lugares- que habían llevado a Traveller a esas conclusiones. Y me pregunté cómo esas mismas experiencias hubiesen modelado las ideas de alguien como George Holden...

Mientras tanto, Holden se había acercado a nosotros. Su furia era evidente en el color remolacha de su cara, y por la forma en que su pecho luchaba contra los botones de su chaleco.

-Navega cerca de la traición, señor.

Nuevamente le pedí que se disculpase; una vez más Traveller me indicó que lo dejase. Dijo con calma:

-Olvidaré que ha dicho eso, Holden.

Los carrillos carnosos de Holden se agitaban.

-¿Y ha olvidado las bombas arrojadas por sus compañeros anarquistas? Sólo el imperio de la ley se interpone entre la libertad de la que disfruta un caballero británico y las acciones de los Bourne, ¡quienes matarían por una bandera, un trozo de trapo de colores!

-Quizá -dijo Traveller, y luego replicó-, ¡pero usted también, señor, asesinaría por tales razones! Porque fue usted al que hubo que retener físicamente para que no arrojase al pobre tipo por la esclusa de aire...

-¿Va todo bien, caballeros?

La voz calmada y racional de Pocket, que había sacado cabeza y hombros por la escotilla abierta, nos hizo parar. De pronto fuimos conscientes de lo que hacíamos; Traveller y Holden estaban dispuestos como dos soldados de plomo en una caja, uno cabeza abajo con respecto al otro y gritándose insultos a los zapatos del otro; mientras yo colgaba entre ellos en el aire en un ángulo indeterminado, intentando sin éxito calmar la situación.

Nos apartamos los unos de los otros, ajustándonos los chalecos y aclarándonos la garganta. Traveller le aseguró a Pocket que todo estaba bien, y propuso que quizás el té podría recomponer nuestra agitada comunidad. Pocket, imperturbable, dijo que lo prepararía inmediatamente, y volvió a ocultar la cabeza por la escotilla. Holden estaba todavía púrpura de rabia, pero intentaba visiblemente controlarse; Traveller seguía bastante imperturbable.

-Bien, caballeros -dijo-, vaya una impresión que hemos dado de la raza isleña a nuestro amigo galo de ahí abajo. ¿Quizás en el futuro deberíamos ceñirnos a temas menos controvertidos?

-Creo que ésa sería una muy buena idea, señor -dije fervientemente.

-Perfecto, Ned- dijo Traveller, volviéndose una vez más hacia su dispositivo de navegación-, ¿dónde estábamos?

Volví a estudiar el mapa de la Tierra.

-Estaba diciendo que ésta es una mesa de navegación.

-Exacto.

Pegué la nariz a la superficie de la mesa. Vi que la mesa estaba perforada por pequeños agujeros alrededor del mapa central, por lo que la superficie era como una tosca criba de madera. Una línea de pequeñas banderas de metal, de alegres colores, sobresalía de algunos de los agujeros; la línea que formaban salía de la superficie de la Tierra y dibujaba una curva grácil. Su significado no era difícil de deducir; era una representación, sobre una superficie plana, de nuestro camino por el espacio.

-¿Pero cómo funciona? -le pregunté a Traveller-. ¿De sus mapas y cartas?

Traveller sonrió.

-Observe durante unos minutos.

Flotamos sobre la mesa -incluido Holden, con la respiración todavía rápida, pero el color desapareciendo rápido y al final recibimos la recompensa de ver cómo una nueva bandera saltaba espontáneamente de uno de los agujeros. Al mismo tiempo, vi que el mapa circular también giraba, más lentamente que la manecilla de las horas en un reloj.

-Entonces -dije-, la mesa se controla a sí misma automáticamente. El mapa gira con la Tierra, una vez al día, diría yo, y las banderas salen de la superficie a medida que nos movemos por el espacio.

-Correcto -dijo Traveller con energía.

-¿Pero cómo se hace?

-Hay un mecanismo de relojería para dirigir la esfera armilar... el giro de la Tierra. De hecho, todo el dispositivo fue fabricado, con gran precisión, por el joven Boisonnas, relojero de Ginebra. Pero el secreto de los mecanismos de navegación es una serie de giroscopios, suspendidos en el interior del cuerpo de la mesa.

Como siempre, estaba confuso.

-¿Giroscopios?

Traveller suspiró.

-Pequeñas piezas giratorias, Ned. Los objetos que giran mantienen su orientación en el espacio, como puede que sepa, ésa es otra de las razones por la que los motores están diseñados para dar un ligero giro a la *Faetón*, y de esa forma la mesa es capaz de «sentir» los cambios en la dirección de la nave. Eso, junto con los dispositivos de resortes para medir la aceleración, es suficiente para determinar la posición de la nave en cualquier momento, sin referencias a las estrellas; uno podría tapar las ventanas del puente y, aún así, podría confiar en la navegación con un límite de unas pocas millas, gracias a este ingenioso dispositivo.

Librodot

Holden golpeaba en la mesa con el dedo, cerca de la superficie del modelo de la Tierra; indicaba, vi, la representación de Inglaterra, y en particular una gruesa línea negra que atravesaba el Polo, pasaba por Londres, y salía del límite del mundo durante varias millas.

-¿Y esto?

-El Meridiano de Greenwich, por supuesto -dijo Traveller impaciente.

Holden asintió, con mucha calma, pero me miró a los ojos; y los dos meditamos el simbolismo inconsciente que nos daba aquel sorprendente caballero-anarquista: porque allí estaba el símbolo mundial de la racionalidad y la ciencia británicas, volando más allá de la superficie de la Tierra hacia las estrellas.

Seguí la línea de posición de banderas a medida que se alejaban tristemente de la superficie de la Tierra; pronto, vi, abandonaríamos completamente los límites de la mesa de navegación. Se lo mencioné a Traveller.

-Admito que no había imaginado viajar tan lejos en esta nave sin probar -dijo-. Pero la mesa no dejará de tener su uso.

Diciendo esto, metió la cabeza bajo la mesa y buscó por un armario en el suelo; salió sosteniendo unos rollos de papel de unos cuatro pies de largo, que procedió a extender y a colocar sobre la mesa. Reveló un mapa diseñado en cuatro partes y marcado con el sello de Beer y Moedler.

-A partir de este buen Mappa Selenographica -dijo Traveller- que llevo para facilitar las observaciones telescópicas por encima de la atmósfera, planeo improvisar unos análogos a los mapas polares de la Tierra que hay en la mesa. Un pequeño ajuste de las ruedas y la mesa nos servirá cuando lleguemos a nuestro destino...

Traveller resplandecía ante esa nueva muestra de su ingenio, con los ojos fijos en la carta; pero Holden y yo intercambiamos miradas de desesperación, y luego miramos a la carta en silencio. En aquel momento las preocupaciones y pesares de la Tierra parecían realmente remotos y distantes; porque aquel Mappa mostraba los mares muertos y las montañas sin aire de un mundo al que estábamos, eso parecía, irrevocablemente dirigidos: era un mapa de la Luna.

9

A LA SOMBRA DE LA LUNA

Viajando a varios cientos de millas por hora, la *Faetón* necesitó veinte días para viajar de la Tierra hasta las inmediaciones de la Luna.

El día dieciocho me uní a Traveller en el Puente. La Luna yacía muerta frente a la nave, por lo que estaba situada justo frente al globo de vidrio del Puente. Estábamos tan cerca del mundo hermano que apenas era posible distinguir los bordes de su cara redonda, y cuanto más nos aproximábamos, más teníamos la impresión de que la Luna se estaba convirtiendo en un paisaje plano frente a nosotros. Pero era un paisaje extraño e invertido. Montañas lunares como cuchillas colgaban como estalactitas sobre mí, o como improbables candelabros que reflejaban la fantasmal luz del sol al interior del Puente. Mi perspectiva terrestre se negaba a imaginarme colgado cabeza abajo por encima de la Luna; era como si aquellas montañas, aquellos cuencos de polvo que eran los mares lunares, aquellas planicies rotas por cráteres y marcadas por rayos blancos, fuesen a caer en picado sobre mis oídos.

Miré a la mesa de navegación, ahora reconfigurada por Traveller para mostrar la Luna. El camino de la desdichada *Faetón*, delineado por banderitas, se había dirigido más allá de los cuernos del satélite; pero ahora se curvaba graciosamente hacia la Luna, por lo que, si no se alteraba, la nave pasaría alrededor del perímetro lunar. Al principio había imaginado que esos cambios de curso habían sido debidos a los cohetes, pero Traveller me explicó que los cohetes habían hecho poco más que corregir el rumbo en la dirección requerida; lejos de la influencia de la Tierra, ahora era la gravedad de la roca lunar la que tiraba de nosotros por el cielo.

-Bien, Ned -gritó Traveller, y me giré para verle en su sillón-trono, bañado en la luz dura y directa-. ¡Qué aventura nos espera!

-Sir Josiah, entiendo que la gravedad nos empuja en esa órbita hacia la Luna. ¿Pero nos llevará la gravedad hasta la superficie?

-No, Ned; si no volvemos a disparar los cohetes, seguiremos una línea hiperbólica alrededor del hemisferio oculto de la Luna y nos alejaremos de ella.

-¡Entonces salgamos disparados, si eso nos lleva cerca de nuestro mundo natal! Señor, la Luna es realmente magnífica, pero seguro que no se diseñó para mantener la vida humana. ¿Es realmente necesario descender a su superficie?

Traveller suspiró y, para mi incomodidad, se quitó la nariz de platino de la cara; con un dedo restregó el borde de la cavidad oscura que había quedado expuesta y luego volvió a colocarse la nariz en el cráneo.

-Ned, cada vez que aprecio un atisbo de inteligencia en ese cráneo suyo en forma de bala me decepciona con algún comentario ignorante. Se lo he explicado al menos dos veces.

-Entonces me disculpo, señor, porque todavía no lo veo claro.

-¿Es el impulso específico un concepto tan difícil? Buen Dios... Muy bien, Ned. Para que la Faetón llegase tan lejos, nuestro monsieur Bourne agotó extraordinariamente nuestra reserva de masa de reacción... de agua. Incluso si de alguna forma pudiésemos ajustar la trayectoria para volver a la Tierra, con seguridad arderíamos como una tostada al caer sin control por la atmósfera, con nuestros restos estrellándose contra el suelo. Necesitamos más agua.

-Una perspectiva agradable. Pero si es tan imposible aterrizar en la Tierra, ¿cómo vamos a aterrizar seguros en la Luna?

El rostro de Traveller estaba vuelto hacia la Luna, pero le imaginé luchando por mantener la paciencia.

-Porque el tirón gravitatorio es sólo un sexto del de la superficie de la Tierra. Por lo que nuestros debilitados cohetes pueden sacarnos de esta órbita y depositarnos sobre las planicies de la Luna mucho antes de que se acabe el agua.

Giré el rostro hacia la Luna; dejé que su luz pálida llenase mis ojos, y di voz a mis peores temores.

-Sir Josiah, enfrentémonos a la verdad. La Luna es un mundo desolado, un planeta sin aire; tenemos tantas probabilidades de encontrar agua ahí abajo, congelada o no, como de encontrar un golfillo cockney vendiendo castañas asadas.

Traveller soltó una risotada, con la nariz dándole al sonido un desconcertante tono metálico.

-Perdóneme, profesor lord Ned; no sabía que fuese tan experto en teorías lunares y planetarias.

-No lo soy, señor -dije con algo de dignidad-, pero tampoco soy un tonto; soy capaz de seguir los periódicos.

-Muy bien. Hay tres argumentos contra sus objeciones a mi plan. Primero, ¡no tenemos alternativa! No hay otro lugar accesible que nos ofrezca siquiera la posibilidad de agua, o cualquier otro líquido adecuado. Así que es la Luna o nada, Ned.

»Segundo, la opinión de los sabios sobre la composición de la superficie lunar no es tan unánime como parece creer.

-Pero seguro que la visión aceptada es que la Luna es un mundo desolado, inerte, sin vida, y sin atmósfera.

-¡Bah! -soltó Traveller-. ¿Y en qué observaciones se basan tales teorías? Por cada observación de la ocultación precisa de una estrella por los cuernos de la Luna, lo que «demuestra» la falta de aire por la ausencia de oscurecimiento o refracción, yo puedo citar otra en contradicción directa. Hace sólo veinte años el francés Laussedat notó una refracción del disco solar durante un eclipse. -Traveller, boca abajo en su asiento, alargó los brazos como si quisiese abrazar a la diosa lunar encima de él-. Acepto que nuestros propios ojos nos demuestran ahora que la Luna no puede tener una cubierta atmosférica tan gruesa como la de la Tierra; pero si la tuviese, sus montañas y valles estarían ocultos por una capa giratoria de nubes y neblina. Y la gravedad menor, tan ventajosa como nos resulta en otro aspecto, no se presta para retener una atmósfera gruesa. Pero seguro que no está más allá de lo posible que podamos encontrar bolsas de aire en los valles más profundos, o incluso que aire enrarecido cubra toda la superficie.

»Además, recuerde que sólo hemos observado una cara de la Luna. El satélite baila alrededor de la Tierra, manteniendo una cara siempre lejos. ¡Incluso nosotros no hemos visto todavía la cara oculta, Ned! ¿Quién sabe lo que podríamos encontrar?

-Cráteres, montañas y mares de polvo.

-Señor Wickers, su mente es como una ciruela pasada y seca, incapaz de sorpresa. ¿Qué hay si las teorías de Hansen se verifican? -Hansen resultó ser un astrónomo danés que había sugerido que la Luna había sido deformada por la gravedad de la Tierra hasta adoptar una forma de huevo, y daba vueltas a la Tierra con el lado más grueso siempre oculto; y que una capa gruesa de atmósfera se había acumulado en el hemisferio más pesado, oculta convenientemente a los ojos de los inquisitivos astrónomos.

-Bien, sir Josiah -dije-, esperemos a ver.

Volvió a gruñir.

-Habla como un débil científico, muchacho. ¡Debe aprender a pensar como un ingeniero! Para un científico nada está probado hasta que no se demuestra, de todas las formas posibles, frente a los ojos de una docena de sus sobrios colegas. Pero un ingeniero busca lo

que es posible. No me importa si esa teoría es cierta o falsa; pregunto simplemente lo que puedo hacer con ella.

-Sir Josiah, comentó tres contraargumentos a mi objeción. ¿Cuál es el tercero?

Ahora se giró en el asiento y estiró el cuello; su rostro deforme, medio destacado por la luz de luna, estaba lleno de emoción.

-Ah, Ned, el tercero es simplemente: vivamos o muramos, ¡qué emocionante será caminar por entre las montañas de la Luna!

Miré al formidable mundo que giraba lentamente sobre mí y deseé poder compartir en mi joven corazón parte del entusiasmo que Traveller sentía por lo exótico y lo espectacular; pero, en aquel momento, hubiese dado todas mis asombrosas experiencias por estar de vuelta sano y salvo en el cómodo bar de un club de Manchester.

Después de la emoción de recuperar el Puente habíamos vuelto a nuestra cómoda rutina -con la excepción de que ahora el pobre Bourne estaba sentado en la cabina, un espectador silencioso y resentido- y las restantes horas del viaje pasaron con rapidez.

Pero finalmente desperté, como era normal con el olor familiar de las tostadas y té de Pocket en mi nariz, sabiendo instantáneamente que aquél era el vigésimo día de nuestro vuelo... ¡el día en que sir Josiah Traveller nos haría aterrizar suavemente sobre la superficie de la Luna, o nos llevaría a la muerte!

Traveller nos había asegurado que aterrizaríamos alrededor de las ocho de la mañana; así que Pocket nos despertó un poco antes de lo habitual, a las cinco. Nos aseamos con rapidez y tomamos un desayuno saludable. Traveller insistió en ello, aunque yo apenas podía tragar ni un bocado. Le di de comer a Bourne y le permití que se limpiase un poco. Pocket subió por la escotilla para llevarle a Traveller su último desayuno en la estación del Puente.

Con la comida completa y los restos apresuradamente limpiados, nos preparamos para el descenso. Traveller nos había explicado que a las siete y diez los motores se dispararían en una gran explosión, estudiada para colocarnos en un camino que nos haría encontrarnos inevitablemente con la superficie lunar.

Me aseguré que Bourne estuviese correctamente sujeto por las correas de seguridad. Los pies y manos del francés también estaban atados por cinturones de cuero: pálido, evidentemente asustado, apartó la vista con un rasgo de desafío. Me aparté de él, llegué a mi propio asiento y empecé a colocarme las correas... y entonces, con un juramento, volé una vez más por la cabina y, con los dedos agarrotados por la furia, aflojé la atadura de las muñecas de Bourne. Éste ni me ayudó ni se resistió.

Holden, ya en su sitio, gritó furioso:

-¡Ned! En nombre de Dios, ¿qué haces? ¿Vas a liberar a ese animal entre nosotros en este momento?

Me volví hacia él, sintiendo cómo se me enrojecía el rostro de rabia.

-No es un animal, George. Es un ser humano, un hermano de los que estamos aquí. Puede que hoy vayamos a nuestra muerte. Cualesquiera que sean sus crímenes, Bourne merece enfrentarse a su destino con dignidad.

Holden intentó protestar más, pero Pocket, atado fuertemente a su propia silla, gritó:

-Por favor, pospongan su debate, señores, porque me temo que los motores están a punto de dispararse, y el joven caballero sufrirá heridas si no vuelve inmediatamente a su asiento.

Un vistazo al reloj Gran Oriental de Traveller, todavía situado orgullosamente en el centro de la cabina después de todas nuestras aventuras, me mostró que ya habían pasado ocho minutos de la hora. Con prisas volví al asiento y me até. Estuvimos sentados largos segundos; evité mirar a los ojos de los otros por temor a encontrar el reflejo de mi propio miedo.

Entonces los grandes motores hablaron a la vez.

Me hundí en el asiento, e imaginé la preciosa agua siendo expulsada como vapor congelado al espacio. Los cohetes se activaron durante quizá dos minutos, y luego, tan

rápidamente como se habían disparado, callaron. Un silencio ominoso cubrió la cabina, y nos miramos los unos a los otros frenéticamente.

No venía ningún sonido del Puente.

-Holden, ¿qué ha sucedido? -susurré-. ¿Crees que ha salido bien? ¿Nos dirigimos a la Luna?

Holden se mordió el labio, su rostro redondo húmedo y rojo de miedo.

-Los motores se dispararon en su momento, en todo caso -dijo-. Pero respecto al resto, no estoy cualificado para juzgarlo. Y como con gran parte de esta horrible aventura, estamos limitados a esperar y ver.

Los minutos pasaron sin nada que comentar, y mi miedo se vio suplido por la irritación y el aburrimiento.

-Digo, Holden, sé que Traveller es un gran hombre, y que uno debe esperar que tales hombres manifiesten sus excentricidades, pero igualmente, parece inhumano mantenernos aquí esperando en suspense.

Holden se volvió hacia el sirviente.

-¿Pocket? ¿Cree que deberíamos comprobar que sir Josiah está bien?

Pocket negó con la cabeza, y vi cómo el sudor perlaba el pelo erizado de su cuello. El sirviente, al no poder realizar sus tareas habituales, parecía el más nervioso de todos.

-A sir Josiah no le gusta que le molesten cuando trabaja, señor.

Hundí el puño en la palma de la mano.

-Pero esto no es una situación normal, maldición.

Holden dijo:

-Creo que será mejor que dejemos que Traveller siga con su trabajo, Ned, e intentar ser pacientes.

-Quizá tengas razón. -Miré por la cabina, buscando diversión de mis preocupaciones, y me fijé en la infeliz figura de Bourne; el francés estaba sentado con la cabeza colgándole sobre el pecho, un prisionero dentro de aquella prisión . Dije-: Tengo que repetir, Holden, que fue muy cruel por tu parte que quisieses mantener al pobre tipo inmovilizado. ¿Qué más daños puede causar?

Holden miró a Bourne.

-Es un anarquista, Ned; y por tanto no se puede confiar en él.

Bourne levantó la vista con desafío; con su inglés de fuerte acento, dijo:

-No soy un anarquista. Soy francés.

Examiné sus rasgos delgados y orgullosos.

-Me dijo que secuestró la *Faetón* por la tricolor. ¿Qué quería decir?

Fijó en mí su mirada condescendiente.

-Que necesite hacer esa pregunta es respuesta suficiente.

Me sentía furioso de que mi apertura, bastante amable en las circunstancias, fuese tratada de esa forma.

-¿Qué demonios se supone que significa eso? Mire...

-No conseguirá ningún comportamiento civil de él, Ned -dijo Holden con cansancio-. La tricolor, la bandera de su revolución bajo la que la chusma asesinó a sus gobernantes ungidos, y luego volvieron los unos contra los otros; la tricolor, que el advenedizo corso llevó por toda Europa; la tricolor, símbolo de la sangre, el caos y el asesinato.

-Sí, ¿pero qué tiene que ver con la *Faetón*?

-Piénsalo, Ned; intenta ver las últimas décadas desde el punto de vista del franchute. Su famoso Emperador es derrotado por Wellington y enviado al exilio. El Congreso de Viena, que ha fijado el Equilibrio de Poder en Europa para siempre, y que nos parece a nosotros un logro tan noble, es odioso para él; porque ya no puede contar con la división de sus enemigos para extender su credo de ilegalidad y disturbios por Europa...

Bourne rió por lo bajo.

-Le señalo que ahora nos gobierna un emperador, no un Robespierre.

-Sí -dijo Holden con desprecio-, Louis Napoleón, que se considera a sí mismo el hijo bastardo de Napoleón.

-El sobrino -intervino Bourne-. Pero, a pesar de lo legítimo de la ascendencia original de Louis, su Rey haría que cambiase nuestro Emperador, ¿no?, restaurando la antigua monarquía -volvió a reír.

Holden lo ignoró.

-Ned, tu francés ha sido, durante este siglo, frustrado en sus ambiciones de avaricia y desorden. Se ha visto obligado a presenciar cómo la influencia británica se extendía por todo el continente y el mundo, facilitada por la robusta naturaleza de nuestro orden constitucional y la potencia de nuestra economía industrial. Y el resentimiento ha crecido.

Bourne seguía riendo.

Holden le soltó:

-¿Lo niega?

Bourne se quedó quieto.

-No niego su hegemonía en Europa -dijo-. Pero se basa en una cosa, y sólo una cosa: el antihielo, y su monopolio de esa sustancia. De tal forma extienden sus trenes de antihielo por los campos, y construyen estaciones con nombres ingleses en las que se venden productos ingleses.

»Y peor aún, mucho peor aún, es la amenaza oculta de emplear armas de guerra de antihielo. ¿Dónde queda ahora su Equilibrio de Poder, señor Holden?

-No existe esa intención -dijo Holden envarado.

-Ya han desplegado esas armas de terror -dijo Bourne- contra los rusos en Crimea. Sabemos de qué son capaces. Los británicos hablan, y actúan, como si el antihielo fuese un subproducto sobrenatural de su superioridad racial. No lo es; su posesión de esa sustancia no es más que un accidente estúpido, y sin embargo emplean esa superioridad transitoria para imponer sus formas, sus políticas, sus ideas, al resto de la humanidad.

Ahora le tocó a Holden reírse, pero yo meditaba tranquilamente sobre las palabras de Bourne. Admitiré que incluso un mes antes me hubiese alineado instintivamente con Holden en aquel debate, pero en ese momento, oyendo las palabras frías y precisas del franchute -no, de aquel hombre, como de mi edad- encontré que mis antiguas certidumbres eran más frágiles de lo que pensaba.

-Pero -le pregunté a Bourne-, ¿qué si es cierto? ¿Son los modos británicos tan malos? Holden ha descrito el Congreso de Viena; los diplomáticos británicos han luchado por una paz justa...

-Soy francés, no británico -dijo-. Queremos encontrar nuestro propio destino, no seguir el de ustedes. También los prusianos y el resto de los alemanes; si la historia dice que esa fragmentaria nación debe unificarse, ¿quién es Gran Bretaña para impedirle el paso? E incluso... incluso si nuestras naciones desean ir a la guerra, no son ustedes los que deben decir «no». -Tenía el rostro pálido, pero los ojos eran claros y firmes.

-Entonces secuestrar la *Faetón*, quizás incluso con el riesgo final de perder la vida...

-... fue un acto concebido para malgastar algunas libras más del maldito antihielo. Para eliminar al inquieto genio-criminal-Traveller. Se sabe que sus reservas de la sustancia están reduciéndose. No hay forma más noble en la que un francés podría entregar su vida que acelerando ese proceso.

A pesar de lo sombrío de esa afirmación, ¡no pude evitar recordar los comentarios de Traveller afirmando que el propósito de construir grandes dispositivos como el *Príncipe Alberto* era distraer a militares y políticos de la explotación militar del antihielo! ¿Era el análisis que Bourne hacía de la situación realmente tan diferente del que hacía el gran inglés?

Fruncí el ceño.

-Holden cree que es usted un saboteador.

Negó con la cabeza, sonriendo ligeramente.

-No. Soy un francotirador.

-¿Un qué?

-Un francotirador. Un nuevo tipo de soldado; un soldado con ropas de caballero, que lucha para liberar su patria con cualquier herramienta disponible.

-Sentimientos muy bonitos -dijo Holden con odio y desprecio-. Y cuando el antihielo haya desaparecido por completo, malgastado en actos como éste, ¿qué? ¿Se levantarán para asesinarnos en nuestras camas?

La sonrisa de Bourne se amplió.

-¿Tienen tanto miedo, no, ingleses? Temen incluso a sus propias masas, que quizás algún día se contagien de las nuestras. Y entienden tan poco.

»He oído cómo sir Josiah se proclamaba anarquista -escupió-. Y con el mismo tono ha declarado que cada hombre conocerá su "lugar". Traveller y los suyos no conocen el significado de las palabras "hombre libre". ¿No fueron los industriales los que en 1849 eliminaron las reformas de Shaftesbury en las condiciones de trabajo aprobadas años antes?

Miré a Holden en blanco, quien levantó una mano desdeñosa.

-Se refiere a una ley aberrante, Ned, hace tiempo anulada y olvidada. Shaftesbury introdujo, por ejemplo, un límite diario laboral de diez horas. Condiciones sobre el uso de las mujeres en las minas. Cosas así.

Estaba perplejo.

-Pero la industria no podría funcionar con esas limitaciones, ¿no?

-¡Claro que no! Y por eso se eliminaron las «reformas».

-Pero -dijo Bourne- a qué coste para el alma británica. ¿Eh? ¿Vicars, recuerda a un escritor inglés llamado Dickens?

-¿Quién?

Nuevamente Holden me lo explicó impacientemente. Charles Dickens había producido novelas populares en los años cuarenta, consiguiendo una breve popularidad. Holden suspiró.

-¿Recuerda a la pequeña Nell, Pocket?

El rostro del sirviente se abrió en una sonrisa.

-Ah, sí, señor. En aquella época todos seguían los folletines, ¿no? Y me atrevería a decir que cuando murió Nell apenas quedó un ojo seco en todo el país.

-Dickens, nunca he oído hablar de él -admití-. ¿Qué le pasó?

-Alrededor de 1850 empezó un nuevo folletín -recordó Holden-. David Copperfield. Otro trabajo largo y sentimental. Fue un fracaso completo, al estar completamente alejado de los sentimientos de la época. ¡Ned, fue en ese mismo año de 1850 cuando se abrió la primera línea de tren ligero entre Liverpool y Manchester! A la gente le emocionaba el futuro, el cambio, la empresa, las posibilidades. No querían leer esas cosas deprimentes sobre los problemas de los holgazanes.

-Por eso -le dijo Bourne-, Dickens abandonó Gran Bretaña para siempre. Vivió y trabajó en América, donde su conciencia social era muy apreciada; hizo campaña a favor de varias reformas hasta el momento de su muerte.

-¿Qué quiere decir? -exigí fríamente.

-Que el corazón británico está marcado por una contradicción interna, la misma contradicción que expulsó a un buen hombre como Dickens de su cuerpo político, dejándoles más fríos y pobres. La contradicción que le permite a Traveller creer que su anarquismo puede construirse de forma válida sobre un montón de pobres trabajadores y sin voto. Una contradicción que, al final, les destruirá... y una contradicción que ahora les lleva a inmiscuirse en los asuntos de otras naciones. ¿No temen que el nacionalismo estalle en Francia y el resto de Europa, alterando para siempre el Equilibrio de Poder, y no les asustan todavía sus madres cuando son niños con historias de cómo «Boney» se los llevará si no se portan bien?

Me reí -porque mi propia madre había hecho eso exactamente- pero Bourne, excitado, siguió con voz más dura.

-Ned, hay una nueva raza de ingleses llamados los Hijos de la Gascuña. ¿Está familiarizado con sus teorías?

-He oído hablar de ellos -admití con frialdad.

-En cierta forma, los Hijos son la síntesis de su carácter nacional; porque, al ser constantemente conscientes del pasado, viven constantemente temerosos de él, y planean constantemente vengarse. Después de la conquista normanda se construyó por Gales e Inglaterra una serie de fuertes, cada uno a unas veinte o treinta millas de distancia, con el propósito de someter a los ingleses conquistados. Esos fuertes han sido ahora absorbidos en sus grandes castillos: Windsor, la Torre de Londres. Y el norte de Inglaterra fue arrasado.

Fruncí el ceño.

-Pero eso sucedió hace ocho siglos. ¿A quién le importan esas cosas ahora?

Bourne rió.

-Para los Hijos es como si fuese ayer. Las mareas posteriores de la historia, con sus desechos de viejas victorias y derrotas, sólo acrecientan sus temores. Anidan en la Gascuña, que fue dominio inglés desde la conquista hasta el siglo XVI, cuando María Tudor perdió el fragmento final, Calais.

»Vicars, los Hijos planean una solución final al viejo «problema" de los franceses. De nuevo los barcos cruzarán el Canal; de nuevo habrá una conquista... y de nuevo, cada pocas millas, se construirán fuertes terribles. Pero esta vez los cañones propulsados por antihielo se alzarán sobre sus torretas; y esta vez serán las regiones de Francia las sometidas.

-Pero eso es monstruoso -dije anonadado.

-Pregúntele a Holden -respondió Bourne-. Bien, ¿señor? ¿Niega la existencia de ese movimiento? ¿Y niega su simpatía para con sus fines?

Holden abrió la boca para contestar, pero no tuvo oportunidad. Un terrible grito vino desde la escotilla abierta sobre nuestras cabezas.

Nos miramos horrorizados; porque había sido Traveller, nuestro único piloto mientras nos dirigíamos hacia la Luna, ¡y había sonado muy alterado!

Atado indefenso al asiento, miré hacia la escotilla abierta que llevaba al Puente. Un chorro de luz lunar penetraba por ella e iluminaba el aire lleno de humo de la cabina. Me sentí extrañamente resentido por el curso de los acontecimientos;

si sólo, pensé, se me hubiese permitido quedarme sentado en aquella cómoda cabina discutiendo de política hasta que todo hubiese acabado... de una forma u otra.

Pero, me parecía, ya no podía seguir escondiéndome de lo que sucedía.

Miré a Holden.

-¿Qué crees que deberíamos hacer, George?

Holden se mordía las uñas.

-No tengo ni idea.

-Debe haber alguna dificultad allá arriba. ¿Por qué si no iba a gritar de esa forma?... pero en ese caso, ¿no pediría ayuda?

Pocket dijo:

-Eso no sería propio de sir Josiah, señor. No suele admitir sus debilidades.

Holden bufó.

-Bien, en una situación como ésta ésa es una actitud muy irresponsable.

-A menos -dije-, que no esté en condiciones de pedir ayuda. Quizás esté inconsciente... ¡o incluso muerto! En ese caso, la *Faetón* no tiene piloto...

Sólo Bourne, hundido en sí mismo, parecía impasible ante esa espeluznante posibilidad.

-Vamos, Ned, no debes dejarte llevar -dijo Holden con la voz llena de tensión.

-Creo que uno de nosotros debería subir allá arriba -dije.

Pocket dijo:

-No lo aconsejaría, señor. A sir Josiah no le gustaría...

-Maldita sean sus gustos y disgustos. ¡Hablo de salvar nuestras vidas!

-Ned, piénsalo -dijo Holden nervioso-. ¿Qué pasaría si Traveller activa los motores mientras estás entre cubiertas? Podrías verte arrojado contra un mamparo, quedar herido o muerto. No, creo que deberíamos sentarnos y esperar.

Negué con la cabeza. Si Holden había perdido el valor... bien, tenía mis simpatías y no iba a comentar el hecho. En su lugar, solté mis agarres y salí de la silla. Dije:

-Caballeros, me propongo subir. Si todo va bien con Traveller, entonces lo peor que sucederá es que seré objeto de algunos insultos. Y si ha sucedido algo malo... bien, quizá pueda ayudar.

»Creo que ustedes deberían permanecer sujetos a los asientos.

Y con esas palabras, y sintiendo sus ojos indefensos en mi espalda, me lancé al aire y pasé por la escotilla del puente.

La Luna colgaba sobre la *Faetón* como el fondo magullado del cielo. La rotación de la nave se había reducido, y el Sol estaba como a nuestra izquierda, por lo que las sombras de los rasgos lunares eran largas y claras, como manchones de tinta sobre una reluciente superficie blanca. Los picos cortados y los bordes de los cráteres iban de derecha a izquierda más allá de las ventanas del Puente, lo que demostraba que ya habíamos viajado por la curva del mundo, hacia el lado nocturno.

Miré fascinado. Sabia que ningún hombre, incluso armado con los telescopios más potentes de la Tierra, había visto antes el mundo hermano con detalles tan deslumbrantes.

Observé con interés cómo los grandes cráteres, que parecían desde ese ángulo más campamentos circulares que grandes paredes, parecían contener un pico central, mientras que los cráteres más pequeños tenían un interior más suave; y vi cómo había cráteres sobre cráteres, como si la Luna hubiese sido bombardeada por una salva de meteoritos u otros objetos no una vez, en algún remoto pasado del Sistema Solar, sino en varias ocasiones, una y otra vez. Y la nitidez de los cráteres más pequeños demostraba que eran más recientes, lo que implicaba que el bombardeo continuaba incluso en el presente.

En ese momento apareció ante mí un nuevo rasgo, una cordillera montañosa similar a la pared de un cráter... excepto que, en aquel mundo de círculos, aquella pared era virtualmente recta, yendo de lo alto al fondo de la ventana. El área más allá de la pared aparecía extrañamente libre de cráteres, aunque el suelo estaba muy roto. Me empujé desde la cubierta y floté hasta el morro del domo. Mientras miraba por la superficie de la Luna y más allá en el lado oculto, no podía ver los límites de esa extraña región sin cráteres. La pared delimitadora retrocedió detrás de la nave, y me sorprendió ver que después de todo no era recta: se doblaba hacia dentro alrededor de la región destrozada en una gran curva, y comprendí de pronto que volábamos sobre el interior de un inmenso cráter, tan inmenso, ¡que la curvatura de sus paredes casi rivalizaba con la curvatura del mismo satélite!

Ahora sabía que debíamos haber llegado al lado de la Luna oculto desde la Tierra, porque aquel cráter monstruoso debía cubrir la mayor parte del hemisferio, ensombreciendo con diferencia los grandes valles amurallados del lado terrestre como Copérnico o Tolomeo.

Pronto la pared del gigantesco cráter quedó atrás, más allá de la curva del planeta, pero todavía no se veía el otro lado, y miré maravillado a cientos de millas cuadradas de desolación... desolación, incluso para estándares lunares.

Detrás de mí oí un gemido grave.

Me volví en el aire, recordando súbitamente mi misión. El pobre Traveller estaba atado en su trono-sillón con el rostro hundido en las grandes manos; la chistera flotaba en el aire a su lado, y el pelo blanco orbitaba su cráneo. Tenía un libro de notas atado, abierto, al muslo derecho; en él, sabía, había estado anotando durante los últimos días los minuciosos detalles -las maniobras, los disparos de cohetes- que nos llevarían seguros a la superficie.

Realicé un grácil salto mortal, di una patada a las ventanas y acabé al lado de Traveller. Le agarré un brazo y lo agité con urgencia.

-Sir Josiah, ¿qué le pasa?

Levantó la cara de las manos. Su expresión era una mezcla de rabia y desesperación, y sus ojos eran puntos azules bajo la luz de la Luna.

-Ned, estamos acabados. ¡Acabados! ¡Haber llegado tan lejos, haber soportado tanto, sólo para ser traicionados por la estupidez de ese pomposo idiota danés!

-¿... a qué danés se refiere? -pregunté cauteloso.

-A Hansen, por supuesto, y su absurda teoría de la forma lunar de huevo. ¡Mírela! -Amenazó con un puño al paisaje lunar que se alzaba sobre nosotros-. ¡Está tan claro como el día que la Luna es una esfera perfecta, que su masa debe estar perfectamente distribuida, que la parte trasera del maldito mundo debe estar tan carente de aire como la cara!

Contemplé la desolación lunar. Había resplandores y destellos en la sombra de los fragmentos de la tierra rota, lo que mostraba la posibilidad de granito, quizás, o cuarzo. La súbita pérdida de vigor de Traveller, decidí, venía no de la desesperación o el miedo, sino de la sensación de traición: ¡de la Luna misma, del Creador por haber tenido la temeridad de concebir un mundo tan poco ajustado a los propósitos de Traveller, e incluso de ese pobre tipo, Hansen, quien, de los tres, era seguramente el menos culpable!

Traveller se recostó en el asiento y miró a la Luna, murmurando.

Yo estaba perplejo. Incluso si el aterrizaje lunar era un ejercicio fútil, reflexioné, no teníamos otra elección sino continuar; y sólo Traveller podía hacer que el viaje concluyese con éxito.

Pero estaba claro que Traveller se había encerrado en sí mismo, y que en ese momento era completamente incapaz de pilotar la nave.

Tenía que hacer algo, o moriríamos después de todo.

Con algo de vacilación, alargué la mano y le toqué el brazo.

-Sir Josiah, no hace mucho me acusó de carecer de imaginación. Ahora me veo en la obligación de identificar la misma falta en usted. ¿No fue usted el que me explicó que, fuese el resultado el éxito o el fracaso, íbamos a disfrutar de una gran experiencia?

Su rostro estaba profundamente marcado por las sombras lunares, y por primera vez desde que le había conocido aparentaba su verdadera edad. Dijo tranquilamente:

-Me había refugiado en la loca teoría de Hansen, Ned. Habiendo perdido la esperanza de encontrar agua, encuentro poca diversión en la idea de una muerte segura.

Sonaba viejo, frágil, asustado y sorprendentemente vulnerable; me sentía privilegiado por ver más allá de la máscara de engaño al hombre de verdad. ¡Pero en aquel momento necesitaba al viejo Traveller, al alocado, al repleto de confianza, al arrogante!

Señalé por encima de mi cabeza.

-Entonces, señor, ¡seguro que al menos no ha perdido el sentido de la maravilla! Mire al suelo del cráter sobre nuestras cabezas. Hemos descubierto el rasgo más impresionante de la Luna, un monumento adecuado a nuestro logro, y, si nuestra historia llega a las generaciones futuras, ¡seguro que le pondrán el nombre del gran Josiah Traveller!

Pareció ligeramente interesado ante esa idea, y levantó el pico de platino hacia el paisaje plateado.

-Cráter Traveller. Quizá. Sin duda se usará alguna versión bastarda en latín.

-Y -dije- piense en el impacto que debe haber causado una cicatriz tan monstruosa. Debe haber estado cerca de partir la maldita Luna en dos.

Se acarició la barbilla y examinó el enorme cráter con ojos valorativos.

-Y, sin embargo, apenas es posible imaginar un impacto meteórico de tal magnitud... No, Ned; sospecho que la explicación para tan vasto cráter es aún más exótica.

-¿Qué quiere decir?

-¡Antihielo! Ned, si ese sorprendente compuesto ha sido descubierto sobre la superficie de la Tierra, ¿qué impide que esté disponible en otros planetas y satélites?

»Imagino un cuerpo cometario entrando en el Sistema Solar, quizá desde las estrellas, compuesto en su gran parte o completamente de antihielo. Al tocarle el calor del Sol imagino pequeños paquetes de hielo explotando, y el desdichado cuerpo empujado de un lado a otro.

»Pero al final, abrasador y brillante, cae cerca de la Tierra... sólo para encontrarse en su camino la forma inerte de la paciente acompañante de la Tierra.

»La detonación es asombrosa; como ha dicho, casi suficiente para partir la Luna en dos. Las paredes de los cráteres ruedan por la superficie torturada como las olas por el mar. Y uno debe imaginar millones de toneladas de roca lunar pulverizada y polvo lanzados al espacio... con fragmentos del antihielo original incrustado en ellos. Y así, quizás, algunos fragmentos incluso llegaron a la superficie de la Tierra.

Miré al paisaje desolado, y temblé al imaginarlo superpuesto sobre el mapa de Europa.

-Entonces debemos agradecerle a la Luna que el cometa nunca llegase a la Tierra, sir Josiah.

-Cierto.

-¿Y cree usted que el pobre profesor Hansen podía haber tenido razón después de todo? ¿Podía haber habido una región de la Luna cubierta de aire, quizás habitada, pero ahora destruida por la explosión de antihielo?

Negó con la cabeza, algo melancólico.

-No, muchacho; me temo que el buen danés estaba completamente equivocado; porque la geometría de la Luna no apoya la teoría de la forma de huevo. Las posibilidades de encontrar el agua que necesitamos para salvar nuestras vidas siguen siendo insignificantes.

Desesperado me volví para encararme con el paisaje oscuro sobre el que volábamos invertidos. Así que mis habilidades diplomáticas habían conseguido sacar a Traveller de su miedo... pero no hasta el punto en que moviese un dedo para salvar nuestras vidas.

... Y entonces noté una vez más, titilando como un centenar de estrellas de Belén, brillantes chispas cristalinas entre las revueltas montañas lunares. Grité y señalé.

-¡Traveller! Antes de que se hunda por completo en la desesperación, mire por encima de usted. ¿Qué ve, brillando bajo los últimos rayos del Sol?

Volvió a acariciarse la barbilla, pero lo estudió de cerca.

-Podría no ser nada, muchacho -dijo amablemente-. Cuarzo o feldesp...

-¡Pero podría ser agua, depósitos congelados brillando bajo la luz del sol!

Se volvió hacia mí casi amable, y sentí que estaba a punto de lanzarse a una larga explicación sobre la fuente de mi último error... pero entonces, como el sol que reaparece tras unas nubes, su rostro se iluminó con la decisión.

-Por Dios, Ned, podría tener razón. ¿Quién sabe? Y seguro que nunca lo descubriremos si nos permitimos caer indefensos sobre esa superficie. ¡Ya basta! Tenemos un mundo que conquistar. -Y agarró la chistera en el aire y se la puso en el cráneo.

Yo estaba repleto de alegría. Dije:

-¿Volverá a los planes que había trazado en el libro de notas ?

Miró al librito todavía atado a la rodilla.

-¿Qué? ¿Esto? Me temo que estamos demasiado desviados de lo previsto. -Se arrancó el líbro de la rodilla y lo arrojó, girando, a las sombras del Puente-. Es demasiado tarde para cálculos. Ahora debemos pilotar la *Faetón* como se suponía que había que pilotarla: con nuestras manos, nuestras mentes y nuestros ojos. ¡Agárrese, Ned!

Y al tirar de las palancas; los cohetes de antihielo rugieron, y yo salí volando por la cubierta.

Los minutos siguientes fueron una pesadilla confusa. Traveller hizo que los motores siguiesen rugiendo, y el suelo del Puente -una serie desigual de placa remachadas- se apretaba contra mi cara y pecho. No podía hacer otra cosa sino agarrarme a lo que pudiese -como los pilares de hierro que soportaban el asiento de Traveller- y reflexioné que era muy propio de Traveller el ignorar la seguridad de aquellos que intentaba salvar. Unos segundos de retraso para permitirme llegar a mi asiento en la cabina no hubiesen tenido ningún efecto positivo o negativo.

Después de algunos minutos, la luz lunar pareció cambiar. La sombra de mi cabeza cambió y se extendió por el suelo; y al final quedé sumido en una oscuridad sólo rota por el

débil brillo de los filamentos Ruhmkorff de Traveller. Supuse que la nave había girado, de forma que el morro apuntaba lejos de la Luna.

Entonces, ¡bendito alivio!, el impulso de los motores se redujo. Aunque los motores seguían actuando con menos fuerza, era como si me hubiesen levantado un gran peso de los hombros. Cuidadosamente aparté la cara del suelo, me puse a cuatro patas, ¡y me sorprendí al ver que estaba de pie!

-¡Sir Josiah! Ya no flotamos.

Estaba tendido en el asiento, jugando ligeramente con las palancas de control.

-Oh, hola, Ned; me había olvidado de que estaba ahí. No, ya no estamos en caída libre. Decidí que lo mejor era la audacia. Así que me lancé directamente contra la superficie lunar, de la que en cualquier caso no estábamos a más de unas pocas millas...

-Me quedé aplastado contra las paredes.

Me miró sorprendido.

-¿Sí? Pero el impulso sólo era un poco mayor que el de la gravedad terrestre. -Su rostro parecía severo-. Deben haberle debilitado las condiciones de ingravidez -dijo-. Le advertí que debía mantener el régimen de ejercicios, como he hecho yo; es un milagro que sus huesos, ya tan frágiles, no se convirtiesen en polvo.

Compuse una respuesta que hubiese señalado la causa del abandono de la rutina -es decir, los muchos días que había pasado como un inválido después de mi caminata supuestamente heroica por el espacio- pero me abstuve.

-Y luego le dio vuelta a la nave-dije.

-Sí; ahora caemos de cola hacia la Luna. -confirmó con alegría- El tirón que siente es más o menos la aceleración gravitatoria que deberíamos experimentar en la superficie de la Luna, que se calcula es un sexto que la de la Tierra. He reducido la velocidad a un nivel aceptablemente bajo, y ahora disparo los cohetes para mantener la velocidad constante -me miró con ojos curiosos-. Asumo que entiende la dinámica de nuestra situación. Que la igualdad entre el impulso de los cohetes y la gravedad lunar no es una coincidencia.

-Quizá deberíamos repasar la teoría más tarde -dije con sequedad. Me levanté sobre los dedos de los pies y salté sobre el suelo; en mi estado debilitado, incluso esa gravedad fraccionaria era importante, pero podía saltar en el aire con facilidad.

-¿Entonces así es como nos sentiríamos si pudiésemos caminar por la Luna?

-Exacto. -Giró el cuello y miró por el periscopio-. Ahora debo buscar un punto de aterrizaje. Aterrizaremos en medio de las montañas lunares, durante la puesta de sol.

Colgado del asiento me volví para mirar por las ventanas. El cielo, lejos del Sol, era completamente negro; y al descender hacia la cara oculta de la Luna la misma Tierra se escondía. A nuestro alrededor, siniestros dedos de roca venían hacia nosotros, y las sombras se extendían como sangre derramada.

Pregunté:

-¿Por qué no aterrizar en un área iluminada? Esas sombras deben hacer que sea virtualmente imposible buscar un lugar seguro para aterrizar.

Con algo de impaciencia, Traveller contestó:

-¡Pero la *Faetón* no se diseñó para largas estancias sobre la superficie de la Luna, Ned! Recuerde que mientras está en el espacio la nave debe girar continuamente para evitar que un lado u otro se sobrecaliente por los rayos del Sol. Aquí, girar de esa forma no será posible, pero los rayos solares serán tan intensos como entre los mundos. Espero que nuestra estancia aquí, si el Señor nos permite sobrevivir al aterrizaje, no ocupará más allá de unas pocas horas; pero incluso ese tiempo bajo el inmisericorde brillo del Sol haría que ésta frágil nave ardiese. Y en la noche lunar nos congelaríamos. No; nuestra mejor esperanza es que pueda situarnos con una fracción de nuestra superficie a la sombra, y el resto bajo la luz del Sol, para conseguir un cierto equilibrio entre el fuego y el hielo.

Nos hundimos en el paisaje lunar. Las altas montañas se elevaban a nuestro alrededor, y penachos de polvo salían de debajo, agitados por la proximidad de las toberas de los cohetes.

Empecé a creer que iba a salir con vida de esto.

El sonido de los cohetes, que había sido un continuo rugido profundo, tosió incierto y murió. Me volví lleno de esperanzas. ¿Habíamos bajado? Luego me miré a los pies, porque, para mi horror, se apartaban del suelo.

-¡Traveller! -grité-. ¡Vuelvo a flotar!

-Se ha acabado el combustible, Ned -dijo con calma-. Estamos en caída libre hacia la superficie lunar. He hecho lo que he podido; ahora sólo podemos rezar.

El paisaje lunar se inclinaba para venir a nuestro encuentro.

Me pasaron mil preguntas por la cabeza. ¿A qué distancia estábamos de la superficie cuando fallaron los cohetes? ¿Y en qué medida ganaríamos velocidad cayendo en la débil gravedad de la Luna? ¿Qué magnitud de impacto podría soportar la *Faetón* antes de abrirse como un huevo y arrojarnos a todos, calientes y suaves e indefensos, sobre las crueles rocas lunares?

Hubo el sonido del roce del metal contra la roca.

Caí una vez más al suelo. Oí cristales rotos, tela y cuero que se desgarraban. El suelo se agitaba como una locura, y me desplacé largo trecho deteniéndome finalmente contra un banco de instrumentos. Luego el suelo recuperó su posición. Apreté la cara contra el suelo remachado, esperando el momento en el que el casco se abriese y el aire saliese por última vez de mis pulmones...

Pero el sonido del impacto se fue reduciendo; la nave se acomodó un poco más en el lecho rocoso que se hubiese tallado para sí misma.

Un gran silencio cayó sobre la nave. Pero no había aire escapándose, metal rasgándose; todavía estaba vivo, y respiraba con tanta comodidad como siempre.

Me puse lentamente en pie, consciente de la débil gravedad lunar. Traveller estaba de pie sobre el asiento, con las correas abandonadas a los pies; con las manos en las caderas y la chistera colocada con garbo en su sitio, miraba a sus nuevos dominios.

Trepé a su lado, con poco esfuerzo; vi que el abrigo se le había roto por la espalda, y que la sangre le corría hasta la mejilla arrugada desde un corte en las sienes.

A nuestro alrededor había una ciudad de piedra. Las sombras huían de un Sol apenas oculto tras los picos más distantes. Era un lugar sin aire, desolado, completamente peligroso para la vida humana... y, sin embargo, conquistado.

-Buen Dios, Traveller, nos ha traído a la Luna. Podría felicitarle por sus habilidades como piloto, su genio como ingeniero... pero con seguridad es su valor absoluto, su visión audaz, lo que brilla sobre todo lo demás.

Gruñó desdeñoso.

-Los discursos bonitos son para los funerales, Ned. Usted y yo todavía estamos muy vivos, y tenemos trabajo que hacer. -Señaló al Sol-. Otras seis u ocho horas, diría yo, y ese Sol quedará oculto tras las montañas, para no reaparecer hasta dentro de dos semanas, y nosotros nos congelaremos lentamente con toda seguridad. Necesitamos agua, Ned; ¡y cuanto antes salgamos ahí y la traigamos, antes podrá Pocket prepararnos un saludable té y podremos dirigirnos a la Madre Tierra!

A pesar de la debilidad de la gravedad me sentía como si debiese caerme, tan débiles se me pusieron las articulaciones. Porque una vez más Traveller se había adelantado de una forma que se me escapaba. Porque aunque hubiese cubos de agua justo tras aquellas rocas, uno de nosotros tendría que abandonar la nave y recogerla. ¡Y sabía que sólo podía ser yo!

10

UN INGLÉS EN LA LUNA

Traveller desplegó una escalerilla de cuerda y nos unimos con el resto en la Cabina de Fumar. Allí encontramos una atmósfera de euforia, ayudada por la evidente inclinación del suelo, lo que añadía un aire de encantamiento a la situación. Traveller y su sirviente se pusieron a abrir el acceso al compartimento inferior de la nave. El sombrío Bourne miraba el paisaje lunar por la ventana. Holden saltaba por la cabina; con gritos de placer se elevó cinco o seis pies en el aire antes de volver al suelo, con tanta suavidad como una rotunda hoja de otoño. No podía sino sonreír al ver el brillo carmesí de su cara.

-Te digo, Ned, que estas condiciones lunares son maravillosas; es igual que volver a ser un niño -dijo.

Holden estaba a favor de abrir el brandy y celebrar la conquista exitosa de la Luna, pero Traveller se negó.

-No es hora de frivolidades -recriminó al periodista-. Esto no es un picnic; tenemos pocas horas para luchar por nuestra supervivencia. -Me miró con algo parecido a la preocupación... aunque podría estar mirando a una pieza frágil pero vital de maquinaria-. Ned, su comodidad es ahora lo más importante. ¿Quiere algo de té, o una comida ligera, para fortalecerse antes de la aventura? Y le recomendaría que purgase su organismo antes de aventurarse fuera de la nave. ¡Pocket!

Y así fue como yo, rodeado de mis acompañantes y sentado en un asiento cómodo, mordí unos sándwiches de pepino y tomate y sorbí una mezcla de los mejores tés de la India; ¡mientras a mi alrededor la desolación de la Luna, fría y sin vida, se perdía en el horizonte!

Aunque lo intenté, me fue imposible purgar mis intestinos como Traveller me había recomendado.

Luego, demasiado pronto, volvía a meterme una vez más en los olorosos límites del traje de cuero de Traveller. Pocket había reparado la manguera que traía aire al traje, y que yo había cortado durante la peligrosa entrada en el Puente. Traveller y los demás reunieron elementos de equipo. Me dieron un trozo de cuerda para que me lo atase a la cintura, una pequeña linterna eléctrica improvisada a partir de uno de los instrumentos menores del Puente, y un pica hielos fabricado con una de las piezas de repuesto de Traveller. Traveller fabricó una bolsa con el hule que había recubierto el suelo. Aquella bolsa, grande, de como cuatro pies de ancho, tenía doble pared, y entre las capas sir Josiah insertó un relleno de acolchado. Se suponía que yo iba a usar aquella mochila para transportar hielo por la superficie lunar, y, me dijo sir Josiah, el propósito del relleno era darle a la preciosa sustancia algo de protección frente a los rayos del Sol.

Me puse el hacha y la lámpara a la cintura, para dejar las manos libres para bajar por la superficie, y me colgué la bolsa a la espalda con dos correas, como si fuese una mochila.

Holden empezó a defender que la importancia del momento -los primeros pasos del hombre sobre la superficie de otro mundo- era tal que yo debería dedicar algunos minutos para realizar alguna ceremonia.

-Ni hablar -respondió Traveller-. No tenemos tiempo para esas tonterías. Ned va a salvarnos la vida, en condiciones muy peligrosas; no a hacer el pino y ejecutar trucos para el Rey.

Holden se mosqueó.

-Sir Josiah, a pesar de la desafortunada naturaleza de nuestro viaje, hemos tenido éxito en aterrizar donde no lo ha hecho antes ningún explorador. Y, por tanto, tenemos la obligación de reclamar este continente lunar en nombre del Imperio. Le recuerdo que el joven Ned es un representante del gobierno de Su Majestad. Quizás el elevar la bandera británica sobre el polvo lunar...

Bourne lanzó una risa breve.

-Qué británico sería eso. Qué obsceno mancillar un lugar así con su fea bandera.

Holden se puso firme, lanzando la barriga frente a él.

-La objeción del franchute, sir Josiah, es prueba de que tal acción sería adecuada.

Traveller había estado ocupado con los cierres del traje. Se enderezó y descansó las manos en las caderas, dejando que Pocket y yo nos las arreglásemos solos.

-Holden, nunca he prestado atención a necedades estúpidas. Tengo dos objeciones. Primero, gracias a la falta de aire de la superficie lunar, no habría viento para soportar la bandera. Colgaría para toda la eternidad, flácida y desvalida; ¿es ése un símbolo adecuado del Imperio? Por supuesto, podríamos abrirla con alguna muleta... una barra de metal, quizá... -rió-. ¿Quién sino el asno más pomposo podría considerar tal cosa? Y en cualquier caso, mi segunda objeción es algo más concluyente: no llevo banderas de ningún tipo en esta nave; ni la británica, ni la tricolor, ni la bandera de ninguna nación. Así que a menos que sea usted una hábil costurera, señor Holden, creo que sus ambiciones no se cumplirán.

-Y -dijo Bourne- así se conservará la dignidad.

Pero Holden no estaba dispuesto a aceptar ese punto de vista; y pronto se produjo un debate a tres bandas entre Holden, Bourne y Traveller. Mientras tanto, yo había terminado de vestirme y permanecía de pie esperando junto con Pocket, con el casco bajo el brazo, aguardando a que comenzase mi aventura.

Después de algunos minutos perdí la paciencia. Levanté el casco con ambas manos y con gesto dramático lo estrellé contra la caja de vidrio que contenía el modelo del *Gran Oriental* de Traveller. El debate se detuvo inmediatamente, y Pocket se puso a trabajar con pala y cepillo para recoger los fragmentos de vidrio. Metí las manos cubiertas entre los restos y recogí el modelo del barco; tenía quizás unos tres pies de largo, y lo manejé con cuidado, intentando no dañar el delicado trabajo.

-Sir Josiah, perdone mi acto impulsivo y destructivo. Caballeros, como soy yo quien debe aventurarse más allá de estas paredes, seré yo quien decida sobre el gesto ceremonial a realizar.

»Me llevaré este modelo de la gran nave de Brunel y lo situaré en algún lugar apropiado. No llevará más que unos momentos, y cumplirá todos nuestros propósitos. Holden, el *Gran Oriental* es uno de los grandes logros de ingeniería del Imperio, y, por tanto, simboliza la gran civilización que ha alcanzado esta cumbre. Sir Josiah, sin duda estará de acuerdo en honrar en esta meseta distante al gran ingeniero que inspiró y dio forma a la mayoría de su trabajo. Y Bourne; espero que se una a mí considerando este modelo con símbolo del infinito ingenio y empuje humanos que nos han traído hasta esta tierra asombrosa.

»Y si nuestra aventura falla -seguí, algo sorprendido ante mi propia elocuencia-, dejemos que alguna futura generación de seres humanos descubra este artefacto y se pregunte sobre aquellos que lo trajeron aquí.

Hubo un momento de silencio. Luego Holden dijo:

-Bien hecho, Ned. Nos has colocado en nuestro sitio.

-¿Estamos listos para seguir?

Traveller señaló al armario de aire con un gesto florido.

-Todo listo, Ned.

Asentí.

-Pero ante me gustaría pedir algo...

Una vez más me atornillaron el casco a la cabeza, encerrándome en un universo en miniatura dominado por el olor a cobre, el sabor rancio del aire bombeado, y el sonido de mi propia respiración entrecortada. Me metí en el armario en forma de ataúd. Después de unos apretones finales de manos de mis compañeros -mis grandes guantes rodeaban por completo las pequeñas manos de ellos-, se cerró la pesada compuerta, expulsándome del cómodo calor de la cabina.

Vacilé durante unos momentos, aferrando el modelo del *Gran Oriental* contra la camisa de cuero; luego, reuniendo coraje, agarré la rueda de la escotilla debajo de mí y la giré con decisión.

Después de tres o cuatro vueltas se rompió el aislamiento y oí el susurro final de la atmósfera al salir al ambiente lunar de vacío. Se me pusieron rígidas las articulaciones al expandirse el traje hasta el límite de su flexibilidad.

Luego, por fin, se abrió la escotilla, y me encontré mirando a una yarda cuadrada de suelo lunar.

Aquella tierra, a unos diez pies por debajo de mí, parecía razonablemente plana pero, sin embargo, estaba llena de guijarros afilados que producían largas sombras a la luz del Sol; y las sombras eran tan negras como la tinta. Las crueles puntas, y la quietud por la falta de aire, me destacaban intensamente lo ultraterreno de la situación, y pasé algunos minutos con la sangre martilleándome en los oídos sólo por ver aquel trozo de tierra.

Finalmente encontré fuerzas para seguir. Tomé una escalerilla de cuerda del armario y la desenrollé. Luego dejé colgar las piernas por la escotilla y empecé a bajar, deteniéndome después de algunos escalones para coger el *Gran Oriental*. Cuando saqué la cabeza del armario tenía el casco lleno de una mareante luz solar que me producía escozor en los ojos; después me preocupé de apartar los ojos del Sol desnudo, que estaba peligrosamente cerca del horizonte.

Me detuve en el último travesaño antes de llegar al suelo, con el pie colgado sobre la tierra lunar. Una sensación de orgullo y de importancia me invadió. ¡Que fuese a mí a quien se le había concedido ser el primero en caminar sobre la superficie de otro mundo! Reflexioné sobre la extraña cadena de accidentes que me había llevado hasta ese punto, y me pregunté brevemente cómo hubiesen sido las cosas sin el mayor accidente de todos, que es el antihielo. ¿Hubiesen llegado igualmente los hombres a la Luna? Seguro que se hubiese encontrado una forma, basada en cohetes de algún tipo todavía por imaginar; aunque hubiese llevado muchos más años -quizás incluso hasta el cambio de siglo- antes de que un viaje llegase tan lejos con éxito. Aun así, como en todas las cosas industriales y tecnológicas, Gran Bretaña hubiese sido líder en esa aventura paralela, y algún otro británico -quizá mejor preparado que yo- hubiese estado al pie de otra escalera.

Me consentí un momento de orgullo y deseé que la hermosa Françoise pudiese levantar los ojos desde los turbulentos campos de Francia y mirase a través del espacio para verme en aquel momento de gloria celestial. Pero ese engreimiento no sobrevivió a unos momentos de reflexión sobre la importancia histórica de la situación. Poner el pie en otro mundo era con seguridad el acontecimiento más importante del desarrollo humano desde el Arca... o, si creemos a sir Charles Darwin, desde que nuestros antepasados simiescos renunciaron a tirarse plátanos los unos a los otros y bajaron de los árboles para caminar erectos sobre la superficie. Por tanto, mientras apretaba el calzado de cuero sobre el suelo firme y de grava, recité esta oración que no fue oída por ningún otro ser humano.

-Señor, con este paso, como Noé, camino sobre un nuevo continente que entrego a tu gracia; y al tomarlo llevo conmigo todas las esperanzas de la humanidad.

Permanecí de pie sin apoyos sobre la superficie lunar, conectado a la *Faetón* sólo por la tubería de aire. A través del calzado podía sentir los pinchazos de los afilados guijarros

lunares; era como caminar sobre una playa joven. Daba cada paso con cuidado, porque tenía mucho miedo de romper el traje o el tubo de aire.

Agarrando el modelo, y con el hacha y la lámpara de Ruhmkorff golpeándome el muslo, bajé una cuesta hacia el silencio lunar durante unos treinta pies -la tubería se extendía en total cuarenta pies- y miré a mi alrededor.

El paisaje era una desolación de rocas destrozadas y rotas; iban desde guijarros a cantos mayores que la nave. Las piedras se extendían hasta el horizonte, que, gracias al pequeño radio de la Luna, parecía sorprendentemente cerca; un fenómeno que me daba la impresión de estar atravesando el punto más alto de una ancha colina.

Las paredes del cráter Traveller eran, por supuesto, invisibles, al encontrarse a miles de millas en todas las direcciones de la brújula.

El suelo lleno de piedras no era plano. Contenía muchas colinas, o montecillos; éstos eran bajos domos circulares de formas sorprendentemente uniformes, aunque variaban mucho en tamaños, con el más pequeño apenas más grande que yo y el mayor elevándose quizá cincuenta pies por encima de la base y extendiéndose sus buenas ocho millas de lado a lado. Debía de haber, pensé, alguna explicación volcánica para aquellas configuraciones. Revigorizado por la ligereza de la gravedad lunar me imaginé brincando por el paisaje, saltando de cumbre en cumbre con la gracia de una cabra. Pero, por supuesto, estaba retenido por mi atadura conductora de aire, y me ponía nervioso el posible peligro a la integridad del traje.

Me volví para estudiar la *Faetón*. Estaba sólo a unas diez yardas de la nave y se alzaba sobre mí; en general había sobrevivido sorprendentemente bien, y el brillo apagado de la piel de aluminio relucía a través de una delgada capa de polvo lunar. El vidrio del domo del Puente, aunque mostraba signos de quemaduras, centelleaba bajo lo que quedaba de luz solar y creaba reflejos por la rota superficie lunar. Vi que Traveller nos había depositado en la cresta de una de las colinas -con el punto alto a unos diez pies del suelo- y aplaudí silenciosamente su habilidad, porque claramente allí estábamos más seguros y teníamos más estabilidad que en uno de los estrechos «valles» que corrían por entre las colinas. Pero la nave no estaba nivelada, porque una de las tres patas de aterrizaje se había posado sobre una de las grandes rocas y se había doblado un poco; la pata todavía soportaba la nave, pero en un ángulo de quizás unos veinte grados sobre la vertical.

Como era su intención, Traveller no había bajado con la parte superior de la nave bajo la luz del Sol. Desde las portillas de la cabina en la parte sombreada de la nave brillaba una acogedora luz de gas sobre las rocas sin vida; y en las ventanas podía distinguir los rostros de Bourne y Holden. Deseé volver a entrar en la comodidad de ese interior, con los aromas de la cocina de Pocket y los cigarros turcos de Traveller; pero también experimenté un ataque de orgullo porque hubiésemos traído aquella habitación llena de ingleses a aquel lugar terrible. Incluso podía ver que Holden todavía llevaba la corbata, ¡cuidadosamente anudada alrededor del cuello!

Al mirar a la nave erguida orgullosamente en aquel lugar hostil, fui consciente de que el casco y la parte superior del traje se estaban poniendo incómodamente calientes. Me recordé que tenía muy poco tiempo para completar la misión antes de que me fuese imposible permanecer sobre la superficie de la Luna. Por tanto, sin más vacilaciones, levanté al *Gran Oriental* por encima de la cabeza con ambas manos -vi que Holden aplaudía ese gesto- y luego hice como que lo colocaba tras una roca, a cubierta del impacto de los motores de la *Faetón*. Me detuve en ese acto, mirando expectante a la nave, y fui recompensado con la visión de Holden levantando la cámara hasta la portilla. Así se cumplió mi última voluntad antes de abandonar la nave; por ese fallo de la modestia me había asegurado que mi paseo lunar fuese grabado para la posteridad.

Mientras mantenía la postura como una estatua torpe, esperando el segundo en que tardaría en exponerse la placa, sentí un ligero temblor bajo el suelo, como un terremoto menor. Pero mantuve la pose, y el temblor pasó.

Con el *Oriental* oculto en su lugar, corrí hacia la sombra de la *Faetón*, respirando profundamente, decidido a continuar con la misión.

Encendí el filamento de Ruhmkorff y lo levanté. La pálida luz eléctrica se extendió por todo el fragmentado paisaje lunar: no podía, por supuesto, competir con la luz directa del Sol, pero reveló la naturaleza de lo que yacía escondido en las sombras de las colinas y las rocas. Busqué el destello que Traveller y yo habíamos visto desde el espacio; Y, quizás, a cinco pies más allá del límite del montículo de la *Faetón*, distinguí un trozo de tierra de unos diez pies de ancho tan plano como un estanque y que devolvía reflejos del filamento.

Me moví todo lo rápido que pude por la suave pendiente de la colina, y, con la manguera casi extendida por completo, me agaché para alcanzar el charco reluciente.

Mi desilusión fue cruel. Los guantes, buscando en la superficie reflectante, la atravesaron y llegaron a tierra desmenuzada; levanté fragmentos de la superficie que había roto y los sostuve frente a mí. No era hielo; más bien, sostenía un fragmento de una sustancia como el vidrio, marrón y menos que opaco, pero reconocible como vidrio. Había oído que un calor extremo, o una gran presión, puede convertir la arena común en vidrio sin la intervención humana, y sin duda aquélla era la explicación del fenómeno. Quizás esa placa de vidrio natural se había formado en el mismo impacto que había creado el cráter Traveller. ¡Estoy seguro de que aquella sustancia hubiese sido un acertijo fascinante para los hombres de ciencia -no menos, sospechaba, porque demostraba la similitud de minerales de la Tierra y la Luna pero me era de poca ayuda! ¿Habían sido los glaciares que Traveller y yo habíamos visto desde la órbita simples quimeras creadas por esos fragmentos de vidrio?

En un momento de furia y desilusión grité y arrojé el trozo de vidrio lejos de mí; recorrió muchas yardas, su giro no fue reducido por la atmósfera, reluciendo a su modo traicionero bajo la luz del Sol que se ponía. Y el suelo tembló una vez más bajo mis pies, como en simpatía; en esta ocasión el temblor fue potente, y las rocas corrieron por el suelo, como granos de arena sobre la piel de un tambor.

Me convertí en un ovillo mientras el paisaje se agitaba; esperé temiendo que alguna roca corriese lo suficientemente cerca para aplastarme, o bloquear la manguera de aire...

Al final el temblor cesó, pero fue seguido casi inmediatamente por los latidos de mi corazón, porque en la depresión dejada por una de las rocas vi el chispazo inconfundible del hielo.

Corrí hacia el trozo brillante, pero la luz del sol lo golpeó y el hielo se convirtió en vapor que escapó entre mis dedos.

Sin embargo, seguí feliz porque ahora mi camino estaba claro. El agua que pudiese quedar en la Luna debía estar en las cavernas más profundas o bajo las rocas... en todo caso lejos de la luz del Sol. Había varias rocas grandes al alcance de la manguera. Corrí hacia una de las mayores -una masa en forma cúbica como de cuatro pies de lado- y pasé algunos momentos pensando en cómo yo, un solo hombre, iba a levantar semejante monstruo. Consideré volver a la *Faetón* con la esperanza de improvisar una palanca; entonces recordé que después de todo estaba en la superficie de la Luna, cuya gravedad de un sexto me había prestado la fuerza de un equipo de navegantes. Así que me agaché y metí los dedos bajo la roca. Empujé, esperando que se levantase como si fuese una caja de cartón vacía; pero aunque se movió, lo hizo con tanta lentitud y con tanta pesadez -y después de muchos esfuerzos capaces de fundir el hielo- que no me quedó duda de su gran masa.

Así aprendí con una demostración práctica la diferencia entre el Peso, que está controlado por la gravedad del planeta, y la inercia, que no lo está.

Pero es fácil imaginar mi desilusión cuando al final la roca viró para no revelar ni el rastro más pequeño de hielo. Allí me quedé, los pulmones luchando con el aire enrarecido que daban las mangueras, mirando incrédulo al suelo.

No quedaba otra cosa sino seguir hasta la siguiente roca y probar de nuevo; y cuando lo hice, para mi gran alegría, fui recompensado con la visión de una capa gruesa de hielo de unos cinco pies de ancho y varias pulgadas de profundidad. Protegiendo la preciosa sustancia con

mi sombra, metí el hielo en la bolsa aislante, usando los guantes como pala, y me alejé con algunas libras de agua lunar.

Perdí el sentido del tiempo mientras trabajaba en la inmutable tarde lunar. Aparté roca tras roca, encontrando depósitos sustanciales de agua quizá bajo la mitad de ellas. Llené una y otra vez la bolsa, y volví varias veces a la *Faetón*, consiguiendo pronto tener bajo la sombra de la nave un montículo de hielo. Cada pocos minutos la tierra temblaba ominosamente; pero aprendí a ignorar esos pequeños movimientos. Cuando la bolsa estuvo más que medio llena, aunque el peso no me afectaba, su inercia, al pegar contra mi espalda, se convirtió en una incomodidad que me distraía.

En ese momento se produjo un temblor importante.

Era como si un gigante hubiese golpeado la superficie de la Luna. Caí al suelo. Tuve la presencia mental suficiente para cubrirme la placa frontal con los guantes; en caso contrario seguro que el vidrio hubiese estallado. Me quedé tendido durante largos segundos, atreviéndome apenas a levantar la vista, esperando caer en cualquier momento en un abismo lunar o quedar aplastado por una roca. ¡Y el selenomoto continuó en completo y mágico silencio!

Cuando sólo los ecos recorrían las rocas que tenia debajo, me puse cuidadosamente en pie. La manguera de aire, la bolsa de hielo, estaban a salvo; pero tenía el casco completamente empañado -tanto que apenas podía ver- y el filamento de Ruhmkorff estaba roto y ya no tenía uso. Lo abandoné para que fuese un detalle intrigante para algún futuro explorador. No estaba seguro de la hora -no había tenido la presencia de ánimo para llevar un reloj fuera del traje- y permanecí a unos pies del borde de la pequeña colina de la *Faetón* y miré alrededor. El paisaje parecía haber cambiado: el aspecto de la línea de colinas y la forma de las sombras que proyectaban no eran como los recordaba. Sin duda, me dije, se trataba simplemente de una ilusión de la puesta de sol; porque incluso en la Tierra, el aspecto de los accidentes naturales parece evolucionar a medida que muere la luz.

Vacilé algunos momentos más, desorientado, intentando sopesar en mi mente el beneficio de algunas libras más de hielo en la bolsa medio llena frente a los peligros desconocidos de aquel lugar extraño... cuando la decisión escapó de mis manos.

Otro temblor cruzó el paisaje. Dejé caer el hacha de hielo y me alejé tambaleándome de la colina de la *Faetón*. Después de unos pasos, llegué al límite de la manguera de aire y la cabeza se me fue hacia atrás. Conservé el equilibrio, manteniéndome con los brazos extendidos, y me volví para encararme con la *Faetón*... para presenciar una visión bastante asombrosa.

Alrededor de la colina se elevaban del suelo cilindros de roca. Había como doce, equidistantes alrededor de la forma de la colina, cada uno de una yarda de diámetro; se elevaban a la vez, varios pies por segundo. El suelo volvió a temblar y luché por mantenerme en pie, preguntándome por la energía necesaria para elevar tales masas con tanta rapidez. Pronto, la colina y la *Faetón* estaban encerradas entre pilares. Al crecer los pilares, se reducía su ritmo de elevación, hasta que se detuvieron a una altura de unos cien pies. Comprendí que sólo era por la gracia de Dios que el crecimiento de aquella flora mineral no hubiese cortado o roto las tuberías de aire.

El suelo se agitó como en respuesta a explosiones lejanas, y me giré para ver el resto del paisaje. Como flores de piedra, los pilares crecían alrededor de todas las colinas que salpicaban el valle roto; algunos de ellos, vi echando hacia atrás el casco empañado, se elevaban hasta alturas que superaban con creces el centenar de pies de los pilares de la *Faetón*: el mayor, quizá como a media milla de distancia, debía haber alcanzado el millar de pies. Los pilares eran tan suaves como si hubiesen sido tallados por el mejor artesano, pero no quedaba oculta su naturaleza mineral. Ese crecimiento explosivo por todo el valle, ejecutado en completo silencio, me recordaba irresistiblemente el crecimiento de la vida; quizá los pilares eran análogos a las plantas que moran en los climas desérticos y que crecen

explosivamente ante la primera gota de lluvia. Pero me pregunté qué tipo de vida podría elevar montañas tan monstruosas y a tal velocidad.

Al fin los últimos pilares llegaron a su altura final; y por toda la planicie ahora trazada de sombras paralelas, la quietud sólo la rompía una suave lluvia de piedrecillas y polvo.

Me quedé quieto unos momentos, la sangre me martilleaba las sienes, preguntándome si sería seguro intentar regresar a la *Faetón*.

Entonces, mientras seguía vacilando, comenzó la segunda fase.

La colina mayor, de unos cincuenta pies de altura, fue la primera. Cantos pequeños y placas de roca estallaron todo alrededor del perímetro de la colina. El montículo se agitó visiblemente y los temblores recorrieron el suelo rocoso hasta mis pies; y tuve la impresión de que se trataba de un enorme animal que intentaba levantarse su prisión en el suelo.

Entonces, conmocionado, comprendí que aquella impresión era completamente correcta; porque toda la colina se elevaba del suelo lunar. Se elevó hacia el cielo en el interior del circulo de pilares. Permanecí anonadado, apenas capaz de creer lo que me decían mis sentidos. La «colina» se separó del suelo, y vi que su forma tenía un equivalente debajo, por lo que el conjunto era una lente simétrica de piedra; pero la parte de abajo de la lente estaba marcada y rota. Trozos de roca como puños saltaban de los bordes definidos de la lente, y rozaban los pilares de apoyo. Al subir, la lente aceleró, alcanzando velocidades que negaban sus miles de toneladas de masa. Pronto se elevaba muy por encima de mí, todavía recorriendo el círculo de mil pies de pilares.

Pero sólo había sido la precursora: pronto, por toda la planicie, los montículos se elevaban para revelar características formas lenticulares, y tuve razones para agradecer la falta de aire en la Luna, porque de haber habido aire para transmitir el sonido, el ruido de aquellos grandes surgimientos me hubiese destrozado inmediatamente los oídos.

Entonces sentí un tirón en la cabeza por la manguera de aire y caí hacia atrás. Giré rápidamente donde yacía y vi cómo la colina que todavía cargaba la *Faetón* se elevaba en los aires como sus primas.

Con la bolsa de hielo a la espalda, luché por ponerme en pie agarrándome con los guantes a las rocas. Estaba donde antes había estado el borde de la colina de la Faetón -ahora era el borde de un cráter bajo- y miré desesperado. El borde de la lente ya estaba a diez pies y aceleraba, llevándose con ella la nave y todas mis esperanzas. En unos segundos, las mangueras de aire llegarían a su extensión máxima. Quizás entonces me elevaría en el aire como una marioneta, con los pies colgando indefensos; o quizá la manguera se cortaría inmediatamente, esparciendo el precioso aire en el vacío lunar...

Me coloqué mejor la bolsa de hielo sobre los hombros, doblé las piernas todo lo que las hinchadas articulaciones del traje me permitieron, y salté de la superficie de la Luna.

La gravedad lunar afectó sólo débilmente al vuelo. Me elevé en lo alto, enrollándose la manguera a mi alrededor. Al llegar a lo más alto de mi trayectoria se redujo la velocidad, y durante un terrible momento pensé que no podría agarrarme al borde; pero finalmente cabeza y brazos pasaron por encima del borde de roca y me agarré con las manos enguantadas, encontrando finalmente apoyo en algunas grietas de la piel de roca de la bestia.

Allí quedé colgado, absorbiendo aire y con la bolsa de hielo pegada a la columna. Al acelerar la lente hacia el cielo la presión sobre manos y hombros aumentó, por lo que me vi obligado a posponer la idea de trepar por la lente; mantener la posición era todo lo que podía hacer.

Giré el cuello, intenté aliviar la agonía de los hombros sobreextendidos; y al hacerlo percibí otro detalle. Porque ahora, los seres lenticulares, habiéndose elevado hasta lo alto de las patas pilares, empezaban a moverse por el valle. Se arrastraron mayestáticos por el suelo alejándose y acercándose los unos a los otros, de una forma que recordaba a los espadachines en un duelo... o a unos insectos depredadores.

Aquel vals lento y silencioso era tan asombroso como ver elevarse y caminar al Castillo de Windsor.

Los miembros pilares no se doblaban ni inclinaban de ninguna forma; parecía que, mientras se mantenían verticales, los pilares se deslizaban uno a uno bajo la superficie de sus pasajeros, las lentes; todo aquel movimiento estaba coordinado de forma muy grácil, lo que permitía que las bestias rocosas se moviesen con bastante libertad.

Todo eso lo vi en imágenes de no más de dos o tres segundos, mientras me elevaba en pos de la *Faetón*.

Al fin sentí cómo se aliviaba la presión en mis brazos, y comprendí que la lente debía estar acercándose a lo alto del conjunto de pilares. Levanté la vista y vi que las terminaciones de los pilares estaban realmente muy cerca... pero, mucho más allá, podía ver la parte de debajo de otra de las bestias lenticulares, mayor y más alta que la de la *Faetón*. Se acercaba a la lente de la *Faetón* de una forma muy amenazadora.

No tenía ni idea de lo que significaba, pero dudaba que fuese una buena señal; y tan pronto como pude me arrastré por el borde de roca, tirando de la bolsa de hielo y la manguera de aire. Había imaginado que la *Faetón* podía haberse caído, o al menos habría volcado y habría quedado destruida; pero, para mi alivio, todavía estaba anclada sobre la colina, e incluso estaba de pie. Por el rabillo del ojo noté que el modelo del *Gran Oriental* había quedado aplastado bajo una roca; sólo unos pocos fragmentos de metal y vidrio indicaban dónde yo mismo había colocado el modelo ni una hora antes.

Me arrastré hacia la nave. Vi cómo Holden y Pocket miraban por has ventanillas en mi dirección... y pude ver la alegría sin reservas con la que recibieron mi reaparición desde la muerte, con bolsa y todo. Holden me hizo un gesto para que me apresurase; ¡pero no necesitaba ánimos!

Traveller me había explicado cómo una escotilla en la parte baja del casco se podía usar para depositar el hielo. Trepé por una de las patas de aterrizaje con una agilidad que me sorprendió, encontré la escotilla, abrí los cierres como me había enseñado Traveller, y pronto estuve vaciando la bolsa de hielo en su interior. Apresuradamente metí puñados de hielo del montículo que había reunido. Tuve que hacerlo todo con las manos cubiertas y cuanto más me apresuraba más hielo tiraba por fuera; durante todo el tiempo era consciente de que si nuestro anfitrión decidía irse de paseo entonces seguro que la *Faetón* y yo caeríamos a nuestra muerte final; y todo el rato, por el rabillo del ojo, podía ver cómo la otra lente monstruosa se elevaba por encima de la *Faetón*, acercándose más y más.

Al fin terminé. Cerré la escotilla, arrojé lejos de mí la bolsa vacía y salté de la pata de la nave, haciéndole señales a Holden. Luché con la escalera de cuerda que llevaba al armario de aire, mirando nervioso a las toberas; tan pronto como Traveller pudiese disparar los cohetes seguro que no vacilaría en hacerlo, estuviese yo a salvo a bordo o no, por lo que sólo tenía unos segundos para ponerme a salvo. Entré por la estrecha escotilla, chocando de pecho, como un pez, contra el armario, tirando a continuación de las piernas; recogí la escalera de cuerda y la tubería de aire y echaba la mano hacia la escotilla...

... cuando los cohetes se dispararon.

Choqué contra el mamparo. Mi cuerpo cayó hacia la escotilla todavía abierta; me sujeté al hierro forjado con manos y pies, y durante un aterrador momento estuve crucificado sobre la escotilla abierta, con la cabeza colgando del tallo del cuello.

Los cohetes levantaron una nube de polvo y guijarros del caparazón de nuestra bestia lenticular.

La nave dio un tumbo súbito a un lado, y tuve que meter los dedos entre placas de los mamparos. Luego el borde de la bestia lenticular mayor, la que se había elevado sobre la *Faetón*, entró en mi campo de visión; y comprendí que Traveller se había visto obligado a lanzarnos al cielo para evitar ese segundo monstruo.

Al elevarnos sobre el caos de la Luna vi que la bestia mayor se había desplazado para cubrir por completo a la nuestra... y luego, con velocidad brutal, cayó por el tubo de pilares. Los pilares de la lente sobre la que habíamos estado se convirtieron en guijarros, y los fragmentos volaron por el paisaje; las dos lentes se convirtieron en mil piezas contra el suelo.

Pero ése no fue el fin, porque las lentes fragmentadas parecieron disolverse en una actividad agitada... percibí zarcillos de piedra que coleaban por entre los restos uniéndolos aparentemente en una nueva forma; y me pregunté si aquélla era una sorprendente forma de apareamiento lunar. Después, el polvo levantado me tapó la visión.

Al elevarnos y ampliarse la visión del paisaje, comprendí que aquella unión extraordinaria era un incidente entre miles, porque todo el valle estaba cubierto, veía ahora, ¡con aproximaciones, acoplamientos y consumaciones similares!

Finalmente me aparté del borde y dejé que se cerrase la escotilla, impidiendo la visión de la Luna, que se alejaba. Me apoyé en el metal traqueteante y absorbí el aire enrarecido.

11

UNA DISCUSIÓN CIENTÍFICA

No recuerdo que los motores se detuviesen; debí flotar en mi ataúd de hierro durante varios minutos. Luego, manos voluntariosas me sacaron suavemente de la caja y me quitaron el casco. Recuperé el sentido todavía con el traje puesto y el anillo de cobre alrededor del cuello, pero con la cabeza libre, y con la dulzura en la nariz del aire comparativamente fresco de la cabina.

El rostro redondo de Holden flotaba frente a mí, con una expresión de genuina preocupación, y le agarré el brazo.

-¡Holden! ¿Hemos sobrevivido? ¿Hemos escapado de la Luna?

-Sí, amigo mío...

-¡Claro que sí! -gritó Traveller detrás de Holden-. ¿Si no hemos salido de la Luna qué hacemos flotando en la cabina? Quizás hemos estado poniendo opio en las pipas, ¿eh? Qué pena que su aventura, muchacho, no le haya ordenado su cerebro... -Sir Josiah tenía los ojos fijos en mí, y, aunque parecía intentar ocultarlo, me sentí halagado al ver placer en sus rasgos severos ante mi recuperación.

Pero Holden se volvió y dijo:

-Por Dios, Traveller, ¿no va a desistir? Por nosotros el muchacho ha pasado por una verdadera pesadilla, y todo lo que puede hacer es...

-Holden. -Le coloqué una mano en el brazo-. No te preocupes; sir Josiah no tiene mala intención. Es sólo su forma de ser.

Holden lo entendió y no dijo mas; aunque en el rostro evidenciaba su renuencia a dejar la cuestión... y los días siguientes observaría cómo sus modales con Traveller se volvían bastante más fríos, un cambio que quedaría claro en miles de intercambios triviales.

Holden, parecía ser, no trataba con aquellos de los que él sospechaba que tenían ideas equivocadas, fueran cuales fuesen sus logros.

Me dieron un caldo claro y caliente. Luego se me permitió, por primera vez en varios días, tomar un baño; ¡y así me convertí en el primer ser humano en bañarse con agua lunar! Tuve algunos reparos al entrar en el baño oculto, porque ¿qué pasaría si el agua contenía algún agente desconocido hostil a la vida humana? Pero, una vez pasada por el sistema de filtros de la *Faetón*, el agua de la Luna olía e incluso sabía como cualquier agua de lluvia; y Traveller me aseguro que había realizado varias pruebas químicas antes de confirmar que era adecuada para el contacto y el consumo humano.

Finalmente estuve cómodamente sentado en mi familiar asiento. Estaba caliente, limpio y vestido con mi ropa interior y un albornoz de felpa que pertenecía Traveller, y sostenía un globo del brandy más añejo de Traveller en una mano y un cigarrillo de buen aroma en la otra. Me empezaba a sentir bastante orgulloso de mis aventuras... ahora que estaban cómodamente en el pasado. Holden y Traveller se sentaron conmigo, así como Bourne, quien mantenía su usual silencio resentido. El estoico Pocket, flemático, se abría paso por los platos sucios de varios días.

-Bien, caballeros -dije-, al final, ha sido una aventura bastante extraordinaria.

Holden levantó su globo y miró a las profundidades relucientes del brandy que contenía.

-Bastante. Y no fue nada de lo que habíamos esperado.

No encontramos nada ni remotamente parecido a las condiciones terrestres que habíamos anticipado... pero tampoco encontramos una Luna tan inerte y sin vida como opinan algunos teóricos.

-En su lugar -bramó Traveller-, encontramos algo bastante inesperado, y que, paradójicamente, podríamos haber supuesto. Las formas de vida febianas, porque así me propongo llamarlas, por Febe, la diosa lunar de los antiguos griegos, hermana de Apolo e hija de Leto y Zeus... los febianos no se parecen a nada encontrado sobre la Tierra, ni en su morfología ni en su sorprendente vigor.

Pregunté:

-Sir Josiah, si el lado castigado de la Luna estuviese vuelto hacia la Tierra, ¿sería visible para los astrónomos la frenética actividad de los febianos?

-Claro que sí; aunque sólo fuese como cambios en la coloración de la superficie, y la elevación de nubes de polvo... aunque debemos recordar que, sin atmósfera, el aire no tiene medio para permanecer en suspensión, por lo que una vez elevado volvería rápidamente a la superficie. Pero incluso así, creo que debemos concluir que los febianos están ahora mismo confinados al cráter Traveller al otro lado de la Luna.

»Y -siguió diciendo levantando la nariz de platino- las pruebas de ese confinamiento apoyan una hipótesis que he estado construyendo sobre el origen y naturaleza de esas bestias lunares.

Examinó el techo aparentemente muy interesado. Al final la tensión fue demasiado para soportarla... incluso el pragmático Pocket, lavando los platos, miró expectante; y exigí:

-¿Y su hipótesis es, señor?

-Examinemos los datos -dijo lentamente, pasando los dedos por el globo de brandy-. Encontramos esas criaturas en el corazón de un cráter inmenso, un cráter que, hemos supuesto, es el resultado de una explosión de antihielo.

»Segundo. Los febianos presentan masas enormes, y las mueven por la Luna con gran vigor. De ahí concluimos que los motores orgánicos desconocidos que mueven a las bestias, sus equivalentes de nuestro corazón, sistema digestivo y músculos, deben ser capaces de recurrir a grandes acumulaciones de energía concentrada...

-Entonces -le interrumpió Holden emocionado-, ¿está sugiriendo que los febianos son criaturas de antihielo, que comparten la misma característica de alta densidad energética?

-No -respondió Traveller irritado-, y le agradecería que no interrumpiese mi serie de postulados. Porque incluso un tonto -Holden hizo una mueca- podría ver que una teoría de antihielo queda desacreditada por mi última observación: ¡las criaturas yacían dormidas antes de nuestra llegada, Si se moviesen por la energía del antihielo, señor Holden, en el nombre del cielo, ¿qué les impediría recorrer continuamente la Luna?

Me incliné hacia delante.

-¿Fue nuestra llegada lo que provocó esa explosión de crecimiento, sir Josiah?

-Oh, buen Dios, claro que no -dijo Traveller cortante, con apenas algo menos de irritación a pesar de mi situación de héroe-. ¡No creo que nuestra llegada a ciegas fuese un suceso de importancia suficiente para despertar a un millar de montañas vivas! Para los febianos somos menos que una pulga sin dientes para un perro. No; la erupción de los febianos después de nuestra llegada se debió a una coincidencia al decidir aterrizar cerca de la línea entre el día y la noche.

-Ah -asintió Holden-. Quería situarnos en la puesta de sol lunar. ¿Y usted sugiere que es sólo a la puesta de sol cuando los febianos salen de su ensueño?

-Hago algo más que sugerirlo -dijo Traveller bastante envarado-. Me tomé tiempo para observar la superficie con el telescopio mientras partíamos; en el hemisferio de día, no hay señales de movimiento a la escala que hemos observado. Pero el lado oscuro es un cuenco de movimientos retorcidos, al ejecutar los febianos sus complejas danzas unos alrededor de los otros.

-Una observación fascinante -dije secamente, y me pregunté sí comentar mi alivio al saber que en el momento del lanzamiento Traveller no se había visto tan abrumado por la preocupación sobre mi seguridad como para no poder completar algunas observaciones científicas-. Pero ¿qué tiene de especial la noche, sir Josiah?

-En el largo día lunar -dijo Traveller-, las temperaturas debidas al Sol deben alcanzar los centenares de grados en la escala de Celsius, mientras que durante la quincena de noche no hay aire para conservar el calor de la Tierra y escapa lentamente al espacio, provocando temperaturas ligeramente por encima del cero absoluto.

»Además, me gustaría recordarles que el antihielo no posee una sino dos propiedades novedosas. Está la propiedad de alguna parte suya de combinarse de forma explosiva con la materia ordinaria. Pero también está el fenómeno de la Conductancia Aumentada, como han observado lord Maxwell y otros. Pero esa Conductancia Aumentada depende de la temperatura; al intentar fundir un bloque de antihielo la conductancia desaparece, junto con las paredes magnéticas que contienen la sustancia... y... ¡Bum! -Ilustró la última sílaba golpeando con la nariz de metal en el globo de brandy, produciendo un repique agudo. Todos dimos un salto... incluso el desinteresado Bourne-. Y ese, por supuesto -siguió diciendo Traveller-, es el principio en el que se basa la construcción de todas nuestras máquinas de antihielo.

-Creo que entiendo -dijo Holden lentamente, con los ojos entrecerrados mientras meditaba-. Sugiere que los febianos son criaturas cuya sangre fluye por venas de Conductancia Aumentada. Pero esa propiedad sólo está disponible cuando la temperatura es baja; demasiado alta y la propiedad de la conductancia falla.

-Exacto -dijo Traveller-. Los febianos deben dormir durante el día lunar. Luego, al agitar el primer toque de la noche su sangre sin resistencia, recuperan el vigor y se dedican a sus violentas actividades. Pero pronto llega el amanecer y las venas se bloquean nuevamente; se duermen por la luz del Sol, esperando a que la noche restaure su vigor una quincena más tarde.

»Y recuerden que los campos magnéticos asociados con la Conductancia Aumentada son espectacularmente grandes, mayores que los producidos por los científicos humanos por cualquier otro medio. Son esos campos, me atrevo a decir, los que producen la fuerza y la velocidad de crecimiento que hemos observado.

Holden asintió.

-Eso suena a cierto, sir Josiah. ¡Piénsalo, Ned! ¿Cómo sería pasar todo el día inconsciente y sólo poder funcionar por la noche?

Lo medité, y contesté:

-En realidad tengo algunos amigos que viven más o menos así. Quizá tengan antepasados febianos.

Holden le dijo a Traveller:

-Ha dicho que esas ideas están relacionadas con la observación de que los febianos parecen limitados al cráter Traveller.

-Sí. Porque, como ya sabrán, el fenómeno de la Conductancia Aumentada sólo se ha observado en la sustancia que llamamos antihielo. Por tanto, sugeriría que las formas de vida que vimos llegaron a la Luna en el cometa, o meteorito, de antihielo que hemos supuesto que cayó sobre la superficie lunar y que estalló causando tal devastación.

Bebí algo más de brandy y dije:

-Es una teoría intrigante; pero ¿cómo podrían criaturas tan grandes y complejas sobrevivir a semejante explosión?

-Una pregunta relativamente inteligente -dijo Traveller, sin la más mínima ironía-. Probablemente no podrían, pero podemos suponer que los febianos han surgido de un animálculo más pequeño, una espora quizá, que era lo suficientemente resistente para sobrevivir al impacto. Y podemos imaginar, que con el vigor de su crecimiento y actividad,

seguro que no pasarán muchos siglos antes de que se extiendan hasta la cara orientada hacia la Tierra.

Fruncí el ceño.

-Hay que dar gracias a Dios de que no haya ninguna posibilidad de que esos animales se extiendan más, hasta la Tierra, por ejemplo. -Me estremecí, imaginando cómo esos grandes miembros cristalinos surgían de las verdes colinas de Inglaterra.

-Quizá -dijo Traveller-. ¡Pero qué oportunidad para la investigación científica nos daría tal invasión!

-Si alguien sobreviviese para realizar esos estudios -dijo Holden.

-Hay que lamentar -dijo Traveller- que quede tan poco antihielo, y en su mayoría dedicado a otros proyectos, y que a nuestro regreso a la Tierra es poco probable que se produzca otro viaje a la Luna; y puede que pasen siglos antes de que las teorías que he expuesto puedan confirmarse. Puede que no sepamos nunca, por ejemplo, si el hielo que Ned recogió era indígeno de la Luna, fue traído por el cometa de antihielo, o ha sido generado como producto de desecho por las actividades de los febianos.

Bourne sonrió burlón.

-Qué triste para los ingleses quedar aislados de su nueva colonia. Podrían haberles enseñado a los febianos a saludar a su bandera; o cómo instaurar un parlamento, como hicieron con los desdichados indios.

Yo me reí, pero Holden reaccionó y dijo:

-O los franchutes podrían haberles enseñado a hacer la revolución. Son lo suficientemente estúpidos y destructivos para eso.

Yo dije:

-Caballeros, por favor; éste no es el momento para estas disputas. -Miré expectante a Traveller-. Sir Josiah, ha mencionado nuestro retorno a la Tierra. Entonces estamos salvados, ¿no?

Traveller me sonrió, no sin simpatía, y me señaló a la escotilla del techo.

-Véalo por sí mismo.

Me quité los agarres, le di a Pocket lo que me quedaba del cigarro para que se deshiciera de él, y dejé que el globo de brandy flotase en el aire; y luego, todavía con el albornoz de felpa, salté por la escotilla y entré en el Puente.

El Puente era un lugar de belleza espectral; los distintos diales y paneles brillaban bajo la suave luz de los filamentos de Ruhmkorff como las caras iluminadas por las velas de un grupo de cantantes de villancicos; y todo estaba bañado de una suave luz azul: era la luz de la Tierra, que colgaba directamente sobre el domo de vidrio del techo.

Miré fijamente a la encantadora isla de agua y nubes, y a la chispa burbujeante de la Pequeña Luna que se elevaba sobre el océano; y, aunque sabía que todavía habríamos que soportar muchos días de viaje por el espacio, cada momento que pasaba me acercaba a mi hogar, y al mundo de asuntos humanos del que me habían arrancado: al mundo de la guerra... y el amor.

Miré al planeta hasta que me pareció que el reluciente océano estaba superpuesto a los suaves ojos de Françoise, mi faro de la esperanza.

Librodot

12

EL AIRE DE INGLATERRA

Josiah Traveller trajo a la *Faetón* de vuelta a Inglaterra el 20 de septiembre de 1870.

El ingeniero maniobró la nave castigada por entre los fuegos de la fricción atmosférica, los vientos que cubrían todo el mundo de la atmósfera superior y finalmente una tormenta bastante devastadora: a una milla del suelo nos sentamos en los asientos, mirando temerosos por las portillas a las espadas de rayos que saltaban de nube a nube; y nos imaginamos que habíamos atravesado la Tierra hasta el infierno.

Y al final la *Faetón*, habiendo casi agotado las reservas de agua lunar, se posó con un golpe en la suave tierra cubierta de rastrojos de una granja de Kent. Los cohetes se apagaron por última vez, y el silencio se hizo en la Cabina de Fumar, que se había convertido en nuestra prisión. Pocket, Holden y yo nos miramos con anticipación. Luego oímos el suave suspiro del aire de Inglaterra contra la piel exterior de la nave; y gritamos al comprender que estábamos en casa.

El francés, Bourne, gemía callado contra las palmas de las manos. Me di cuenta, e, impulsado por una extraña simpatía que había adquirido para aquel hombre, hubiese dicho algunas palabras para confortarle. Pero la sangre me fluía a toda velocidad al pensar que había regresado a mi país natal; un retorno que durante casi todo nuestro asombroso vuelo más allá de la atmósfera había parecido inconcebible. Así que eché a un lado las correas, aullando todavía como una foca...

... ¡Y caí al suelo, tan rápido como un labriego en una pelea, debido a mi sorprendente peso!

Las piernas se me habían doblado como el papel, y encontré que tenía la cara incómodamente apretada contra el suelo. Con brazos que me temblaban por el esfuerzo me levanté y descansé la espalda contra la pared acolchada.

-Vaya, amigos, esta gravedad nos va a causar problemas.

Holden estuvo de acuerdo.

-Ya nos advirtió Traveller de los efectos debilitadores de la falta de peso.

-Sí; y vaya con ese maldito régimen de ejercicios. ¡A la Luna con un juego de mazas de gimnasia! Bien, me gustaría ver cómo le va al gran hombre bajo este peso que nos era tan familiar... -Pero Holden me avergonzó recordándome que Traveller era un hombre mayor que no debería someter su corazón a esfuerzos. Y, por tanto, fui yo el que se arrastró como un niño débil hasta la gran escotilla situada en la pared de la cabina.

Después de muchos esfuerzos conseguí girar la rueda y abrí la escotilla de una patada.

Una bocanada de aire fresco, la esencia de una fresca tarde de otoño inglesa, entró en la nave. Oí a Holden y Pocket suspirar por el rico oxígeno, e incluso Bourne levantó la vista de sus sollozos introvertidos. Me tendí de espaldas y absorbí aquella maravillosa atmósfera, y sentí cómo me corría la sangre por las mejillas al tocarme el frío.

-¡Qué cargado estaba el aire de la nave! -dije.

Holden respiró profundamente, tosiendo.

-El sistema químico de Traveller es una maravilla científica. Pero debo estar de acuerdo, Ned; el aire envasado de esta lata se ha vuelto progresivamente más cargado.

Librodot

Me puse recto y me eché hacia delante hasta que las piernas me colgaban sobre la caída de diez pies a la tierra oscura de Kent; miré por los campos, setos, volutas de humo de los fuegos de las granjas y arboledas.

Miré abajo, preguntándome cómo llegar al suelo... y me encontré mirando el rostro ancho y colorado de un granjero. Llevaba un traje gastado pero respetable de tweed, botas wellington manchadas de barro y un sombrero de paja; y llevaba una horca muy grande, sostenida al frente para defenderse. Mientras miraba a nuestra nave imposible tenía la boca abierta, mostrando pobres dientes.

Subrepticiamente me aseguré de llevar la corbata recta y le saludé.

-Buenas tardes, señor.

Se echó atrás tres pasos, levantó la horca en mi dirección y abrió aún más la boca.

Levanté las manos y probé con mi sonrisa más diplomática.

-Señor, somos ingleses; no debe temer nada, a pesar de la forma extraordinaria de nuestra llegada -era hora de ser modestos-. Sin duda ha oído hablar de nosotros. Pertenezco a la expedición de sir Josiah Traveller, y ésta es la *Faetón*.

Me detuve, esperando reconocimiento instantáneo -seguro que habíamos sido objeto de las elucubraciones de la prensa desde nuestra desaparición- pero el buen rústico se limitó a fruncir el ceño y emitir una sílaba que interpreté como: «¿Quién?»

Empecé a explicarme, pero mis palabras sonaban fantásticas incluso a mis oídos, y el granjero se limitó a fruncir el ceño con mas suspicacia aún. Así que al final me rendí.

-Señor, déjeme destacar el hecho pertinente: que es que somos cuatro ingleses y un francés, que necesitan su ayuda desesperadamente. A pesar de mi juventud y salud ni siquiera puedo soportar mi propio peso, gracias a las extraordinarias experiencias a las que me he visto sometido. Por tanto le pido, de cristiano a cristiano, que nos ofrezca la ayuda que necesitamos.

La cara del granjero, roja como una manzana, era la viva imagen de la desconfianza. Pero al final, después de murmurar algo sobre los acres de tierra que habíamos quemado, bajó la horca y se acercó a la nave.

El nombre del granjero era Clay Lubbock.

Fueron necesarios Lubbock y dos de sus muchachos más fuertes para sacarnos de la nave. Usaron cabestrillos de cuerda para bajarnos de un par de brazos fuertes a otro. Luego nos pusieron en el carro de bueyes y, envueltos en sábanas, nos dirigimos sobre la tierra rota hacia la granja. Traveller, con la voz inestable por los saltos del carro, señaló la ironía de nuestro rápido descenso por los estratos tecnológicos; pero su aspecto -delgado, frágil, y palidez mortal- quitaba humor a sus palabras, y ninguno de nosotros respondió.

Los rústicos miraban con silenciosa fascinación a la nariz de Traveller.

En la granja nos recibió la señora Lubbock, una mujer campechana y gris con grandes antebrazos cubiertos de pelo; sin preguntas o cómo-están-ustedes analizó nuestra situación con el ojo rápido de un comprador de animales y a pesar de algunas protestas de Traveller, pronto nos tenía tapados con mantas frente al fuego y nos servía un espeso caldo de pollo. Lubbock, mientras tanto, fue a la ciudad con su caballo mas rápido para dar la noticia de nuestro regreso.

Traveller se enfadó por ese confinamiento, diciendo que él no era un inválido y que tenía trabajo que hacer. Se sentía ansioso por llegar a una oficina de telégrafo para que pudiese empezarse lo antes posible el trabajo de transportar la *Faetón* a su hogar en Surrey. Holden le calmó.

-Yo también estoy ansioso por volver a la civilización -dijo-. Recuerde que soy periodista. Mi periódico, y otros, me pagarían bien si convirtiese el viaje en una narración bien contada. Pero, sir Josiah, acepto mi propia fragilidad. Seguro que en cuanto se extienda la noticia de nuestro regreso el mundo caerá sobre nosotros. He pasado por un suplicio que no tiene paralelo en la historia humana y apenas soy capaz de soportar una cuchara cargada de sopa, y agradezco la oportunidad de recuperarme durante algunas horas bajo la amable hospitalidad de la señora Lubbock. ¡Y también debería agradecerlo usted, sir Josiah!

Traveller no aceptó el argumento pero no le quedaba más elección que someterse; y así nos acomodamos en camastros duros esparcidos por todo el hogar de los Lubbock. Holden persuadió al granjero para que situase a uno de los muchachos de guardia frente a la puerta del maltrecho Bourne; pensé que era bastante mala idea, ya que Bourne no estaba en condiciones de huir por la ventana y correr por los campos hacia la libertad.

Me acosté en el jergón esperando el sueño, con la ventana abierta para dejar entrar el brillante aire de otoño, y pensé que, a pesar de las incomodidades de este mundo (la dureza del colchón bajo mi columna, por ejemplo, apenas ayudaba a reconciliarme nuevamente con la gravedad terrestre), las compensaciones -el olor de los árboles que crecían más allá de la ventana, el crujido lejano de la brisa por entre los setos, la dura caricia de las sábanas de los Lubbock contra mi cara- hacía que la idea de volver a abandonar la Tierra fuese una abominación.

Por la mañana me desperté por la brillante luz del sol, sintiéndome bastante despejado, e incluso fui capaz de dar unos pasos sin ayuda hasta la palangana para lavarme. Me encontré a Traveller en la mesa de la cocina de los Lubbock; estaba sentado en una vieja silla de baño y envuelto en su propio albornoz, traído de la *Faetón*, y disfrutaba de una abundante comida de beicon y huevos campestres. Tenía periódicos apilados sobre la mesa y los repasaba mientras comía; y, a pesar del agradable calor de la cocina, con la luz de la mañana recorriendo el suelo para reflejarse en la cocinilla pulida, la expresión de Traveller era tan agria y tenebrosa como siempre la había visto. Levantó la vista mientras uno de los muchachos de los Lubbock me ayudaba y dijo:

-Ned, no me sorprende que el granjero Lubbock estuviese tan perplejo por nuestra llegada. Fue pura vanidad por nuestra parte suponer que nuestra desaparición hubiese sido interesante durante mucho tiempo... ¡no mientras Europa se rompe en pedazos!

Preocupado por esas palabras, empecé a repasar por mí mismo los periódicos amarillentos. Llegaban hasta unos días antes de nuestra partida el 8 de agosto: aparentemente Lubbock guardaba los periódicos viejos para cubrir los gallineros. En general, nuestra desaparición había quedado ensombrecida por el contexto más amplio -el sabotaje del *Príncipe Alberto* en el día de su lanzamiento- y generalmente se nos había supuesto muertos, perdidos en alguna explosión accidental, resultado del asalto a la nave. Me sorprendió descubrir que había sido imposible recuperar el *Príncipe Alberto* de manos de los saboteadores, o francotiradores, que lo habían robado; y, por lo que podía deducir, ¡todavía vagaba en libertad por los campos de Bélgica y el norte de Francia como una bestia huida! Las acciones de los francotiradores habían sido relacionadas con ataques a otras propiedades británicas en el interior y el extranjero; me pregunté si el intento de sabotaje contra el tren ligero que Holden y yo habíamos presenciado en Dover había sido obra de un francés.

Y, por supuesto, no había ni palabra sobre Françoise Michelet o los otros pasajeros atrapados en el desdichado crucero; y a pesar del placer de la mañana de Kent sentí cómo se me hundía el corazón al repasar aquellos montones de áridos periódicos.

Traveller percibió mi expresión abatida, y me preguntó qué me torturaba particularmente. De forma entrecortada -porque Josiah Traveller no era un oído dispuesto- le describí a Françoise: nuestro encuentro, y la impresión inmediata que me había causado. Mientras hablaba sentía cómo los colores me venían a la cara; porque lo que en la intimidad de mi corazón me había parecido una pasión etérea, se convirtió al relatarla en aquella iluminada cocina de granja en un encaprichamiento bastante tonto.

Traveller me escuchó sin comentarios. Luego dijo con voz neutra:

-Parece que la chica es también una francotiradora, Wickers. -Intenté protestar, asombrado, pero él continuó-:

¿Qué otra cosa podría ser si estaba tan unida a ese maldito Bourne? -aspiró-. Si tengo razón, no debería malgastar más simpatías con ella, Ned. Estaba donde había elegido estar. -Y diciendo esto, volvió a sus periódicos, dejándome devastado.

Pero, incluso en ese primer momento de impresión, percibí que lo que Traveller había sugerido era muy plausible. Los elementos de Françoise que Holden había notado, incluso yo lo había hecho -su fascinación con la ingeniería, su furiosa inmersión en la política- ocupaban su lugar bajo la hipótesis de Traveller como componentes de una personalidad mucho más compleja que la chica que yo había idealizado, y cuyo dulce rostro había proyectado sobre los océanos de la Tierra.

Quería maldecir a Traveller por colocarme tal idea en la cabeza; me maldije a mí mismo aún más por ser un tonto. Pero, sin embargo, no estaba seguro. Y el aspecto más irritante de la situación era que, con Françoise perdida en una Francia en guerra, posiblemente no pudiese llegar a conocer la verdad.

Con el corazón agitado, dirigí la atención a los periódicos. Leyendo con rapidez, Traveller y yo pudimos reconstruir la historia del conflicto europeo, según Londres, desde nuestra precipitada partida.

La guerra con los prusianos iba mal para Francia. Leyendo los relatos de angustiosas batallas luchadas y perdidas, apenas me era creíble que Francia, con su larga tradición militar, su orgullosa herencia y su ejército modelo, hubiese caído ante la agresión de Bismarck de forma tan cobarde. La estrategia francesa parecía que había consistido en líneas generales en los mariscales gemelos Bazaine y MacMahon buscándose mutuamente por todas las tierras de Francia así como en algunas posiciones defendibles, mientras perdían periódicamente pequeños encuentros con los prusianos.

En la época de nuestra partida forzada, Napoleón III había abandonado París hacia Châlons, mientras nombraba a Bazaine cabeza del Ejército del Rin. Unos días después, Bazaine, temiendo ser rodeado por los rápidos prusianos, se había retirado al oeste por el río Moselle. Pero cerca de Metz se encontró dos cuerpos de alemanes y finalmente había acabado rodeado. Mientras estábamos sentados cómodamente leyendo la historia, la fuerza de Bazaine todavía estaba atrapada en la ciudad de Metz, sitiada por doscientos mil soldados prusianos.

Vaya un papel para la mitad del Ejército francés. Del resto, el instinto de MacMahon le había indicado que permaneciese cerca de París y que ofreciese protección a la capital, pero la presión popular, producida por parisinos furiosos ante la violación de su preciosa patrie, le había impulsado a adoptar un curso más agresivo; y se había dirigido hacia Metz con la esperanza de unirse a Bazaine.

Los alemanes que rodeaban Metz, mandados por el astuto Moltke, habían dividido sus fuerzas. Bazaine se había quedado atrapado mientras que el resto de los prusianos se dirigía al encuentro de MacMahon. Las fuerzas de MacMahon, agotadas por la difícil marcha, habían sido rodeadas por los prusianos en Sedan. El propio MacMahon había resultado herido y la línea de mando francesa se había paralizado.

El Ejército estaba aniquilado. Los franceses permitieron que cien mil hombres y no menos de cuatrocientos cañones cayesen en manos prusianas.

El Segundo Imperio francés cayó en el caos. El mismo Napoleón III se había rendido a los prusianos, y en la capital había surgido el Gobierno de Defensa Nacional bajo el control del gobernador de París, general Trochu. Y mientras tanto, dos fuerzas prusianas avanzaban hacia París.

Cuando habíamos aterrizado en el campo de Kent, París, que sesenta años antes había sido la capital de la Europa de Bonaparte, se encontraba bajo el asalto prusiano. La única esperanza parecía ser Bazaine, pero seguía atrapado en Metz, y los rumores en Londres decían que se le agotaban los suministros. Mientras, los prusianos estaban evidentemente contentos como castañuelas, y se hablaba mucho de los planes del káiser Guillermo para recorrer en procesión las calles de París.

Dejé el último periódico con manos temblorosas.

-Buen Dios, Traveller. ¡Qué semanas tan asombrosas nos hemos perdido! Seguro que esta humillación a Francia quedará grabada en la mente de todos los franceses durante generaciones. Ya son un grupo bastante excitable, mire a Bourne como ejemplo. Está claro

que sólo el estado de guerra puede existir entre los franceses y sus primos alemanes en el futuro.

-Quizá. -Traveller se recostó en la silla de baño, con las delgadas manos entrecruzadas sobre el albornoz que le cubría el vientre, y miró sin ver por las ventanas sucias de la granja. Con la luz del sol iluminando los mechones de pelo blanco que le salían de la cabeza, tenía un aspecto tan frágil y viejo como el que recordaba en aquel terrible momento cuando parecía que ni siquiera la Luna podría salvarnos-. Pero no es «el futuro» lo que me preocupa, Ned; es el aquí y ahora.

-¿Qué le preocupa, señor?

Con un rastro de su vieja irritación, me espetó:

-Piénselo, muchacho; se supone que es usted un diplomático. Los prusianos han derribado Francia. Está claro que ni siquiera el astuto zorro Bismarck había previsto ganancias tan asombrosas... y además de su objetivo principal.

-¿Qué es?

-¿No es evidente? -Me estudió cansado-. La unificación de Alemania, por supuesto. ¿Qué mejor forma de obligar y forzar a los estados alemanes a formar una unión política que enfrentarlos a un enemigo común? Y qué mejor que la Francia nada querida de Robespierre y Bonaparte. Predigo que veremos la proclamación de una nueva Alemania antes de que termine el año. Pero claro, será poco más que un Imperio prusiano algo mayor, porque si esos príncipes bávaros creen que Bismarck, con toda su pompa y triunfo, va a permitirles tener voto en los asuntos de la nueva entidad, se van a encontrar con una sorpresa.

Asentí pensativo.

-Así que el Equilibro de Poder está roto; ese equilibrio que ha perdurado desde el Congreso de Viena...

-Un equilibrio que Gran Bretaña ha luchado para preservar desde entonces. -Tamborileó con los dedos sobre la mesa-. Seamos francos, Ned. Al Gobierno británico no le importa un pepino si los prusianos arrasan Paris; porque los franceses, para las mentes británicas, están poseídos por los demonios gemelos de la revolución y el expansionismo militar. Y esos absurdos ataques de los francotiradores contra objetivos económicos británicos, como el viejo *Príncipe Alberto*, no son muy agradables.

»Pero el desarrollo de una nueva Alemania sería recibido con temor en Whitehall. Porque hace tiempo que uno de los objetivos de la política exterior británica es que no hubiese ningún poder dominante en la Europa central.

Fruncí el ceño, y me sorprendió el cinismo que demostraba ante las metas británicas... porque estaba claro que había que alabar el mantenimiento de un acuerdo pacífico.

-Dígame de qué tiene miedo, señor -dije directamente.

Los dedos huesudos tamborilearon con más fuerza.

-Ned, hasta ahora los británicos han permanecido fuera de esta maldita guerra de Bismarck; y muy bien. Pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que los intereses británicos se vean amenazados por el surgimiento de Alemania y se vean forzados a intervenir?

Lo medité.

-Pero el Ejército británico, aunque sea el mejor del mundo, no está bien equipado para un conflicto largo en Europa central. Ni nunca lo ha estado. Y además, muchas de nuestras tropas y oficiales están esparcidos por el mundo al servicio de Su Majestad en las colonias. Seguro que el señor Gladstone no nos implicaría en una aventura extranjera en la que no hay posibilidades de que tengamos éxito.

-Gladstone. El viejo Ojos Alegres1 -rió sin humor-. Siempre he creído que Gladstone es un patán pomposo, y para nada está a la altura de Disraeli en astucia e inteligencia. Evidentemente, la reforma de 1867 hubiese sido un desastre para el país... ¿Quién sabe qué daños hubiese podido causar? Se le hubiese negado a la industria su derecho a dar su opinión en los asuntos de estado... ¡quizá todavía tendríamos la absurda situación de Londres como capital! Qué idea tan ridícula. Así que quizás esté bien que Dizzy se retirase, magullado, de la política, para concentrarse en sus extrañas aventuras literarias... pero aun así, uno echa de menos el carisma de ese hombre.

»Pero quizá sea una bendición que en esta ocasión suframos a Ojos Alegres; porque, como ha dicho usted, él y su banda de cobardes *whigs* serán renuentes a implicarnos en una aventura absurda... Y si los rumores son ciertos, está más interesado en aventurarse en el Soho que en Sedan.

Reí a carcajadas por esa salida irrespetuosa.

Traveller siguió hablando.

-Así que puede que Gladstone no nos embarque en una guerra europea. Pero... tiene otras opciones.

-¿Qué quiere decir, sir Josiah?

Se inclinó hacia delante, con los brazos doblados sobre la mesa.

-Ned, recordará las experiencias de su hermano en la guerra de Crimea.

Por un momento, esas palabras tenebrosas, pronunciadas sepulcralmente en mitad de aquella brillante mañana campestre, no tuvieron sentido para mí; y luego, en un súbito instante, comprendí.

-Buen Dios, Traveller.

Estaba, por supuesto, sugiriendo que el Ejército británico volvería a emplear armas de antihielo; y en esta ocasión, no en una lejana península de extraño nombre en el sur de Rusia, sino en el mismo corazón de Europa.

Busqué en su rostro alguna señal de que mi interpretación era equivocada; pero todo lo que vi en aquellos rasgos largos y sombríos fue un miedo terrible, acompañado de una furia inmensa. Dijo:

-Las armas de antihielo podrían reducir el Ejército prusiano en minutos. Y Gladstone lo sabe. Está claro que Bismarck ha apostado a la falta de voluntad de los británicos para inmiscuirse en las disputas europeas... pero la presión sobre Gladstone para que use esa ventaja extraordinaria debe crecer día a día.

Vi cómo el miedo y la furia luchaban en los ojos de Traveller, y me imaginé a ese hombre brusco pero fundamentalmente amable obligado a trabajar de nuevo en armas de guerra. En un impulso le agarré la manga.

-Traveller, nos ha llevado a la Luna y nos ha traído de vuelta. Tiene una fortaleza inmensa; tengo plena confianza en que no permitirá que su genio se emplee de esa forma.

Pero el miedo permanecía; y Traveller agarró nuevamente los periódicos, como si buscase alguna chispa de esperanza en aquellas palabras gastadas.

Nuestro idilio no iba a durar más que unos minutos más allá del final de la conversación. El primer puño en pegar contra la puerta de los Lubbock fue el del alcalde de la ciudad más cercana -cuyo nombre ni siquiera conocíamos entonces- y, mientras estudiaba la complexión corpulenta y manchada de barro y la sonrisa vacía del caballero, comprendí, con un salto del corazón que me tomó por sorpresa, que realmente estaba en casa.

---

* «GIad Eyes» en el original. Juego con el nombre del primer ministro. (N. del T)

Librodot

Nos sacaron de aquel rincón de Kent. Nos dieron poco tiempo para decirnos adiós; lo que quizás estuvo bien, porque sentía un vínculo sorprendentemente fuerte con mis compañeros de viaje. No iría tan lejos como para decir que sentía nostalgia de aquellas largas semanas atrapados en la *Faetón*, pero me sentía muy expuesto sin tener cerca a mis compañeros.

Traveller pronto se instaló en una posada agradable cerca del campo de los Lubbock, donde permanecía su preciada *Faetón*, y se entregó a llevar la nave a su laboratorio en Surrey. El fiel Pocket rogó por, y consiguió, unos días de permiso para visitar a sus queridos nietos y para garantizarles que seguía vivo; luego, como siempre, regresó al trabajo, sirviendo determinado y tranquilo las necesidades de su empleador.

Y en cuanto a Bourne, se le sacó de Kent sin ceremonia bajo arresto, y pronto desapareció en las complejidades de las leyes internacionales. La confusión del caso de sabotaje presentado por los británicos, la petición de extradición emitida por los belgas, y las protestas presentadas por el hostigado gobierno francés -sin mencionar las dificultades prácticas de comunicarse con esa entidad nebulosa- conspiraban entre sí para hacer que el desdichado Bourne sufriese una larga prisión incluso antes de llegar a juicio.

Holden, tan pronto como pudo, se dirigió a Manchester, insistiendo en que no revelásemos detalles de nuestra aventura a cualquier otro periodista. Era gracioso ver cómo su forma generosa, reducida al estado de un saco de patatas llevado sobre ruedas en una silla de baño, se llenaba de emoción a medida que el tamaño de la historia que debía contar -y los honorarios posteriores que ganaría- crecía en su mente de escritorzuelo. Era como si uno pudiese ver cómo le picaban los dedos.

Aun así, el relato de Holden, cuando apareció en la prensa de Manchester unos días después, estaba muy cerca de hacer justicia a la aventura. Leí la prosa bastante espeluznante y debo admitir algunos estremecimientos de terror cuando se dedicaba a evocar mi paseo por el vacío y (cómo la exageró) mi batalla con los monstruos de roca de la Luna. El artículo en el *Manchester Guardian* estaba muy bien ilustrado por litografías de diversas escenas del relato, y estaba encabezado por una reproducción de la famosa fotografía que Holden había tomado del desafortunado modelo del crucero de Brunel y de mí mismo.

Mi única desilusión fue con el poco compasivo retrato que Holden hacía de Traveller. El periodista se centraba demasiado en las simpatías casi anarquistas de Traveller en una forma que produjo comentarios adversos sobre el ingeniero, incluso en aquel momento de mayor fama. Yo aproveché la oportunidad de leer más ampliamente a los diversos pensadores anarquistas, olvidándome de los locos insurreccionistas como Bakunin, y concentrándome en los pensadores más profundos como Proudhon, que declaraba que el deseo de propiedad y poder político servía sólo para estimular el elemento violento e irracional del ser humano.

Evidentemente, pensé, la situación actual en Europa es prueba suficiente de la tesis de Proudhon, y lamenté la deslealtad de Holden.

En todo caso, gracias al relato de Holden, me hice famoso durante un tiempo.

Regresé a la comodidad de la casa de mis padres en Sussex; mi familia estaba excesivamente feliz de verme entero y con buena salud. Sufrí una emotiva reunión con mi hermano Hedley; el rostro lleno de cicatrices se doblaba de placer mientras yo describía a Josiah Traveller, quien se había convertido en algo cercano a una fascinacion para Hedley desde su encuentro unilateral en Crimea. Mis amigos de Londres, varios de los cuales me visitaron, me animaron a realizar una reentrada dramática en sociedad, con todo lo posible para capitalizar mi situación heroica. Miré sus caras, que me parecían asombrosamente jóvenes y alegres, y decliné las invitaciones -no por un poco característico ataque de modestia, en serio, porque hubiese disfrutado mucho de la atención admirada de las bellezas de la temporada mientras yo describía lo terrible de mi aventura, sino por una persistente sensación de aislamiento-. Y además, mis sentimientos confusos hacia Françoise eran en mi interior una tormenta que no amainaba.

Librodot

Daba largos y solitarios paseos por los bosques cercanos a la casa de mis padres, explorando esos extraños sentimientos. Era casi como si habiéndome limpiado el polvo de la Tierra de las botas, me sintiese incapaz de volver con todo el corazón a la sociedad humana. Y descubrí que echaba de menos más y más la compañía de mis compañeros de antaño.

Observé cómo los colores del otoño se extendían por los árboles, y me pregunté qué aspecto tendrían desde el espacio.

Me prometí que me sumergiría en el mundo de los hombres tan pronto como pasase mi momento de fama; y vaya si pasó... aunque no por razones agradables. Porque a medida que se alargaban las noches del invierno, así aumentaba la desesperación de los franceses.

Los prusianos mantenían su muro de hombres y cañones alrededor de París y Metz. En la prensa de Manchester aparecían constantemente relatos sobre el hambre recorriendo las calles de la capital francesa, y algunos informes algo más fiables sobre cómo las tropas del mariscal Bazaine, en Metz, languidecían en el barro, y eran cada vez mas incapaces de defenderse a sí mismas, y menos aún de liberar París.

Repasaba los periódicos con mórbida e interminable fascinación, y los editorialistas describían las posibilidades y peligros a los que se enfrentaban Gladstone y su gobierno. Ningún hombre civilizado, todo el mundo estaba de acuerdo, desearía volver a ver el antihielo como arma de guerra. Pero sin duda el Equilibrio de Poder se enfrentaba a su prueba más importante, parecía haber un sentimiento creciente a favor de algún tipo de intervención antes de que se perdiese definitivamente esa preciosa y venerable garantía de paz en Europa.

Contra eso estaban los que, recordando a Bonaparte, no tenían deseos de interceder a favor de los franceses sitiados. Y en el otro extremo los Hijos de la Gascuña y sus simpatizantes eran cada vez más escandalosos en sus exigencias de que Gran Bretaña usase su evidente poder, no sólo para restaurar la paz, sino para imponer orden entre las facciones en guerra de Europa. La influencia de esos caballeros severos en el debate parecía ir en aumento; incluso se rumoreaba que el mismo Rey sentía simpatía por ese punto de vista.

La lectura de esas cosas deprimentes me recordó mis conversaciones con Bourne en la *Faetón*. Ya no me sentía atado por esos argumentos, como antes de mi aventura; ahora veía con un nuevo distanciamiento cómo ese debate nacional seguía la pauta de los desvaríos de una mente trastornada, que busca imponer sus miedos y demonios interiores en aquellos que le rodean.

Por fin, a finales de octubre, llegaron noticias de que las fuerzas de Bazaine en Metz -mojadas, muertas de hambre y desmoralizadas- habían capitulado; en esa ocasión los incontrolados prusianos apresaron mil cuatrocientos cañones y más de ciento setenta mil hombres. Aunque las fuerzas francesas luchaban en diversas partes del país, en Manchester el consenso era que ya había llegado el momento decisivo de la guerra; que los prusianos, victoriosos en el campo de batalla, recorrerían pronto las calles castigadas de París... y si Gran Bretaña iba a intervenir en alguna ocasión en aquella lucha por el futuro de Europa, ahora era el momento.

El clamor de la prensa, exigiendo acciones a Gladstone, crecía hasta casi convertirse en un grito silencioso a mi alrededor, y sentí que ya no podía aguantar la tensión.

Sólo conocía una forma de resolver esos sentimientos; preparé una bolsa, me despedí apresuradamente de mis padres, y mi dirigí por medio de tren ligero y de vapor al hogar de Josiah Traveller.

Caminé las últimas millas hasta la casa de Traveller. No lejos de Farnham, el lugar estaba montado alrededor de una casa de campo reconvertida, y no hubiese llamado la atención... excepto por una forma gigantesca como de unos treinta pies de alto plantada en la parte de atrás de la casa, con su gran estructura de aluminio cubierta por lonas cosidas. Era, por supuesto, la *Faetón*; y al ver el mágico carruaje alzándose sobre el paisaje aburrido, sentí cómo se me levantaba el corazón.

Librodot

Salí de un seto para llegar a la casa de Traveller... y allí, en la puerta principal, había un carruaje espléndido de buena madera pulida. Comprendí inmediatamente que ese día no era el único visitante de sir Josiah.

Pocket recibió mi llegada inesperada con un entusiasmo tremendo; incluso me pidió permiso para darme la mano. El sirviente se comportaba con seguridad y dinamismo ahora que estaba en tierra firme, y me dijo:

-Estoy seguro de que a sir Josiah le alegrará verle, pero por el momento tiene un visitante. Mientras tanto, ¿puedo ofrecerle una taza de té; y quizá desea ver las instalaciones, señor?

No me ofreció la identidad del «visitante», y no le pregunté.

Mientras bebía el té dije:

-Tengo que ser honrado con usted, Pocket. No tengo muy claro por qué he venido...

Sonrió con sorprendente sabiduría, y dijo:

-No tiene que explicarse, señor. En estos tiempos turbulentos, estoy seguro de que puedo hablar por sir Josiah al afirmar que esta casa es su hogar. Al igual que lo fue la *Faetón*.

Se me subieron los colores.

-Sabe, Pocket, ha dado en el clavo... Gracias.

No pudiendo confiar en mí mismo para seguir hablando me concentré en el té.

La casa en sí era sorprendentemente pequeña y sombría. Su principal característica era un invernadero que daba al sur y que Traveller había convertido en un extenso laboratorio. También había un granero empleado en las grandes construcciones. Los edificios estaban rodeados por varios acres de tierra. En aquellos campos escabrosos no crecía nada, y en varios puntos podían verse dramáticas quemaduras donde se habían producido pruebas de cohetes, lanzamientos, e incluso explosiones.

El invernadero era una gran construcción, con una estructura de grácil hierro forjado pintado de blanco que daba al lugar una sensación de ligereza; bajo la luz suave yacían diversas máquinas y herramientas como plantas extrañas. El laboratorio tenía una disposición similar a un taller de laminado; un torno de vapor en el techo movía, por medio de correas de cuero, varias máquinas de manipulado de metales, y en los bancos alrededor del laboratorio había tornos mas pequeños, y estampadoras de metal, prensas, equipos de soldadura de acetileno y tornillos de banco. Los frutos de esas herramientas estaban por todas partes y algunos de ellos me eran familiares por mi estancia en la *Faetón*. Pocket señaló a una tobera de cohete, por ejemplo, que relucía bajo la luz del débil sol de otoño, con la boca hacia arriba como una flor imposible.

-¿Y qué hay de la *Faetón*? -le pregunté a Pocket.

-Fue un trabajo endemoniado traer a la chica a casa desde los campos de ese granjero de Kent. Tuvimos que llevar una grúa de vapor allá para acostarla, puede creerlo; y durante todo el tiempo ese desdichado Lubbock protestaba por los surcos que abríamos en sus preciosos campos.

Me reí.

-No puede reprochárselo al pobre hombre. Después de todo, no pidió que le cayésemos encima de forma tan extraordinaria.

-Y en cuanto a la muchacha, sir Josiah dice que le ha ido extraordinariamente bien, considerando lo que ha sufrido; una aventura para la que, por supuesto, no se la había diseñado.

-¿Quién de nosotros lo estaba?

-Al final, sorprendentemente sufrió muy pocos daños. Una pata de apoyo doblada, una tobera golpeada, un puñado de rasguños y hasta quemaduras, una o dos bombas usadas más allá del límite... debo añadir, que en gran parte el mérito es suyo, señor.

Salimos del invernadero y caminamos por el aire fresco, y volvimos a dirigirnos una vez más a la casa.

-¿Podrá volar de nuevo? -pregunté.

-Podría, pero creo que no lo hará, señor. Sir Josiah la ha cargado de combustible, para poder probar los motores, y ha pasado mucho tiempo reparándola, pero creo que siente que la nave ya ha cumplido. Tiene la cabeza llena de ideas para una segunda *Faetón*, más brillante y poderosa que la primera; creo que planea convertir la original en una especie de monumento a la nave misma.

-Y debería hacerlo -dije.

Pocket se detuvo y miró directamente al frente.

-Bien -siguió hablando en voz más baja-, sólo espero que se le permita poner en práctica esas ideas.

Sorprendido por el tono, me volví para ver a dónde miraba.

Frente a la puerta vi la figura familiar de Traveller, con su chistera tan incongruente y desafiante sobre la cabeza. Vi que estaba despidiéndose de su anterior visitante. El otro hombre, que ahora subía al carruaje, era de hombros anchos, de unos sesenta años, y su rostro me resultaba insistentemente familiar; estudié el pelo gris que recorría la cabeza, las grandes patillas blancas, los ojos bastante inanimados, la boca doblada y austera colocada sobre una cara como la luna...

-Buen Dios -le susurré a Pocket-. ¡Es el mismísimo Gladstone!

El primer ministro se despidió de Traveller; con un movimiento del látigo del conductor el carruaje se puso en marcha. Traveller recorrió lentamente un costado de la casa, estudiando ausente la hiedra que crecía sobre los ladrillos. Me hubiese acercado a él, pero Pocket me agarró la manga con firmeza, indicándome que no; y esperamos a que sir Josiah nos alcanzase a su ritmo.

Finalmente estuvo frente a nosotros. Enderezó los hombros, se colocó el sombrero con más corrección en el centro del cráneo, y se puso las manos en la espalda; la nariz de platino lanzaba destellos bajo la débil luz solar de noviembre.

-Bien, Ned -dijo, con una voz tan débil como el sol-. Le oí llegar. Me disculpo por mi... preocupación.

Le pregunté sin preámbulos:

-Ése era el primer ministro, ¿no?

-Debe abandonar su hábito de afirmar lo evidente, Ned -me reprochó; pero su tono era de distracción.

-He oído lo de la caída de Bazaine, en Metz.

-Sí. -Me miró cuidadosamente-. Eso salía en los periódicos. Pero también tengo noticias del *Príncipe Alberto*.

De pronto se me llenó la cabeza con imágenes de Françoise; y grité:

-¿Qué noticias? Cuéntemelas.

-Ned... -Me agarró el brazo-. El *Príncipe Alberto* ha sido convertido en vehículo de guerra. Los saboteadores franceses, los... -Buscó la palabra.

-Los francotiradores.

-Lo controlan, han instalado un cañón, y lo han convertido en un gigantesco castillo móvil. Y lo llevan hacia París, donde planean enfrentarse a los prusianos que sitian la ciudad. Ned, es una locura. El *Príncipe Alberto* es una nave de pasajeros, no un buque de guerra. Un disparo de cañón certero y estaría acabado para...

Las imágenes conjuradas por esas palabras eran tan fantásticas que me resultó casi imposible comprender la cadena de razonamiento.

-¿Y los pasajeros? ¿Qué hay de ellos?

-Nada.

Hablé con algo de crueldad:

-¿Y qué importancia tiene todo esto? El primer ministro de Gran Bretaña no hace visitas en persona para dar noticias, por muy dramáticas que sean, sir Josiah.

-No, claro que no. -Apartó los ojos de los míos, y adoptó el aspecto tenso y acorralado que había visto en la granja de Lubbock-. Las noticias sobre el *Príncipe Alberto* eran la forma

Librodot

en que Ojos Alegres pretendía ganarse mi simpatía. Creo que esperaba relacionar, en mi mente, la guerra europea con mis propios esfuerzos.

»El Gobierno ha llegado al momento de la decisión. Metz ya ha caído; pero París aguanta, contra toda razón, incluso al coste de matar de hambre a sus propios ciudadanos. Mientras tanto, los prusianos se sienten más grandiosos y belicosos. Hay pocas expectativas de un acuerdo justo en esta guerra; y el gobierno lamenta bastante que los europeos ya no puedan luchar una guerra como caballeros, terminándola según las reglas. -Negó con la cabeza-. Gladstone dice que Europa podría caer en un caos terminal durante una generación, si Gran Bretaña no interviene. Eso dice él, pero por supuesto no cree tal cosa. Como es habitual, Gran Bretaña persigue sus propios fines, y Gladstone diría cualquier cosa para ganarse mi cooperación. Pero... pero, ¿y si hay algo de verdad en lo que dice? ¿Qué derecho tengo a resistirme a la marea de la historia? -Se llevó la mano a la frente, echando atrás el sombrero, y agitó la cabeza.

Le agarré el brazo.

-Sir Josiah, ¿le ha pedido que vuelva a crear las armas de antihielo de la campaña de Crimea?

-No. No, Ned; quieren armas nuevas... Tienen ideas que ni creería. ¿Cómo pueden seres humanos, hombres como usted y yo, caminar por ahí con la cabeza llena con esos pensamientos?... Y dicen que si no coopero retirarán sus inversiones -rió con amargura-. Que ya eran bastante precarias. Me echarán de mi hogar, destruirán mi acceso al antihielo; y se preparará un equipo de hombres menores para que hagan el trabajo en mi lugar.

Miré fijamente a su rostro largo y torturado, y recordé el análisis de Holden sobre la falta de perspicacia económica de aquel hombre. ¿Era aquél el talón de Aquiles del gran ingeniero, el defecto que provocaría finalmente la ruina de su trabajo... al igual que había destruido, al final, los planes de su héroe Brunel?

Esperaba que Traveller no aceptase los planes obscenos del Gobierno, pero tenía la incertidumbre en el rostro, y lo que dijo a continuación me desalentó.

-Gladstone es un tonto y un tenorio, sin duda; pero también es un político, Ned; ¡y ha plantado una duda en mi mente! Porque si construyo esos dispositivos, quizá realmente pueda hacerlos, digamos, «científicos» en su eficacia. Pero si hombres menores empiezan a jugar con ellos podríamos enfrentarnos a desastres a una escala jamás vista. -El rostro era sincero y estaba lleno de dolor-. Dígame, Ned. ¿Qué debo hacer?... Me temo que tengo que cooperar con ellos, por temor a la alternativa...

-En el nombre de Dios, Traveller, ¿qué quieren que construya?

Dejó caer la cabeza como si estuviese avergonzado.

-Naves de cohetes. Como versiones más pequeñas de la *Faetón*. Pero no las conduciría un piloto humano; en su lugar, una adaptación de mi mesa de navegación, con su sistema de guía giroscópico, serviría para dirigir el cohete hasta el punto de aterrizaje.

Estaba perplejo.

-¿Pero qué propósito tendría esa *Faetón* no tripulada? ¿Qué saldría de ella después de aterrizar? -me pregunte vagamente si llevaría munición o comida para los parisinos sitiados, pero Traveller movía la cabeza.

-No, Ned; no lo entiende. Y no se lo reprocho, porque se necesita una imaginación de una maldad especial.

»La nave de cohetes no aterriza. Se le permite que choque contra el suelo, al igual que un proyectil de artillería. Al hacerlo, estalla un Dewar de antihielo; el antihielo se extiende al calor de la tierra, y se produce una explosión monstruosa.

Extendió los brazos y giró como si estuviese borracho.

-Tiene que admitir que la idea tiene cierta grandeza -dijo-. Desde mi propio jardín, aquí mismo, podría lanzar un proyectil que cruzaría el Canal, hasta París, y caería sobre los orgullosos prusianos como un martillo...

-¡No!

Traveller y Pocket me miraron.

Miles de emociones recorrían mi pobre corazón. Las imágenes conflictivas de Françoise luchaban en mi interior: el dulce rostro que se había convertido, durante nuestro peligroso viaje alrededor de la Luna, en un talismán para mi, un símbolo de esperanza y futuro, al que regresaría; pero por debajo, en el espacio subyacente del dulce rostro, se encontraba el espectro del francotirador, un tótem de todos aquellos que desencadenarían la guerra y la muerte sobre el cuenco frágil de la Tierra que había observado desde el aire.

¡Cómo reproducía mi mente esas percepciones! ¡Y cómo me había alejado del muchacho simple que había subido a la *Faetón* apenas tres meses antes!

Descubrí que tenía decidido mis pasos.

Apenas había pasado un segundo desde mi única sílaba de protesta. Sin pensarlo más, giré sobre mis talones y corrí hacia la forma cubierta de la *Faetón*. Oí cómo Traveller me llamaba y corría detrás de mí, pero la nave llenaba toda mi atención.

Tenía que llegar a París -tenía que encararme con Françoise, salvarla si podía, desviar las bombas británicas- y para hacerlo tenía que viajar de la forma más rápida posible... ¡a los controles de la *Faetón*!

13

EL PILOTO DE GLOBO

La Cabina de Fumar había sido restaurada con amor. Las rayaduras y rasgaduras que habían quedado en el tapizado después de semanas de encierro habían sido reparadas y eran ya invisibles, y ofrecí una rápida y silenciosa oración por que el sistema de movimiento de la nave estuviese en tan buena condición.

Subí por una escalerilla de cuerda hasta el Puente. Durante un momento permanecí quieto mirando la larga serie de diales instrumentales, tan inseguro como un bárbaro penetrando en un templo.

Pero me deshice de esa sensación y sin más retraso me subí al asiento de Traveller.

Cuando el suave tapizado recibió mi peso, se activó algún interruptor oculto, y se activaron las lámparas eléctricas en cada instrumento. Me pareció oír un silbido, como si las cañerías llevasen la presión en aumento de los diversos sistemas hidráulicos de la nave. Como un enorme animal, la nave cobraba vida bajo mis manos.

Me quedé tendido en el asiento y observé con consternación la constelación de instrumentos. Pero había visto cómo Traveller hacía volar aquella nave desde la Luna a la Tierra, y me había parecido algo muy simple; ¡seguro que no había problema con un pequeño salto a través del Canal!

Con renovada determinación me volví hacia las palancas de control al lado del asiento. Las palancas terminaban en manillas un poco demasiado grandes para mis manos. Fijados a las manillas había pequeños tiradores de acero; éstos, recordé, controlaban la ignición y la fuerza de los motores de la *Faetón*.

Al cerrar las manos alrededor de las palancas sentí cómo se me acumulaba el sudor en las palmas.

Apreté las barras.

Los cohetes gritaron al despertarse. Un inmenso temblor recorrió la nave.

-¡Ned!

Traveller trepaba con dificultad por la escotilla de la cabina de fumar. Había perdido el sombrero y el pelo le caía a capas blancas sobre la frente. Respiraba con dificultad y el sudor le corría por la nariz de platino; y la mirada que fijaba en mí era tan intensa como la luz del sol.

-¡No intente detenerme, Traveller!

-Ned. -Ahora estaba en el Puente y se alzaba sobre mí. Con una voz cuya tranquilidad derrotaba el alboroto de los motores-. Salga de mi asiento.

-Me ha contado los planes de Gladstone. Como un inglés decente no puedo quedarme impasible y permitir que tal atrocidad proceda sin oposición. Tengo la intención de volar a Francia y...

-¿Y qué? -Ahora se inclinó hacia mí, Con el sudor acumulándosele bajo los ojos profundos-. ¿Entonces qué, Ned? ¿Usará la *Faetón* para destruir los proyectiles de Gladstone desde el aire? Piénselo bien, maldición; ¿qué puede llegar a conseguir además de su propia muerte en el holocausto resultante?

Levanté la barbilla y dije:

-Pero al menos quizá pueda avisar a las autoridades...

-¿Qué autoridades? Ned, ¡ahora mismo nadie sabe quiénes son las autoridades! Y en lo que se refiere a los prusianos...

-Al menos habrá un aviso. Y quizá pueda rescatar algunas almas de la devastación cuando ésta llegue, y así recuperaré algo del honor de Inglaterra.

Su boca se movía; luego pareció salir algo de rabia de él.

-Ned, es un tonto, pero supongo que hay formas peores de malgastar la vida... Y, por supuesto, está su Françoise.

Le miré fijamente, como desafiándole a burlarse de mí.

-Mademoiselle Michelet se ha convertido para mí en un símbolo de todos los desdichados que han quedado atrapados en esta guerra. Si todavía está viva en el crucero terrestre, prometo intentar rescatarla... ¡o morir en el intento!

-Oh, maldito idiota. Probablemente la bendita dama está exactamente donde quiere estar: le disparará en cuanto se acerque, con su rostro, Ned, dividido por la sonrisa de un tonto. -Él me miró con mayor intensidad, y algo de esa perspicacia para la gente que ya había apreciado en él brilló en su mirada-. Ah, pero eso no importa. ¿Verdad? No es la idea de rescatarla lo que le impulsa. Tiene que saber la verdad sobre su Françoise...

Me sentí resentido ante aquella visión del interior de mi alma.

-¡Déjeme, Traveller! No me detendrá.

-Ned... -Traveller alargó manos inciertas-. No puede hacer volar la nave. ¡La destruirá antes incluso de llegar al aire! Vamos, ni siquiera ha cerrado la escotilla antes de intentar hacerla despegar.

-¡Traveller, no intente detenerme! Le sugiero que vuelva con su amigo el primer ministro, y, a cambio del dinero que le ha prometido, proceda a construirle sus Ángeles de la Muerte.

Las líneas de su frente se alargaron aún más.

Sentí una punzada de vergüenza, pero la deseché.

-Sir Josiah, le concedo diez segundos para salir de esta nave. Luego me dirigiré a Francia.

Con una calma que se transmitía por las palabras dichas a gritos, contestó:

-Rechazo sus diez segundos. No tengo intención de salir de la nave; no puedo permitirle que destruya la *Faetón*.

-Entonces estamos en tablas, ¿Debo expulsarle yo mismo?

Traveller suspiró largamente y enterró el rostro durante un momento entre las manos; luego levantó la cabeza hasta mi cara.

-No será necesario, Ned; veo que está decidido a partir. Y, por tanto, no tengo más opción que acompañarle.

-¿Qué?

-Yo pilotaré la nave. Ahora, cédame amablemente el asiento para que podamos seguir...

Le estudié con la mayor de las sospechas, pero en su largo rostro sólo podía leer una determinación renovada.

-Traveller, ¿por qué iba a hacer tal cosa? ¿Por qué no debería sospechar que prepara algún truco?

Visiblemente reunió algunos fragmentos de paciencia.

-Puede sospechar lo que quiera. No me gustan los trucos, Ned; y soy muy sincero cuando digo que destruirá esta nave en segundos si sigue sin ayuda.

-Entonces ayúdeme. Dígame cómo pilotar la *Faetón*.

-Imposible -contó los argumentos con los dedos-. Se necesitarían varios días para enseñar incluso lo básico del diseño del control de vuelo. Incluso -añadió sin ironía- al alumno más brillante. Segundo. Piense en lo necesario para hacer volar una nave por la atmósfera. Ned, la *Faetón* no es inherentemente estable; eso significa que, a menos que quiera saltar directamente al aire, como su colega francés, el piloto debe responder continuamente a la nave; en caso contrario es tan probable que vuele cabeza abajo y que se dirija al suelo con

toda la fuerza de los motores. Ésta es la única nave voladora del mundo, y yo soy el único hombre con experiencia en esas artes. Tercero. Recordará que la *Faetón* es un prototipo. Por tanto, tiene varias rarezas y peculiaridades que sólo yo puedo anticipar y controlar...

-¡Vale! -El esfuerzo de mantener una presión constante sobre las palancas de motores estaba convirtiendo mis manos en montones de músculos tensos.

Luego, inesperadamente, Traveller sonrió, el cabello le caía del cráneo.

-Me pregunta por qué voy a pilotar la nave. No quiero que la destruya, muchacho; ése es un objetivo claro. Aparte de eso...

»Bien, el viejo Ojos Alegres ha dejado bien claro que esos proyectiles cohete se fabricarán con o sin mi participación. Ahora usted me ha obligado a pensar en ello. Si hay que volver a usar el antihielo como arma de guerra, quizá debería presenciar las consecuencias de mis propios actos, en lugar de leer algún reportaje inexacto en el *Guardian* tres días más tarde.

»Ned, estoy decidido. Vayamos a buscar a su preciosa dama; ¡vayamos a París, la Reina de las Ciudades!

Volví a buscar en su rostro. No había señales de engaño o mentira; de hecho, me recordaba el entusiasmo impulsivo que había conseguido despertar en él en aquellos últimos minutos de nuestra aproximación a la Luna. Y, por tanto, al fin asentí.

Traveller dio una palmada.

-Le he dicho a Pocket que se refugie en la casa, así que estamos listos para despegar. Ahora, Ned, si me deja libre el asiento... suelte las palancas con la mayor lentitud posible...

Y de esa forma, en unos minutos, el ruido de los cohetes se convirtió en un rugido; la cubierta de lona se abrió y cayó a los lados, y la *Faetón* se elevó sobre los campos de Surrey.

Traveller, con habilidad y gracia, voló hasta una altura de media milla por encima del suelo. Inclinó los motores, explicándome que al hacerlo los cohetes no sólo podían mantener el peso de la nave en el aire, sino, además, producir una aceleración lateral significativa.

Y así nos dirigimos a toda velocidad hacia el sur.

Yo mantenía la cara pegada a las ventanas. A semejante altura, la tierra, cuando no estaba tapada por las nubes, adoptaba el aspecto de un dibujo infantil con casitas, árboles y ríos bellamente detallados. Fue todo un impacto empezar abruptamente a volar por encima de las aguas gris metálicas del Canal.

Después de una hora llegamos a la costa francesa. Debajo de nosotros se extendía como un diagrama una ciudad portuaria, y Traveller comparó la imagen del periscopio con un mapa que tenía extendido sobre el pecho. Al final asintió satisfecho.

-¡Hemos llegado a Le Havre! ¡Ahora sólo hay un pequeño salto hasta París!

Imaginé a los simples pescadores que teníamos debajo levantando la vista y preguntándose qué era aquel monstruo rugiente que cruzaba el cielo escupiendo fuego.

Ahora nuestro guía era el Sena; seguimos corriente arriba su curso plateado por Normandía. El humo salía en espirales de las casas de campo y las granjas dispersas y, bajo la influencia de los vientos predominantes, corría como plumas hacia el este. Desde aquella perspectiva divina, no había señales de guerra.

En cierto momento volamos por encima de Rouen -las viejas calles parecían como un laberinto infantil y recordé que fue allí donde los ingleses quemaron a la Doncella de Orléans. Me pregunté qué hubiese pensado la gran guerrera de nuestro barco aéreo de aluminio. ¿Hubiese creído que era otra visión de Dios?

Finalmente, como a las dos de la tarde, llegamos a las afueras de París.

Desde el aire París es un óvalo desigual por el que corta el Sena de este a oeste. Con el periscopio podíamos ver con claridad las islas que se encuentran en el corazón de la ciudad, y estudiamos el techo elegante de la Catedral de Nôtre Dame todavía sin tocar por la artillería prusiana que había estado rodeando la ciudad. Justo al norte de las aguas podíamos distinguir la Rue de Rivoli, que va paralela al río. Siguiendo la calle hasta el oeste encontré los Campos Elíseos, y me quedé perplejo por algunos árboles caídos sobre la carretera: parecían cerillas tiradas. Me pregunté si habían sido derribados por la artillería alemana, pero Traveller sugirió

que la gran avenida estaba siendo cortada para suplir de combustible a los ciudadanos de la ciudad sitiada.

Alrededor del cuerpo marrón gris abierto en canal de la ciudad se encontraban las fortificaciones defensivas principales: seguimos veinte millas de muros desde el Bois de Boulogne en el oeste hasta el Bois de Vincennes en el este. Y en el campo, más allá de los muros, podíamos ver claramente los campamentos del Ejército prusiano. Las tiendas de oficiales eran como pañuelos esparcidos por los bosques y campos; y -cuando bajamos un poco más- pudimos distinguir los fosos donde se refugiaban las piezas de artillería; cientos de ellas, todas con sus morros siniestros apuntando a los indefensos ciudadanos de París. E incluso pudimos ver los chillones uniformes rojo, azul y plata de los mismísimos soldados prusianos.

Mientras miraba las caras levantadas y sorprendidas de aquellos alemanes Conquistadores, se me ocurrió que me resultaría muy fácil arrojar, digamos, un Dewar lleno de antihielo entre ellos... con efectos muy devastadores. Los Prusianos no podrían responder con nada; podríamos elevarnos con facilidad más allá del alcance de sus proyectiles, incluso si pudiesen apuntar a un objeto que flotaba en el aire.

Me estremecí, preguntándome si había tenido una visión de alguna guerra futura.

Vimos fascinados, elevándonos sobre la masa marrón de la ciudad, la enorme forma pesada de un globo de aire caliente. La prensa de Manchester había estado llena de los valientes intentos de los parisinos por comunicarse con el resto de Francia por medio de tales artilugios, y por la medida aún más desesperada de las palomas mensajeras; pero, aun así, la visión era sobrecogedora. El torpe vehículo parecía una sábana hecha a trozos por su multitud de colores y fragmentos desiguales, y se sacudía incierto en los vientos enérgicos del oeste que soplaban sobre los tejados de la ciudad, pero hacia el este navegó con algo parecido a la gracia, atravesando los muros de la ciudad en unos minutos.

Buscamos en el horizonte con el telescopio de Traveller... pero no había ni rastro del *Príncipe Alberto*.

Traveller frunció el ceño.

-Bien, Ned, ¿ahora qué?

Moví la cabeza, desconcertado y desilusionado; la escala del drama marcial que teníamos debajo era tan grande, que mis sueños impulsivos de que un hombre podría alterar el curso de los acontecimientos en desarrollo, incluso armado con una herramienta como la *Faetón*, parecían tonta fantasía.

-No sé qué podemos hacer aquí -dije finalmente-. Pero creo que todavía me gustaría mucho encontrar a Françoise.

Traveller levantó la barbilla.

-Entonces debemos obtener más información sobre el paradero del *Príncipe Alberto*.

-¿Aterrizamos en la ciudad?

Estudió durante un momento el mapa que tenía sobre el pecho.

-Me resisto a hacer algo así. No tenemos forma de advertir a los ciudadanos de nuestra aproximación, o de asegurarnos que el área esté despejada... es más, dado el actual estado excitable de los parisinos, el aterrizaje atraería a grandes multitudes, que se podrían poner en el camino de los chorros.

»No, Ned; no puedo recomendar aterrizar en la ciudad. Pero tengo una propuesta alternativa.

-¿Cuál es?

-Sigamos al piloto del globo. Cuando descienda, podremos aterrizar con seguridad y acercarnos a él.

Me lo pensé. Me sentía reacio a malgastar horas persiguiendo lentamente aquella nave primitiva. Pero por otro lado, el piloto del globo tendría una visión más amplia de la situación que el parisino medio, porque en caso contrario no le hubiesen ayudado a escapar. Unos

momentos de charla con ese tipo intrépido podrían reemplazar horas de recorrer la muchedumbre de París.

-Muy bien -le dije a Traveller-. Sigamos a ese valiente piloto, y esperemos que pueda ayudarnos.

Al este de París se encuentra la región francesa de Champagne; y fue allí, a unas veinte millas de los muros de la ciudad, donde los vientos del oeste depositaron el globo. Entre pequeños viñedos, la nave desinflada estaba tendida como un estanque de colores, perfectamente visible desde el aire.

Traveller depositó la *Faetón* a un cuarto de milla al norte. Antes de que se enfriasen las toberas desenredamos una escalera de cuerda y bajamos a tierra. Era al final de la tarde y nos quedamos quietos unos minutos, parpadeando hacia el cielo cubierto de nubes. La *Faetón*, habiendo llegado en su habitual estilo espectacular, estaba situada en el centro de un disco de vides quemadas y cortadas, ¡esas plantas no volverían a dar frutos! Y más allá de la región quemada había un joven vestido con un guardapolvo que nos miraba fijamente; incluso desde allí podíamos ver que tenía la boca abierta.

Traveller se dirigió resuelto hacia aquel rústico y le puso dinero en las manos. El ingeniero le dijo, en un francés entrecortado, que debía llevarle el dinero a su patrón como recompensa por la destrucción de una porción de sus viñedos. Perplejo, el pobre desenrolló el dinero y lo miró fijamente, como si nunca antes hubiese visto un billete de cinco libras. Pero no teníamos tiempo para más explicaciones; con despedidas cortantes, atravesamos acres de setos y vides.

Cinco minutos después llegamos al globo. La nave, ahora deshinchada, estaba fabricada con trozos mal cosidos de tela; vi manteles, sábanas, cortinas e incluso una tela suave y blanca que me recordó los elementos más discretos del vestuario femenino. El saco estaba roto por regiones unidas a trozos de cuerda; esos trozos tenían como propósito abrirse en caso de necesidad y desinflar el globo; pero alrededor de esos rectángulos, la pared del globo se había roto, y la nave debía haber descendido con mayor velocidad que la esperada por el piloto. Le comenté a Traveller:

-Buen Dios, sir Josiah, todo eso no es más que algo improvisado.

Traveller contestó:

-Uno necesitaría más valor para elevarse en el aire en esa nave que para viajar a la Luna en la *Faetón*. Los habitantes de París deben estar verdaderamente desesperados para...

-De hecho -dijo una voz, en francés, desde los montones de tela-, este parisino sólo está desesperado por continuar con sus asuntos sin el acompañamiento de arrogantes comentarios ingleses, y... ¡ah!

Traveller y yo intercambiamos miradas de perplejidad; y corrimos hacia el globo caído.

La barquilla del globo no era más que una gran cesta de ropa, unida al saco por trozos de cuero. La barquilla estaba caída de lado, y rollos y paquetes habían caído sobre la tierra suave; y en medio de todo había un joven. Tenía como mi altura y edad, con un aspecto atractivo oscuro y galo. Vestía las ropas simples y adustas de los trabajadores de la ciudad; por lo que podía haber sido, por ejemplo, un empleado de banca. Pero la chaqueta gris estaba rota y manchada de barro. Tenía la pierna izquierda extendida frente a él, y empujaba sobre el suelo intentando ponerse de pie; pero cada vez que ponía una onza de peso sobre la pierna izquierda gemía de dolor.

Traveller se inclinó para examinar la pierna herida. Yo dije, en inglés:

-Debe descansar. Está claro que se ha hecho daño en la pierna, y...

Él contestó en francés.

-Mi nombre es Charles Nandron. Soy diputado del Gobierno de Defensa Nacional. Señor, está en territorio francés, indudablemente sin invitación; tendrá la cortesía de dirigirse a mí en la lengua de mi país, o en caso contrario no me hable... ¡ah! -El dedo examinador de Traveller había llegado al tobillo. Nandron echó la cabeza atrás y apretó los dientes.

Usando mi francés fluido nos presenté.

-Vinimos en la *Faetón*, que es una...

-No siento interés por los artilugios británicos -dijo con desdén el diputado-. He arriesgado la vida para comunicarme con el Gobierno provincial de Tours...

Con su inglés seco, Traveller dijo:

-Si no se queda quieto y muestra algo de interés por su pierna, joven, no va a comunicarse con nadie durante mucho tiempo, excepto con algunos cultivadores de uvas. -Se volvió hacia mí y dijo-: No soy médico, pero no creo que esté rota; sólo piel abierta y un golpe fuerte. En la *Faetón* tengo algunos linimentos y emplastos; si evita que este joven altanero se escape, iré a buscarlos.

Asentí. Mientras Traveller se alejaba, los ojos arrogantes de Nandron bailaron curiosos sobre la nariz de platino de sir Josiah; pero pronto volvió su atención al cielo.

Yo dije en francés:

-Los informes disponibles en Manchester sobre el estado de París son fragmentarios, basados en su mayoría en las noticias traídas por hombres intrépidos como usted... acompañadas de muchísimas elucubraciones.

Asintió, cerrando los ojos.

-París se encuentra en grave peligro. Claramente los prusianos tienen la intención de hacerle pasar hambre hasta que se rinda.

-Tienen noticias de la guerra?

-Sabemos que Bismarck controla toda Francia al norte y este de Orléans, excepto París. Al igual que en 1815, Francia permanecerá o caerá si París permanece o cae; pero esta vez repeleremos la invasión...

-Sí. ¿Y hay algún ejército tras los muros de la ciudad?

-Un ejército de ciudadanos, señor. La Guardia Nacional se ha duplicado hasta superar los trescientos mil hombres; prácticamente todos los hombres capaces de la ciudad se han levantado para salvar su país. ¡Incluso se espera que nosotros los políticos sirvamos en la brecha!

Estudié el rostro orgulloso, ahora cubierto del sudor del dolor, y reflexione que si la historia de la hidra que era la muchedumbre de Paris debía servir de guía, aquellos indefensos políticos probablemente no habían tenido más opción que ocupar su puesto en las barricadas junto con el resto.

Pero decidí no comentarlo, preguntando en su lugar:

-¿Y cuál es la situación en la ciudad?

Negó con la cabeza.

-No puede entrar comida en la ciudad; los vientos predominantes hacen que sea imposible llevar aun unas pocas libras en globo. Pero queda comida; nuestra dificultad como Gobierno ha sido la distribución, tanto en la región como en la sociedad -rió con ligero cinismo-. No sorprende a nadie que los pobres sufran más. Los tenderos también ven arruinados sus negocios. Pero los mejores restaurantes mantienen sus menús. -Me apuntó con la mirada e intentó sentarse más recto-. Quizás usted y su diletante acompañante quieran visitar uno durante su estancia. Me disculpo en nombre de todos los parisinos por la falta de elementos como vegetales frescos, marisco y pescado; pero los menús se han vuelto más exóticos que nunca con la adición de canguro, elefante y gato...

Le puse una mano sobre el hombro para calmarle.

-Señor, no somos sus enemigos. Arriesgamos nuestra propia vida en el escenario de la guerra. Buscamos a alguien.

Con curiosidad me preguntó:

-¿Quién?

-¿Ha oído hablar del *Príncipe Alberto*? -le expliqué las circunstancias del robo de la nave por los francotiradores, y los informes que decían que se movía hacia el sur en dirección a París.

Pero Nandron lo negó con la cabeza.

-No sé nada de tal nave -dijo desdeñoso-. Y en todo caso, los francotiradores son ahora más útiles para interrumpir las largas líneas de suministros de los prusianos, que llegan hasta Berlín...

Disgustado por ese nuevo fracaso, pasé sin embargo los minutos restantes esperando a Traveller y obteniendo de aquel arrogante joven parisino más información sobre el estado de la ciudad.

Me contó, por ejemplo, cómo incluso el programa para reconstruir las murallas defensivas, que ya tenían treinta años, estaba plagado de disputas y retrasos porque los grupos rivales de ingenieros discutían sobre la elección del diseño mas elegante y atractivo. No pude evitar recordar el relato de mi hermano sobre las simples pero eficientes fortificaciones construidas por los rusos alrededor de Sebastopol.

En la tranquila luz agonizante de aquella tarde rústica francesa, sentía dificultades para aceptar como verdades los detalles terribles de la narración de Nandron.

La mejor esperanza de salvación para París parecía estar con el ministro del Interior, Gambetta, que semanas antes había salido en globo de París. Ese Gambetta había, eso parecía, reunido un nuevo ejército de la misma tierra de Francia, y ya había atacado a los prusianos con éxito en Coulmiers, cerca de Orléans. Ahora Gambetta se dirigía a Orléans donde tenía intención de oponerse a los invasores. Pero grandes fuerzas prusianas, que antes habían estado ocupadas en el asalto de Metz, se movían para enfrentársele; y parecía que Orléans podría ser un campo de batalla tan decisivo como Sedan.

Traveller volvió y aplicó eficientemente un emplasto a la pierna de Nandron. Mientras sir Josiah trabajaba, Nandron seguía hablando.

-Se dice que el general Trochu -el jefe del Gobierno provisional- no teme por el futuro de Francia; porque cree que Santa Geneviéve, que liberó al país de los bárbaros en el siglo V, regresará para hacerlo de nuevo -rió con algo de amargura.

Pregunté:

-¿No comparte sus creencias?

-Preferiría confiar en los rumores que corren por los bares de la ciudad y que afirman que el mismísimo Bonaparte ha regresado de la muerte, o ni siquiera llegó a morir en su exilio británico, y que vuelve en un gran carro para unirse al Ejército de Gambetta en Orléans y echar a los rusos.

Asentí.

-Boney en persona, ¿eh? Que idea tan encantadora...

Pero Traveller me hizo callar con un gesto.

-Ese gran «gran carro» -dijo con su francés entrecortado-. ¿Dan detalles los relatos callejeros?

-Claro que no. Son rumores de ignorantes y desinformados.

Miré a Traveller con una nueva suposición.

-¿Cree que el carro podría ser el *Príncipe Alberto*?

Traveller se encogió de hombros.

-¿Por qué no? Imagine al gran navío de antihielo atravesando los campos de Francia, manejado por aquellos intrépidos francotiradores. ¿No llegarían noticias de ese acontecimiento a la desesperada ciudad de París de forma confusa, entremezclándose con esas tonterías sobre el corso?

-¡Entonces debemos dirigirnos a Orléans! -dije.

Pero Nandron añadió:

-Su análisis es erróneo. Ningún hijo de Francia con respeto de sí mismo tendría algo que ver con una máquina británica. Porque la opinión del Gobierno Nacional de Defensa es que la invasión de Francia por la tecnología británica es tan odiosa como la de los bárbaros prusianos...

-Aunque algo más difícil de definir, ¿eh? -dijo Traveller con alegría-. Bien, muchacho, puede que desprecie el mismo nombre de Gran Bretaña; pero a menos que ahora acepte la

ayuda británica le va a llevar mucho tiempo llegar a Tours con esa pierna, a pesar de mis milagrosas habilidades curativas.

El francés habló con voz helada.

-Gracias; pero prefiero seguir mi propio camino.

Traveller se golpeó la frente.

-¿No tiene límite la estupidez de los jóvenes?

En un inglés de mucho acento, Nandron dijo:

-Deben entender que no son bienvenidos aquí. No les queremos. ¡Debemos expulsar a los prusianos con la sangre de los franceses!

Me rasqué la mejilla.

-Me gustaría que le dijese eso a Gladstone.

Pareció perplejo.

-¿Qué?

-No importa -me puse en pie-. Bien, sir Josiah; parece que esto es todo.

-¿A Orléans?

-¡Claro!

Le dijimos adiós a Nandron, gesto que no nos devolvió, y atravesamos el ordenado viñedo; mi última imagen del testarudo diputado me lo mostraba luchando sobre una pierna sana por recoger los papeles y otros materiales que había traído con tanta dificultad desde el París sitiado.

14

LA FRANCOTIRADORA

-No podemos perder ni una hora -le insistí a Traveller-. Ahora mismo el *Príncipe Alberto* podría estar acercándose a las fuerzas prusianas; y podemos estar seguros de que cuando entren en batalla la situación de los inocentes en el crucero será aún más precaria...

Traveller se frotó la barbilla.

-Sí. Y sus tontos planes para rescatar a Françoise no se verán precisamente favorecidos por los proyectiles prusianos y franceses volando de un lado a otro. Debemos intentar encontrar al crucero antes de que se enfrente a los prusianos. Y hay otra razón para apresurarse, que posiblemente no se le haya ocurrido.

-¿Cuál?

Formó un puño huesudo.

-Las armas de antihielo.

Yo dije:

-Pero seguro que la preparación de esos dispositivos que ha descrito llevará algo de tiempo, especialmente ahora que ha salido, junto con sus conocimientos, de Inglaterra.

Negó con la cabeza.

-Me temo que no. Diversos cohetes, prototipos de los motores de la *Faetón*, están completos en mi laboratorio. No les llevará mucho tiempo a los hombres de Gladstone adaptarlos. Y Ned, no debe exagerar mi importancia personal: los principios de mis motores de antihielo hubiesen sido comprensibles para Newton; un examen de unos minutos sería mas que suficiente para cualquier competente ingeniero moderno. Incluso mis contribuciones más originales, como el sistema de guía giroscópico, son bastante transparentes.

Me inquietaban sus comentarios.

-Dios mío. ¡Entonces debemos empezar cuanto antes!

-No. -Traveller señaló la luz que se ponía, ya eran casi las cinco de una tarde de otoño-. No sería muy práctico aterrizar la *Faetón* en medio de un campo de batalla bajo completa oscuridad. Y además -añadió-, ha sido un largo día para los dos; apenas han pasado unas horas desde que recibí a Ojos Alegres en mi estudio.

Discutí ese retraso con todas las fuerzas que pude reunir; pero Traveller se mostró inamovible. Y así fue como nos preparamos para pasar otra noche entre las paredes de aluminio de la *Faetón*. Preparé una comida con el nuevo surtido de carne prensada; Traveller sirvió globos de buen brandy; y nos sentamos junto a la luz de las lámparas en la Cabina de Fumar, tal y como habíamos hecho entre los mundos.

El punto central de la cabina, el elaborado modelo del *Gran Oriental*, había sido reemplazado por una réplica, por lo que podía ver completamente exacta en todo detalle. El pequeño piano de Traveller seguía plegado en su sitio, un triste recordatorio de momentos más felices.

Durante un rato recordamos el viaje al espacio, pero teníamos la cabeza demasiado llena del día siguiente. Finalmente propuse:

-No es sólo la disponibilidad de sus cohetes experimentales lo que decidirá el programa de esta guerra. Porque seguramente el Gobierno agotará primero los canales diplomáticos

disponibles. El saber que Gran Bretaña está dispuesta a usar el antihielo será un maravilloso incentivo para la mente de los continentales.

Él se rió.

-Por tanto, ¿sólo por ser reprendidos por el viejo Ojos Alegres, dejarán las armas como buenos chicos? No, Ned; debemos enfrentarnos a los hechos. Bismarck ya sabía que teníamos antihielo antes de provocar esta guerra terrible y, por tanto, debe haber descartado que Gran Bretaña lo usará. Sólo la detonación de un proyectil de antihielo en medio de las líneas de batalla le convencerá de lo contrario. Y en lo que se refiere a los franceses, Ned, esos tipos luchan por su vida, su honor y su preciosa *patrie*. Es muy poco probable que respondan a la posibilidad abstracta de las superarmas británicas. Una vez más, sólo el uso de tal dispositivo podría hacerles cambiar de opinión. Por tanto, la diplomacia no tiene sentido; no hay razones para no hacerlo. Y ésos, estoy seguro, son los cálculos que han hecho Gladstone y su gabinete.

Las palabras eran sombrías; tomé un sorbo de brandy.

-Entonces cree que todos los argumentos están a favor del uso del antihielo.

Sus ojos recorrieron las lámparas.

-No veo ninguna alternativa.

Me incliné hacia delante.

-Sir Josiah, quizá debía haberse quedado en Inglaterra para luchar contra esos actos. Quizá sus argumentos hubiesen servido de algo.

Me miró con un rastro de diversión en los ojos fríos.

-Gracias por ese consejo meditado y razonable: ¡de un hombre que no me dejó otra elección sino acompañarle lejos del país! Pero en todo caso, mi presencia no hubiese representado ningún cambio. Gladstone no vino a mi casa a discutir la cuestión, sino a obligarme a aceptar la decisión.

Así pasó la velada.

Al llegar la oscuridad nos retiramos una vez más a los estrechos camastros. Permanecí quieto toda la noche, pero mi cabeza era un torbellino de todas las posibilidades del día siguiente. No pude dormir.

Los dos nos levantamos al entrar por la portilla los primeros rayos del amanecer. La Pequeña Luna estaba en lo alto del cielo despejado, un faro de brillante luz blanca que iluminaba el paisaje que se despertaba.

Con pocas palabras nos lavamos y vestimos, tomamos un desayuno rápido, y -ni una hora después del amanecer- elevamos una vez más la *Faetón* por los cielos de la Francia ocupada.

La vieja ciudad de Orléans está situada a unas cincuenta millas al sur de París, a orillas del Loira.

Cuatro siglos antes fue salvada del asedio inglés por Juana, llamada la *Doncella de Orléans*; ahora estaba en el frente de otra guerra, con Francia en una situación todavía más desesperada.

Traveller insistió en que era necesario rellenar los tanques y -para mi profunda irritación- posó la *Faetón* en una orilla del río. Refunfuñando en voz alta, le ayudé a llevar la manguera hasta el borde del agua y me impacienté mientras las bombas de la nave chupaban el líquido que necesitaba el motor.

Llegamos a Orléans ligeramente antes de las siete y media. A pesar de la reciente victoria de Gambetta cerca de Coulmiers, Orléans estaba todavía ocupada. Y, al pasar quizás a un cuarto de milla por encima de los tejados y torres de la ciudad y examinar las caras boca arriba de los ciudadanos con ayuda del telescopio, por todas partes veíamos tropas y oficiales prusianos. Un soldado -un coracero, espléndido en su peto blanco de metal y deslumbrante escarapela- levantó el rifle hacia nosotros y disparó. Vi el resplandor en la boca del arma y oí, unos momentos más tarde, el sonido distante de la explosión; pero la bala cayó inocua a tierra.

Librodot

No había ni rastro del *Príncipe Alberto*. Propuse aterrizar para buscar noticias, pero Traveller señaló por toda la ciudad a los prusianos que salían, bajo la luz de la mañana, de sus acuartelamientos; una columna estaba formándose en orden de marcha en el borde norte de la ciudad.

-Creo que la discreción es lo más acertado -dijo-. Un descenso tonto con la *Faetón* no sería tomado con mucha calma por esos alemanes listos para la batalla.

-¿Entonces qué hacemos?

El ingeniero, tendido en su asiento, colocó un nuevo ocular en el periscopio.

-Yo diría que la columna prusiana está preparándose para dirigirse al oeste, quizás hacia Coulmiers, para enfrentarse una vez más a los franceses. Seguro que en esa dirección se encuentran nuestras mejores esperanzas de encontrar al *Príncipe Alberto*.

-¿Y si volvemos a fallar?

-Entonces tendremos ciertamente que bajar y esperar poder conseguir más información sin que nos vuelen la cabeza. Pero trataremos esa dificultad en su momento. ¡A Coulmiers!

Desde Orléans, Traveller siguió el brillante sendero del Loira hacia el oeste, luego giró al norte, atravesando una gran pradera limitada por setos. Pero al acercarnos a la ciudad de Coulmiers, noté en el horizonte que se acercaba una gran alfombra que ocupaba los monótonos campos franceses, una sábana azul grisácea de polvo y movimiento y el brillo del metal. Pronto pude distinguir que aquel mar de actividad estaba dirigiéndose lenta pero decididamente hacia el este, ¡de vuelta a Orléans!

Así que nos habíamos encontrado con el Ejército francés del Loira, la nueva *levée en masse* de Gambetta.

Nos abatimos como un ave de rapiña sobre el Ejército que se aproximaba. De cerca, aquella gran fuerza andrajosa era menos impresionante. Las piezas de artillería se afanaban como balsas de metal tiradas por caballos en un río de soldados; pero los abrigos azul marino de los soldados de infantería, las gorras rojas, las mochilas estropeadas y las tiendas de vivaque mostraban todos los signos del uso duro durante muchas noches en los campos. Y los rostros, jóvenes y viejos, parecían llenos de fatiga y miedo.

Una vez más nos dispararon, sin ningún efecto; pero cuando se detuvo una pieza de artillería y se la apuntó hacia nosotros, Traveller aumentó rápidamente la altitud.

Y al combinarse los soldados una vez más en un mar monstruoso de humanidad, regresó mi sentido de la escala de aquella fuerza; parecía extenderse de horizonte a horizonte, una ola dispuesta a arrastrar a los prusianos con escarapelas como otros tantos reyes.

-Buen Dios, Traveller, éste es un ejército para acabar con todos los ejércitos. Aquí debe de haber como medio millón de hombres. Gambetta volverá a aplastar a esos prusianos simplemente por cuestión de número.

-Quizás. Ese Gambetta evidentemente ha hecho bien en reunir semejante ejército. Aunque algunas de esas piezas de artillería tienen un aspecto algo antiguo; y ¿ha notado la gran variedad de tipos de rifles? Uno también se pregunta por la disponibilidad de munición para esos valientes hombres.

Yo no había observado nada de eso. Dije:

-¿Entonces es usted menos optimista sobre sus posibilidades de triunfo contra los prusianos?

Apartó el periscopio y se frotó los ojos.

-He visto suficientes guerras como para saber más de su ciencia de lo que me gustaría. La superioridad numérica, aunque es un factor significativo, se ve muy superada por el entrenamiento y la experiencia. ¡Mire la formación de los pobres franchutes, Ned! Marchan distribuidos en sus unidades de batalla. Está claro que son incapaces de realizar maniobras rápidas; y, por tanto, sus oficiales deben colocarlos como ovejas y dirigirlos a la batalla.

»Mientras tanto, los prusianos avanzan con comodidad y total competencia a su encuentro...

»Ned, me temo que estamos a punto de ser testigos de un día de sangre y horror; y si es decisivo, sólo puede serlo a favor de los prusianos.

Pero yo apenas escuchaba; porque en el horizonte oriental había visto algo nuevo. Era como una fortaleza cuyas paredes se alzasen sobre las resplandecientes bayonetas de los soldados franceses; pero era una fortaleza que recorría la planicie junto con la infantería...

Incapaz de contener la emoción, me volví hacia Traveller y le agarré el hombro.

-Sir Josiah, mire. ¿No se darían la vuelta los prusianos y huirían al ver... eso?

Era el *Príncipe Alberto*. ¡Al fin lo habíamos encontrado!

El crucero terrestre era un lingote de hierro en un océano de humanidad con abrigos. Tras el navío podíamos distinguir las huellas de tierra revuelta que se extendían como dos líneas perfectamente rectas hasta el horizonte. Traveller estaba encantado, al considerarlo una prueba de que el sistema propulsor de antihielo funcionaba como era deseable.

Claramente todavía había a bordo del *Príncipe Alberto* gente suficiente que entendía su funcionamiento y la conexión con el extraordinario navío aéreo que flotaba por encima; porque nos recibieron con vítores desde la Cubierta de Paseo y también los soldados que caminaban cerca de las huellas barrosas. Devolví el saludo, esperando que me pudiesen ver a través del domo de la *Faetón*. Era, pensé, un cambio agradable con respecto a los disparos.

Pero la expresión de Traveller era sombría; inspeccionaba por el periscopio los daños sufridos por la nave.

Todavía estaban en pie cinco de las seis chimeneas, aunque la orgullosa pintura roja estaba raspada y manchada de barro. Donde había estado la sexta sólo había una herida negra y abierta que llevaba, como la boca de un cadáver, al interior de la nave. Mirando hacía la herida, y recordando los detalles del terrible día de agosto del lanzamiento de la nave, la sangre me vino a la cabeza con un susurro casi audible.

El resto de los daños parecían más superficiales. La pasarela cubierta de cristal que había adornado los laterales de la nave había sido reemplazada por escaleras de cuerda, por la velocidad de retirada en caso de ataque, suponía yo. En el casco se habían practicado miles de ranuras a intervalos irregulares. Por esas ranuras podía ver, no la elegancia de los salones o el delicado hierro forjado que había caracterizado la austera elegancia de la nave, sino los feos morros de pequeñas piezas de artillería.

Realmente el crucero terrestre había sido transformado en una máquina de guerra.

La furia de Traveller era profunda y amarga.

-Ned, si los prusianos hubiesen comprendido lo frágil que es realmente el *Príncipe Alberto*, nunca hubiesen permitido que se adentrase tanto en territorio francés.

-Pero puede ver que es un icono, un punto de reunión para ese ejército francés.

-Es un símbolo, pero no puede ser nada más. Ned, es más probable que guíe a esos muchachos a una muerte temprana que a una victoria.

Fruncí el ceño y me volví hacia la ventana que daba al este.

-Entonces será mejor que bajemos sin más retraso, sir Josiah, porque... ¡Mire!

En el horizonte, bajo el brillo de la Pequeña Luna, había una línea de plata centelleante, de guerreras azul oscuro, de las aberturas levantadas de las piezas de artillería, del movimiento nervioso de los caballos: eran las tropas prusianas que venían de Orléans, situadas en orden de batalla.

La guerra estaba como a media hora de distancia.

El estanque ornamental del *Príncipe Alberto* había sido tapado con tablas, y el jardín había quedado reducido a un montón de barro puntuado por los muñones de los árboles talados. Toda la cubierta superior estaba ocupada por piezas de artillería y soldados; aquellas tropas variadas iban desde oficiales de húsares, con sus elegantes gorros negros de lana de cordero, hasta civiles -tanto hombres como mujeres- con los restos rotos de buenas ropas. Al verlos, mi corazón dio un salto de alegría; si personas tan nobles habían permanecido con la nave desde su fatídico lanzamiento, quizás había realmente una posibilidad de encontrar a Françoise todavía con vida.

Traveller mantuvo la *Faetón* quieta durante un momento, hasta que quedó clara su intención; y uno de los oficiales de húsares comenzó a despejar una zona de aterrizaje.

La *Faetón* se posó con tanta suavidad como un huevo. Sin esperar a que las toberas se enfriasen, abrí las escotillas, bajé la escalera de cuerda y salté a cubierta.

Me cogió por sorpresa la intensa luz del sol (ya eran más de las ocho y media). Al ir desvaneciéndose el ruido de los motores, los ocupantes de la Cubierta de Paseo, soldados y civiles por igual, empezaron a acercársenos. Cada uno llevaba un rifle; ¡incluso, me sorprendí al verlo, una de las mujeres! Aquella persona extraordinaria llevaba los restos de un vestido de seda similar al que había llevado Françoise el día del lanzamiento; pero el vestido estaba roto y manchado de sangre, dejando al descubierto zonas de ropa interior, lo que, en circunstancias menos terribles, hubiese parecido indiscreto. Tenía el rostro oscurecido por la suciedad, sostenía un *Chassepot* frente a ella, con el cañón apuntándome, y con iguales muestras de competencia y control que sus compañeros masculinos.

De la multitud recelosa salió el oficial que había despejado la zona. Era un hombre alto de unos treinta años que llevaba la guerrera marrón y la banda de su regimiento, y sus feroces ojos marrones y bigote delgado, enmarcados por la banda de latón del gorro, indicaban fuerza, inteligencia y competencia. Pero tenía grandes ojeras, y el rostro cubierto con una barba de varios días. Se presentó como capitán de Húsares y nos preguntó nuestras intenciones; pero, antes de que pudiésemos contestar, un rugido apagado vino desde el horizonte oriental.

El húsar se arrojó al suelo mientras caía; Traveller y yo fuimos más lentos. Traveller susurró.

-La artillería prusiana.

-¿Qué? ¿Tan cerca estamos?

-Sin duda. Espere a que encuentre el ángulo y... Un silbido abrió el aire, a mi izquierda; un proyectil cayó a tierra a cierta distancia del mar de tropas francesas y explotó inocuo, provocando grandes vítores en la multitud del *Príncipe Alberto*.

Pero estuvieron menos dispuestos a vitorear cuando un segundo proyectil cayó a más o menos un cuarto de milla tras la nave, esparciendo soldados como bolos. La cubierta se agitó y ante mis ojos horrorizados un gran chorro de tierra de color rojo se elevó en el aire. La mezcla de tierra y carne humana era tal que parecía como si la Tierra misma estuviese herida.

-Traveller, ¿es esto la guerra?

-Me temo que sí, muchacho.

El oficial húsar se volvió hacia nosotros y dijo en un francés rápido:

-Caballero, ya ven que nos han encontrado; si no quieren que vuelen su bonito juguete les sugiero que vuelen a un lugar más tranquilo.

Le agarré el brazo.

-¡Espere! Estamos buscando a una pasajera de esta nave; quedó atrapada aquí cuando...

Pero el capitán apartó mi mano con furiosa impaciencia y corrió hacia sus tropas.

Me volví hacia Traveller.

-Debo encontrarla.

-Ned, no tenemos sino minutos. Un buen tiro de esos prusianos...

Le agarré los hombros desesperado.

-Hemos llegado tan lejos. ¿Me esperará?

Me apartó.

-No malgastes el tiempo, muchacho.

Vagué por la cubierta como en una pesadilla. En mi interior, no podía aceptar ninguna imagen de Françoise sino la de una pasajera atrapada, una víctima. Y, por tanto, busqué en lugares donde pudiese refugiarse, o donde estuviese encerrada. Miré por escaleras que daban al interior de la nave; pero donde una vez había habido champán y brillantes conversaciones habían llenado el aire, ahora sólo me recordaba el interior de un acorazado de Nelson. Las piezas de artillería sobresalían como hocicos de perro por los agujeros en el casco, y por todas partes estaba el olor de la cordita, los vapores del formaldehído y los montones de vendas de

un hospital de campaña improvisado. Encontré el Gran Salón, o lo que quedaba de él; por donde una vez había pasado la chimenea oculta por la decoración ahora sólo había un hueco grande y obsceno, y el interior del salón estaba uniformemente ennegrecido y destrozado. Pero hombres y mujeres se movían decididos por él, atendiendo a las armas. Los paneles elegantemente pintados, rotos y quemados, miraban con exquisita incongruencia a escenas que sus pintores seguramente nunca habían anticipado.

Pero no había ni rastro de Françoise. Mi tensión y ansiedad se acercaban al punto de ruptura. Volví a la Cubierta de Paseo. A mi alrededor sólo había gritos. Mirando por encima de la cubierta hasta los campos, podía ver que las andrajosas formaciones francesas ya intercambiaban tiros con sus oponentes prusianos. Los proyectiles seguían silbando, pegando sobre la tierra manchada de la sangre de los franceses. Los cañones del *Príncipe Alberto* también habían empezado a hablar; y cada vez que disparaba un proyectil, toda la frágil estructura del crucero se movía y agitaba.

Luego oí, como la nota de un oboe en medio del estruendo de una gran orquesta, la voz de Traveller llamándome. Miré hacia la *Faetón*. Cuando el ingeniero vio que tenía mi atención miró al cielo.

Entrecerrando los ojos vi una línea de blanco, como una nube muy delgada, dibujada sobre el cielo y que formaba un arco más allá de la Pequeña Luna. La línea crecía, como si la trazase la mano de Dios... y pasaba por encima del campo de batalla en dirección a Orléans. La aparición no producía ningún ruido, y pasó desapercibida para las tropas ansiosas y aterrorizadas del suelo.

Estaba claro lo que era. Un cohete de antihielo. Se me hundió el corazón, no sólo por miedo personal, sino de vergüenza en aquella hora por Gran Bretaña.

Agité la cabeza y devolví mi atención al caos creciente que me rodeaba, preguntándome cómo podría completar la búsqueda en los pocos minutos que me dejaba el proyectil de antihielo.

Espié a la mujer «soldado» que había visto antes. Aquella feroz damisela se había situado ahora en la barandilla de la proa y se había llevado el rifle al hombro, apuntando a los prusianos. Decidí hablar con ella. Seguro que las pocas mujeres a bordo de la nave, sin que importase su opinión del conflicto, se ayudarían y apoyarían las unas a las otras en aquella situación; y, por tanto, quizá esa moderna Juana podría dirigirme hacia Françoise, ¡cuyo rescate se había convertido en el único punto fijo de aquella confusión!

Caminé hacia ella. Iba despacio. Franceses nerviosos iban de un lado a otro, con el olor de la sangre prusiana en la nariz, empujándome más de una vez. Los proyectiles prusianos seguían corriendo por el aire, y cada pocos segundos me veía obligado a protegerme, o a aplastarme contra la cubierta.

Pero finalmente llegué hasta la dama guerrera; disparaba tiros con eficacia clínica, y cuando le puse una mano en el hombro se volvió y me soltó en un rápido francés de acento marsellés:

-¡Maldita sea! ¿Qué quiere?...

Luego se le apagó la voz y entrecerró los ojos... ojos azul celeste que todavía eran, tras la máscara de suciedad, adorables.

Me eché atrás, ignorando los proyectiles que caían.

-¿Françoise? ¿Es usted?

-¡Claro! ¿Y quién demonios... ?Ah, ya recuerdo. Vicars. Ned Vicars. -Su rostro pareció alejarse, como si sus ojos se hubiesen convertido en telescopios; no sentía la cara y el ruido de la batalla me parecía muy lejano.

Así que era cierto. Como Holden habla sospechado, como había descubierto la rápida perspicacia de Traveller. Justo lo que mi tonta ingenuidad se había negado a aceptar.

Ella movió la cabeza, con el asombro atravesando brevemente la tensión y la rabia.

-Ned Vicars. Creí que había muerto en la explosión.

-Estaba a bordo de la *Faetón*, y la nave no fue destruida. Frédéric Bourne la robó. Volamos... ¡Françoise, volamos hasta la Luna!

Me miró como si estuviese loco.

-¿Qué ha dicho?... ¿Pero qué hay de Frédéric?

-Sobrevivió; y está recluido. Pero usted... -Le puse las manos sobre los hombros y sólo sentí un nudo de músculos-. Françoise, ¿qué le ha sucedido a usted?

Me apartó los brazos de un golpe y apretó el rifle contra lo que le quedaba de vestido.

-No me ha pasado nada.

-Pero sus modales... el arma...

Se rió.

-¿Qué tiene de extraño un arma en manos de una mujer? Soy francesa, ¡y mi país está en peligro mortal! Claro que uso un rifle.

-Pero... -El olor de la cordita, el rugido de los proyectiles, los temblores de la cubierta... todo se mezclaba en mi mente-. Pensé que habría muerto cuando estalló la chimenea; o, si había sobrevivido, quizá la habían hecho prisionera.

Ella se acercó a mí y me miró a los ojos; su rostro, que una vez me había parecido tan hermoso, era una máscara de desprecio. Dijo:

-Una vez le consideré a usted, y a los que son como usted..., dulce. Inofensivos en el peor de los casos. Ahora me parece criminalmente estúpido. No fui herida en la explosión de la chimenea porque, después de cerrar la llave de paso durante la visita con el ingeniero, me aseguré de estar en la esquina más alejada de la nave.

Ahora sabía por qué estaba tan decidido a venir a un lugar tan terrible.

Había venido a enfrentarme finalmente con la verdad: y allí estaba, en todo su horror. Apenas podía hablar.

Chilló un proyectil que se aproximaba, más alto que nunca; por encima del ruido grité:

-Françoise... venga conmigo.

Ella abrió la boca y rió a carcajadas; vi cómo la saliva llenaba sus dientes perfectos.

-Ned, los ingleses nunca entenderán la guerra. Váyase a casa. -Y me dio la espalda.

Entonces la cubierta saltó a mis pies y caí de espaldas; un gran rugido llenó mis oídos.

Habían alcanzado al *Príncipe Alberto*. El crucero terrestre se detuvo. Traveller había estado en lo cierto: un proyectil certero había sido suficiente para detener la nave. Cuatro chimeneas todavía lanzaban vapor, pero por la quinta sólo salía un ominoso humo negro; y de algún punto en las profundidades de la nave había un chirrido bajo y agonizante, como si los miembros de metal de la nave todavía luchasen por moverla sobre la tierra.

La Cubierta de Paseo estaba doblada en grandes ondas de metal. Las placas se habían soltado y los remaches habían saltado.

Los soldados y las armas estaban esparcidos como juguetes. Pero a todo mi alrededor ya había decidida actividad, al trepar los hombres por las pasarelas para coger las armas.

No había rastro de Françoise. Puede que se hubiese recuperado antes que yo... o podría yacer tendida y rota entre sus compatriotas, una nueva *Doncella de Orléans*.

Ya no había nada que pudiese hacer por ella -me parecía que nunca había podido hacer nada- y debía concentrarme en salvarme a mí mismo. Al otro extremo de la cubierta la *Faetón* todavía estaba en pie, pero algo inestable; al correr hacia ella, se produjo otra explosión en el crucero terrestre, y caí de nuevo sobre la cubierta ensangrentada. Parecía que el *Príncipe Alberto* se destrozaría a sí mismo sin más ayuda de los prusianos.

El vapor salía de las toberas de la *Faetón*. Agarré una escalera de cuerda, tiré de ella detrás de mí, y cerré de un golpe la escotilla; luego, con lo que me quedaba de fuerzas, me metí en el Puente.

Traveller estaba en el asiento con el rostro convertido en una máscara grotesca; porque le había saltado la nariz de platino, y el hueco era un pozo de oscuridad del que salía sangre. Por encima del agujero, los ojos me miraron una vez... y luego le dio a las palancas de control y la *Faetón* saltó al aire sin más ceremonia.

Pero mientras subíamos, el Puente se llenó de luz. ¡Me agarré al suelo mientras la nave saltaba en el aire como un caballo asustado!

Los Dewar del *Príncipe Alberto* habían fallado. Habían soltado la energía de antihielo que contenían, y la estructura frágil del crucero se había abierto como una bolsa de papel. Un chorro de calor como el viento del infierno se elevó y atrapó a la *Faetón*, agitándola como una hoja de otoño sobre una hoguera. Durante largos segundos, Traveller luchó con los controles, y yo sólo podía esperar, pensando que seguramente giraríamos y chocaríamos contra el suelo...

... Pero lentamente, como sale uno de una tormenta, la ebullición del aire se calmó. Los saltos de la *Faetón* pasaron a convertirse en suaves vibraciones, y al final se detuvieron.

Me puse en pie con cuidado; sentía cada pulgada del cuerpo como si me hubiesen dado una paliza sistemática, pero estaba intacto y sin nada roto, y una vez más ofrecí oraciones de gratitud a Dios por mi salvación.

Traveller volvió la terrible máscara de su rostro hacia mí.

-¿Estás bien?

-Sí. Yo... Françoise es una francotiradora.

-Ned, ahora está muerta con toda seguridad. Pero eligió su propio camino... Al igual que debo hacerlo yo -añadió siniestro.

Miré fuera del domo de vidrio. Las infanterías francesas y prusianas se atacaban mutuamente. Debajo de nosotros había un cuenco de polvo, sangre y miles de pequeñas explosiones: era un campo de batalla del que misteriosamente estábamos tan alejados que los gritos de los heridos y el olor de la sangre no podían alcanzarnos.

Traveller señaló hacia la izquierda.

-Mira. ¿Lo ves? El rastro del proyectil de Gladstone desde Londres.

Miré al cielo. Entrecerrando los ojos podía distinguir la extraña línea de vapor que se extendía por el cielo, ahora algo más desigual. ¿Habían pasado sólo minutos desde que había estado en la cubierta del *Príncipe Alberto* estudiando esa misma línea?

-Traveller, ¿adónde va?

-Bien, claramente se supone que al campo de batalla. ¿Qué mejor forma de demostrar el disgusto de Su Majestad que aplastar de un solo golpe el orgullo de Prusia y Francia?-Pero los chapuceros de Gladstone se han equivocado. Les ha salido largo. Sabía que tenía que haberme quedado en casa para hacerlo bien. Sabía...

Su voz era firme y racional, pero tenía un tono muy extraño; y me parecía que estaba a punto de perder el control.

-Traveller, quizá la precisión del proyectil es una bendición. Si choca sin hacer daño en una zona deshabitada.

-Ned, el proyectil lleva en la punta un Dewar conteniendo varias libras de antihielo. Es poco probable que choque «sin hacer daño»... y en cualquier caso, lo he observado lo suficiente para saber dónde va a caer.

-¿Dónde?

-Será en cualquier momento, Ned; deberías cubrirte los ojos.

-¿Dónde, maldita sea?

-... Orléans.

Primero vino una hermosa floración de luz, que se extendió por el suelo en todas direcciones desde el centro de la ciudad. Cuando hubo desaparecido y pudimos abrir los ojos deslumbrados y llorosos, vimos cómo un gran viento seguía los pasos de la luz sobre la planicie; los árboles saltaban como cerillas y los edificios se hacían añicos.

Segundos después del impacto, una gran nube en forma de burbuja se formó sobre el centro de la ciudad. La nube se elevó en el aire, una tormenta monstruosa creciendo a partir del suelo; se ennegreció al elevarse, y estaba iluminada desde abajo por un infernal resplandor rojo -sin duda, Orléans ardiendo- y desde arriba por los rayos entre los penachos de la nube.

Todo sucedió en silencio.

Fui consciente de que los ejércitos enfrentados se habían detenido, que los cañones ya no hablaban; imaginé cientos de miles de hombres erguidos, encarados con sus oponentes, y volviéndose hacia esa monstruosa aparición.

Traveller dijo:

-¿Qué he hecho? Hace que Sebastopol parezca una vela.

Busqué palabras.

-No hubiese podido evitarlo...

Se volvió hacia mí, una sonrisa rota superpuesta sobre la imitación de un rostro.

-Ned, desde Crimea he dedicado mi vida al uso pacífico del antihielo. Porque si podía hacer que la maldita sustancia tuviese usos pacíficos y espectaculares, los hombres nunca volverían a usarla los unos contra los otros. Bien, al menos ahora la sustancia se agotará por las tonterías de Gladstone... Pero he fracasado. Y más aún: al inventar tecnologías cada vez más ingeniosas para la explotación del hielo, he traído este día sobre la Tierra.

»Ned, me gustaría mostrarte otro invento. -Con el rostro todavía desfigurado por aquella terrible sonrisa, comenzó a soltarse las ataduras.

-¿... Qué?

-Una creación de Leonardo... uno de los pocos latinos con sentido práctico. Creo que la encontrarás divertida...

Y ésas fueron las ultimas palabras que me dijo antes de golpearme con un puño en la sien.

El aire frío me despertó. Abrí los ojos con la cabeza martilleándome.

La Pequeña Luna llenaba mi vista.

Estaba sentado en la escotilla cerca de la base de la Cabina de Fumar. Me colgaban las piernas fuera de la escotilla abierta; la tierra de la batalla estaba a muchos cientos de metros por debajo.

Tenía sujeto al pecho un extraño paquete caqui, como la mochila de un soldado.

Sorprendido al despejarme por completo, intenté agarrarme a los bordes de la escotilla. Tenía una mano en los hombros; me volví y miré los largos dedos pesados, como si fuesen parte de una extraña araña.

Se trataba, por supuesto, de Traveller. Gritando contra el viento me dijo:

-Ya casi está conseguido, Ned. La reserva antártica de antihielo casi está agotada. Ahora debo terminarlo -rió, con la voz distorsionada por el agujero en la cara.

El tono era aterrador.

-Traveller, aterricemos y...

-No, Ned. En una ocasión, el joven saboteador francés nos dijo que malgastar unas pocas onzas de antihielo valía la vida de un patriota. Bien, he llegado a la conclusión de que tenía razón. Estoy decidido a destruir la *Faetón*, y en ese acto de expiación aceleraré la eliminación de la maldición del antihielo de la Tierra.

Busqué palabras.

-Traveller, entiendo. Pero...

Pero no hubo tiempo para más; porque me dio una patada en la espalda, ¡que me lanzó desde la nave con los pies por delante hacia el aire!

Grité mientras el aire helado me corría por los oídos, convencido de que iba a morir finalmente. Me pregunté por la profundidad de la desesperación que había impulsado a Traveller a cometer tal acto... pero entonces, después de caer cincuenta pies, sentí un tirón en el pecho. Los cables fijados al paquete se habían tensado, y ahora colgaba, descendiendo lentamente. Levanté la vista, con incomodidad, porque las correas del paquete me pasaban por debajo de las axilas. Los cables estaban unidos a un objeto de lona y cables, un cono invertido que recogía el aire mientras yo caía y que reducía así mi caída hasta una velocidad segura.

Retorciendo las correas miré abajo, más allá de los pies colgantes. La nube de antihielo, todavía creciente, se elevaba sobre el cadáver de Orléans. Los ejércitos de Francia y Prusia yacían debajo de mí, pero había pocas señales de movimiento; y me resultaba inconcebible

que los hombres siguiesen matándose después de tal acontecimiento. Quizá, pensé en el silencio y calma de la suspensión aérea, ahora que el antihielo del mundo estaba virtualmente agotado, ese terrible... accidente... serviría de aviso a generaciones futuras sobre los peligros y horrores de la guerra.

Quizá había conseguido al fin su meta de un mundo sin guerra... pero a un coste que encontraba difícil de aceptar.

Desde algún lugar por encima del toldo me llegaba un rugido, un chorro de vapor y fuego.

Eché la cabeza atrás una vez más -allí estaba la Pequeña Luna mirando, perpleja, a la Tierra torturada y allí estaba la fabulosa *Faetón*, elevándose por última vez sobre su penacho de vapor.

La nave siguió subiendo, sin vacilar. Pronto, sólo la línea de vapor, que recordaba a la del proyectil de Gladstone, señalaba su camino; y era evidente que Traveller no tenía intención de regresar al mundo de los hombres. Al final la línea se hizo casi invisible al llegar Traveller al límite de la atmósfera... pero era una línea que señalaba como una flecha al corazón de la Pequeña Luna.

Ya tenía clara su intención; pretendía estrellar la nave contra la masa del satélite.

Pasaron algunos minutos. La línea de Traveller se dispersó lentamente, y yo colgaba impotente pero cómodo bajo el dosel de Leonardo; mantenía los ojos fijos en la Pequeña Luna, esperando ser capaz de detectar el momento del impacto...

El mundo se llenó de luz, de horizonte a horizonte; era como si el mismo cielo se hubiese incendiado.

Parecía como si la Pequeña Luna hubiese explotado.

Pudiendo apenas ver, caí pesadamente sobre el suelo en medio de un grupo de asombrados soldados franceses.

EPÍLOGO

UNA CARTA A UN HIJO

4 de noviembre de 1910
Sylvan, Sussex
Mi querido Edward:

Confío en que este envío te encuentre como me deja a mí: es decir, en buena salud y disposición.

Sin duda te sorprenderá, al abrir este último paquete de casa, el encontrar que la habitual misiva de tu madre ha sido reemplazada por esas páginas garabateadas por mí. Y espero que me perdones si omito el boletín de noticias habitual; de esas cuestiones sólo diré que todos estamos sanos y felices, y que te echamos tremendamente de menos.

Mi intención al escribirte es intentar en mi forma inadecuada de compensar las deficiencias de comprensión mutua que pudiesen existir entre nosotros como padre e hijo. Acepto toda la responsabilidad por esa situación; y puede que hayas comprendido que nuestra última conversación larga antes de tu partida para Berlín -recordarás ese acontecimiento de pipas, whisky y zapatillas frente a un fuego moribundo una noche de sábado- fue un primer intento de romper la barrera que nos separa. Fracasé, por supuesto. Y, sin embargo, en la pureza de tu furia aquella noche, ¡cómo se rasgaba mi corazón al ver en ti tanto de mi mismo, el yo de hace treinta o cuarenta años!

Permíteme simplemente decirte esto. Soy tu padre. No me considero un cobarde, ni soy menos patriota. No necesitas avergonzarte por ese punto, te lo aseguro. Pero mi visión del conflicto venidero con Prusia son ideas que claramente no puedes compartir.

No tengo deseos de imponerte mi filosofía; eres un oficial en el mejor ejército del mundo, y estoy muy orgulloso de ti. Pero quiero que me entiendas. Cuando llegue la guerra -porque creo que es inevitable entonces, rezando por que Dios te proteja, te cambiará con toda seguridad, para bien o para mal; y quiero intentar, una vez más, explicarme a mí mismo -mi vida desde aquellos días aciagos de 1870- al joven que he criado.

Has leído mi propia narración manuscrita de las aventuras que me sucedieron hace cuarenta años, así como la versión más pulida de sir George Holden. George, antes de su muerte final por un consumo liberal de oporto y otras sustancias, se las arregló para convertir sus experiencias en una carrera gratificante y lucrativa. Ganó una fortuna, por supuesto, con su novela científica *La nueva Cartago*, cuya premisa era el descubrimiento del antihielo por los habitantes de esa antigua ciudad, y la posterior y espectacular venganza sobre sus enemigos, los romanos. Los críticos la consideraron «una lectura agradable pero apenas plausible»... ¡que era exactamente el juicio de Josiah Traveller cuando le arrojó la idea a Holden todos aquellos años antes a bordo de la *Faetón*!

No le envidio a George sus ganancias inesperadas -buena suerte para el caballero- pero ese tipo de autopublicidad no era para mí.

Después de mi regreso a Inglaterra a continuación del uso del primer proyectil Gladstone, renuncié a mi puesto en Londres y volví al hogar de Sussex. Estudié, hice prácticas y desde entonces he trabajado con tranquilidad -y de forma anónima en la medida de lo posible- como abogado de no más que logros modestos en el área local.

Pero he seguido el desarrollo de los acontecimientos internacionales después de aquel otoño cataclismático; y a veces me ha parecido que los asuntos humanos se han desarrollado como una fea flor alrededor de ese único y deslumbrante punto de luz que fue el proyectil Gladstone.

No me detendré en lo que vi de la destrucción de Orléans. Le ruego a Dios que te evite visiones similares, Edward. Pero quizá tu carrera te llevará al lugar terrible donde todavía descansa el *Príncipe Alberto*, inmóvil después de recibir el regalito de la artillería prusiana, un monumento oxidado a otra guerra.

La explosión de antihielo marcó, por supuesto, el fin de la guerra europea; si el temor de una nueva intervención británica no fue suficiente, creo que el deseo de luchar de aquellos hombres reunidos en los valles del Loira fue expurgado por el trabajo de recuperación en medio de la pestilencia de Orléans. Recuerdo ver cómo las columnas prusianas formaban, sucias, lentas y solemnes, para dirigirse a casa; y supe que allí había una nueva generación para la que la guerra había terminado.

Edward, ahora me asusta ver referencias al bombardeo de Orléans como si fuese un gran triunfo de Gran Bretaña. Fue un accidente -el proyectil no iba siquiera dirigido a la ciudad- y el hecho de que la intervención consiguiese muchos de los fines de Gladstone se debe solamente al total horror y a la escala de la carnicería que había provocado.

Se alcanzó un acuerdo formal entre Francia y Prusia, bajo presidencia británica, en el Congreso de Tours durante la primavera de 1871. Después de un revés tan costoso, las ambiciones de Bismarck por reunificar Alemania fueron abandonadas a la fuerza, y el viejo y astuto caballero tuvo que luchar para mantener su propia posición de influencia y poder (pero, por supuesto, sobrevivió). Por tanto, Alemania sigue siendo hoy un cómodo batiburrillo dirigido por principillos y duques con el estandarte del águila prusiana en una esquina; y claro que es preferible, a ojos británicos, a la gran potencia alemana centroeuropea que hubiese podido surgir.

Mientras tanto, en Francia, el nuevo Gobierno provisional, dirigido por Gambetta, dio la bienvenida a la asistencia británica para sofocar las rebeliones continuas en París; y Gambetta incluso solicitó el consejo de ilustres parlamentarios ingleses para crear una constitución para un nuevo Tercer Imperio. Y es así como un Parlamento -indistinguible en todos sus aspectos importantes de la Madre de los Parlamentos en Manchester- se reúne cada día en París, y durante cuatro décadas la forma constitucional británica que forma la base se ha filtrado hasta todos los rincones de la sociedad francesa.

Sí, ahora tenemos una Europa establecida como hubiese querido el hombre de estado -británico- más justo y escrupuloso de 1860; y para mantenerla tenemos guarniciones dispersas por todos los puntos conflictivos tradicionales como Bélgica, Alsacia y Lorena, Dinamarca, e incluso las afueras del mismo Berlín. Puede que no hayamos edificado las fortalezas normandas soñadas por los Hijos de la Gascuña, pero podemos decir que hemos logrado una Europa británica.

Y si ese dominio político y militar no fuese suficiente, está la maravilla continua de la tecnología de antihielo. La red de tren ligero se extiende aun más profundamente en el Continente, y los barcos aéreos para pasajeros y cargas, lo suficientemente grandes para tragarse a la vieja *Faetón*, saltan a diario sobre las nubes, haciendo que Manchester y Moscú no estén a más que unas pocas horas de viaje. Carros transatmosféricos vuelan de la Tierra a la Luna, y cada año la Real Sociedad Geográfica nos regala con relatos de las hazañas de sus nuevos exploradores, en el cráter Traveller y entre las formas de vida rocosas febianas.

Y, por supuesto, en silos ocultos bajos los campos de Kent, esperan los proyectiles de Gladstone, uno para cada ciudad europea.

Es extraño recordar ahora que Josiah Traveller creía -hasta el mismo final de su vida- que, con el agotamiento de la reserva conocida de antihielo en el Polo Sur, la explotación de esa sustancia, para bien o para mal, acabaría... Qué irónico que en su último y desesperado acto le señalase a la humanidad cómo alargar sus manos ambiciosas para obtener más

antihielo -más del que él mismo hubiese podido imaginar- ¡una reserva tan grande que puede considerarse prácticamente inagotable!

¿Quién hubiese imaginado que la Pequeña Luna estuviese compuesta casi por completo de antihielo? Les quedó claro inmediatamente a los astrónomos que una explosión de la magnitud producida por el impacto final de la *Faetón* sólo podía ser el resultado de una detonación de antihielo. Los científicos entienden ahora que la Pequeña Luna es un fragmento de ese cometa que se destruyó a sí mismo al formar el cráter Traveller en la Luna -un fragmento que entró en órbita alrededor de la Tierra- quizá después de varios roces, lentos, en los que rascó la capa de aire de la Tierra. Todo eso sucedió en el siglo XVIII, dicen los salvajes; y, por tanto, mientras los aborígenes australianos veían cómo otro fragmento del cometa recorría los cielos hacia la Antártida, la Pequeña Luna se colocaba en los cielos de la Tierra.

Por tanto, una reserva inmensa de antihielo da vueltas a la Tierra, y no se funde o explota por su rápida rotación y porque frecuentemente entra en la sombra de la Tierra.

Una vez que Traveller señaló inadvertidamente el camino, los restos de antihielo terrestres se emplearon para fabricar nuevas *Faetones*, justo capaces de llegar hasta la Pequeña Luna y regresar con los valiosos Dewars llenos de la energía congelada. Y ahora todos los europeos pueden ver las pequeñas chispas que son las naves orbitales británicas que suben hasta la Pequeña Luna y regresan al estanque de aire, consolidando aún más nuestro poder.

¡Cómo hubiese odiado el pobre Traveller semejante resultado! A menudo me pregunto si en aquellos momentos finales, mientras aquella luz terrible quemaba las paredes de aluminio de la *Faetón*, no comprendería las implicaciones de lo que había hecho. Rezo por que no fuese así; que su gran e inventivo cerebro se detuviese mucho antes de la destrucción final de la nave, del momento en que se alteró lo que pretendía...

Pero divago.

Edward, vuelvo al tema de nuestro debate esa noche de sábado. ¿Es el mundo un lugar mejor con esta Pax Britannica que hemos impuesto con nuestro antihielo, y con nuestra industria y administración?

Mi respuesta debe ser, con tristeza: no. Ni siquiera, al final, para nosotros los británicos.

Sé que tu fascinación por la política es leve en el mejor de los casos, Edward, pero incluso tú debes haber seguido los terribles acontecimientos en casa, tales como las huelgas contra los nuevos impuestos de alimentos -impuestos que parecen directamente diseñados para machacar a los pobres sin derecho al voto- y la brutal represión de esas huelgas por las tropas de Churchill.

Desde hace siglos no estaba Inglaterra tan llena de revueltas. ¿Cómo hemos llegado los británicos, con nuestro talento para el acomodo y el compromiso, a esta situación? Porque, históricamente, el modo británico ha sido dar un poco para evitar el descontento sangriento. Por ejemplo, quizás una reforma parlamentaria -como la fallida reforma de Disraeli en los años 1860- podría, aunque fuese parcialmente, haber actuado como compensación, para liberar esta nueva presión por el cambio. Ahora un compromiso podría ser que Balfour adoptase algunas de las ideas del galés David Lloyd George, que defiende reformas fiscales dirigidas a los superricos y los grandes propietarios. Sí, Edward; ¡me refiero a Lloyd George, el demagogo y convicto reciente! ¿Te sorprende? Bien, quizá si se invitase a hombres como él a contribuir al Gobierno encontraríamos una solución más feliz.

Pero Gran Bretaña hoy no tiene lugar para acomodos, por pequeños que sean. Edward, ésta es una influencia malévola del antihielo y las nuevas tecnologías, que tanto poder han dado a los industriales; a costa de otras secciones de nuestra sociedad sin representación. Hemos cambiado para peor, y ahora -como un francés que conocí me predijo una vez- corremos el peligro de quedar destruidos por nuestras propias contradicciones.

No espero que estés de acuerdo con nada de esto: simplemente que respetes mi punto de vista por lo que es.

El cuadro no es mucho mejor fuera.

Centrémonos en Francia. Edward, conozco a los franceses. ¿Supones que han aceptado la imposición de un parlamento británico? Te digo que lo tienen atravesado en la garganta, al igual que el seco pan francés se me atraviesa en la mía. No tengo que demostrar los méritos o imperfecciones del sistema británico. Mi argumento es simplemente que no es francés; ¿no debíamos haber permitido que nuestros primos galos siguiesen su camino hacia un acuerdo constitucional que abordase los aspectos de su carácter y pasado? Pero no lo hicimos; y, por tanto, los franceses siguen soñando con los gloriosos días de su Revolución, y con su querido Bonaparte.

Y en lo que se refiere a Prusia, está el astuto viejo zorro del príncipe Otto von Schönhausen Bismarck, todavía controlando la batuta de Berlín a los noventa y cinco años de edad. El nuevo emperador, el segundo Guillermo, es masilla en las manos manchadas por la edad de Bismarck.

Durante mucho tiempo se argumentó que Bismarck se había convertido en un amigo, aunque renuente, de los británicos; sólo hay que ver los intercambios culturales y comerciales que se han producido en las décadas pasadas entre las dos naciones.

Pero seguro que acontecimientos recientes -principalmente la vergonzosa intervención de Bismarck en el asunto de la sucesión austríaca, que tanto recuerda a la intervención en el asunto real español, con el que provocó su anterior guerra con Francia- demuestran que es mentira.

Bismarck ha actuado en las décadas pasadas como el político oportunista y taimado que es; y por medio de una serie de ardides, estratagemas y fintas ha mantenido su posición en Prusia, y la posición de Prusia en Europa.

Bismarck no es amigo de Gran Bretaña. Gran Bretaña evitó que obtuviese la meta de su vida: la unificación de Alemania. Es como si Bismarck se negase a morir hasta conseguirlo... O al menos hasta que Manchester ya no pueda intervenir.

Ahora está listo para atacar. Y nosotros esperamos el nuevo telegrama Ems que provocará el conflicto armado con Gran Bretaña. ¿Qué posición adoptará Francia? Si el fin de Prusia es eliminar la influencia británica de las llanuras de Europa, entonces lo mejor que podemos esperar es que los franchutes permanezcan neutrales. No olvidemos el fantasma de Orléans... Y no ayuda que el actual ministro de exteriores francés sea un tal Frédéric Bourne.

Pero claro, dirás, incluso ahora Bismarck sólo está probándonos. Que nunca se atreverá a provocar una lluvia de fuego de antihielo sobre sus compatriotas.

Pero lo hará, digo yo. Porque, Edward, creo que Bismarck tiene ahora armas de antihielo propias con las que responder; la seguridad de nuestras existencias de antihielo, por muy buena que sea, no puede haber permanecido sin violar durante tantas décadas. Las armas prusianas serán tan poderosas como las británicas... o incluso más, con la aplicación del ingenio militar prusiano.

¿Cuál será entonces el resultado?

Supongo que podría surgir un equilibrio neto de poder: un enfrentamiento entre dos estados, Gran Bretaña y Prusia, cada uno erizado con armas de antihielo, cada uno disuadido de embarcarse en una guerra por la capacidad devastadora del otro... ¿Garantizará la paz ese equilibrio? Quizá. Pero estas décadas pasadas de hegemonía británica no se olvidarán con facilidad en los salones europeos. Recuerda el discurso a la Commonwealth de Su Majestad al comienzo del nuevo siglo, en el que describía el futuro. Mil años de poder británico... la sombra de la bandera británica extendiéndose por los siglos; esas cosas simplemente se añaden al montón de desastres que esperan a caer sobre nosotros o nuestros descendientes.

Edward, me temo que ahora la guerra es inevitable. Los viejos amargados de Berlín y París apenas parpadearán antes de la destrucción de su propia población, si eso significa borrar a Gran Bretaña del mapa europeo. Y, por tanto, engañados por nuestra vana y arrogante complacencia, nos enfrentamos a la guerra más terrible que el hombre haya conocido.

Rezo porque ahora entiendas mis temores y miedos; y rezo, por supuesto, por que todos sobrevivamos a los próximos días de oscuridad, y que finalmente nos reunamos bajo la luz del sol de un mundo mejor y más justo.

Sigo siendo con amor tu devoto Padre,

NED Vicars